

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 21
Abril-Junio 2011

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

- Las voces narrativas en "El hereje" o la novela vital*, por Pablo Lorente Muñoz
En busca de localidades que valgan: el enigma del individuo en Montoya y Azuela, por Michael Abbott
Jeannie Deans: La heroína de las "Waverley Novels", por Enrique García Díaz
"El Común Olvido": ¿Una crítica al discurso nacionalista?, por Soledad Mocchi

• Relato

- Inescrutables itinerarios del odio*, por Olga Bernad
Cuando estamos en casa, por Fernanda Trías
El experimento Niklaus. Estado de la cuestión, por José M^a González Serna
En la isla, por Alejandra Darriulat
Cardinal, por Lucía Lorenzo
Los inquilinos, por Juan Ramírez Biedermann
Nada por aquí, por Fernando García Maroto
Microrrelatos, por Rosana Alonso
El extraño caso de polifono y lo que con él sucedió, por José Agustín Solórzano
Los padres, por David Bombai
Entrevista virtual a Dostoievsky, por Víctor Montoya
Pledge, por DrK
Inconveniente, por Enrique Pérez Rodríguez
- El peligroso lado oscuro de la soledad*, por Jonatan Frías
Microrrelatos, por Pedro Peinado Galisteo
La vaca tuerta, por Ramón Araiza Quiroz
La palabra, por Gabriel Guerrero
Wolf, por Luis Topogenario
Correspondencia nicaragüense (VIII), por Berenice Noir
Dos pájaros de un tiro, por Carlo Reátegui Avilés
La pala roja, por Jorge Serra
Ultracortos, por Daniel Sánchez Bonet
A golpe de templanza, por JC Martín
Relatos, por Iria López
Alma y su pequeño león, por María Aixa Sanz
Control, por Pablo Llanos
Microrrelatos, por Ricardo Álamo González

• Novela

- Marea de sangre (Capítulo I)*, por José Luis Muñoz

• Narradores

- Leopoldo de Trazegnies Granda

• Miradas

- Destinos literarios: Óxford*, por Carlos Pérez Vaquero
Jaroslav Seifert, poeta por excelencia, por Víctor Montoya
Caminos de futuro de la literatura infantil y juvenil a través de los premios SM 2010: "Historia de un segundo" de Jordi Sierra i Fabra y "Mujer mirando al mar" de Ricardo Gómez, por Pablo Lorente Muñoz

• Entrevista

- Nerea Riesco y su Elefante de marfil*, por José Luis Muñoz

• Reseñas

- "Todo nada" de Brenda Lozano*, por Rolando Ramiro Vázquez Mendoza
"Los libros de plomo" de Fernando Martínez Laínez, por José Luis Muñoz
"Suegras. Relatos breves sobre el gran enemigo" de VV.AA., por Luis Borrás
"Historias de locos" de Miguel Sawa, por María Dubón
"El oficinista" de Guillermo Saccomanno, por José Luis Muñoz
"Marea de sangre" de José Luis Muñoz, por Carlos Manzano
"La balada del trampero sentimental" de Damián Torrijos, por Luis Borrás
- "Ángeles negros" de José Vaccaro Ruiz*, por José Luis Muñoz
"Crónicas del desamor" de Elena Ferrante, por María Aixa Sanz
"El elefante de marfil" de Nerea Riesco, por José Luis Muñoz
"Alarido de Dios" de José Miguel Vilar Bou, por Óscar Bribián
"Fall River" de John Cheever, por José L. Muñoz
"Niños en su cumpleaños" de Truman Capote, por María Aixa Sanz
"La hija de Cleopatra" de Michelle Moran, por José Luis Muñoz
"La logia de los anillos de amatista" de Jorge Colombo, por Iris Uribarri

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 21

<i>Las voces narrativas en "El bereje" o la novela vital</i> , por Pablo Lorente Muñoz	3	<i>Microrrelatos</i> , por Ricardo Álamo González	96
<i>En busca de localidades que valgan: el enigma del individuo en Montoya y Azuela</i> , por Michael Abbott	13	<i>Marea de sangre (Capítulo I)</i> , por José Luis Muñoz	98
<i>Jeannie Deans: La heroína de las "Waverley Novels"</i> , por Enrique García Díaz	20	<i>Narradores: Leopoldo de Trazegnies Granda</i>	100
<i>"El Común Olvido": ¿Una crítica al discurso nacionalista?</i> , por Soledad Mocchi	25	<i>Destinos literarios: Óxford</i> , por Carlos Pérez Vaquero ..	107
<i>Inescrutables itinerarios del odio</i> , por Olga Bernad	37	<i>Jaroslav Seifert, poeta por excelencia</i> , por V. Montoya	112
<i>Cuando estamos en casa</i> , por Fernanda Trías	39	<i>Caminos de futuro de la literatura infantil y juvenil a través de los premios SM 2010: "Historia de un segundo"</i> de Jordi Sierra i Fabra y "Mujer mirando al mar" de Ricardo Gómez, por Pablo Lorente Muñoz	114
<i>El experimento Nikolaus. Estado de la cuestión</i> , por José M ^a González Serna	40	<i>Nerea Riesco y su Elefante de marfil</i> , por J.L. Muñoz	118
<i>En la isla</i> , por Alejandra Darriulat	43	<i>"Todo nada"</i> de Brenda Lozano, por Rolando Ramiro Vázquez Mendoza	124
<i>Cardinal</i> , por Lucía Lorenzo	45	<i>"Los libros de plomo"</i> de Fernando Martínez Lainez, por José Luis Muñoz	125
<i>Los inquilinos</i> , por Juan Ramírez Biedermann	47	<i>"Suegras. Relatos breves sobre el gran enemigo"</i> de VV.AA, por Luis Borrás	126
<i>Nada por aquí</i> , por Fernando García Maroto	51	<i>"Historias de locos"</i> de Miguel Sava, por M. Dubón ..	127
<i>Microrrelatos</i> , por Rosana Alonso	55	<i>"El oficinista"</i> de Guillermo Saccomanno, por José Luis Muñoz	128
<i>El extraño caso de polifono y lo que con él sucedió</i> , por José Agustín Solórzano	56	<i>"Marea de sangre"</i> de José Luis Muñoz, por C. Manzano	130
<i>Los padres</i> , por David Bombai	59	<i>"La balada del trampero sentimental"</i> de Damián Torrijos, por Luis Borrás	131
<i>Entrevista virtual a Dostoyevsky</i> , por Víctor Montoya	61	<i>"Ángeles negros"</i> de José Vaccaro Ruiz, por J.L. Muñoz ..	132
<i>Pledge</i> , por DrK	65	<i>"Crónicas del desamor"</i> de Elena Ferrante, por María Aixa Sanz	133
<i>Inconveniente</i> , por Enrique Pérez Rodríguez	67	<i>"El elefante de marfil"</i> de Nerea Riesco, por J.L. Muñoz ..	134
<i>El peligroso lado oscuro de la soledad</i> , por Jonatan Frías	68	<i>"Alarido de Dios"</i> de José Miguel Vilar Bou, por Óscar Bribián	135
<i>Microrrelatos</i> , por Pedro Peinado Galisteo	72	<i>"Fall River"</i> de John Cheever, por José Luis Muñoz	136
<i>La vaca tuerta</i> , por Ramón Araiza Quiroz	73	<i>"Niños en su cumpleaños"</i> de Truman Capote, por María Aixa Sanz	137
<i>La palabra</i> , por Gabriel Guerrero	76	<i>"La hija de Cleopatra"</i> de Michelle Moran, por José Luis Muñoz	138
<i>Wolf</i> , por Luis Topogenario	79	<i>"La logia de los anillos de amatista"</i> de Jorge Colombo, por Iris Uribarri	139
<i>Correspondencia nicaragüense (VIII)</i> , por B. Noir	80	<i>Novedades editoriales</i>	140
<i>Dos pájaros de un tiro</i> , por Carlo Reátegui Avilés	82		
<i>La pala roja</i> , por Jorge Serra	84		
<i>Ultracortos</i> , por Daniel Sánchez Bonet	87		
<i>A golpe de templanza</i> , por JC Martín	88		
<i>Relatos</i> , por Iria López	93		
<i>Alma y su pequeño león</i> , por María Aixa Sanz	94		
<i>Control</i> , por Pablo Llanos	95		

LAS VOCES NARRATIVAS EN *EL HEREJE* O LA NOVELA VITAL

por Pablo Lorente Muñoz

Es probable que con el paso del tiempo aparezca alguna nueva obra de Miguel Delibes. Hasta la fecha, la última obra publicada por el autor vallisoletano, desaparecido el mes de abril de 2010, es *El hereje*, publicada en 1998. No me parece casual que su última obra hable de las grandes preguntas de la vida, tampoco el contraste entre la vida y la muerte para acabar construyendo a través de la religión, la Historia y la ficción, una novela que podemos calificar de «vital», puesto que puede ser considerada un hermoso canto a la vida y a la libertad.

En el momento de la escritura de la obra que nos ocupa, Miguel Delibes se enfrenta a su cansancio de setenta y ocho años para llevarnos de viaje al Valladolid de 1650; se informa y documenta profusamente sobre su propia ciudad, la Inquisición, Lutero y sus tesis, los movimientos seculares católicos de la época... se empapa en definitiva de nuestra historia y tras añadirle toda su maña de sabio escritor, además de su humanidad, crea la magia de enseñarnos un tiempo pasado que es telón de fondo para los sentimientos inmortales de todos los hombres en todos los tiempos. Crea, en definitiva, una novela histórica que difícilmente puede considerarse en un primer plano, ya que ante todo, da vida a unos personajes que toman cuerpo en un tiempo y un lugar muy determinado y querido por Delibes, el suyo propio, y que hará nuestro a través de sus sentimientos y pesares. Así pues, analizaremos como uno de los aspectos más interesantes de la obra, cómo y por qué se genera una comunicación tan intensa como la que se desarrolla entre Delibes y el lector a través de tantas vías.

Pero antes de pasar a un estudio más profundo de cada punto, veremos *grosso modo* de qué trata la obra, para ello, y aunque luego lo tratemos más en profundidad, debemos centrarnos en el personaje principal. Y es que podemos ver con enorme detenimiento la vida de Cipriano Salcedo, seguir su evolución a través del patrón que de él nos da el autor que no es otro sino el que sigue cada mortal.

1. Nace cubierto con la maldición de causar la muerte de su madre en el parto y ganarse así el odio incondicional y absurdo de su padre. Sólo la luz de la esperanza iluminará su oscura existencia, su nodriza Minerva.
2. El crecimiento de Cipriano se verá irremediablemente marcado, además de por el odio e indiferencia de su padre, por una creciente duda hacia la transmitida fe católica y por tanto a una impenitente y continua desazón existencial. Ésta determinará su crecimiento prácticamente en solitario (jamás se nombra a un amigo ni tan siquiera buenas relaciones con sus parientes) además de todos y cada uno de los sucesos que rodearán su vida.
3. Cuando al fin soluciona sus dudas (principal tensión en la obra) y se siente querido, amado y necesitado se produce finalmente su caída, promovida, para mayor desgracia, por aquellos que lo eran todo para él. Traicionado, desolado, inerme pero con más ganas de amar y vivir que nunca, muere convencido de sus ideas.

He aquí, en ese trágico final, lo más valioso de la obra, Delibes transmite en su personaje el dolor, la angustia, las lágrimas y el sufrimiento de toda la Historia para mostrarnos el camino de la esperanza y la paz; la eliminación de las injusticias, de las ortodoxias como única forma de solidaridad, de comprensión, de verdadera fraternidad y tolerancia.

Por encima de las ideas y religiones, Delibes nos muestra los sentimientos positivos como lo único valioso del ser humano. Cipriano Salcedo, en medio de atroces suplicios, del tormento, de la abso-

luta certeza de una muerte inmediata, coloca en primer lugar un pensamiento increíblemente esperanzador: su posible enamoramiento de Ana Enríquez, de nuevo una duda, pero esta vez iluminadora, de nuevo la búsqueda de la felicidad, búsqueda común al ser humano, de todos sin distinción, y Miguel Delibes lo sabe y nos lo transmite.

1. EL TEMA: LA DUDA, LA VIDA Y LA TOLERANCIA

En estas tres palabras se podría encerrar el tema y la tesis de la obra que nos ocupa. La duda de Cipriano es el motor de *El hereje* y de la herejía que se nos presenta. El desdichado personaje (recordemos el odio de su padre y el total ostracismo al que lo somete) sufre en sus carnes el fruto de una educación llena de amor pero de pobre didáctica y sabiduría espiritual por parte de Minervina; un preceptor no podrá abrir el alma y mente de Cipriano, preocupado más por la omnipresencia de su padre, siempre temido, que por la del Dios que todos le intentaban mostrar. Así pues, él mismo crea su opinión y su fe, se dedica a cuestionar su existencia y lo que más daño le causará: la de los demás.

Esto lo diferenciará de una evolución normal en un niño, el momento más traumático de esta experiencia lo vive al ser enviado a un colegio destinado a gente sin recursos que por cuna de burgués adinerado no le corresponde. Allí Cipriano: «atendía con sus cinco sentidos a las clases de doctrina y religión, pero de su atención no derivaba una tranquilidad espiritual.» (175-176).

De esta intranquilidad surge continuamente el peso existencial, el vacío:

«La duda se hacía cada vez más honda y corrosiva. Y si la daba de lado para entregarse al juego, los escrúpulos ya no le abandonaban el resto de la mañana. Entonces resolvía retornar a la capilla y signarse otra vez con agua bendita, muy despacio y pensando muy bien lo que hacía. Pero este gesto tampoco le apaciguaba. Al salir al patio regresaban sus dudas.»

Esta será la primera fase de decaimiento espiritual, la educación recibida y la compañía de numerosos colegas de su edad no conseguirán llevarlo hacia el terreno de la cotidianidad, hacia una vida normal y estable, más bien se empeñará en encerrarse en una concha, y pensar para atormentarse: «llegó a la conclusión de que sus peticiones eran inevitablemente egoístas» porque «con ellas no buscaba la paz o la felicidad de sus compañeros sino su tranquilidad de conciencia».

Con el paso del tiempo no logra ser más feliz o estar más despreocupado, podría lograrlo cuando se va a casar con la esquiladora Teodomira, sin embargo, lejos de lograr la felicidad plena (quizá consigue algo de dicha tan solo) acaba frustrado al tener que abandonar a su mujer, demente por su obsesión por procrear (el tema coincide con el de la obra de Lorca *Yerma*). Los capítulos que nos trasladan a los momentos de vida conyugal llaman la atención por una enorme carga de sensualidad, que podemos considerar en algunos apartados incluso de erotismo; éstos vienen marcados en todo momento por la petición casi irracional de la esposa para quedarse encinta, momento que no alcanza.

Así pues, a pesar del éxito económico al continuar con el negocio de su padre reconvirtiéndolo hábilmente y de tener a su lado a una mujer que amar, sigue ahogado por la duda: «El desahogo económico no había hecho sino exacerbar la desconfianza en sí mismo. A pesar de los años transcurridos, seguía siendo el hombre roído por los escrúpulos y cuanto más acentuaba su vida de piedad más se recrudecían aquellos» (234).

Además, Cipriano aspira a un perfeccionamiento moral, esta era en realidad su meta en la vida. Un objetivo que como veremos más adelante logrará con creces. Encontramos en una fase intermedia de la obra a un personaje convertido en piadosísimo mojigato, a pesar de todo, conserva una grave inseguridad que parece cercenarse definitivamente, y por casualidad, al conocer al núcleo luterano que marcará su existencia.

La vida de Cipriano se resume en unos pocos puntos: el odio de su padre, el amor hacia Minervina, la duda, el descubrimiento de la fraternidad, la resolución de la duda, el reencuentro con Minerva y, finalmente la muerte; y en esta vía se halla escondido, pero bien a la vista, el mensaje de tolerancia de Delibes. A decir verdad, todo el libro es este mensaje repetido una y otra vez, no en vano se abre con estas palabras:

«¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas... Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio.» (*Juan Pablo II a los cardenales*, 1994)

Un mensaje que no se abandona en ningún punto de la historia y que culmina al declarar Cipriano una especie de premonición: «Algún día –musitó al oído– estas cosas serán consideradas como un atropello contra la libertad que Dios nos trajo» (462). Y dice «estas cosas», no mi caso, generaliza y se hermana así con todos los hombres en el sufrimiento, esto, a pesar del convencimiento de sus ideas. Tolerancia pues, de todos hacia todo.

Se tratan además, aunque sea de forma secundaria o con menor profusión, otros temas. Uno de ellos se destila directamente del principal, del de la duda. Se enfrenta al mensaje católico el comportamiento, no ya de la Santa y temidísima Inquisición¹ a la hora de investigar y tutelar hacia el buen camino a los pobres pecadores e infieles, sino también y casi más ofendosamente, el de los espectadores de aquellas orgías de fuego y muerte que se convierten en verdaderas celebraciones de muerte:

«La multitud apostada ante los palos rugía de entusiasmo. Los niños y algunas mujeres lloraban, pero muchos hombres, encendidos por el alcohol, reían de las batudas y contorsiones de Juan Sánchez, le llamaban leproso y malnacido y remedaban ante los espectadores sus gestos y piruetas» (493).

En definitiva, las ejecuciones se habían convertido en una enorme fiesta; hoy, es algo impensable que esa fiesta de la crueldad comulgue con la creencia «en los principios del Evangelio» de los que el Papa Juan Pablo II nos habla. Esta es una más de las cuestiones que Miguel Delibes nos lanza. Pero no acaba ahí todo, acrecienta esta hipocresía y la convierte en la desolación y vejación más absoluta; crea para ello una imagen que apela directamente a nuestros sentidos: «Una mujer gruesa comía buñuelos tranquilamente junto a Minervina. El padre Tablares descendió lentamente la escalera, vio a Minervina sollozando junto al verdugo y a éste mirándolo a él atentamente» (445).

Esta hipocresía no sólo se ve reflejada en el vulgo, puesto que nos es mostrada con amplitud también en páginas anteriores haciéndose extensible a toda una sociedad; se nos refleja más en concreto en el padre de Cipriano: aparece éste en primer término como un respetable comerciante y bondadoso padre de familia («Y Salcedo era para Manrique un hombre recto, encarnación de buenas costumbres, comedido en el ejercicio de autoridad» (117) pero con unas aficiones un tanto peculiares: una de ellas era a de ir a tomar vinos a una taberna de la calle Garabito: «Allí se salía de la norma y de hipocresía: juraba, soltaba palabrotas y reía de los cuentos obscenos» (104). Es además, un personaje cargado de lascivia, en primer lugar la intentará descargar sobre la bella Minervina, sin éxito muy a su pesar: «Conforme pasaba el tiempo, las más elementales exigencias lascivas crecían cada vez que veía a la muchacha. Pero ella se mostraba tan ajena, tan indiferente a sus miradas, tan reprimidora a veces, que no se atrevía a pasar de la mera contemplación».

Delibes trata con profusión este tema y lo dirige de tal forma y con tanta habilidad que acaba haciendo un guiño sutil al lector sobre la actualidad aplastante de un tema directamente derivado de

¹ Se debe tener en cuenta que la Inquisición, además de aparato eclesiástico, con el paso del tiempo, se convirtió en un poderoso apartado de poder político para el mantenimiento de la fe y la ortodoxia católica.

la lascivia y la forma de tratar el sexo desde el punto de vista del señor Salcedo²: «¿Pero ha visto usted cómo están las calles de la villa de mendigos llenos de bubas y escrófulas? ¿De dónde cree usted que salen eso millares de sifilíticos? ¿Cómo podremos evitar que la nefanda enfermedad acabe con nosotros?» se pregunta alarmadazo el padre de Cirpiano al no poder acabar con sus exigencias lúbricas con seguridad sanitaria (este pasaje nos muestra, además, un bosquejo de la situación social del Valladolid de la época). Podría parece este tema fuera de lugar en una novela que tiene como trama fundamental la de los problemas religiosos, sin embargo, viene a corroborar la preocupación del autor por crear una novela vital, centrándose para ello en la vida real de unos personajes ficticios, una vida donde no dejar nada de lado.

En esta misma línea vemos de nuevo reflejada la afición perenne a la caza del autor, plasmada en numerosas ocasiones en sus obras (*Diario de un cazador* y otras) por lo cercano que es al hombre castellano, que su pluma crea antes que recrea.

Aparece en esta obra no tan solo como telón de fondo sino como ocasión propicia para la unión fraterna de los hombres, como distracción del mundo y acercamiento al espíritu de uno mismo. Intenta explicar el porqué de la caza por boca de uno de los hermanos Cazalla y se detiene con profusión y ternura a la hora de hablarnos de esos momentos para él tan necesarios en la vida.

«Hasta ellos llegaban los graznidos de las urracas, los pio-pio de las cogujadas, el áspero carraspeo de los cuervos. Hacía calor dentro del tolo. El perdigón daba vueltas sobre sí mismo, y de cuando en cuando, emitía un co-re-che flácido, sin el empuje inicial. Él mismo se sorprendió cuando le respondió el campo. Se entabló un diálogo de poco aliento entre los dos pájaros sin dejar apenas pausa entre sus cantos. A pesar de su respuesta inapetente, uno pensaba en un macho enardecido pues su aproximación a la jaula había sido más rápida que la de los dos anteriores» (279).

Se ha procurado resumir en estas líneas los temas fundamentales sobre los que se sustenta la obra. Delibes, buen conocedor de los entresijos para una creación que mantenga atento al lector, desarrolla una serie de interesantes temas y vivencias entrecruzadas que son la piedra angular de la novela. A continuación, observamos los medios para lograr esta construcción novelística.

2. EL AUTOR Y EL NARRADOR

Delibes, el autor de la obra, quien la firma, se desdibuja, desaparece, aparece con total libertad, se va hasta la Valladolid de 1650 y crea unas vidas ficcionarias para insertarlas en el terrible auto de fe de 1559. Juega con la historia y con el lector y a la vez se plantea el reto de hacernos creer todo lo que ocurre, o al menos, hacerlo verosímil. Puede pretender hacerlo pasar por real, pero lo que se logra (el lector de hoy día suele presentarse inmune a la ficción y lo que es más triste: a la sorpresa) es simplemente que se pueda presentar como posiblemente real.

Para empezar, Delibes nos lleva a su terreno, a su tierra, a su ciudad, esta vez más que nunca quizá. La obra abre sus páginas dirigiendo al lector a una zona geográfica determinada a través de dos mapas, uno de la misma ciudad y otro de la comarca donde transcurre la historia. En este mismo instante, se pierde de vista a Delibes autor y aparece el Delibes narrador que es él y no es; comienza la historia del escritor pero que ya pertenece a cada lector y nace también el camino que debe recorrer la ficción: Cipriano viaja, crece, busca, se pregunta y, en cada momento, es Delibes, el narrador, quien se nos aparece con diferentes mascaradas y de diferentes formas, vamos a ver cuáles en concreto.

No se puede clasificar la forma narrativa del autor de forma unitaria puesto que adopta diferentes a lo largo de la novela. Se puede decir que busca en todo momento la eficiencia, si además tenemos en

² El tratamiento de este tema, tanto en el fondo como en la forma, coincide en gran parte con la visión que nos ofrece en *Diario de un jubilado*

cuenta que nos hallamos ante una obra de casi quinientas páginas podremos argüir que además buscará la amenidad en la variedad, vamos a ver algunos ejemplos:

Es un narrador testigo en algunas ocasiones, una simple voz que informa al lector de lo que ocurre en cada momento, si es de día o de noche, si hay luz, si hay un personaje agradable o no... es, en algunos fragmentos, un mero informador de la situación, no va más allá, no sabe más o menos que los personajes, sabe sólo dónde están y qué hacen con respecto a una acción. Para ejemplificar este apartado podemos detenernos en la página 351: «Cipriano adoptó la precaución de apoyar la espalda en la cabecera de la cama y encogió las piernas, de modo que, cuando Teo se abalanzó sobre él, estiró las rodillas y la detuvo momentáneamente con los pies».

También se da el caso de que la voz de Delibes se entrecruza con la del narrador formando un solo elemento. Delibes se empeña en desaparecer pero, por el contrario, vemos a un narrador demasiado concentrado en situar al lector, demasiado erudito, obstinado en informar antes que en narrar: «Antes de que se instalara en la corte, la noche del 30 de octubre de 1517, el coche que ocupaban el hombre de negocios y el rentista, don Bernardo Salcedo, y su bella esposa, doña Catalina de Bustamante, se detuvo ante el número 5 de la Corredera de San Pablo» (51).

Poco a poco, a medida que la historia avanza y la personalidad de Cipriano se va formando, el narrador se centra más en su papel y toma formas más complejas y completas:

Una de ellas³ es la del «narrador equiescente», que sabe lo mismo que los personajes, es una voz narrativa que busca la objetividad así como un cierto alejamiento de la obra y de los personajes a los que hace referencia. Estos no son juzgados desde fuera ni desde su propio interior, lo que facilita la libertad y la del propio lector que podrá enjuiciarlos a su libre albedrío, sin trabas impuestas desde la propia obra. A esta voz narrativa se le une un estilo indirecto libre, el autor se quiere desdibujar, desaparecer, para ello dota de la mayor autonomía posible a sus personajes, el lector conocerá directamente lo que piensan o sienten, los juicios del narrador se perderán completamente, la voz narrativa se llena de frialdad y adquirirá la viveza propia con que el personaje siente lo que acontece (Flaubert en *Madame Bovary* utiliza con gran éxito esta misma fórmula). Asimismo, los personajes ganan en humanidad y por tanto, en verosimilitud: «Los jueves se convirtieron en la cita obligada de los amantes. Era un encuentro inevitable y, con el sexo añadido, la viva reproducción de las expansiones de antaño entre el niño y su nodriza» (199).

Hallamos también un «narrador omnisciente» que sabe incluso más que los propios personajes. Es un camino necesario para dar a cada creación una profundidad psicológica que de otra forma no sería posible que poseyeran. El narrador se introduce dentro de la mente y el corazón de los personajes, los desmenuza y nos los muestra en su total integridad; es un recurso más para vivificar la ficción y hacerla verosímil. Es un recurso complejo pues de tratarlo de forma excesiva puede acabar anulando los personajes, hacerlos simples peles inertes de donde el narrador sacase la información que le conviniera. Ejemplos de esta técnica son:

- a) «Lo primero que pensé no fue en la delación sino en la amargura que aquellas palabras habrían producido en el espíritu de doña Ana. Luego pensó en las plumas del sombrero de fray Domingo al disfrazarse para la huida. Sintió hacia él, de pronto, una cierta aversión, tan engreído, tan pagado de sí mismo, tan sesgo» (434).
- b) «Se daba cuenta de que, salvo en sus breves contactos con los chicos de Santovenia había crecido en un fanal y no conocía la vida» (163).

Lo más importante es que el lector pueda interpretar y saber todo lo que ocurre en el alma y mente del personaje, para ello tiene a su disposición todos los datos, deseos y sensaciones: «Por las noches reflexionaba en la cama, excitado, sobre las posibilidades que un hombre rico tenía de llevar a la cama a una mujer pobre, pueblerina y quinceañera además» (113).

³ Se van a tomar las definiciones de Oscar Tacca de *Las voces de la novela* por su claridad a la hora de exponer esta terminología.

Por otra parte, y de nuevo en el mismo camino señalado hacia la verosimilitud, para hacer llegar al lector la obra del modo más creíble posible, cierra la misma con la «declaración oficial» de Minervina Capa ante dos inquisidores. En ella relata la causa de su presencia en la ejecución, pero lo que sin duda es más importante es que, preguntada acerca de lo oído o hablado ese día, lo único que puede testificar es la exhortación del padre Tablares a Cipriano para que éste abrazara de nuevo la Iglesia Romana. Minerva reproduce con fiel exactitud lo que ya el narrador nos había presentado. El autor nos presenta una declaración de la Inquisición con fechas, lenguaje claramente judicial, con la presencia de un escribano...y en ella, se reproduce lo que ya encontráramos unas páginas antes. Así, lo diccionario se nos presenta como muy verosímil ¿o quizá real?

No se vale Delibes de otros recursos como pudiera ser presentar la obra como documentos hallados en una cripta sellada y localizada por azar (manuscrito encontrado), ni es un investigador quien halla esta historia vital perdida en los archivos de la Inquisición, ni...; no, para Delibes es mucho más efectivo oficiar estas páginas con una simple fórmula administrativa. Cómo dudar así sobre la realidad de la obra, si el fragmento capital, el desenlace, además de las fechas y pequeños detalles coincide con lo plasmado en una declaración formal.

Otra de las artimañas para hacer la historia verosímil es el uso (aunque en mínima proporción frente al estilo directo) del diálogo. Con este recurso se nos muestra en cada momento cómo interactúan los personajes, lo que cuestionan, lo que sufren, lo que se atreven a decir, lo que sufren en muchos casos. Además, nos acerca la personalidad de cada uno, su estatus social, su posición en la sociedad y en su propia vida, nos aproxima a ellos y al momento por el que atraviesan, se nos presentan de modo inconsciente. Especialmente brillantes son aquellos en los se habla de religión por su vivacidad e intensidad. Éstos facilitan mucho la comprensión de las tesis luteranas, así como de los escrúpulos de la gente al compararlas con las creencias tradicionales (400):

«—Y en la Iglesia Romana ¿cree?

»—Creo firmemente en la Iglesia de los Apóstoles.

»—¿No se arrepiente de haber abrazado la nueva doctrina?

»—Yo no la acepté por soberbia, codicia o vanidad, señoría, simplemente me encontré con ella. Pero me resistía a apostatar si vuestra reverencia me convenciera de mi error, aunque nunca lo haría por salvar la vida.

»—¿No sintió escrúpulos al asumirla?

»—Antes los tuve, eminencia, en mi juventud. En ese sentido la nueva doctrina aquietó mi espíritu.»

Así pues Delibes apoya una gran parte del peso de esta obra en la fuerza e intensidad de los diálogos que ora nos transportan a debates de religión, ora a la simple comunicación entre dos personajes. De cualquier forma, hace de ellos una guía para que el lector se pueda insertar en medio de peleas matrimoniales, cuestiones religiosas o simples negocios.

3. LOS PERSONAJES

Delibes crea en esta obra una enorme galería de personajes, unos son más independientes que otros, están más o menos vivos, pero todos ellos son fundamentales para que el autor pueda expresar todos los matices que desea comunicar.

Dice el propio autor que una obra se puede considerar buena en la medida que los personajes de dicha obra permanecen vivos en la mente del lector, así pues, consciente de ellos y para buscar esa inmortalidad de sus creaciones les dará lo único que los puede hacer llegar al lector, la absoluta mortalidad:

«Yo traslado a mis personajes los problemas y las angustias que me atosigan; las expongo por sus bocas. En definitiva, uno si es sincero se desdobra en ellos. Para mí en el novelista, sobre el sentido de la observación, debe prevalecer la facultad de desdoblamiento: yo soy así pero pude ser de otra manera. E imaginar cómo hubiera actuado de haber nacido en otro medio u otra circunstancia.» (Alonso, 1993: 59).

Esta especial comprensión de la forma de escribir dará como resultado, en primer lugar, una enorme verosimilitud puesto que los problemas que vemos en los personajes bien pudieran haber sido planteados por cualquiera de nosotros; en segundo lugar, crea en el lector una colección de nombres, acciones y sentires imborrables que sin duda serán inmortales como lo puedan ser los archiconocidos Daniel «el mochuelo», Carmen y Mario, Lorenzo y otras muchas creaciones que pululan por el universo literario de Delibes.

Para el caso que nos ocupa, dado que se desarrolla una historia tan compleja, requiere que Cipriano Salcedo, el personaje principal, vaya hallando a lo largo de su vida una gran comparsa de personajes que lo acompañarán, amarán o destruirán. Todas estas compañías se hallan perfectamente retratadas por Delibes, algunas de ellas son, según nuestra clasificación:

3.1. Personajes actantes

De estos personajes podemos decir que sólo tienen importancia en la medida que sus acciones la tienen. Es decir, sólo nos importa de ellos sus acciones y lo que con ellas desencadenarán. Apenas tienen dimensión psicológica, son más bien planos, aportan su granito de arena y normalmente ya no tienen otro papel en la obra, a veces ni siquiera vuelven a aparecer. El caso más claro es el del sastre al servicio de Cipriano, por su consejo, conoce éste a la familia Cazalla y así al grupo luterano al que se unirá, por tanto, encontramos un hecho fundamental derivado de un personaje de tercera fila que apenas volveremos a ver en la obra: «Pero el sastre distinguía a los oradores cautos de los ardientes, a los modernos de los tradicionales, así se enteró Salcedo de la existencia del doctor Cazalla, un hombre de palabra tan atinada que el Emperador, por sus viajes por Alemania, lo había llevado consigo» (236).

Otro personaje actante de mucha mayor importancia es Juan Padilla, causante por sus acciones de sacertadas, la caída, desmantelamiento y captura del grupo luterano. Su exceso de confianza, su falta de prudencia y excesivo orgullo desencadenará el fin: «Cipriano tuvo que hacer dos viajes a Zamora para convencer a Pedro Sotelo de que no facilitase a Padilla lugares de reunión, ya que este hombre, como había dicho el doctor, cada día más amilanado sembraba la discordia por donde quiera que iba» (379).

Otro ejemplo puede verse en personajes necesarios sólo por sus labores y que acompañan el devenir de Cipriano, como el encargado de atravesar con él clandestinamente la frontera, los bicheros o Ana Enríquez por su capacidad para enamorarlo («un proyecto apenas esbozado», 487).

Debemos señalar que no sólo existen actantes como los vistos antes, pues puede haberlos morales y psicológicos, como la esposa de Cipriano que acaba demente por no poder quedarse embarazada.

3.2. Personajes testigo

Este tipo lo representan aquéllos que ni siquiera influyen en la trama de la obra, están en ella como puntos de referencia para el lector ya que su principal misión es observar la evolución de los personajes.

El caso más extremo es el de Minervina, es testigo del crecimiento de Cipriano, es una mínima parte de su educación, lo conoce en su infancia, sigue su crecimiento y luego desaparece para ver cómo muere. Es testigo, y como tal, debe prestar declaración ante la Inquisición.

Otro ejemplo más pasivo si cabe, pues éste ni siquiera tiene sentimientos hacia Cipriano, es Ignacio Salcedo, su tío. Es cierto que lo visita, se hace cargo de sus negocios, pero a pesar de su importancia política y social no hace nada por él, sus acciones y opiniones no tienen importancia: cuando opina ante Cipriano negativamente sobre el doctor Cazalla parece despertar aún más la curiosidad en su sobrino que lo buscará poco después: «A mi juicio Cazalla es un hombre de grandes palabras y pequeñas ideas. Una mezcla peligrosa» (239).

Su última acción será solo una efímera ayuda pues se encarga de buscar a otro testigo de la tragedia final: encuentra a Minervina, pero esto tampoco reviste mayor importancia excepto para esa «artimaña» ya comentada para oficializar el texto.

3.3. Personajes principales

En tres grupos se podría repartir esta responsabilidad: Cipriano sería uno de ellos, la familia Cazalla por otra parte pues ellos son los destinados a sembrar la duda, de adoctrinar, de amamantar a una generación religiosa, pero todos ellos existen porque había una nueva forma de entender la religión, existen porque Lutero existió, por tanto, desde la sombra tienen un papel fundamental. Su doctrina, presentada varias veces y por varios personajes está siempre presente en la obra: quizá lo más revolucionario sea la inexistencia del purgatorio, el anuncio de que la sola pasión de Cristo es suficiente para la salvación final porque supone un trauma para los personajes, esto, junto a la crítica sistemática del celibato de los sacerdotes, al monjío como estado, los diezmos así como el culto a los santos, reliquias e imágenes, supone una auténtica revolución para los personajes, que se esforzarán por comprender, vivir y anunciar esta nueva doctrina que será reflejo del deseo de independencia intelectual y la libertad de pensamiento.

Los Cazalla son los más emprendedores en la difusión de esta doctrina: el doctor, carismático, astuto, místico y sensible la anunciará con palabras veladas a las grandes masas que acuden a sus charlas, sembrará en Cipriano una inquietud mayor que la que ya arrastraba. Sin embargo, será Pedro Cazalla quien acabará de presentar la doctrina luterana a Cipriano sin tapujos, quien le convencerá finalmente de forma cercana y sencilla.

Por último, nos ocuparemos de Cipriano, el primero y esencial. Delibes lo forma como un héroe clásico, nos lo presenta ya antes de su concepción, lo sigue durante todos los periodos de su vida y nos lo presenta en toda su complejidad de individuo atrapado por una sociedad asfixiante e intolerante. Sin embargo, hace siglos que el mundo mítico desapareció y, por tanto, no creo que se pueda considerar un héroe. Es castigado por el autor desde un principio y su único éxito real en la vida, su éxito personal, es acabar por defender sus ideas en el último momento, negándose a claudicar de lo que era su convencimiento.

Su vida, *a priori*, puede parecer fácil, triunfó social y económicamente, pero nunca en lo sentimental ya que la mujer a la que amaba desapareció, su mujer se volvió loca y lo que de verdad lo ensalza, pues, es su éxito moral, la resolución fatal de triunfar en lo único que de verdad le importaba: lo espiritual. Es un personaje que continuamente busca la comunicación con su padre sin hallarla, con su tío, con sus compañeros de colegio, pero se muestra tan incapaz de ellos como de instalarse confortablemente en su sociedad, sin amigos, sumido en la duda se refugia en la hermandad, entre la fraternidad y sus principios, he aquí su gran valía.

4. ESTILO

A lo largo de la vasta trayectoria novelística de Delibes, destaca una especial concepción del libro y los elementos que lo conforman para dar lugar a una creación verosímil, uno de los pilares sobre los que se construye este concepto es la exactitud léxica que demuestran sus personajes para tomar vida definitiva.

Al leer *El hereje* queda en el paladar un regusto indescriptible pero reconocible, es el sabor de la prosa delibiana, y es una prosa más perceptible y más propia de Delibes que la nimia acción que acompaña sus tramas. Escritor de pensamiento más que de acciones sorprende el autor y nos sorprende nuestro propio idioma de donde surgen tantos y tantos términos.

Muchas veces se ha tachado la obra de Delibes de barroca, de excesiva, de mostrar un preciosismo exacerbado o de pedantería, pero antes que todo ello, prima su gusto por exactitud. Todo se escribe puesto que todo elemento tiene un término que lo define, todo queda plasmado con singular precisión como si fuera una pintura realista que refleja todo lo que rodea a las creaciones de su mente. Así, ya en el viaje de Cipriano, al principio del libro, podemos encontrar una amplia muestra del léxico del mar y de la arquitectura del barco que lo transporta: por la «amura» se ve la silueta de la tierra, los marineros saltan a la «guíndola», aparece el «marmitón», los «matureros» etc. lo que hace de su lectura, a la par que un detallado dibujo de la vida en el barco, un aprendizaje continuo de nuestra lengua.

Mientras que este tipo de detalles encierran un amplio trabajo de documentación y esfuerzo creativo, Delibes, conocedor del habla de la gente de su tierra así como de los diferentes sociolectos, hace un viraje para dirigirse de nuevo hacia la verosimilitud; adopta el parlamento de cada personaje a su posición, a su estatus social, son unos personajes que actúan con decoro. Así, cuando toma la palabra el padre de la futura mujer de Cipriano habla como lo que es, un hombre de campo, con esa exactitud que tanto gusta a Delibes reflejar en su obra: «Está preñada –dijo–. Es un animal muy ríjoso éste. Tanto le da abril como enero. No descansa. Desde mi ventana, de madrugada, las veo guareándose entre las teleras todos los días del año, tanto da con frío como con calor» (222).

Este fragmento refleja con exactitud la forma de ser de este ganadero a quien poco le importa agrandar a su futuro suegro, este parlamento contrasta, por el contrario, con la oficialidad y seriedad de la confesión de Ana Enríquez donde se habla de temas de mayor enjundia: «Y luego me sugirió que lo que debía hacer era confesarme a Dios de toda mi vida pasada porque los hombres no tenían potestad para absolver» (433). De igual manera, cuando este personaje habla en su confesión, la hace leísta, variedad diatópico que nos indica su procedencia: «Y entonces yo le dije: “¿Y el Papa?”. Y ella me dijo: “El Papa le tenemos cada uno en el Espíritu Santo”».

Uno de los mayores aciertos de Delibes es la adaptación perfecta del léxico a cada personaje y situación: «culto para el narrador y personajes de alto nivel social e intelectual y bajo para los personajes de estrato social y cultural deprimido» (en conversaciones).

A pesar de lo dicho podemos indicar que no hay grandes extremos en los parlamentos de los personajes, no hay uno que presente una variación diastrática que denote una condición cultural muy baja a pesar de lo que los hay con frecuencia, como es el caso de Teodomira, la mujer de Cipriano, que hasta casarse con él había sido una esquiladora. Hay que señalar que a lo largo de la carrera de Delibes, ha recibido ciertas críticas por no respetar el decoro al que nos estamos refiriendo en estas páginas, por ejemplo, a la hora de hacer hablar a niños u otros personajes iletrados con un léxico en exceso culto y cuidado, esto, siempre discutible y que podría ocurrir en obras iniciales como *La sombra del ciprés es alargada*, se ha ido depurando con el tiempo hasta el punto de que apenas se puede percibir en la obra que nos ocupa.

5. CONCLUSIÓN

El hereje es una profunda y compleja obra literaria cuya importancia radica, por un lado, en la construcción literaria, en la utilización del lenguaje usado y la creación de los personajes. Supone, bajo mi punto de vista, una de las obras más importantes, pues no en vano, podemos considerar que condensa toda la trayectoria novelística y, en parte, vital, de un autor fundamental para entender la evolución de la novela española del siglo XX, un autor ya canónico por razones evidentes. Por otro lado, la obra que hemos comentado tiene una riqueza extraordinaria, pues puede producir muy di-

versas y variadas lecturas, por el trasfondo temático de la obra: religión, libertad, paz, represión, tortura, amor, locura y un largo etcétera que no puede dejar a nadie indiferente. Es, como ya hemos visto, una obra basada en la historia, en los acontecimientos pasados pero que, no obstante, es de una enorme modernidad, y precisamente ahí radica gran parte de su interés vivencias, pero convirtiéndose en interlocutor de un extenso grupo humano: el de las personas tímidas.

© Pablo Lorente Muñoz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, César. *Conversaciones con Miguel Delibes*, Barcelona: Ancora y Delfin, 1993.

BASANTA, Ángel. *La literatura de la posguerra. La narrativa*, Cincel, Madrid, 1981.

BASANTA, Ángel. *La novela española de nuestra época*, Madrid: Anaya, 1990.

CABEZA CERRATO, M^a de los Ángeles, *El hereje, Didáctica (Lengua y Literatura)*, 1999, pp. 279-320.

CUEVAS, Cristóbal y BAENA, Enrique. *Miguel Delibes: el escritor, su obra y el lector*, Actas del V Congreso de Literatura Española Contemporánea, Universidad de Málaga 12-15 noviembre 1991, Barcelona: Anthropos, 1992.

DELIBES, Miguel. *El hereje*, Barcelona: Destino, 2001.

LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel y LÓPEZ BERNASOCCHI, Augusta. "Pasado de un porvenir para una caracterización de Cipriano Salcedo, protagonista de *El hereje*, de Miguel Delibes", *Siglo XXI. Literatura y cultura españolas*, 2004, 002, noviembre, pp. 195-217.

OLEZA, Antonio. *La novela en el siglo XX*,

PÉREZ, Jesús. *La España del siglo XVI*, Madrid: Anaya, 1991.

SIMON, Antonio. *La España del siglo XVII*, Madrid: Anaya, 1991.

TACCA, Oscar. *Las voces de la novela*: Madrid, Gredos, 1985.

El autor:

Pablo Lorente Muñoz (Zaragoza, 1979). Profesor de Lengua Castellana y Literatura en Secundaria. Profesor asociado de la Universidad de Zaragoza, Facultad de Educación. DEA en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Doctorando en Didáctica de la Lengua y la Literatura. Escritor (*Relatos desde ninguna parte*. Eclipsados, 2010) y crítico literario. Blog: <http://librorelatospablolorente.blogspot.com/>

EN BUSCA DE LOCALIDADES QUE VALGAN: EL ENIGMA DEL INDIVIDUO EN MONTOYA Y AZUELA

por Michael Abbott

«Hay que preferir el infierno real al paraíso imaginario»

Simone Weil

En ocasiones la literatura permite trascender la realidad para aportar nuevas percepciones en torno a conceptos anteriormente concebidos como nítidos e inmutables por la historia, la cual a menudo establece los confines del conocimiento. Si estos confines ya de por sí constituyen una barrera al conocimiento, la naturaleza colectiva de la historia también entorpece la búsqueda de la denominada «realidad», vivida tanto a nivel individual como colectivo. Impuesta desde arriba por mecanismos políticos, sociales o históricos, lo que se entiende por «historia» siempre se trata de un ejercicio colectivo que avasalla las experiencias individuales de la realidad histórica.

Es por ello que dar validez únicamente a la historia, considerándola la única manera de conocer el pasado, deja al individuo en una situación de incertidumbre. Sin saber de qué manera encaja su realidad personal dentro de la historia que tiende a ser colectiva, al individuo rara vez se le provee de voz. Sin temor a exagerar por lo que revelan las obras *Los de abajo* y *El laberinto del pecado*, de Mariano Azuela y Víctor Montoya respectivamente, se puede afirmar que las experiencias individuales se suprimen a cambio de imponer una única e irrefutable perspectiva colectiva.

Con una destreza loable, la historia aparta al individuo de una realidad creada en base a naciones, doctrinas, regímenes, guerras a gran escala y sistemas económicos, de manera que al final no queda hueco para ninguna perspectiva individual ni personal dentro de la misma. Hasta los individuos más notorios de la historia, tomando como ejemplo al Che, concebido únicamente en el plano superficial de la historia, no pasa de ser un revolucionario marxista cuya fama alcanzó su ápice en la Revolución cubana. Ahora bien, incluso cuando se pretende dotar de individualidad a personajes históricos ilustres, como es el caso del Che en la nación cubana, se los sitúa firmemente dentro del panorama abarcador y colectivo que la historia ofrece. De esta manera las anécdotas supuestamente verídicas que se cuentan en Cuba del Che «valiente» que rescata a un compañero herido en plena escaramuza y del Che «honesto», caracterizado por la austeridad en el reparto de materiales de primera necesidad, destacan las cualidades personales más afines a los conceptos comunistas de la camaradería.

La individualidad despojada por la historia se destaca únicamente cuando sirve para enriquecerla, en casos como los del Che donde la individualidad se pone al servicio de la historia. Sin tener en cuenta las vivencias individuales apartadas del enfoque colectivo de la historia, rara vez se logra relatar con objetividad la faceta de la realidad vivida y construida por individuos, lo cual en palabras del célebre escritor Carlos Fuentes se resume con la frase: «No hay globalidad que sirva, sin localidad que valga».

Al estudiar de manera concienzuda la historia latinoamericana se topa incesantemente contra muros de la historia que prohíben acercarse a las experiencias personales de personas cuya «localidad» se omite por culpa de la «globalidad» de la mirada histórica. Como consecuencia de esta supresión de lo individual, de manera colectiva y por parte de la historia, se propicia la mitificación de figuras históricas como el Che así como el revolucionario mexicano y el minero boliviano, convertidos así en ídolos a respetar por su empeño colectivo, principios nobles y naturaleza incorruptible. Sin em-

bargo, tal mitificación lleva a una situación de incertidumbre personal para aquellos cuya «localidad», es decir, sus vivencias personales, no corresponden para nada con la «globalidad» de la que supuestamente forman parte en el contexto histórico.

Lo que la historia pasa por alto, e incluso modifica si ello es preciso para encajar mejor en la perspectiva colectiva y global histórica, es decir, la individualidad, es precisamente lo que la literatura se empeña en sacar a flote. Y si bien a veces se concibe la literatura como una herramienta de contenido fantástico, muy alejada de la realidad histórica, y por lo tanto incapaz de relatarla, las obras de Mariano Azuela y Víctor Montoya sirven para demostrar precisamente lo contrario: que el mundo literario no sólo se limita a presentar la historia tal como sucedió, sino que también destruye las mitologías y versiones equivocadas surgidas a partir de las deficiencias intrínsecas de la mirada histórica. En su afán de depender más de la «globalidad» que de la «localidad», la historia omite cualquier experiencia individual salvo en casos en los que la historia se beneficia a cambio de adaptar la individualidad a su antojo.

A diferencia de la historia, la literatura, y particularmente las obras literarias *Los de abajo* y *El laberinto del pecado*, escritas por Mariano Azuela y Víctor Montoya respectivamente, permiten indagar en las profundidades de la individualidad y descubrir de qué manera influye y se deja influir por la historia. En las dos obras se intuye perfectamente que el propósito de ambos autores es el de echar abajo la globalidad histórica, para así dar paso a las experiencias individuales de las que está compuesta la historia. Paralelamente, al resaltar lo individual por encima de lo colectivo, la literatura sirve además para descalificar la mitificación de las figuras del revolucionario mexicano y el minero boliviano en aras de poner de relieve la faceta más humana de ambas.

Si la perspectiva histórica ofrece una mitología simplista del minero boliviano y del revolucionario mexicano como figuras colectivas, la literatura concibe todo lo contrario con situaciones y personajes individuales que exponen la falible naturaleza humana, plagada de motivos egoístas, identidades volátiles y principios vagos. Montoya y Azuela se proponen plasmar las experiencias individuales, a rescatarlas de entre las tinieblas de la mirada histórica colectiva, y de esa manera conseguir, echando mano de una estructura ingeniosa que presenta en ambas obras primero lo local a través de la familia, contrastado y disminuido al final con lo global e histórico mediante lo telúrico. Dicha estructura paralela implica la destrucción de mitologías en torno al minero boliviano y revolucionario mexicano hasta ahora consideradas veraces.

En sus intentos de tumbar la mitología en torno al minero boliviano y el revolucionario mexicano como figuras comprometidas con el colectivo y puramente reivindicativas, ambos autores apartan a los protagonistas del contexto histórico-colectivo, sin que por ello desaparezca necesariamente del todo la faceta colectiva de sus denuncias. Demetrio Macías y Manuel Ventura, los protagonistas respectivamente, personifican la denuncia tanto del *Los de abajo* y *El laberinto del pecado* campesino mexicano, en el caso de Macías, como del minero boliviano, en el caso de Ventura. A diferencia de la mirada histórica que permite contemplar las denuncias del pasado sólo de forma colectiva, Montoya y Azuela emplean la familia para dar a entender que aunque lo colectivo influye en la formación de la figura reivindicativa del minero y revolucionario, es más bien lo colectivo vivido y sentido cerca del individuo, en la familia, por ejemplo, lo que más los inspira a denunciar. Toda familia, por el mero hecho de pertenecer a un colectivo social, cultural o económico, imparte a sus miembros la identidad colectiva, fruto de haber nacido en el seno de una familia campesina (Macías) o minera (Ventura). Es por este motivo que los personajes de Demetrio Macías y Manuel Ventura se dejan influir sólo por las injusticias sufridas por el único aspecto tangible del colectivo al que pertenecen, que viene a ser la familia.

Como institución que engloba lo individual y lo colectivo por igual, la familia constituye un punto de partida idóneo para comprender en qué se inspiran las figuras históricas ejemplificadas por Demetrio Macías y Manuel Ventura. Al arrancar ambas obras de la misma manera, asentando la narrativa personal de los protagonistas dentro del núcleo familiar, tanto Montoya como Azuela dan a

entender que son las experiencias personales vividas en familia las que marcan las pautas de sus denuncias y no las exigencias del colectivo al que pertenecen. La primera escena de *Los de abajo* relata lo que va a llevar al protagonista, el revolucionario Demetrio Macías, a abandonar su familia después de recibir en casa a dos soldados federales que amenazan con violar a su mujer. Mientras tanto, Demetrio se encuentra escondido a solas y, por lo tanto, fuera del ámbito colectivo de la familia y la historia en su propia casa para que los soldados no se percaten de su presencia. Desde su escondite atestigua la muerte de su perro a manos de los federales sin razón alguna, así como el intento de violar a su mujer y de hacerse por la fuerza con algo de comida, poniendo énfasis en la mirada individual de los que viven y padecen la historia. Es aquí donde se percibe que la amenaza de los federales, despiadados para con sus compatriotas mexicanos, constituye una amenaza no sólo a la clase indígena y campesina mexicana, víctimas durante años del cruel sistema latifundista como enseña la historia, sino también al cobijo colectivo de la familia. De ahí que Demetrio Macías emprenda la lucha revolucionaria empujado por motivos individualistas, que tienen más que ver con el colectivo reducido de su familia que con el de la sociedad.

A diferencia de Demetrio Macías, Manuel Ventura es miembro de una familia cuyas experiencias traumáticas se hallan en las tinieblas de la historia familiar. *El laberinto del pecado* comienza con los recuerdos históricos de la nación boliviana, cuya historia de colonización y conquista crea un sórdido panorama al que tiene que afrontarse el minero en su lucha por una sociedad más justa y equitativa. Sin embargo, la historia de la zona de donde proviene Manuel se presenta en la novela como algo distante, en la que sólo inciden personajes destacados como el conquistador ibérico Juan del Valle y un «mestizo, de rostro cuadrangular y bigote espeso», que «se convirtió en el más próspero de los industriales mineros» tras explotar una mina. La única manera que tiene Manuel Ventura de adentrarse realmente en la historia, para formar parte de ella, es a través de los tangibles vínculos familiares, razón por la cual recuerda vívidamente el relato de una huelga minera que acabó en masacre contado por su padre. Pero aún así Manuel Ventura no se siente del todo identificado con las injusticias a las que están sometidos los mineros bolivianos, él más bien se preocupa por asuntos triviales propios de la juventud por no haber aguantado en carne propia los abusos de los que le habla su padre y que Demetrio Macías, en *Los de abajo*, ve delante de él.

Al ser una institución social un tanto vaga y nebulosa por la capacidad del individuo de sentirse parte del colectivo familiar o simplemente un miembro individual más, la familia, al igual que la historia, permite tanto una visión «global» o «local» como alude Carlos Fuentes. Para Manuel Ventura, la perspectiva global de la masacre de Catavi descrita por su padre, aunque afecta a su familia, no inspira en él sentimientos reivindicativos de denuncia por tratarse de un hecho vivido fuera del ámbito individual. En esa misma línea de ambivalencia hacia las vivencias deplorables de sus conciudadanos mineros, Manuel Ventura no muestra ni el menor interés en cuestiones de índole política hasta entablar una amistad más profunda con Clarice, una compañera suya de clase. Manuel Ventura se siente hasta tal punto «atraído por esa misteriosa masculinidad y por esos ideales revolucionarios que ella sabía defender con pasión y coraje». La transformación de Manuel, paulatina pero evidente, en un ser consciente de la realidad colectiva que lo rodea en la forma de masacres mineras perpetradas por el gobierno y propaganda desenfrenada surge a raíz del interés amoroso que siente por Clarice.

De hecho, no es hasta que se le muere el padre, asesinado supuestamente a manos del gobierno por ser dirigente sindical, que Manuel empieza, por su propia cuenta, a reconocer la vida desgraciada del minero como bien indica la primera frase del capítulo VIII: «A Manuel Ventura, desde el día en que murió su padre, se le filtró la desgracia por los poros, sometiéndolo a una insondable melancolía.» De ahí que las novelas planteen que sólo las injusticias vividas de cerca, y no con la mirada colectiva inherente a veces tanto a la familia como a la historia, sean el ímpetu detrás de la denuncia individual.

Entendida como un microcosmo de la historia, la institución familiar se concibe en términos colectivos, cosa que a veces conduce a la nula plasmación de las experiencias individuales. De esta

manera se entiende la utilización del núcleo familiar por parte de Montoya y Azuela como un intento de dar cabida a una participación y concientización individual dentro de una esfera colectiva, la cual se sostiene y nutre gracias al individuo y no al revés. Partiendo de esta suposición, se establece la figura del individuo impelido hacia posturas revolucionarias y reivindicativas de interés común por decisión propia y no necesariamente por el mero hecho de pertenecer a un colectivo determinado.

Demetrio Macías es revolucionario en defensa de su familia por las injusticias que ve perpetradas contra ella y también por una rencilla como consecuencia de un asunto personal entre él y el cacique don Mónico. Manuel Ventura se mete a minero «en reemplazo de su padre», tras el asesinato del mismo. Es por ello que el mito de la figura histórica comprometida intrínsecamente con las reivindicaciones y las exigencias sin ningún motivo más allá de cumplir con las obligaciones del colectivo (perspectiva de «globalidad») se desvanece en *El laberinto del pecado* y *Los de abajo*.

Tal desvanecimiento, ocurrido a cambio de dotar de localidad a Manuel Ventura y Demetrio Macías, en todo caso, no es exento de complicaciones para ambos, puesto que de paso crea una identidad problemática situada a medio camino entre los impulsos individualistas de ambos y la colectividad entrañada por identificarse con movimientos sociales como lo son la Revolución mexicana y el colectivo minero. Aunque el pueblo galvanizado, escudriñado bajo la lupa de la mirada histórica, sea relevante sólo en cuanto a su faceta colectiva de acción y lucha para promover cambios, Montoya y Azuela por igual muestran con sus obras que dicha galvanización viene siempre de la mano de individuos. Imprescindible la cita de Carlos Fuentes para comprender en qué consiste la visión literaria de los dos autores: «No hay globalidad que sirva, sin localidad que valga». Individuos como Demetrio Macías y Manuel Ventura, ambos enfrentados de pronto a una realidad colectiva, y a veces hasta confusa y desconcertante para ellos, que se propone servirles de ayuda en preocupaciones y motivaciones brotadas a nivel individual.

Curiosamente, en el caso de ambas obras, tanto Montoya como Azuela emplean lo telúrico, o sea, elementos relativos a la tierra para dilucidar el difícil encajamiento de motivos individualistas en un todo colectivo.

Resulta sumamente interesante comprobar, a modo de ejemplo, de cómo lo colectivo pasa por alto las experiencias individuales, la función del sueño erótico de Manuel Ventura al final del primer capítulo de la obra de Montoya y su relación con las minas. El sueño erótico en el contexto de la obra revela la dualidad de un personaje atrapado entre vivencias personales y colectivas. Al vivir en una sociedad regida por unas pautas morales establecidas por la Iglesia católica, los sueños de Manuel, si bien únicamente recaen en él, están también sujetos a la valoración de la sociedad y los elementos colectivos de la clase minera boliviana por extensión. Con razón acude Manuel Ventura de inmediato «a la iglesia a confesar su pecado», un pecado tan suyo como de la sociedad que le ha enseñado a no tener sueños eróticos. *El laberinto del pecado* despliega la visión de una sociedad donde ni las intimidades pueden quedar como tales, donde lo individual está siempre bajo el yugo de lo colectivo.

Hasta la principal desgracia que obliga a Manuel Ventura a emprender la vida minera, la muerte de su padre, se considera en clave colectivo como un suceso más que lamentar en una larga sucesión de desgracias. Este punto lo demuestra Víbora, un trabajador en la mina también en reemplazo de su padre. Las vivencias de Víbora corresponden a la perfección, por esta llamativa semejanza de padres muertos, a las de Manuel Ventura. Mediante una conversación con Víbora, Manuel Ventura descubre que ni Clarice, asesinado por «un estricto enamorado» militar, se libra de formar parte de la sucesión de desgracias colectivas, de víctimas acumuladas a lo largo de los siglos y cuyos nombres hacen recordar a otros muertos sin justificación alguna. «¡Así son estos carajos! A mi padre también lo mataron ellos en la masacre minera de San Juan», exclama el Víbora al enterarse de la muerte de Clarice, de manera que Montoya subyuga las experiencias personales de Manuel Ven-

tura, colocándolas así en un segundo plano con respecto a la historia colectiva de los mineros bolivianos.

De ahí que las minas oscuras y enmarañadas, donde todo y todos están vinculados y entrelazados entre sí al formar parte de un colectivo que reclama como suyo las experiencias individuales, sean el símbolo de la minimización del individuo dentro de lo colectivo. La colectividad del símbolo de las minas abarca y asimila las desgracias individuales de todos los mineros por igual, lo cual, en ocasiones, impide que éstas se conozcan y permanezcan ocultas como las mismas minas. Montoya demuestra este punto con el ejemplo del guerrillero en el último capítulo de su obra. En una noche de desesperación, conmovido no ya sólo por la muerte de su padre, sino también por la muerte de su amante Candelaria en pleno parto, Manuel Ventura se acerca a un bar donde escucha, de boca de un guerrillero jactancioso, el relato de cómo éste sobrevivió a una emboscada enemiga. Mientras el guerrillero es una figura alardeada por su gran trascendencia pública, el minero está obligado a soportar el olvido generado por habitar un espacio oscuro en el sentido real y figurativo. Un lugar, por añadidura, plagado de tanta desgracia individual que, en palabras de Manuel Ventura: «lo único que nos depara el destino a los hijos de los mineros» es «trabajar hasta reventar con mal de mina», destino de siempre, compartido colectivamente y sin faz humana que permita a los de fuera de la mina compadecerse de ellos.

Por si esto fuese poco, la pérdida y minimización de las experiencias individuales que llevan a uno a pertenecer a un colectivo determinado también implican la destrucción de fundamentos sobre los que se asienta dicho colectivo. De esta manera se reducen a nada todas las tradiciones y mitologías surgidas en torno a la minería andina para Manuel Ventura, quien no halla en ellas escapatoria factible a su desesperada situación de minero. En la obra de Montoya, hasta lo colectivo, ejemplificado por la figura mitológica de las minas andinas por excelencia, el Tío –dios y diablo en la mitología andina–, se ve en una posición precaria al dejar de lado todas las experiencias individuales que lo conforman cuando Manuel Ventura rumia y se da cuenta de «que la muerte de un minero no se da cuando el Tío quería, sino cuando al destino se le venía en gana.»

Otra manera de presentar una versión no mitificada ni falaz de la historia de la figura del minero con enfoque telúrico se encuentra ya desde el título mismo de la obra de Montoya. *El laberinto del pecado*, sin desviarse demasiado del título en sí, da a entender que la historia es un conjunto complejo en forma de laberinto, en el cual se intercalan elementos colectivos e individuales imposibles de comprender con una visión limitada del minero boliviano como miembro de un colectivo amplio y unido. Para Montoya, la historia sobrepasa los límites de lo colectivo y requiere de una indagación profunda, casi como si la misma alma humana fuese una mina, a fin de dotar a la historia una faceta personal. Sin embargo, como ya se ha señalado anteriormente, tal indagación personal no es siempre del todo satisfactoria en el sentido de que deconstruye el individuo al apresararlo dentro de un espacio colectivo, la mina en este caso en particular. El adentrarse en las minas laberínticas, según la obra de Montoya, conlleva a veces zambullirse en lo colectivo, hasta considerarse tan sólo como un peldaño más llamado Manuel Ventura en la larga historia colectiva del minero oprimido.

Difícilmente se puede compaginar lo individual con lo colectivo, y es precisamente los elementos telúricos de *El laberinto del pecado* los que demuestran la tendencia de todo movimiento colectivo a apropiarse de vivencias y motivos individuales para encajarlos dentro de un espacio compartido por todos. De una manera semejante ejerce lo telúrico sobre el personaje Demetrio Macías en *Los de abajo* una vez que cunde en él la indignación tras la visita de dos soldados federales a su casa. El intento de violar a la mujer de Demetrio Macías y la muerte de su perro son dos de las secuelas que dejan tras de sí los federales, impeliéndolo a aunarse de pleno a un grupo revolucionario del cual él es líder. Sin embargo, al dedicarse de pleno a un movimiento colectivo por razones individuales, Demetrio Macías corre el riesgo de ver su causa personal, es decir, la defensa de su familia, eclipsada y ocultada bajo el gran yugo de lo colectivo como sucede en el caso de Manuel Ventura.

Echando mano de lo telúrico, en una de las escenas, quizá más representativas de toda la obra de Azuela, el público lector asiste a la inversión de lo colectivo y lo individual. Enfrentados el bando revolucionario de Demetrio Macías y el bando de los federales en un arroyo, lo telúrico incide en esta escaramuza en el sentido de que unos, los federales, se hallan cerca del fondo del peñascal mientras Demetrio Macías y sus hombres se sitúan por encima de ellos en un despeñadero. Si hay algo que esta escena muestra es precisamente el ennoblecimiento del grupo revolucionario, y su situación de superioridad moral entendida gracias a su ubicación privilegiada en el espacio telúrico. De todas formas, el ennoblecimiento ocurre en detrimento de los anhelos individuales de personas como Demetrio Macías, luchadores inspirados no en los abstractos conceptos revolucionarios, sino en las injusticias sufridas de cerca para defender a su familia de los federales y a sí mismo contra las vilezas de don Mónico. Al encontrarse inmerso en un grupo ennoblecido por lo telúrico, todos los elementos constitutivos de Demetrio Macías se empiezan a incorporar al discurso revolucionario y colectivo de la Revolución mexicana, en cuanto a la tierra se refiere. Cabe destacar que la Revolución mexicana se suele explicar remontando a determinados antecedentes sociales y económicos, muchos de ellos relacionados precisamente con la tierra y el mal uso que le daban hacendados y latifundios con altos costes para agricultores independientes e indígenas.

Imprescindibles para comprender la función de lo telúrico en el ennoblecimiento mitológico del revolucionario mexicano son las observaciones de un joven llamado Luis Cervantes. Un estudiante culto y de buena situación socioeconómica, Luis Cervantes afirma que Demetrio Macías, unido ya definitivamente a la tierra que ennoblece de forma colectiva a aquellos que la defienden, lucha por razones que sobrepasan lo individual. «Usted, hombre modesto y sin ambiciones, no quiere ver el importantísimo papel que le toca en esta revolución,» concluye Luis Cervantes al tiempo que pregunta si «¿Será justo abandonar a la patria en estos momentos solemnes en que va a necesitar de toda la abnegación de sus hijos humildes para que la salven, para que no la dejen caer de nuevo en manos de sus eternos detentadores y verdugos, los caciques?... ¡No hay que olvidarse de lo más sagrado que existe en el mundo para el hombre: la familia y la patria!». Queda evidente tras estas declaraciones que al individuo le corresponde verse empequeñecido, no ya sólo por elementos colectivos como la familia, sino también por la misma causa revolucionaria colectiva así como la patria de la que lo telúrico forma parte sin lugar a dudas.

Desde la perspectiva aportada por el análisis de los elementos telúricos de ambas obras, se desprende una actitud desinteresada hacia cualquier acontecimiento venidero, fruto del rumbo colectivo que toman las figuras reivindicativas que encarnan Demetrio Macías y Manuel Ventura, en condición de revolucionario y minero respectivamente. Ventura y Macías no se interesan siquiera por la evolución de un movimiento colectivo «global» cuyo éxito o fracaso está fuera de sus manos, lo cual da pie a una situación en la cual ambos autores acaban por restarle importancia a la faceta individual de ambos. Esta técnica sirve de mucho, puesto que pone de manifiesto la tendencia histórica a minimizar la figura del individuo, lo «local» para Carlos Fuentes, hasta tal punto que cunde en él la despreocupación.

Por ello no resulta ni mucho menos sorprendente que hacia el final de la obra de Montoya surja de pronto un vagabundo llamado Valderrama, cuyas palabras elocuentes denuncian no tanto la pésima situación de los campesinos mexicanos, sino más bien el proceso histórico mismo que aparta al individuo de la evolución de México. «¿Villa? ¿Obregón? ¿Carranza? ¡Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la Revolución porque es Revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importan a mí?», llega a decir Valderrama, quien además utiliza de manera muy intrigante el símbolo telúrico del volcán, para denigrar a aquellos de la banda de Demetrio Macías que se preocupan por los pormenores de la Revolución mexicana, creyendo de verdad que enmendarla depende de ellos en su calidad de individuos ennoblecidos por la causa revolucionaria.

Si se contraponen esta actitud presente al final del libro con la justificación social y reivindicativa de la Revolución mexicana expuesta por Luis Cervantes, parece patente la intención de denuncia de

Azuela en dos sentidos: primero, la denuncia del pueblo mexicano oprimido, y segundo la denuncia lanzada contra la manera en que se desarrolla la historia de manera colectiva y global. Dicha queja es consciente de la ineptitud de la figura mitificada e imaginada del revolucionario noble para fomentar y dirigir cambios dentro del panorama histórico. Al fin y al cabo, el individuo queda reducido a poco o nada por el torbellino de eventos en el que se ve envuelto por causas totalmente ajenas a él: la adhesión de figuras insensatas y crueles al movimiento revolucionario (el despiadado güero Margarito que perpetua vilezas contra personas inocentes con la excusa de beneficiar a la Revolución) y la mella que hacen en los valores éticos de la Revolución las extravagancias y parafernalias de los mismos revolucionarios (el ejemplo de Villa enriquecido). Tanto es así que *Los de abajo* sugiere con la fatídica muerte de Demetrio Macías en un peñascal, el mismo donde se pone en marcha su periplo revolucionario ennoblecido por lo telúrico, que el individuo jamás puede estar a la altura de las pautas establecidas por una historia colectiva que tiende a ennoblecer al tiempo que suprime por completo al individuo.

Al dar voz propia a los individuos que conforman la globalidad y lo colectivo, *Los de abajo* y *El laberinto del pecado* crean un espacio diegético, donde por fin la localidad goza de importancia. Lamentablemente para Manuel Ventura y Demetrio Macías, sin embargo, toda experiencia personal se desarrolla en un mundo, como es el caso de los espacios diegéticos, imbuido de historia. Ya desde el mismo origen de América Latina existe un sincretismo sofocante que entorpece cualquier intento de separar lo individual de lo colectivo, cosa que se ejemplifica en el caso de Manuel Ventura, mestizo de nacimiento y por ello situado en la curiosa encrucijada de lo local y lo global histórico. De todas formas, aun habiendo expuesto el problema inherente a la mirada histórica, el mero intento de dotar de individualidad a dos colectivos sociales e históricos contribuye en mucho no a ennoblecerlos y mitificarlos como a menudo hace la historia, sino más bien a humanizarlos. Como resultado final se obtiene una visión más natural de estas figuras, consideradas por fin no bajo la lupa del idealismo colectivo y constructivo de la historia, que contribuye a sostener conceptos desacertados acerca de ellos, sino con la literatura donde se destacan las características humanas, y, por lo tanto, falibles como demuestran el desenlace contundente y fatídico de ambas obras. Esta nueva perspectiva basada en la experiencia humana permite al público lector aproximarse a lo local y sentirse identificado con personajes no mitificados y tan humanos como cualquiera de nosotros.

© Michael Abbott

* * *

BIBLIOGRAFÍA

AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. New York: Penguin Books, 1997.

FUENTES, Carlos. "No hay discurso sin nuestra voz." VII Foro Iberoamérica. Ciudad de México. 30 Nov. 2006. Discurso.

MONTOYA, Víctor. *El laberinto del pecado*. Sweden: Ediciones Luciérnaga, 1993.

El autor:

Michael Abbott es hijo de padre norteamericano y madre española. Cursa estudios de literatura y lenguas extranjeras en la Universidad de California-Riverside, Estados Unidos.

JEANNIE DEANS: LA HEROINA DE LAS ‘WAVERLEY NOVELS’

por Enrique García Díaz

INTRODUCCIÓN: LOS CUENTOS DEL POSADERO: EL CORAZÓN DE MID-LOTHIAN.

El objetivo que persigue este breve ensayo es mostrar la capacidad humana para lograr un propósito. La determinación de las personas. Así mismo queremos demostrar que Jeannie Deans es sin duda la mejor heroína creada por Walter Scott, precisamente por su comportamiento.

Cuando Sir Walter Scott concluyó *Rob Roy*, decidió retomar uno de sus más emblemáticos personajes: Jedediah Cleisbotham, el maestro de escuela de Gandercleugh, para presentar su nueva novela. La razón de esto pudiera ser el éxito obtenido por su predecesora *Old Mortality* donde Jedediah fue presentado a los lectores por primera vez.

Desde el principio, Scott planificó escribir cuatro volúmenes de los ‘Cuentos’. Al mismo tiempo Scott había previsto a finales de 1817, que *El corazón de Mid-Lothian* fuera una obra de tres volúmenes con el mismo final trágico que el de Helen Walker: “con un tenebroso final en el que Jeanie, al igual que el personaje real en el que se basó Scott, Helen Walker, fallece soltera. Pero al final se estaba tan absorbido por la trama que decidió añadir un cuarto volumen. De este modo la obra apareció publicada en 1818 y constaba de cuatro volúmenes. El propio Cleishbotham (Scott) explica en la introducción que éstos, son un regalo especial a los lectores de la primera edición de *Los Cuentos del posadero*. Sin embargo, la historia debería haber finalizado con el perdón de Effie, pero Scott escribió un volumen adicional para contarnos el regreso de Jeannie a Escocia y los años posteriores.

El título de la novela hace referencia a la prisión de Edimburgo, Tolbooth, que era conocida con este apodo, ‘The Heart of Mid-Lothian’ (El corazón de Mid-Lothian). Es el núcleo alrededor del que surge y se desarrolla el argumento. Por otra parte, tiene varias funciones; quizás la más relevante sea la imagen de ley y orden que transmite; pero no olvidemos que se convirtió en el centro de un acontecimiento histórico ocurrido en Edimburgo en el año 1736.

Scott decidió recuperar estos acontecimientos, nada agradables, que tuvieron lugar en Tolbooth y situar la historia de Jeannie y Effie Deans en medio de éstos. No es sin embargo la única razón por la cual Scott decidió situar la trama de la novela en ese año. Según John Sutherland, el manuscrito original debía ser entregado para su publicación el 4 de junio de 1818. Esta fecha era significativa ya que representaba el cumpleaños de Jorge III; y por lo tanto uno de los días más señalados en el calendario. Así mismo Scott construyó su novela en torno a la figura de su abuela la reina Carolina. Por otra parte, Scott llegó a un acuerdo con Constable para publicar una segunda entrega de los *Cuentos del Posadero* y le cedió los derechos de la primera serie, empezando con la edición de 1819.

LA HISTORIA DE HELEN WALKER

El argumento de *El corazón de Mid-Lothian* está basado en la historia real de Helen Walker. Scott recibió su historia por medio de un correo anónimo. El propio Scott lo admite en la introducción de la novela:

La misteriosa carta parece ser el origen del argumento de la novela. Así mismo, el propio Scott admitió en la introducción que se basó en Helen Walker para la creación del personaje principal: Jeanie Deans.

Esta misteriosa carta plantea la cuestión acerca de la existencia real del emisario. Los seguidores de Walter Scott saben que él era muy dado a crear personajes imaginarios para presentar sus obras: Jedediah Cleishbotham, por ejemplo. De este modo podemos pensar que Walter Scott se inventó toda la historia de la carta. E incluso podemos dudar de que el nombre de Helen Walker sea también real. Lo que sí es cierto es que el misterioso remitente, permaneció en el anonimato hasta que el propio Scott decidió revelar su nombre en el Prefacio a *Las Crónicas de Canongate* en 1827. Se trataba de Miss Helen Lawson procedente de Girthhead, y que era la esposa de Thomas Goldie de Craigmuie, Comisionado de Dumfries.

Este dato puede ser cierto, según Sutherland, quien sostiene que en el prefacio de la edición de 1830 el corresponsal era la señora de Thomas Goldie, Helen Lawson era su nombre de soltera. Y que a comienzos de 1817 Mrs. Goldie, esposa de Thomas Goldie, Comisionado de Dumfries, envió a Scott un comunicado. Éste consistía en un resumen de una entrevista mantenida veinte años atrás, con una tal Helen Walker, la mujer que había salvado la vida de su hermana, junto con una nota introductoria sin fecha ni firma.

Este comunicado, esto la información ofrecida a Scott, se dividía en tres apartados distintos: primero, una descripción de la Abadía de Lincluden, en cuyas ruinas Mrs. Goldie había estado alojada; segundo, un encuentro con una anciana que admitió que su nombre era Helen Walker, y que Mrs Goldie contó a su marido; y tercero, que todo concluyó con la misteriosa muerte de Helen Walker. Y que por último todo el mérito se debía a la propia Helen. Lo que Mrs Goldie deseaba era exaltar el heroísmo de Helen y su valentía. De manera que Scott pidió que se erigiera una especie de monumento a Helen Walker. Para W. E. K. Anderson, editor del *The Journal of Sir Walter Scott*, lo que la señora Goldie buscaba era que se reconociera a Helen Walker, y que el lugar donde estaba enterrada tuviera una lápida donde figurara su nombre. Scott se encargó de ello, y hoy en día puede visitarse en la iglesia de Irongray. Por otra parte, Mrs Goldie, a finales del año [1818], (aún viviendo en el anonimato, junto con el editor del *The Dumfries and Galloway Courier*, John M'Diarmid, decidieron publicar la misiva que supuestamente había contribuido a la concepción de la novela. *The Scotsman* la imprimió con su debido conocimiento según Mary Lascelles. El propio Scott conocía este hecho y así lo describió en un PostScript a la novela.

Pese a estar basada en un historia real, la de Helen Walker, *The Heart of Mid-Lothian* puede considerarse como la clásica balada con elementos propios del folklore y de los cuentos de hadas: la chica que no puede mentir, el viaje a través de un paisaje lleno de peligros, la hermosa escena en la que es recibida por la reina, la recompensa obtenida gracias a la intervención del duque de Argyll, o el castigo final al que se enfrenta el malvado barón. Además de ello, podemos percibir el conflicto entre Inglaterra y Escocia latente en la mayoría de las 'Scottish Novels', o novelas de tema escocés. Los disturbios de la ciudad de Edimburgo en respuesta a la decisión del Parlamento inglés simbolizan la vieja lucha entre Escocia e Inglaterra; un enfrentamiento que Scott empleó en la mayoría de sus novelas.

JEANIE DEANS: LA HEROINA DE LAS WAVERLEY NOVELS.

El corazón de Mid-Lothian es la primera de las "Waverley Novels" cuyo personaje central es una muchacha. Hemos visto como en las 'Scottish Novels' tales como *Waverley*, o *Rob Roy* por ejemplo, el personaje principal era un inglés de clase media-alta que viaja desde Inglaterra a Escocia y pasa la mayor parte de su tiempo en las Highlands entre sus habitantes. En *Waverley* y *Rob Roy* tanto Edward Waverley como Francis Osbaldistone se adentran en las Highlands para llevar a cabo su misión.

Scott sitúa a una joven campesina escocesa, Jeannie Deans, como responsable de la trama de *El corazón de Mid-Lothian*. Ella es una heroína genuina. Inicia su viaje desde Edimburgo hasta Londres para pedir clemencia a la reina. Y la imagen que Scott ofrece es la de una chica descalza con una manta de tartán sobre su cabeza como única posesión. Pero, ¿qué sentido tiene semejante viaje? La razón es que siente vergüenza de sí misma por no haber salvado a su hermana en el tribunal. Effie ha sido condenada por infanticidio y sentenciada a muerte ya que no puede explicar qué ha sucedido con su hijo. Y Jeannie no ha sido capaz de salvarla, porque no ha querido cometer perjurio. Jeannie ha preferido mantenerse leal a sus convicciones morales. Scott no deja de expresar sus propias ideas al respecto del comportamiento de Effie. Cuando decidió escribir la novela se vio influenciado por las teorías de Malthus acerca de la población y como las clases bajas tenían demasiados hijos a los cuales eran incapaces de mantener. En muchas ocasiones el infanticidio era la manera de deshacerse de éstos. Sin embargo, en este caso, Effie Deans no está segura del destino del niño y es juzgada por ello. Según la Ley, Effie es culpable de la desaparición de su hijo. Por otra parte Scott describe a Jeannie como una persona honesta que cree en su moral y en sus ideas religiosas. No puede mentir, y por tanto cometer perjurio, lo cual significa condenar a su hermana. Y este hecho la obliga a buscar el perdón real, y decide marchar a Londres. Scott nos ofrece una imagen de los Covenanters distinta a la que había ofrecido en *Old Mortality*, y debe realizar algunas modificaciones por la aparente rudeza de su caracterización. Scott rechaza o se niega a admitir que en *Old Mortality* había sido algo cruel con ellos.

Jeannie Deans es el elemento principal de la novela pese a sus defectos y virtudes; su fuerza y su debilidad. Destaca sobre el resto de personajes debido a su generosidad y su consiguiente falta de egoísmo. No es una rebelde sino que desea un mundo más justo y generoso. Desea salvar la vida de su hermana. No es una persona culta y asume sus errores provocados por esta falta normales. Cumple su sueño de salvar a su hermana una vez que ha hablado con la reina. Y en este punto no sabemos si la propia reina Caroline revoca el auto de procesamiento por razones políticas o humanitarias. Aquí donde otros personajes de Scott fallan a la hora de cumplir su misión, Jeannie logra el éxito sobreponiéndose a todas las trabas que le surgen en el camino (el secuestro por parte de Madge Wildfire).

Existe un elemento que no debemos pasar por alto. Y es cuando Jeannie llega a Inglaterra cambia su manta de tartán por un sombrero al estilo inglés. Además se pone medias y zapatos en sus pies desnudos hasta ahora. Es simbólico que rechace su identidad, escocesa, por la inglesa. Un elemento contradictorio en el comportamiento de Jeannie. Pero, ¿qué significado podemos extraer de ello? Las ropas de Jeannie simbolizan el atuendo escocés, o el pasado, mientras que el estilo inglés representa el futuro. Lo que Jeannie hace es convertirse, o adaptarse a las tradiciones inglesas que representan el futuro. Scott está orgulloso de sus tradiciones escocesas pero al mismo tiempo es consciente de que el futuro lo representa Inglaterra, y hace que sus personajes lo adopten. Este cambio de ropas no debe ser considerado como una especie de disfraz como sucede con muchos otros personajes de Scott: Wamba, Sir Kenneth of Huntingdon como ejemplos. Su condición popular es mucho más evidente cuando emplea su propia lengua: el escocés. La lengua de los campesinos y los habitantes de las Highlands. Jeannie habla 'Scots' aunque sabe hablar inglés. Y cuando habla con la propia reina tiene miedo de cometer errores porque en el fondo no es un hablante nativo del inglés. Su discurso es diferente al de su padre quien emplea ciertas expresiones religiosas; Jeannie trata de evitar ciertas expresiones cuando habla con la reina y un vocabulario bien arraigado en la tradición escocesa.

Al final de la reunión con la reina nos damos cuenta de la elocuencia de Jeannie, y al mismo tiempo somos conscientes de su escocés. Este uso del escocés por parte de Jeannie podría considerarse como un reclamo de la identidad escocesa. Cuando Jeannie alcanza el objeto de su peregrinaje desde Escocia a Inglaterra, se siente liberada de *su culpa*. Recordemos que hizo el viaje porque se sentía en cierto modo culpable de la condena de su hermana. Por no haber cometido perjurio. El viaje de regreso a Escocia está lleno de sorpresas: El ajusticiamiento de Madge Wildfire, responsable de la desaparición del hijo de Effie; ésta se ha casado con Staunton y que un barco de contrabandistas los

aguarda para llevarlos lejos. Su rechazo inicial a mentir para salvar a su hermana, se ha convertido en un acto heroico al final de la novela. Jeannie ha hecho algo más, ha demostrado el amor por su hermana, lo cual la reina entiende y es por ello por lo que tal vez haya concedido el indulto. Debemos ser conscientes de lo que Jeannie ha hecho: se ha enfrentado a la propia justicia al apelar a la propia reina un fallo del tribunal. Y si a ello le añadimos la condición social de Jeannie es todavía más meritorio. Jeannie significa la restauración de la armonía y el orden en el seno de su familia, el cual se había visto alterado por el comportamiento de Effie.

CONCLUSIÓN:

La mayoría de los lectores de las *Waverley Novels* pueden compartir un mismo punto de vista: Jeannie Deans no es como el resto de las heroínas de Scott. Estamos acostumbrados a doncellas inglesas educadas e instruidas en las artes como Lady Edith Plantagenet, Lady Rowena, Alice Lee... Por otra parte, hay heroínas escocesas como Rose Bradwardine, Di Vernon, o Edith Bellenden. Y después un grupo de heroínas de clase baja como son Jeanie Deans, Rebecca de York, y Flora MacIvor.

Hemos expuesto varias cualidades de Jeannie en este breve ensayo. Su comportamiento heroico es inmenso desde el punto de vista femenino. Los lectores pueden considerar la novela como una declaración feminista por parte de Scott. Pero lo que es realmente interesante es el mensaje de Scott sobre la justicia y lo que una humilde campesina puede llegar a conseguir por amor.

© Enrique García Díaz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez R. R., (1983). *Origen y evolución de la novela histórica inglesa*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca
- (1998). “De la novela gótica a la novela histórica (1760-1840)” en *Historia crítica de la novela inglesa*. Salamanca: Colegio de España, pp. 65-106.
- (1980). *Configuración del héroe colectivo en la novela histórica inglesa*, Tesis doctoral, Salamanca.
- Baker A., E., (1967). *The History of the English Novel: Edgeworth, Austen, Scott*, New York: Barnes & Noble, 1967, pp. 122-226.
- Brown, D., (1979). *Walter Scott and the Historical Imagination*, London: Routledge & Kegan, pp. 4-5.
- Cockshut, A.O.J., (1969). *The Achievement of Walter Scott*, London: Collins.
- Crawford T., (1965). “The Novels: Intention and Themes” en *Scott*, Edinburgh: Oliver & Boyd, pp. 47-65.
- (1965) “*The Heart of Midlothian*” en *Scott*, Edinburgh: Oliver and Boyd, 1965, pp. 87-108.
- Daiches D., “Scott’s Achievement as a Novelist” en D. D. Devlin ed. (1968) *Walter Scott* London: Macmillan, pp. 33-62.
- Fisher, P.F., “Providence, Fate, and the Historical Imagination” en D. D. Devlin ed., (1968). *Scott’s The Heart of Midlothian*, London, Macmillan, pp. 98-111.

- Fleishman, A., (1971). *The English Historical Novel. Walter Scott to Virginia Woolf*, London: Johns Hopkins Press.
- Hart, F. R., (1983). "Scott and the Idea of Adventure" en Alan Bold ed. *Walter Scott: The Long Forgotten Melody*, USA: Vision Press, , pp. 167-93.
- (1996) *Scott's Novels: The Plotting of Historic Survival*, Charlottesville.
- Harvie, C., (1983). "Scott and The Image of Scotland" en Alan Bold ed. *Walter Scott: The Long Forgotten Melody*, USA: Vision Press, , pp. 17-42.
- Johnson, E., (1970). *Sir Walter Scott: the Great Unknown*, 2 vol. London: Hamish Hamilton.
- Lascelles, M., (1980). *The Story-Teller retrieves the Past. Historical Fiction and Fictitious History in the Art of Scott, Stevenson, Kipling and Some Others*, Oxford: Clarendon Press.
- Lockhart, John G., "Selections taken from *Memoirs of the Life of Sir Walter Scott, 1837* en *Scott: The Critical Heritage*, John O. Hayden ed., (1970). London: Routledge & Keagan Paul, pp. 342-4.
- Mayhead R., (1973). *Walter Scott*, Cambridge: Cambridge Univ. Press, pp. 97-111.
- (1968) "*The Heart of Midlothian : Scott as an artist*" en D. D. Devlin ed., *Walter Scott*, London, Macmillan, pp. 112-21
- Millgate J. (1984). *Walter Scott: The Making of a Novelist*, Toronto: Toronto University Press.
- Scott, W. *The Heart of Mid-Lothian* [1818], London: Collins Clear, [Sin fecha de publicación].
- (1998). *El corazón de Mid-Lothian*, Edición de Román Álvarez, Trad. Fernando Toda, Madrid: Cátedra Letras Universales, 1998.
- (1998) *The Journal of Sir Walter Scott*, Edinburgh: Canongate Classics.
- Shaw, Harry E., (1983). *Sir Walter Scott and His Successors*, London: Cornell University Press.
- Sutherland, J. (1995). *The Life of Walter Scott. A Critical Biography*, Oxford: Blackwell.
- Toda Iglesia, F. (2005). "Multilingualism, language contact and translation in Walter Scott's Scottish Novels", en *Lingüística Antverpiensia*, New Series, 4, Antwerpen: Hoger Instituut, pp. 132-138.
- (1983) *El escocés en la novelística de Walter Scott. Función de las variedades lingüísticas en las novelas escocesas*, Tesis doctoral, Sevilla.
- (1983) "A Scots-Speaking Heroine: Jeanie Deans Meets the Queen in Walter Scott's *The Heart of Mid-Lothian*," en Héroe y antihéroe en la literatura inglesa. Actas del V congreso AEDEAN, Madrid, Alhambra, pp. 348-60

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca. (Campos de investigación: La novela histórica inglesa. Sir Walter Scott. La novela y el relato gótico inglés). Miembro de "The Edinburgh Sir Walter Scott Club".

*EL COMÚN OLVIDO: ¿UNA CRÍTICA AL DISCURSO NACIONALISTA? **

por Soledad Mocchi

1) A MODO DE PRESENTACIÓN...

El relato comienza con un viaje, lo cual me parece muy simbólico.

Rossi Braidotti puntualiza en su libro *Sujetos Nómades* que los aeropuertos son lugares de transición, y esto creo que funciona a la perfección en esta obra de Sylvia Molloy.

Esta idea del viaje, del ir y venir, va a estar muy presente durante el transcurso de la obra.

Al respecto, es muy significativo lo que dice el narrador;

«He vuelto y esta vez ya no podré salir: este mundo, que nunca fue de veras mío, será mi sepultura. Moriré y no estará la mano del amigo para sostenerme la cabeza, para cerrarme los ojos.» (Molloy, 2002: 13).

Según Braidotti, el nomadismo implica la decadencia de los sistemas sociosimbólicos tradicionales basados en el Estado, la familia y la autoridad masculina. El nómada se resiste a establecerse en los modos socialmente codificados de pensamiento y conducta. El políglota como nómada lingüístico puede relacionarse con Daniel, el protagonista de esta novela.

El nomadismo consiste, no tanto en carecer de hogar, como en ser capaz de recrear el propio hogar en cualquier parte. ¿Es esto aplicable a *El común olvido*? ¿Puede Daniel recrear su hogar en algún momento?

La conciencia nómada implica no adoptar ningún tipo de identidad como permanente. Esto es bien claro en la obra. Un ejemplo de ello es el episodio de los dos pasaportes que lleva Daniel, al cual haré alusión más adelante.

Para el protagonista, del que no sabremos su nombre hasta bien entrada la historia, el tema de la definición de su identidad es algo recurrente. Este viaje que emprende hacia Buenos Aires con el motivo de cumplir con la voluntad de su madre que había expresado su deseo de que cuando muriese sus cenizas fuesen tiradas al Río de la Plata, termina convirtiéndose en una búsqueda de la identidad, en una especie de anagnórisis. Afirma Braidotti que la identidad es algo retrospectivo, representarla implica que podemos diseñar mapas precisos, pero sólo de los lugares donde ya hemos estado y en los que por lo tanto ya no estamos. Y que la identidad del nómada es un mapa de los lugares en los cuales él/ella ya ha estado; siempre puede reconstruirlos a posteriori. Esto podría relacionarse con el itinerario que Daniel recorre, tratando de reconstruir su identidad y también la de su familia. La identidad se presenta como un artificio. La producción de una imagen de identidad y la transformación del sujeto al asumir esa imagen. Como algo performativo tal vez.

En realidad el asunto de su madre parece ser al principio también una justificación que él encuentra para volver a su país natal.

Daniel se encuentra dividido entre dos mundos; el mundo rioplatense, o más específicamente, bonaerense, y el mundo de habla inglesa (Estados Unidos). Esto, a mi parecer, es el tema central de la obra.

* Molloy, Sylvia. *El común olvido*. Buenos Aires: Norma, 2002

2) ¿ENTRE DOS MUNDOS?

«Mentiría si dijese que me siento norteamericano. Mentiría si dijese que me siento argentino. Y sin embargo viajo con dos pasaportes y alguna vez hasta inicié averiguaciones para conseguir un tercero». (Molloy, 2002: 18).

En consecuencia, cito a Braidotti: «El nómada no tiene pasaporte; o tiene demasiados» (Braidotti, 2000: 74)

Así es como comienza el segundo capítulo de la novela, lo cual creo que es en cierta medida premonitorio de lo que vendrá luego.

Daniel no se siente parte de ninguno de esos dos mundos, y esto queda claro en la página 142:

«Pienso que no sé usar la primera persona del plural para decir que soy argentino pero que cada vez que oigo hablar castellano en Nueva York con acento de Buenos Aires todavía me doy vuelta creyendo que me están hablando a mí.»

Roberto Schwarz, en su artículo «Las ideas fuera de lugar», cita a Sérgio Buarque para referirse a la idea de que somos una especie de desterrados en nuestra propia tierra. Esta sensación de «extranjismo» es muy clara en el protagonista de la novela de Molloy.

El término «in-between», acuñado por Homi Bhabha parece florecer dentro de esta novela, ya que el protagonista se encuentra en esa posición.

Jameson postula la idea de la «alegoría nacional», sosteniendo que el relato de la historia individual y la experiencia individual implica el relato de la colectividad. ¿*El común olvido* como olvido colectivo?

El tema de la nacionalidad es muy relevante en la novela; y no solamente en el caso del protagonista.

Daniel incluso llega a obsesionarse con esto:

«Lo que había empezado casi frívolamente – a ver si me dan otra nacionalidad más – se volvió de pronto obsesión: hice vanos esfuerzos por convencer a la gente del consulado, sentía que se me negaba algo que me correspondía, algo que acaso fuera mi verdadera identidad, y la culpa la tenía, una vez más, mi padre» (Molloy, 2002: 18)

La nacionalidad, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular. Es algo performativo, según Bhabha; un constructo cultural.

La universalidad formal de la nacionalidad como un concepto sociocultural; en el mundo moderno, todos tienen y deben tener una nacionalidad, así como tienen un sexo.

Según Benedict Anderson, la nación es una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión.

Renan, por otro lado, afirma que la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado muchas cosas. *El común olvido* tal vez.

Las lenguas impresas echaron las bases de la conciencia nacional, ya que han generado comunidades imaginadas, forjando en efecto solidaridades particulares.

Los museos y la imaginación museística son profundamente políticos; reconstrucciones de monumentos, representaciones visuales del pasado de un país, su historia.

Constantemente, Daniel busca ciertas «marcas» de nacionalidad, y esto es sumamente claro cuando cuenta cómo fue su adaptación a los Estados Unidos. Su madre se adaptó sin ningún problema, mientras que él no se sentía del todo cómodo:

«Recuerdo que cuando llegamos, mi madre opinó que, pese a las diferencias, no se sentía en lugar extraño. Había algo en la arquitectura, decía, en la mezcla de estilos y en la disparidad de altura de los edificios, que le recordaba la Argentina, como si ese desorden arquitectónico fuera marca de lo americano» (Molloy, 2002:22).

Él lleva consigo también el pasaporte viejo, al cual considera una especie de «reliquia». A lo largo de la novela es notoria esta consideración hacia los objetos; los objetos como testigos de la historia, como representaciones de su identidad, como «contenedores» de recuerdos. El narrador está constantemente recordando, y hay una clara relación entre los objetos y la memoria. Es como si convocara a su madre a través de sus objetos.

Varias veces podemos encontrar los típicos prejuicios vertidos en contra de ciertas nacionalidades, como cuando Daniel dice: «... con la típica ligereza norteamericana para pensar geografías y nacionalidades que no son las propias» (Molloy, 2002: 31), refiriéndose a su amigo David (el cual hacía referencia a Simón, actual pareja de Daniel). También en otro momento de la obra se cataloga a todos los argentinos como antisemitas (creo que es Beatriz, prima del protagonista, quien lo hace).

Esa Argentina a la que él retorna no es la misma de antes, él se siente un extraño, y varias de las cosas que conforman su vida no están contempladas allí tampoco, tal es el caso de Simón, el cual dice estar «de más» en esa «Argentina Revisited». Él anhela ser reconocido en esa nueva Buenos Aires, recuperar recuerdos de su infancia, no seguir viendo la ciudad a través de los ojos de su madre y mediante las historias que ella le contó. En cuanto a esto, y en lo que concierne a la promesa que él le hizo a su madre antes de morir, no puedo dejar de notar cierta similitud con *Pedro Páramo*, sobre todo en lo referente a la búsqueda del padre. Daniel también va en busca de su padre, de lo que él no sabe acerca de su padre.

Algo que reforzaría la idea de esa disyuntiva entre esos «dos mundos», el no estar en ningún lugar, sería el hecho de que su madre tuvo que ser puesta en un lugar que no le correspondía, en una bóveda prestada. Luego, los restos de su madre, por haber estado en ese lugar ajeno, se extravían.

Debido a su «extranjería» en Argentina, él parece tener ciertas ventajas, el no respeto por las convenciones lo salva de muchas cosas, le otorga cierta libertad. Esto último se ve reflejado durante el episodio con un policía:

«Cuando le dije que era extranjero y le entregué el otro pasaporte me miró todavía con más desprecio, quizá con rabia, al sentir que sus tácticas se verían restringidas. Gringo encima de puto resultaste, salí antes que me arrepienta y volvete a Disneylandia, maricón. Sí, esas cosas siempre se saben» (Molloy, 2002: 52).

A pesar de todo, hay ciertos intentos por parte del protagonista de «ocultar» su extranjería. En determinado momento, y de cierta manera, reclama «... un mínimo de rutina para no tener la sensación de estar de paso» (Molloy, 2002: 87).

El hecho de que Daniel elija la carrera de traductorado es más que significativo; su vida transcurre entre dos mundos, entre dos idiomas, los cuales él va a intentar traducir con este viaje.

Según García Canclini, el tradicionalismo establece que el hecho de tener una identidad cultural se apoya en un patrimonio (ocupación de un territorio, colecciones, etc.). «Tener una identidad sería, ante todo, tener un país, una ciudad o un barrio, una entidad donde todo lo compartido por los que habitan ese lugar se vuelve idéntico o intercambiable» (García Canclini, 1995: 177).

Este autor afirma que la identidad, tal como la entienden los nacionalistas, está provista de símbolos, entre ellos los monumentos. Dichos monumentos no reflejan la heterogeneidad de cada país, sino que afirman la construcción de la nación, performativamente. La cuestión de lo performativo dentro del discurso nacionalista es utilizada por Bhabha. Otra de las características que García Canclini atribuye al discurso nacionalista es lo que concierne a los ritos, y dice que estos ratifican la pertenencia de un individuo a cierto orden (que no debe ser cambiado), y si se los transgrede uno queda

excluido. Esto es algo que aparece, por ejemplo, en la novela de Albert Camus denominada *L'Etranger*.

Además, Daniel dice en un momento que se inventa «pequeños ritos» para jugar a que vive en Buenos Aires. Con esto se reafirma la importancia que tienen los ritos en la construcción de la nacionalidad.

Para apoyar estas ideas de García Canclini, voy a citar a Adriana Rodríguez Pérsico, la cual en su artículo titulado «Identidades nacionales argentinas 1910 y 1920» expresa lo siguiente:

«Parecería que la constitución de una identidad necesita un territorio sobre el que asentarse; aunque tenga límites concretos – el suelo de la nación o la geografía de la ciudad – ese espacio es un lugar de inscripción de los sentidos de la nacionalidad». (1994: 83)

Otra cosa que está muy latente en la obra es la literatura. Podemos hallar constantes referencias acerca de esto. El protagonista quiso en un principio licenciarse en letras. Aunque luego se decida por el traductorado, su avidez por la lectura no va a desaparecer. Hay varias menciones a escritores reconocidos, la mayoría de ellos gay, como Gide, Wilde, etc. Además, una de las obsesiones de Daniel es en torno a las circunstancias de la muerte del renombrado escritor Leopoldo Lugones. Una persona muy importante en cuanto al tema de la literatura en la novela es Samuel Valverde, antiguo amigo de su madre, el cual incita al protagonista a leer, etc. Para ilustrar mejor la idea que estoy desarrollando, voy a poner como ejemplo el momento en que Daniel se siente identificado con el protagonista de un cuento de Nabokov llamado «La visita al museo» (el tema del museo es central en el proyecto de nación desarrollado en la modernidad, ya que se utilizaría al museo como depósito de los íconos de la nacionalidad, lo representativo de la cultura. Esta idea aparece en el libro *Culturas Híbridas* de Néstor García Canclini). Lo central en cuanto a este cuento es que el protagonista del mismo desea borrar su identidad de exiliado, tal como lo desea Daniel. Aquí también aparece el tan famoso tema de lo metalingüístico, de la obra dentro de la obra.

Pienso que hay en esta obra de Sylvia Molloy una gran crítica hacia el concepto de «nación» desarrollado en la Modernidad. Esto es bien claro cuando Simón le dice despectivamente a Daniel que él es un coleccionista de nacionalidades, o mejor dicho, de vidas nacionales. Otro indicio de esto en el texto puede ser el hecho de que su madre, Julia, se llevaba mal con el marido de Beatriz porque él tenía «tendencias nacionalistas».

Me interesa además señalar cómo la homosexualidad no está contemplada en un proyecto de nación moderno, cómo es silenciada en varios textos por varios críticos.

3) HOMOSEXUALIDAD

En la obra *Sexualidades en disputa*, editada por Daniel Balderston y José Quiroga, se hace referencia a *El común olvido*.

Se lo considera una variante, ya que el narrador es un hombre gay argentino.

La ciudad como recuerdo es parte de una trama urbana homosexual en la que se ventilan tanto ausencias como presencias. El espacio urbano, tanto nacional como transnacional, es importante para la constitución de una subjetividad gay y lesbiana.

Si a menudo el sujeto queer ha sido leído como un sujeto que vive «fuera» de la nacionalidad, o como un sujeto excéntrico, hay que señalar también la forma en la que estos sujetos homosexuales precisamente insistieron en su marginalidad, en su ex – centricidad, y desde ahí convocaron a todo un circuito de relaciones en el que ellos mismos se reconocían.

El común olvido explicita que el sujeto gay se constituye en relación a una serie de historias familiares y nacionales. Lo privado y lo público son categorías difusas.

Puig habla en «Loss of a Readership» sobre el silencio en la Argentina con respecto a *El beso de la mujer araña*, y Néstor Perlongher escribió un artículo titulado «La desaparición de la homosexualidad», lo cual demuestra que el tema estaba claramente en el tapete.

Se cree en la «universalidad» de la experiencia gay, vertida en un proceso mediante el cual las categorías de identidad crean nuevos sujetos nacionales (escritores gay), extraídos de su contexto.

Alfredo Villanueva resalta el predecible «final infeliz» que se ha vuelto lugar común en la literatura occidental para las relaciones y los personajes homosexuales. ¿Ocurre esto en Molloy? El canon ha desarrollado la sistemática tendencia de silenciar las escrituras «disidentes», y obviamente dentro de las mismas están las escrituras que tratan sobre la homosexualidad o que tienen por sujeto de la enunciación a un homosexual.

Es muy notoria la tradicional homofobia de los proyectos nacionalistas, los cuales consideran a los homosexuales como frenos al proyecto nacional, improductivos en lo que concierne a la reproducción biológica, traicioneros, etc. Es decir que, el discurso nacionalista ha estigmatizado a los homosexuales, y esto lo encontramos no en un solo país, sino que en casi todos (o todos) los proyectos nacionales a llevar a cabo. Sin embargo, la homosexualidad es considerada de diferentes maneras en las muy variadas culturas existentes. Tanto es así, que en algunas culturas el homosexual estigmatizado es solamente aquel que ejerce un rol «pasivo», mientras que al «activo» se lo considera más viril por ejercer ese rol, ya sea con mujeres o con hombres. Esta categorización entre «activo» y «pasivo», por cierto, implica una misoginia bastante latente. El discurso nacionalista establece que la identidad sexual de un individuo depende del rol que este ejerza. En cierto sentido, se ha tratado de desarrollar el uso del término «Queer Nation» (Nación Gay), alegando que se trata de una nación diferente, a la vez internacional y transnacional. Por supuesto, esto no les agrada a los fervientes nacionalistas que defienden ese proyecto en el que la familia como institución y el matrimonio son pilares fundamentales.

Además, muchos escritores o escritoras homosexuales, cuando escriben novelas en donde hay claramente relaciones homosexuales, a veces tienden a tratar de distanciarse de los personajes con afán de preservar en secreto su opción sexual.

En cuanto al término «homosexual» han surgido varias críticas, y debido a esto, Emilie Bergmann y Paul Julian Smith han optado por utilizar la palabra «understanding» (entendimiento), ya que ésta representaría no una identidad, sino una actividad.

Sylvia Molloy, en su artículo en el libro *¿Entiendes? Queer Readings, Hispanic Writings*, expresa claramente que la crítica se niega a leer lo que está ante sus ojos. Ella dice en la página 235: «... if Pandora's box has remained unopened it is because no one has really wanted it open.»¹

Molloy sostiene que el autor a veces puede utilizar estrategias de desplazamiento o transposición para no sentirse aludido, y que a menudo se utilizan palabras codificadas (coded words) o eufemismos para referirse a la homosexualidad.

Según Brad Epps, el homosexual es el efecto del mismo sistema que intenta reprimirlo, y es más, ciertos homosexuales contribuyen a perpetuar ese Estado que no los contempla dentro de su proyecto.

Brad Epps toma la noción de «interpelación» creada por Louis Althusser para referirse a los homosexuales como sujetos interpelados y capaces de interpelar. El narrador de *El común olvido* es un homosexual, y lo podríamos calificar de sujeto interpelante, ya que es el sujeto de la enunciación. Un dato muy interesante es que si bien Molloy es lesbiana, como narrador de su novela elige a un hombre, lo cual podría ser una estrategia de distanciamiento o podría relacionarse con el travestismo.

¹ «... si la caja de Pandora ha permanecido cerrada es porque nadie ha querido realmente que estuviese abierta» (traducción mía).

Daniel, el protagonista de la novela, asume que es homosexual a los 18 años, con lo cual su madre parece no estar muy contenta.

En determinado momento Daniel confiesa: «No sé lo que es enamorarme junto con otro de la misma mujer pero sí del mismo hombre. No es tan distinto» (Molloy, 2002: 72).

Sin embargo, él parece que en cierta etapa de su vida no se reconocía como gay, o mejor dicho, hacía lo posible por ocultarlo; salía con chicas, hacía deporte, hacía todo lo que la sociedad espera de un hombre. Cuando sus compañeros de clase se burlaban de Mr. Godfrey por ser este amanerado, él para no sentirse distinto a los demás también lo hacía, no sin sentirse cobarde al respecto.

A lo largo de la novela se dan muchas «coincidencias». Cuando él cuenta el viaje que realizó con David a Florida (en el cual él asumiría su sexualidad plenamente), nos dice que sin saberlo se dirigieron a un hotel en el que las dueñas eran una pareja de lesbianas. Su madre, la que al principio parecía no estar muy de acuerdo con la homosexualidad de Daniel, se rodeaba de amigos gays (entre ellos Samuel Valverde) y tuvo una relación lesbiana con una tal Charlotte. En un momento, Samuel le comenta que a su madre le gustaba mucho la obra de Bourdet llamada «La prisonnière», y él se sorprende porque esta obra trata sobre la homosexualidad. Comienza a preguntarse acerca de su madre, si tendría amigas lesbianas o no, etc. Al final, cuando descubre la relación homosexual que su madre habría entablado años antes, se muestra bastante perturbado. A pesar de su homosexualidad, él no logra dejar de lado totalmente el discurso nacionalista que promulga el rol de las personas dentro de la familia.

Su padre se había vengado de su madre porque había descubierto esa relación con Charlotte, pero más que nada tenía miedo de que con eso su «identidad» se viese modificada.

Sin embargo, se deja entrever que su padre podría haber tenido también una relación homosexual; su amigo Eduardo García Vélez afirma:

«Yo no sé si tu padre tenía algo escondido y por eso necesitaba, por compensación, que los otros fueran heroicos. Yo no sé porque a pesar de que era tan alegre y hasta farrista, no se daba mucho. Hablando con él tenías la sensación de que siempre había algo que se disimulaba» (Molloy: 2002, 72).

Samuel afirma al final del relato: «... tu padre era un ferviente heterosexual, aunque dicen que esos son los peores ¿no?» (Molloy: 2002, 352). Y la duda sigue latente.

En un momento del relato, el protagonista se pregunta por la «otra» vida de su padre, en la que preponderaba el arte y su lado femenino. En cuanto a esto Daniel se dice a sí mismo que no vale la pena averiguar más, resistiéndose a indagar. Esto es algo que prefiere no saber, acerca de lo cual probablemente tenga sus prejuicios.

A medida que avanza el relato vemos que casi todas las personas que aparecen son homosexuales, ¿simple coincidencia? Dentro del texto, la autora nos da ciertas pistas. Como ya dije, la mayoría de los autores que allí se nombran son reconocidamente homosexuales, y además, en cierto momento, al hablar de cómo se conocieron su madre y Samuel, se nombra la calle «La Pérouse». Con el mismo nombre, Gide (homosexual) denomina a uno de sus personajes en su libro *Les Faux-Monnayeurs* (*Los monederos falsos*). Esto es un detalle, para mí nada insignificante, que marca cierta tendencia en toda la novela. Curiosamente, la calle «La Pérouse» vuelve a ser nombrada por Samuel para referirse a la calle en que en una ocasión se «levantó» a un senegalés muy «competente» según él.

En lo que respecta al hecho de ser homosexual pero no por eso dejar de lado los preceptos nacionalistas y tradicionales, el personaje de Cacho es muy esclarecedor. Él es el estereotipo del hombre fuerte, viril, tiene relaciones sexuales con Daniel, pero no se reconoce como homosexual. Por el contrario, dice:

«... yo puto no soy, que conste, pero soy muy sexual, viste, entonces levanto donde puedo. Con las mujeres es distinto, cuando vienen los hijos se les acaban las ganas de coger, sólo una vez por semana y si te descuidás ni eso» (Molloy, 2002: 240)

Cacho es el típico hombre machista y nacionalista que reprime su homosexualidad y se escandaliza cuando Daniel le pregunta si su esposa sabe que él es gay.

Daniel se interesa también por el tema de la homosexualidad en Argentina, cómo se referían a ella los periódicos, qué eufemismos usaban al respecto. Tanto es así que decide buscar semblanzas del caso Oscar Wilde en antiguas publicaciones periódicas.

También vemos cierta complicidad entre homosexuales mediante la elección de escritores públicamente gays, tal es el relato que esboza Samuel acerca de algo que Jorge (una pareja que él había tenido) le había manifestado. Este le había dicho que le gustaba Gide (aún sin haberlo leído, como más tarde sería revelado) porque sabía que a Samuel esto le gustaría. Gide representa una especie de «guiño» para el homosexual. Así como la obra de género dramático de Bourdet, que a su madre le gustaba y esto no hace más que dejarlo perplejo.

Con relación a esto Samuel le replica que esos textos eran leídos por todos en esa época, que sólo ahora los leen los gays únicamente.

Pese a todo, Daniel anteriormente no se refería a él mismo como gay, sino que aplicaba este término cuando hablaba de otras personas. Evidentemente le costaba asumir del todo su sexualidad, había algo que le decía que él era diferente y que eso no estaba bien visto en la sociedad. «Nuestras vidas continuaron así por algún tiempo, discretas y tapadas, aún cuando no sabíamos del todo qué era lo que teníamos que tapar» (Molloy: 2002, 102).

A menudo se insinúa el tema de la homofobia, pero no es algo recurrente. Hay detalles en lo que respecta a lo gastronómico, por ejemplo, el célebre trago llamado Lloyd George, cuya existencia Daniel descubre hurgando en los papeles de su madre, es considerado por el mozo un trago para «señoritas». Así como el pescado asado que ordena el protagonista, en lugar de preferir el «varonil» pastel de carne y riñón que le recomienda Cirilo Dowling.

Obviamente, Peter, el hijo de Cirilo, es notoria aunque no públicamente, gay. El protagonista sospecha pero eso lo hace reflexionar también acerca de qué es lo que ven los demás en él, o sea; si a él también se le «nota». Y llega a afirmar: «En estas dudas, en estos reconocimientos fugaces se nos va la vida» (Molloy: 2002, 267).

Daniel se pregunta varias veces sobre su sexualidad, incluso duda acerca de si hubiese sido gay de la misma manera en que lo es de haberse quedado en Buenos Aires.

Incluso llega a afirmar que «no soportaría enterarme de una sola cosa más» (Molloy: 2002, 322).

«... sobre todo: no quería oír revelaciones sobre la sexualidad de mi madre que me obligaran a pensar en la mía» (Molloy: 2002, 334).

Y por si fuera poco, Beatriz resulta ser la pareja de Charlotte en la actualidad; vive con ella en la quinta a la que luego irá Daniel; en donde se reencontrará con una parte de la historia de su madre antes vedada para él.

Beatriz sostiene que la casa en donde viven con Charlotte estaba «llena de recuerdos ajenos». Parecería que los personajes de esta novela tienen cierta fobia o aprehensión por los recuerdos ajenos; que todos quieren reconstruir los propios, u olvidarlos en algunos casos.

Hay en un momento una alusión a una tradicional novela latinoamericana: «Cállate que esto parece una versión gay de *La Vorágine*, tú de Alicia yo de Arturo Cova, dijo Simón, añadiendo, con pose grandilocuente: “Los devoró la selva”» (Molloy: 2002, 298).

Se menciona a la tradición desde un punto de vista queer.

4) ¿MEMORIA EN EL COMÚN OLVIDO?

Según Elizabeth Jelin en *Los trabajos de la memoria*, hay que entender las memorias como procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales.

«Historizar» las memorias, reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado. Esas memorias y esas reinterpretaciones son también elementos claves en los procesos de (re)construcción de identidades individuales y colectivas en sociedades que emergen de períodos de violencia y trauma.

La «memoria contra el olvido» o «contra el silencio» esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales (cada una de ellas con sus propios olvidos). Es en verdad «memoria contra memoria».

Vivimos en una era de coleccionistas. Guardamos fotos, etc. Hay un culto al pasado. ¿Cómo podría esto articularse con *El común olvido*? Una «cultura de la memoria» como respuesta o reacción al cambio rápido y a una vida sin anclajes o raíces.

La memoria tiene entonces un papel altamente significativo, como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades.

La memoria y el olvido, la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando se vinculan a acontecimientos traumáticos de carácter político y a situaciones de represión y aniquilación.

El presente contiene y construye la experiencia pasada y las expectativas futuras.

Todorov se muestra preocupado por los abusos de la memoria (provocados por mandatos morales de recordar, que implican generalmente repeticiones más que elaboraciones y que podrían igualmente extenderse a silencios y olvidos).

La memoria involucra recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay saberes y emociones, huecos y fracturas.

El pasado que se rememora y se olvida es activado en un presente y en función de expectativas futuras. El olvido puede ser concebido como amenaza de la identidad. Cada persona tiene «sus propios recuerdos». Es esta singularidad de los recuerdos, y la posibilidad de activar el pasado en el presente lo que define la identidad personal. ¿Qué es lo que recuerda Daniel? ¿Cuáles son sus recuerdos?

Estos procesos ocurren en individuos insertos en redes de relaciones sociales, y el pasaje de lo individual a lo social e interactivo se impone. ¿Cómo pensar lo social en los procesos de la memoria?

Maurice Halbwachs determina que las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente. Como esos marcos son históricos y cambiantes, en realidad, toda memoria es una reconstrucción más que un recuerdo.

Lo colectivo de las memorias es el entretrejjido de tradiciones y memorias individuales. El núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia a lo largo del tiempo y del espacio. Poder recordar y rememorar algo del propio pasado es lo que sostiene la identidad.

El sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con «otros», en búsqueda de su identidad.

Los períodos de crisis implican reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad. Estos períodos son precedidos, acompañados o sucedidos por crisis del sentimiento de identidad colectiva y de la memoria.

El pasado cobra sentido en su enlace con el presente en el acto de rememorar/olvidar.

El acto de rememorar presupone tener una experiencia pasada que se activa en el presente, por un deseo o un sufrimiento, unidos a veces a la intención de comunicarla.

Los acontecimientos traumáticos conllevan grietas en la capacidad narrativa, huecos en la memoria. Es la imposibilidad de dar sentido al acontecimiento pasado. Toda narrativa del pasado implica una selección.

Las «huellas» en sí mismas no constituyen «memoria», a menos que sean evocadas y ubicadas en un marco que les de sentido. Se trata de resignificar los acontecimientos pasados, lo que trata de realizar el protagonista de *El común olvido*.

Ricoeur señala que existe un olvido «evasivo», el cual consistiría en no recordar lo que duele.

Huysen por otro lado afirma que la fiebre histórica sirvió para crear naciones y cohesión cultural.

Passerini sostiene que sólo podemos recordar gracias al hecho de que alguien recordó antes que nosotros. El olvido social también es intersubjetivo. La mediación lingüística y narrativa implica que toda memoria, aún la más individual y privada, es de carácter social.

Bourdieu establece que la eficacia del discurso performativo es proporcional a la autoridad de quien lo enuncia, con lo cual se reafirma la idea de la imposición de ciertas memorias.

Las memorias son simultáneamente individuales y sociales, ya que en la medida en que las palabras y la comunidad de discurso son colectivas, la experiencia también lo es.

La memoria se produce en tanto hay sujetos que comparten una cultura, en tanto hay agentes sociales que intentan «materializar» estos sentidos del pasado en diversos productos culturales que son concebidos como, que se convierten en vehículos de la memoria, tales como libros, museos, monumentos, películas o libros de historia. También se manifiesta en actuaciones y expresiones que, antes que re-presentar el pasado, lo incorporan performativamente.

El «gran relato» de la nación implica la actuación de ciertas memorias oficiales. Se promueve una cierta unidad en el mensaje nacional.

Si el Estado reprime, las narrativas alternativas se refugian en el mundo de las «memorias privadas». Las aperturas políticas habilitan la incorporación de narrativas y relatos hasta entonces contenidos y censurados.

Se ha intentado dar materialidad a las memorias, mediante monumentos, placas recordatorias, museos, etc.

El testimonio como construcción de memorias implica multiplicidad de voces, múltiples «verdades», silencios, etc.

Yerushalmi afirma que sólo se pueden olvidar los acontecimientos que uno vivió, no se puede olvidar lo que no se vivió. Esto puede relacionarse con el afán de Daniel de recuperar sus propios recuerdos, no los ajenos.

Las instituciones tradicionales (la iglesia, la familia, la clase social y la nación) fueron durante mucho tiempo los «marcos sociales para la memoria», según Halbwachs.

La transmisión se puede hacer por 3 vías; la inercia social de los procesos de transmisión de tradiciones y saberes sociales acumulados, la acción estratégica de «emprendedores de la memoria» que desarrollan políticas activas de construcción de sentidos del pasado y los procesos de transmisión entre generaciones. Esta última parece ser la vía que prepondera en *El común olvido*. El protagonista espera recuperar cierta parte de su historia a través de un miembro de su familia, específicamente, su tía.

Huysen sostiene que vivimos en un clima cultural en el que el recuerdo del pasado invade el presente, en un clima de época «memorialista».

¿De qué manera dialoga todo esto con la obra de Molloy? Dentro de la misma hallamos constantes referencias a la memoria, no tanto a la memoria colectiva como a la memoria individual, a los recuerdos personales e íntimos. Hay personajes centrales en cuanto a esto.

Ana, su tía, está internada en un geriátrico, y mezcla acontecimientos del pasado y del presente, no sabe en qué «lugar» está. Ella es la única que tendría acceso al pasado familiar, pero casualmente sufre de amnesia. Muy revelador por cierto.

Además, su madre deja constancia en su diario que sufrió de alteraciones en su memoria, que su manera de recordar estaba cambiando.

Daniel llega incluso a pensar que su pasado no le pertenece, con lo cual vemos claramente la sensación de «extrañeza/extranjería» que experimenta.

Como dije anteriormente, los objetos juegan un papel esencial en esto, como testigos, y a través de ellos el protagonista revive sus recuerdos. Algunos de ellos se convierten en reliquias personales, y en cierto momento Daniel deja entrever que le es más fácil recordar o convocar a su madre a través de ellos.

Muchas veces el protagonista recuerda cosas que no sabe si se las dijeron o efectivamente él las vivió. Algo curioso; los objetos pertenecientes a su madre lo ayudan a evocarla, pero los que pertenecían a su padre son descriptos como «testigos mudos de una historia que me había sido negada» (Molloy: 2002, 20).

Los recuerdos son constantemente vistos como recreaciones del pasado: «Yo tenía sólo doce años cuando me llevó de aquí y a los doce no se han almacenado suficientes recuerdos, quiero decir recuerdos de lugar que permitan recrear, de lejos, el espacio» (Molloy: 2002, 29).

Durante su viaje Daniel se ve asediado por recuerdos, detalles ínfimos que lo hacen recrear su pasado en la Argentina. Va buscando datos, afanosamente, para llevarse a Estados Unidos. Nuevos recuerdos que le pertenezcan finalmente a él, ya que siente que su pasado no le pertenece a él sino a otros. Él se autodefine como un «adicto de memorias ajenas» (Molloy: 2002, 150).

En determinado momento Daniel expresa que lo que su memoria colecciona son nimiedades, no cosas que importen realmente. Como por ejemplo, el hecho de que no recuerde el accidente que sufrió con su madre en Argentina.

Magdalena García Pinto sostiene que Sylvia Molloy, para representar la intimidad recurre a dos procedimientos mentales, la memoria y los sueños. Realmente, es evidente que lo onírico, así como lo referente a la memoria, están más que presentes en toda la obra.

La madre de Daniel parece en un momento determinado, haber querido deshacerse de un pasado que luego éste se propone recuperar. Tal es así que el protagonista muestra cierta obsesión por el recuerdo:

«Pero sobre todo prefiero pensarlo porque no tolero la idea de que Ana tenga momentos de lucidez en los que recuerde algo que a mí me pueda interesar y yo no esté para escucharla, que el recuerdo se desperdicie por falta de interlocutor» (Molloy: 2002, 92).

Sylvia Molloy sostiene en su libro *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* lo siguiente:

«La autobiografía en Hispanoamérica es un ejercicio de memoria que a la vez es una conmemoración ritual, donde las reliquias individuales (en el sentido que les da Benjamin) se secularizan y se re-presentan como sucesos compartidos. En este sentido tienen particular importancia los lugares de la memoria, los sitios elegidos para los ritos de la comunidad: casonas familiares, provincias soñolientas (fortalezas de la tradición), ciudades irrevocablemente cambiadas, quizá destruidas, por el tiempo. Igualmente importante es la forma en que se subraya la memoria colectiva y la confianza en lo que podría llamarse un linaje mnemotécnico» (1996, 20)

La memoria colectiva también hace su aparición en esta novela; hay alusiones a la pasada dictadura militar, y el protagonista incorpora esta memoria colectiva: «Todo roce con la institución, en la Ar-

gentina, me vuelve aprensivo, como una reacción refleja, como si llevara en el cuerpo la memoria de todos los miedos ajenos» (Molloy: 2002, 93).

Tal vez la más marcada alusión a la memoria colectiva esté implicada en el título mismo de la novela.

El pasado tormentoso y aterrador asoma entre líneas. Se hace mención a la época dictatorial en que todos debían de llevar el documento consigo, etc. Esto es muy curioso, ya que parecería que si uno mostraba el documento de identidad ya era suficiente; es decir, el afán de los militares por identificar a cada uno de los ciudadanos. Daniel sabe que ahora ya esto no ocurre, que nadie necesita identificarlo; por lo menos no en la vía pública.

También hay intentos de «olvido», no sólo de recuperar la memoria. El protagonista no quiere recordar todo sobre su madre, hay cosas que prefiere borrarlas. Y hay otras que no se atreve a eliminar de su memoria. Por ejemplo, cuando Charlotte lo enfrenta a los cuadros pintados por su madre, él se siente visiblemente perturbado, y se interroga acerca de la intención de Charlotte al haber hecho semejante cosa: «¿Era un asalto a mi mente para forzarla a recordar partes de mi vida en Buenos Aires que por lo visto he borrado prolijamente?» (Molloy: 2002, 336).

Lo cierto es que hay recuerdos que parecen ser verídicos y permanentes reconstrucciones post-facto, a menudo alterando los verdaderos hechos. Daniel se percató de que no podrá lograr llevarse «the whole story»². Simón, la pareja de Daniel, le advierte que no va a conseguirla, y que debe aceptar los huecos y fracturas que se provocan en la memoria, así como los olvidos. Y esto es algo que se relaciona con lo que establece Jelin acerca de las fracturas en la memoria, los vacíos generados en las mismas; los cuales deben ser interpretados como parte de las mismas.

Reveladoramente, Samuel, antes de partir, le dice: «“La réalité ne se forme que dans la mémoire”, no te vayas a olvidar». (Molloy: 2002, 352).

Finalmente la pesquisa llevada a cabo por Daniel no logra definir del todo su identidad, la cual seguirá siendo fragmentaria. Y la obra finaliza cuando el protagonista vuelve a Nueva York, luego de haberse percatado que no tenía consigo su pasaporte argentino (hecho que no le preocupó en lo más mínimo):

«El invierno se vino temprano, anunciando por lo menos dos pies de nieve, me dijo en español el taxista, a pesar de que yo le había dado la dirección en inglés. ¿Cómo sabe que hablo español?, le dije. Esas cosas siempre se saben, me contestó. Y no pregunté más.» (Molloy, 2002: 356).

© Soledad Mocchi

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Achugar, Hugo. “Apuntes sobre la construcción de un nuevo espacio en la literatura homoerótica latinoamericana” *Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*. 13 (ene – jun 1999).

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: FCE, 2000.

Bergmann, Emilie L. y Paul Julian Smith (eds.) “Introduction”. *¿Entiendes? Queer Readings, Hispanic Writings*. Durham: Duke University Press, 1995.

² La “historia completa” (traducción mía).

- Bhabha, Homi. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Braidotti, Rosi. *Sujetos Nómades*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Domínguez, Nora. "Identidades femeninas y literarias: Sylvia Molloy y la tradición del relato intimista". *Identidade & Representação*. Org. Raúl Antelo. Florianópolis: Edeme Ind. Gráfica e Comunicação S.A., 1994.
- Epps, Brad. "Estados de deseo: Homosexualidad y nacionalidad" *Revista Iberoamericana* LXII. 176-177 (jul – dic 1996).
- Foster, David William. *Gay and Lesbian themes in Latin American Writing*. Austin: University of Texas Press, 1991.
- García Canclini, Néstor. *Culturas Híbridas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995.
- García Pinto, Magdalena. "La escritura de la pasión y la pasión de la escritura: En breve cárcel, de Sylvia Molloy". *Revista Iberoamericana* LI. 132-133 (jul – dic 1985)
- Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Jelin, Elizabeth (comp.). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Molloy, Sylvia. "Sentido de Ausencias". *Revista Iberoamericana*. LI. 132-133 (jul – dic 1985).
- Molloy, Sylvia. "Disappearing Acts: Reading Lesbian in Teresa de la Parra". *¿Entiendes? Queer Readings, Hispanic Writings*. Eds. Emilie L. Bergmann y Paul Julian Smith. Durham: Duke University Press, 1995.
- Molloy, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México D.F: FCE, 1996.
- Molloy, Sylvia. *El común olvido*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2002.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. "Identidades nacionales argentinas 1910 y 1920". *Identidade & Representação*. Org. Raúl Antelo. Florianópolis: Edeme Ind. Gráfica e Comunicação S.A., 1994.
- Salessi, Jorge. "The Argentine Dissemination of Homosexuality, 1890-1914". *¿Entiendes? Queer Readings, Hispanic Writings*. Eds. Emilie L. Bergmann y Paul Julian Smith. Durham: Duke University Press, 1995.
- Schwarz, Roberto. "Las ideas fuera de lugar". *Absurdo Brasil*. Eds. Adriana Amante y Florencia Garramuño. Buenos Aires: Biblos, 2000

La autora:

Soledad Mocchi. Uruguaya, nacida en 1984. Estudió Licenciatura en Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en Montevideo.

INESCRUTABLES ITINERARIOS DEL ODIO *

por Olga Bernad

Mi suegra y yo soñamos lo mismo aquella noche. Diferentes momentos de un episodio compartido que tuvo lugar en un raro registro del tiempo. Yo soñé que mi odio crecía en mi vientre como un embarazo y, cuando pensé que todo –mi vientre, el odio, el vaso de agua de la mesilla– iba a explotar, entonces, justo entonces, la rabia y el sufrimiento, la bola de acero en el estómago, invadieron de golpe mi pecho. Por mi boca abierta de dolor y pánico comenzó a salir, ahogándome y liberándome, una masa de materias fantasmales. El espectro que de manera tan extraña había dado a luz cobró forma frente a mí, se fue moldeando como metal caliente y milagroso, suspendido en el aire como si no pesase, se convirtió en un ser repugnante y escapó por la ventana abierta hacia la noche. Aún le vi sonreír, enano deforme y odioso, monstruo profundo, guerra interior, terrible deshecho del que ya estaba limpia. Dentro del sueño me dormí por fin, como un niño inocente o un enfermo al que el dolor ha liberado. Me dormí cansada y feliz.

Aquella misma noche, ella había sentido sobre su pecho un peso enorme. Lo contó ya en el hospital, después del ingreso, cuando despertó turbiamente de la pesadilla, el peligro y los sedativos. Contó que abrió los ojos para respirar mejor y supo que seguía soñando cuando vio sentado sobre su corazón a un desalmado duende de metal que sonreía. Él quiso estrangularla y ella se desmayó. No recordaba la realidad pero recordaba perfectamente el sueño. La realidad estaba hecha de gritos de su marido, crisis cardiorrespiratoria, ambulancia, amago de infarto. Miedo.

«Mi tarea en el hospital ha consistido básicamente en animar al cura, un hombre amable y bueno que se acercó el primer día por si la enferma necesitaba consuelo y fue despedido a cajas destempladas.»

Ahora no quiere dormir sola porque sabe que el duende está en el mundo. El psiquiatra le dice que no es cierto, que el monstruo no es real sino una respuesta equivocada de su cuerpo enfermo, que ella está mejorando y por eso el duende se ha ido ya. Ella no espera que el psiquiatra la entienda, no es tonta. Simplemente, no le hace caso, le deja hablar y le oye como el que oye llover. Pero sé que cuando sus ojos miran lejos, enfocan una especie de horizonte tenebroso. Sólo quiere que no la dejen sola mientras duerme.

Mi tarea en el hospital ha consistido básicamente en animar al cura, un hombre amable y bueno que se acercó el primer día por si la enferma necesitaba consuelo y fue despedido a cajas destempladas. Me lo encontré después en la cafetería, desubicado como yo, y pronto me rendí a la evidencia (tantas veces experimentada) de que las preocupaciones del cura se me habían colado por lo que yo llamo «la grieta de la comprensión», esa que tengo en el muro desde que nací y por la que encuentran camino hacia mi vida y mi tiempo los seres más estafalarios y solitarios que pululan por la faz de la tierra. Es como si supiesen dónde está desde que me ven. Y, cuando la encuentran, yo también los reconozco. Me pasa con mendigos y ancianos, con las señoras que esperan en la parada del autobús, con enfermos terminales, con presuntos triunfadores asqueados de la vida y con algunos poetas (preferiblemente muertos, los poetas vivos suelen ser insoportables). Nunca me había pasado con un cura. Pensé que, a veces, ni Dios es suficiente. Pero también pensé que en el fondo un cura es un ser bastante estafalario, un hombre solo que puede perderse fácilmente en medio de esta sociedad, un reino que sí es de este mundo. Le confesé que yo siempre quise ser cura párroco, sólo me faltó nacer hombre y tener fe. Le hizo gracia. No me entendió, pero siguieron las confesiones.

* Relato perteneciente al libro colectivo *Suegras. Retratos breves sobre el gran enemigo* (Zaragoza: Ediciones Nuevos Rumbos, 2010)

Durante los días siguientes, el cura fue desgranando sus soledades a un ritmo que yo conocía bien, acelerado y directamente proporcional a la comprensión que encontraba, sin que yo pudiera evitarlo, en mi mirada oscura. Me confesó que estaba harto de los enfermos descreídos, de la mala educación de los familiares, de las enfermeras que siempre consideraban su presencia una molestia, de los médicos que le ignoraban, del obispo, de su cuñada; de que todos, pobres y perdidos como estaban, despreciasen un consuelo que podría iluminar su vida. Le dije que eran muros a los que ni Dios les encontraría la grieta. No me escuchó. Me dijo que estaba harto de sí mismo y de su poca capacidad para ofrecer lo que tenía. «No sé que haría sin Dios». Deseé fuertemente que Dios existiese, por él, por mi suegra, por mi odio, por mí, por el duende de metal que se había escapado por la ventana. Por tanto muro inútil.

«Seis días ha dormido mi suegra acompañada. Se niega a quedarse sola. Su marido, su hermana, su hija, su hijo, una tía del pueblo y una vecina. Y ahora yo. Hoy me quedo yo, que la comprendo y la creo.»

Al final le confesé mi sueño porque yo también quería ser comprendida. Le conté, muerta de vergüenza, mi convencimiento de que fue mi odio el que había querido ahogarla. Él pareció despertar de sus soledades y me miró entonces con infinita pena, me dijo que no siempre es posible querer al prójimo –sobre todo si es tan concreto como una suegra– igual que no siempre es posible tener fe, pero que yo era una buena persona y Dios estaba por encima de todas nuestras carencias. Yo quise creerle, la fuerza que me atormentaba deseaba volverse dulce y los ojos azules de aquel hombre me hicieron pensar en el mar de los veranos. Sin embargo, desde aquel día no ha vuelto al bar y yo he dejado de buscarle por los pasillos.

Seis días ha dormido mi suegra acompañada. Se niega a quedarse sola. Su marido, su hermana, su hija, su hijo, una tía del pueblo y una vecina. Y ahora yo. Hoy me quedo yo, que la comprendo y la creo. Y tengo mucho miedo, más que ella, mucho más que los demás.

Hace rato que todos se han ido y mi suegra duerme confiada. Yo uno los dos sillones destinados a las visitas para hacer algo parecido a tumbarme, apago la luz, me dispongo a vigilar la ventana. No veo abrirse la puerta, pero vislumbro una figura negra avanzando hacia mí. Enciendo deprisa la luz y el cura me sonrío. «Vengo a pasar la noche contigo», me dice rápidamente, como para no darme tiempo a rechazarlo. «No entiendo cómo te han dejado quedarte aquí en tu estado; una embarazada, aunque esté al principio del embarazo, necesita muchos más cuidados que una vieja asustada. He leído que las hormonas femeninas pueden ser peores que un mal sueño». Saca de su maletín un par de zumos, pequeños bocadillos de jamón, caramelos de anís y la estampa de una virgen muy guapa. No sé por qué no puedo parar de llorar.

© Olga Bernad

La autora:

Olga Bernad (Zaragoza, 1969) es licenciada en Filología Hispánica en la especialidad de literatura por la Universidad de Zaragoza. Ha publicado el poemario *Caricias perplejas* (Fundación Ecoem, Colección de poesía Siltolá, 2009), la plaquette *Cuadernos de la Cigale, nº 2* (Barcelona, 2009) y la novela *Andábata* (Paréntesis Editorial, Colección Umbral, 2010). Ha sido incluida en la antología *YIN. Poetas aragonesas 1960-2010*, seleccionada por Ángel Guinda para Olifante Ediciones, y en la antología de poetas contemporáneos *Poesía para niños de 4 a 120 años* (Ediciones de la Isla de Siltolá, 2010). Ha participado en el libro de relatos de varios autores *Suegras. Retratos breves del gran enemigo*, publicado en diciembre de 2010 por la editorial Nuevos Rumbos. Relatos y poemas suyos han aparecido en diversas revistas literarias, como *Rolde de estudios aragoneses* e *Isla de Siltolá* (de cuyo consejo de edición forma parte), así como en varias publicaciones digitales, entre ellas la *Revista de Humanidades Kafka* y la página web de DVD Ediciones. Colabora en la *Revista Artes y Letras* del periódico *Heraldo de Aragón* escribiendo reseñas literarias sobre novedades editoriales. En la red, mantiene el blog *Caricias perplejas*, donde publica versos y prosas propios, y el blog *Los otros*, dedicado a textos de otros autores. *Nostalgia armada*, recién aparecido en la nueva colección Vela de Gavia de Ediciones de la Isla de Siltolá, es su segundo libro de poemas. Blogs: <http://cariciasperplejas.blogspot.com/> - <http://losotrosolgabernad.blogspot.com>.

CUANDO ESTAMOS EN CASA

por Fernanda Trías

A mí me gusta el carnaval. Sobre todo por el papel picado, que es suave y no pesa nada. Los pomos no me gustan. La abuela dice que no es bueno mojar a la gente, que hay mucho loco suelto y que pueden salirte con un domingo siete. A mi hermano le asustan los Cabezudos pero le gustan las bombas de agua. Las tira por el balcón y después se esconde, por miedo al domingo siete. A veces nos tocan timbre; lo vieron y saben que fue él, pero nosotros no contestamos y al final se cansan de tocar. Otras veces hace unas bombas tan grandes que le explotan en la mano. Yo me río: «Los cabezudos son hombres, bobo, y las bombas se hicieron para mojar a los demás».

A mí no me gusta mojarme. No me gusta que el vestido se me pegue a las piernas y se estire tanto que quede todo deformado y haya que regalárselo a los pobres. Jorgito, mi hermano, tiene prohibido mojarme y si lo hace lo agarro de los pelos. Además hoy me puse las sandalias que me regaló la abuela. Son de marca, pero ahora no me acuerdo cuál. Todo el mundo dice que si usás esta marca nunca te duelen los pies. A mí me parecen lindísimas, son blancas y tienen unos agujeritos en la punta. Por eso no quiero que me mojen, porque el agua se cuele por los agujeritos y se te mojan las medias, y después también se te mojan los pies.

A mi madre le dan miedo las caretas. Cuando estamos en casa nos dice que nos saquemos eso: «¡Sáquense eso, me hacen el favor!». Igual que mi hermano con los Cabezudos, ella tampoco se da cuenta de que somos nosotros disfrazados. Papá nos defiende: «Norma, dejá quietos a los chiquilines ¿No ves que es carnaval?». Norma es mi madre, pero el nombre completo es Norma Sofía.

Para mí las caretas son lindas. Yo tengo una de la Mujer Maravilla y Jorgito una del Hombre Araña. Lo que tiene es que después de un rato se mojan por dentro, porque no tienen agujero en la boca ni en la nariz. En los ojos sí tienen y hasta puedo sacar las pestañas, aunque me pinche un poco.

Gloria, mi otra abuela, dice que mamá tiene un corso a contramano. A papá no le gusta que diga eso y la hace callar. La abuela se calla pero aprieta los labios y hace girar los ojos hasta que le quedan en blanco. Yo sé que si alguien te sopla los ojos justo en ese momento te podés quedar ciego. Una vez se lo dije, pero ella lo hace igual. Yo prefiero a la abuela Perla, que no se llama Perla pero así le decimos y ni me acuerdo cómo se llama de verdad. La abuela Perla es la del papel picado, las sandalias nuevas y el domingo siete. También hace unas croquetas de carne que no puedo parar de comer aunque no tenga hambre y después me duela la barriga. Los regalos de la abuela Gloria no me gustan. El otro día me regaló una careta de Minnie. Minnie no está mal, pero la careta era de cartón y las caretas de cartón se doblan y te hacen una cara rarísima. Así es siempre con la abuela Gloria: no pregunta nada y compra esos regalos que igual hay que agradecerle con un beso.

«Para mí las caretas son lindas. Yo tengo una de la Mujer Maravilla y Jorgito una del Hombre Araña.»

A veces mamá y papá salen sin nosotros. Nos dejan con la abuela Gloria o la abuela Perla y a veces con Blanca, la señora que limpia. Cuando salen solos mamá demora mucho en arreglarse. Papá la espera mirando la tele y si el programa le gusta, después no quiere salir. Mamá nunca se pinta, pero cuando salen solos a veces se pinta. Se pone sombra, rímel, colorete y lápiz de labios. A mí me gusta cómo le queda, pero a papá no, y le dice que parece una mascarita y que así no salen nada. Mamá llora y se encierra en el baño un rato largo y aunque nosotros necesitemos entrar, ella no nos abre.

Una vez íbamos a tener un hermanito y a último momento no quiso venir. En casa lo estábamos esperando con Blanca y Jorgito. Habíamos hecho un cartel de colores que decía «Bienvenido» y lo habíamos colgado en el living con unos globos en las puntas. También había cantidad de regalos para él. Mamá, papá y las abuelas habían ido al hospital a buscarlo, pero de noche papá volvió solo, sin mamá ni nadie. Volvió enojado, arrancó el cartel, reventó los globos y dijo que el hermanito no venía nada y

que limpiáramos todo. Blanca se agarró la cara y dijo «Ay, Jesús Santo», se paró y empezó a barrer. Jorgito se puso a llorar porque papá no le había dejado pinchar los globos y eso era algo que a él le gustaba mucho. Yo le pregunté qué íbamos a hacer con los regalos, si podíamos quedárnoslos nosotros, pero papá no me contestó y se fue. Cuando mamá llegó del hospital estuvo en la cama muchos días, llorando. Ahí fue cuando empezó a llorar, porque antes no lloraba nunca. A veces decía «¿Por qué se fue él y no yo?», pero la verdad es que yo prefiero que se haya ido él, porque yo a él no lo conocía y no me gustaría nada que se fuera mi mamá.

Al final no pudimos quedarnos con los regalos. Ni siquiera nos dejaron abrirlos. Los metimos en una caja y cuando le pregunté a papá si eran para los pobres, me dijo que se los iba a mandar al hermanito. Yo no estuve muy de acuerdo porque, si él no quiso venir, tampoco merecía regalos.

Hoy estoy contenta porque es el carnaval de niños en 18 de Julio. Estamos esperando a que la abuela Perla nos pase a buscar. Vamos a ir temprano porque ella no puede estar parada y tenemos que reservar silla. Jorgito tiene el pomo lleno pero de a poquito se está tomando el agua y seguro que al llegar al desfile va a tener que buscar una canilla. Espero que esta vez no lllore cuando vengan los Cabezudos. Él dice que no, que este año ya está grande y que no le asustan más. Vamos a ver...

Mamá y papá no vienen con nosotros. Mamá está en la cama y papá se quedó a dormir con la abuela Gloria. Antes de irse dijo que podíamos usar las caretas en la casa todo lo que quisiéramos. Yo le pregunté qué pasaba si mamá se enojaba y él dijo: «Nada. Si mamá se enoja, ustedes no le hacen caso». Igual no me puse la de la Mujer Maravilla, porque la abuela me prometió que iba a comprarme una distinta. No sé si quiero la de Vilma Picapiedra o la de Daisy. Me gustaría una que no asuste a mamá, que se pueda usar cuando estamos en casa, pero si no igual me compro otra de la Mujer Maravilla, porque siempre es bueno tener dos.

© Fernanda Trías

La autora:

Fernanda Trías (Montevideo, Uruguay, 1976). Ha publicado: *Cuaderno para un solo ojo* (De los Flexes Terpines, 2002) y *La azotea* (Trilce, 2001). Y algunos cuentos en: *El cuento uruguayo II* (La gotera, 2003); *El descontento y la promesa - Joven/nueva narrativa uruguaya* (Trilce, 2008); *Esto no es una antología* (MEC, Urg. 2008); *Asamblea portátil* (Casatomada, Perú 2009). Blog: <http://ahappydisease.blogspot.com/>

* * *

Relato

EL EXPERIMENTO NIKLAUS. ESTADO DE LA CUESTIÓN

por José M^a González-Serna

*Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja,
que un rico entre en el Reino de los Cielos.*

Mt 19, 23-30

Mediado el siglo XX, los principales medios de comunicación de la época se hacían eco de la propuesta de Arpad Niklaus de conseguir hacer pasar un camello por el ojo de una aguja. *Frankfurter Allgemeine Zeitung* se congratulaba por la iniciativa del físico de ascendencia renana, pues, defendía, sin duda acabaría trayendo como consecuencia una relación más igualitaria entre los seres humanos al abrir una esperanza de salvación ultraterrena a las clases potentadas. De esta manera, se

expresaba el editorialista, no podía haber la menor duda de que estas personas, una vez eliminada su frustración trascendente, alterarían los comportamientos terrenales y sus relaciones con otros tipos humanos. En línea similar al diario alemán se posicionaban otros rotativos, como *The Guardian*, *Ya*, *Le Monde*, *Los Angeles Tribune* y, sorprendentemente, el soviético *Pravda*.

Aparte de la valoración social que los medios de masas aportaron, el experimento del doctor Niklaus también tuvo su acogida en las páginas de bastantes publicaciones específicas, si bien en todos los casos se trataba de revistas con clara vocación divulgativa. *Scientific American*, sin ir más lejos, situó en primera plana el proyecto, centrándose, sobre todo, en las consecuencias positivas de desarrollar la capacidad de descomposición de la materia visible y tangible en un hilo de fuerza electromagnética que, sin llegar a perder la memoria de su estructura original, pudiera desplazarse en el tiempo y el espacio lo suficiente como para permitir el paso por el angosto hueco de la aguja.

Pese a que la mayoría de los agentes de opinión y la práctica totalidad de los corrillos científicos del momento manifestaron su entusiasmo por la iniciativa, desde ciertos sectores minoritarios se cuestionaron algunos aspectos del proyecto. Un casi desconocido columnista de *L'Osservatore Romano* y colaborador asiduo de las revistas *Mondo Cane* y *Papeles de Molocay* sugirió la posibilidad de que tal experimento podría romper el equilibrio asimétrico de la balanza entre el bien y el mal. La alteración de las proporciones de la receta divina, según Ambrogio Della Valle, que así se llamaba el articulista, ocasionaría sin lugar a ningún género de dudas una ruptura del plan divino para el hombre. La posición de Della Valle fue ferozmente negada en un artículo de fondo firmado por Lucca Stampi, consejero jesuítico para asuntos bíblicos, que el propio rotativo vaticano publicó algunos días después. La tesis de Stampi, como parece obvio, se centraba en la idea de que los caminos del Creador son inexcusables para el ser humano y que, por ende, toda acción humana está contenida en el Plan de Dios, sea cual fuere su orientación. Los artículos de Della Valle y Stampi generaron un auténtico río de tinta que recorrió como un torrente la geografía occidental. Teólogos, periodistas, filósofos, economistas y políticos de toda índole expresaron sus opiniones a favor o en contra de la quimera de Niklaus, exploraron las aristas más afiladas y escondidas de la cuestión y defendieron o refutaron el libre albedrío humano, así como la capacidad para abandonar los planes divinos.

«La marejada que hace ya más de medio siglo provocó la hipótesis de la posible desintegración de un camello fue calmándose lentamente, como suele suceder.»

Curiosamente, el mundillo literario se hizo escaso eco de la iniciativa científica y la posterior disputa. Entre la información que he podido manejar, tan sólo el mexicano Juan José Arreola dedica unas páginas de su *Confabulario* a la obra de Arpad Niklaus. En ellas, el autor se limita a glosar la vida y obra del científico, explica sucintamente las bases teóricas del experimento y valora el mismo desde un punto de vista que se antoja algo cínico. Arreola alaba, creo que de manera desmesurada, la tarea iniciada, independientemente de su éxito o fracaso, pues tanto en lo uno como en lo otro adivina posibilidades de transformación positiva para la humanidad.

La marejada que hace ya más de medio siglo provocó la hipótesis de la posible desintegración de un camello fue calmándose lentamente, como suele suceder. Otros acontecimientos oscurecieron las noticias en torno al experimento: las guerras en Corea e Indochina, la tensa paz entre bloques o la crisis del petróleo al finalizar la década de los setenta sepultaron definitivamente el interés por mamíferos unguados y agujas. Sin embargo, nos consta que Niklaus y su equipo perseveraron en su trabajo, calladamente. Las últimas noticias sobre el proyecto aludían a la muerte de su iniciador y la subsiguiente migración del equipo a una pequeña población en las cercanías de Tübingen, en el estado alemán de Baden-Wurtemberg. Se sabe que siguieron trabajando en la desintegración e integración de la materia y que las primeras pruebas tangibles arrojaron un cierto nivel de éxito que justificaba la entrada de nuevos inversores. Así se desprende de la nota salmón aparecida en diciembre de 1989 en *Financial Times* y que informaba sobre la ampliación de capital de una empresa denominada Niklaus Corporation. Precisamente fue esa nota económica la última referencia al proyecto de la que hemos tenido noticias fidedignas. Tras ella no ha habido nada más digno de mención: la compañía se mantiene estable, reparte dividendos con regularidad y a nadie parece interesar la naturaleza de su negocio.

En febrero de 2006 conocí a George Stapleton. El día había sido duro y antes de regresar al hogar paré a tomar un café. En la mesa contigua, un hombre de unos ochenta años, barba cerrada y profundas entradas, apuraba un enorme vaso de whisky puro. No le presté demasiada atención y me sumergí en la lectura del *Confabulario* de Arreola al tiempo que el café negro hacía renacer la vida en mi interior. El hombre del whisky se me dirigió en un castellano complicado. Al parecer tenía ganas de charlar y, entre sorbo y sorbo, pude conocer su nombre, su nacionalidad y su oficio. La conversación, siempre gobernada por el viejo, acabó derivando hacia el tema de la casualidad, momento en el que tomó en sus manos mi libro y me preguntó si ya había leído la historia «En verdad os digo». «Se centra en un experimento científico en el que participé hace ya mucho tiempo, demasiado», me dijo Stapleton. «Sí, yo trabajé con Niklaus». Me sorprendió sobremanera cómo el azar juega con nuestras vidas, confirmándome en la idea de que no somos más que simples figuras prescindibles en un ajedrez eterno. Había detenido mi coche para tomar un último café y ese hecho posibilitó el encuentro con alguien que bien podría ser un personaje de la ficción que en ese momento

«Casi cinco años han pasado desde ese encuentro. En este tiempo el mundo ha entrado en un laberinto que los analistas económicos más expertos son incapaces de explicar.»

leía. No pude evitar participar en el juego del destino y me dirigí al anciano para averiguar si el experimento había dado resultado, ya que el texto de Arreola no arrojaba ninguna luz sobre la consecución de los objetivos. «Sí», respondió, «conseguimos que el puto camello atravesara el ojo de la aguja». Ante la incredulidad que debió vislumbrar en mi rostro, Georges Stapleton me miró fijamente y, de manera categórica, lanzó un «ya se irá enterando» que resonó en la cafetería como una terrible amenaza. Al momento, el hombre apuró su copa y se marchó. Su figura renqueante salió de mi vida para no volver.

Casi cinco años han pasado desde ese encuentro. En este tiempo el mundo ha entrado en un laberinto que los analistas económicos más expertos son incapaces de explicar. El recurso más extendido es la alusión a los mercados como detonantes de la situación, aunque hasta el momento nadie ha podido identificarlos. Los mercados no tienen cara ni cuerpo ni dirección social. Solamente son, y juegan con las finanzas mundiales a su antojo. Las economías nacionales sufren ataques que las empobrecen y la desesperanza se ha instalado en el cuerpo social. Grecia ha reventado ya, al igual que la verde y melancólica Irlanda. Portugal, Bélgica, España, Italia, están bajo sospecha. Los mercados, nos dicen, parecen estar dirigiendo un ataque soterrado contra la economía del euro y el llamado estado del bienestar. El dinero cambia de manos a la velocidad del rayo sin que exista la más mínima claridad sobre su destino final.

En estos tiempos oscuros, el recuerdo del texto de Arreola y el breve encuentro con George Stapleton me llevan a creer en la existencia de una posible relación entre lo que está sucediendo y el Experimento Niklaus. Si es verdad, como confirmó Stapleton, que al fin pudo hacerse pasar un camello por el ojo de una aguja, ese viaje debió provocar una reacción en cadena que escapó al control humano. Es de creer que tras el tránsito del camélido los ricos pudieron por fin hollar los senderos celestiales. Quienes acostumbraron en vida a jugar con el esfuerzo y la esperanza de todos no parece lógico que hayan abandonado una tarea para la que estaban genéticamente programados. Más bien pienso que se habrán reforzado desde la posición de poder ultraterreno que ahora deben ocupar.

© José M^a González-Serna

El autor:

José M^a González-Serna (Sevilla, 1964) es licenciado en Filología Hispánica y profesor de Lengua y Literatura Española. Ha publicado numerosos artículos sobre cuestiones literarias en diferentes revistas especializadas, así como sobre las relaciones entre literatura y tecnologías de la información y la comunicación en su dimensión educativa. Mantiene desde el año 1998 en sitio web **Aula de Letras** y es bloguero activo desde 2003. En 2009 publicó un manual de *Literatura Universal* (Madrid, Edelvives, 2009). En el terreno de la escritura creativa se concentra en la microficción, a la que dedica un blog específico en <http://capiroba.blogalia.com>

EN LA ISLA

por Alejandra Darriulat

No sé por qué justo en este viejo café de Delft me puse a pensar en estas cosas, quizás porque el hombre que está sentado en la mesa de enfrente me recuerda a una historia que viví hace muchos años en una isla donde casi nunca hacía frío. Había viajado hasta ahí por un proyecto de danza que al final nunca se concretó. Como no quería volver a Uruguay tan pronto, me quedé escribiendo en Búger, un pueblo tan perdido en el fin del mundo que ni siquiera daba al mar. Me alquilé una casa en la misma cuadra donde vivía el ciego del pueblo. Se llamaba Antonio y siempre que me lo cruzaba por el camino, me decía:

—¿Cómo le va a la chica de Montevideo?

—¿Y cómo sabe que soy yo?

—Mis ojos no la ven pero mis oídos la escuchan bien.

Yo me sabía su respuesta de memoria pero me gustaba que él la repitiera siempre. Cada vez que Tonio me nombraba Montevideo a mí se me aparecía la imagen de la rambla a la altura de la escollera Sarandí, y enseguida veía un sol enorme derritiéndose en el agua a la hora del atardecer.

Un día, mientras Tonio y yo paseábamos por los campos tupidos de castaños, me contó que podía reconocer a cada vecino antes de que le dijeran buenos días. «Cada uno tiene su propio estilo de caminar y yo lo puedo diferenciar con la agudeza de mi oído», me dijo.

Nunca pude imaginarme una vida sumergida en la oscuridad, ni esa sutileza auditiva de la que él me hablaba. Tonio conocía Montevideo. Había viajado una vez a principios de los 80 para visitar a unas primas que vivían en Palermo.

Mientras caminábamos me preguntó por el Café Sorocabana y yo le dije que ya no existía.

—¿Está segura? —dijo, y apoyó su bastón blanco al lado de un gato negro que nos venía siguiendo.

—Segurísima.

Se quedó mudo, con los ojos revoloteando; los tenía más blancos que de costumbre y parecían dos lunas caídas del cielo. Luego siguió caminando, cabizbajo, y yo a su lado. Atravesamos el campo en silencio hasta que en determinado momento se puso a silbar bajito una de las estaciones de Vivaldi, creo que era la del otoño, y ahí me di cuenta de que también tenía un oído privilegiado para la música. Al pegar la vuelta en dirección hacia el pueblo, dejó de silbar y me dijo:

—¿Y usted qué espera para volver por allá?

—Que las cosas en mi familia se calmen un poco, que las ideas se me ordenen en la cabeza... qué sé yo.

—No espere demasiado —dijo, se detuvo un instante y dibujó con el bastón en la tierra algo indefinido.

Suspiré. Lo cierto era que aún me dolía demasiado lo que había pasado en mi familia como para estar ahí, y a veces hasta sentía ganas de quedarme en la isla toda la vida.

Santiago, el hijo del panadero, era un muchacho introvertido, bastante más joven que yo, venía seguido a casa a charlar y a tomar café. Tenía muchos problemas con su padre, odiaba trabajar con él, y cada vez que venía a visitarme lo veía demasiado tenso; antes de decir algo, se pasaba un buen rato sentado en silencio de brazos cruzados, moviendo una rodilla como si el piso temblara bajo su pie. A veces, jugábamos a las cartas o yo le mostraba alguno de los últimos poemas que había escrito. Según él, no entendía un comino de lo que yo le leía pero le gustaba escuchar mi voz con los ojos cerrados,

«Cada vez que Tonio me nombraba Montevideo a mí se me aparecía la imagen de la rambla a la altura de la escollera Sarandí, y enseguida veía un sol enorme derritiéndose en el agua a la hora del atardecer.»

decía que lo tranquilizaba. En las noches de verano encendíamos un fuego en la esquina de casa y nos sentábamos en el cordón de la vereda a conversar hasta la madrugada. Tonio solía venir con nosotros y siempre tenía algo interesante para contarnos. Leía de todo. En eso me hacía acordar a mi viejo, aunque papá no se sabía de memoria los poemas de Rimbaud y Baudelaire ni los recitaba tan bien como Tonio, también le encantaba la literatura. Alguna que otra vez hasta se me llenaron los ojos de lágrimas pensando en que mi viejo hubiera podido estar ahí, charlando con nosotros, mientras las llamas recortaban figuras irregulares de un intenso color naranja que resaltaba en el cielo de la noche. Santiago, a su modo, creo que también disfrutaba de aquellas veladas, hablaba poco pero cada vez que intervenía decía algo que me ponía la piel de gallina. Él solía tener la mirada fija en el fuego, siempre se preocupaba de mantenerlo encendido y de que no nos faltara ni la picadita ni el vino.

Una tarde, yo había ido a sacarle fotos a los castaños en flor y a mi regreso Santiago me estaba esperando en la puerta de casa más nervioso que de costumbre. Lo vi pálido y eso me asustó.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

–Murió Tonio –dijo casi sin voz y sin darle vueltas al asunto.

Tonio ya no tenía más parientes en la isla; se encontraban todos desperdigados por Sudamérica. Así que Don Vicente, el párroco del pueblo, Santiago y yo, lo enterramos a la madrugada. El viento sacudía las ramas de los árboles con tanta fuerza que parecía que los iba a arrancar de raíz, las mesitas del café de la esquina de la iglesia estaban tiradas en la vereda, y las nubes viajaban por el cielo dibujando olas que se entrechocaban en el aire.

«Una tarde, yo había ido a sacarle fotos a los castaños en flor y a mi regreso Santiago me estaba esperando en la puerta de casa más nervioso que de costumbre. Lo vi pálido y eso me asustó.»

Yo le llevé a Tonio un ramo de flores silvestres, las que él siempre olía cuando paseábamos juntos, y en el momento de echárselas a la tumba me largué a llorar. Santiago me pasó un brazo por los hombros y así se quedó, en silencio, durante todo el entierro.

–Yo que tú me iba de esta isla cuanto antes –dijo después, de camino a la panadería de su padre.

–¿Y por qué?

–Porque tuviste la suerte de no haber nacido aquí.

–¿No te gusta la isla?

Santiago me miró con una expresión extraña; sus ojos parecían perdidos a miles de kilómetros de distancia, pero al final me respondió:

–No, no me gusta nada. Y menos aún los forasteros como tú; tarde o temprano se van y nunca más vuelven –dijo y enseguida desvió la mirada.

Me dejó sin palabras.

Santiago me dio una carta que Tonio me había escrito antes de morir. La abrí cuando estuve sola y decía: «Si todavía está por aquí, lléveme a Montevideo con usted, por favor. Los muertos no ocupamos mucho espacio, apenas un lugar en el recuerdo. Quiero volver a su ciudad para recuperar lo más valioso que tenía: la vista».

Me fui de la isla antes de Navidad y llegué a Uruguay justo a tiempo para despedirme de mi viejo; se estaba muriendo.

© Alejandra Darriulat

La autora:

Alejandra Darriulat (1971). Soy uruguaya y hace un tiempo que resido en Holanda. En el año 2000 gané una mención en el M.E.C (Ministerio de Educación y Cultura) por un volumen de relatos, *Secretos del viento*. En 2002 ingresé al I.P.A (Instituto de profesores Artigas-Montevideo-Uruguay) donde estudié literatura durante tres años. En 2005 publiqué mi primera novela corta, *La derrota*, en editorial Artefato de Montevideo (Uruguay). Actualmente me encuentro corrigiendo mi segunda novela. Asimismo escribo apuntes de viajes, recorridos cotidianos y relatos de ficción en mi blog personal: <http://lupadelviajero.blogspot.com>

CARDINAL

por Lucía Lorenzo

Pasar el verano así, para una niña, creía ella, e incluso para un animal, era incomprensible. No era posible más que quedarse contra la pared de sombra, viendo la extensión, y allá lejos, lejana, una vaca, con sus ancas, dos hombros hacia arriba, indiferentes, preguntando *¿qué?*

Mirá la vaca, dice la niña.

La madre no dice nada. Ella le busca la mirada y se la señala otra vez.

¡Qué vaca!

Y un gran silencio alrededor.

Y después un silbido. Un muy largo chiflido ahora. Se levanta y se acerca a la línea de sol. Mira alrededor. *¿Quién es? Nadie. Nadie* llegando, nadie trayendo una noticia, una información necesaria. Gira para mirar a su madre. Ve los perezosos, uno vacío. Se ve allí, recién, echada, hablando sobre vacas. Recuerda la efectiva *eme* de su madre. La repite, sonora. La mira, vuelve a mirarla. Está dormida. Se durmió. Los brazos flojos, hechos de estopa, de aire, muertos alrededor del cuerpo.

A unos metros, su tía habla con alguien más. Algunas palabras le llegaban precisas y todas, o casi todas, creyó ella, se referían al destino de esa mujer, su madre. La habían llevado al campo como se lleva a un perro que ya no es aceptado en la casa de ciudad. Las esperanzas entorno a ella eran. No sabía, no tenía la certeza de que hubiese algo como esperanzas entorno a ella.

Entonces señalan hacia acá. *¿Se durmió? ¿Ya se durmió?* Ella asiente con la cabeza, se los confirma. La tía se acerca, es grande, es enorme y da su orden, su vaga orden represiva, mucho antes de hablar. La niña la mira, mira sus caderas, dos espaldas abiertas, genealogía inmensa, como un páramo allí. Le mira después la cara entera. *¿Por qué no la conoce? ¿Por qué no la conoce todavía?*

*«Y después un silbido.
Un muy largo chiflido
ahora. Se levanta y se
acerca a la línea de
sol. Mira alrededor.
¿Quién es? Nadie.»*

La ve entrar a la casa y volver en seguida con un ventilador de pie. Lo deja desenchufado, sin enchufar, a un costado, apuntando hacia los perezosos, y se va, sale del campo visual, dejando allí, a la vista, su rudimentaria acción, su beneficencia.

Ahora tienen los ojos cerrados y hace de cuenta que duerme. Durará meses, años, esa siesta. Será larga, desmedida. Una siesta de campo. Finge que el ventilador gira, que las airea y les devuelve algo. No sólo esa áspera porción de nada. La sombra se retrae. Avanza hacia el cuerpo de la mujer dormida. En un rato más estarán calcinadas, piensa ella. Todo allí será sol y alguien tendrá que despertar a la mujer para llamarle la atención sobre eso. Su reacción será inconsistente. Menos que un mugido. Menos que un vocablo. El intento precoz, indefinido, por comunicarse. El balbuceo de un bebé. La mira con un ojo solo. Le pone un nombre. Le habla. Le promete rápidamente algo. Le toca la frente, suave, suave, con un dedo solo.

Allí, entonces. Durante cuánto tiempo. Sudando contra el ventilador apagado. Frente a la extensión. El sitio al que la habían trasladado. Recurrentes. Llegando. Sin ni siquiera una esperanza concreta.

No lo enchufaste, la escuchó decir.

(Con la impudicia de no tener una esperanza concreta.)

Las cosas hay que enchufarlas, para que funcionen.

Solas no funcionan.

Ya el sol estaba sobre ella; sobre la mitad de ella; sobre su madre entera, sudando sola sobre la mitad de su sueño. Soporífera ella también. Onírica. Sin regresar. Sintió la sombra, la media sombra entera del ancho cuerpo de su tía, moviéndose sobre la madre ahora, sobre el ángulo de sol, de sombra, de sol, y el aire ya, el aire, devolviéndoles algo.

Era mejor así, con todos durmiendo, casi durmiendo. Si abría un poco un ojo podía ver un lado de la vaca, pero ¿qué lado?, imposible saberlo, el cerebro no se orientaba. Todo era vaca. La enorme cosa ocupándolo todo. Señalable. La vida mínima. Una respiración breve, pero suficiente. Porque ya lo sabía, ya se sabía, no era necesario ver nacer un ternero para saberlo; no era necesario ser uno un ternero, para saberlo. Nadie moría en el campo. No lo había oído decir. Nadie lo había dicho. Ni siquiera ella lo había pensado. Era, sólo, una idea pertinaz, instalada en cada cosa que uno mirara.

Ese absurdo mensaje.

Ese complicado mensaje.

«Ya el sol estaba sobre ella; sobre la mitad de ella; sobre su madre entera, sudando sola sobre la mitad de su sueño. Soporífera ella también. Onírica. Sin regresar.»

Vaca, vaquita. No se llamaba a una vaca. Ni siquiera se les hablaba. Sólo podía uno mirarlas. Así, bajo el espantoso calor espeso que el ventilador entregaba. Y uno no sabía, ya no sabía si todo era real, o todo era imaginado.

Abrir el otro ojo, devolverle a la vaca su parte entera, su otro lado, definirla en un marco aéreo, decir de ella que vuela, o que podría volar, si se lo propusiera.

Y detrás de la vaca, algo, otra cosa, una imagen de la que no suponés, todavía, nada: ves venir aquello, apenas zigzagueante, brumoso en la curva, redonda lejanía; ves venir aquello como un jeep, con su humareda de polvo detrás; avanzando hacia la casa, veloz y detenido en la áspera imagen fotográfica; lo distinguís, le das una forma, y otra, y otra, hasta que llegás a él, o él llega a vos, y ya es imposible, inevitable su nombre; ya no es posible no darle un nombre.

En se momento, justo allí, en el borde del nombre que ya inventa, la madre abre los ojos y la mira, primero somnolienta y en seguida con curiosidad; esa curiosidad.

¿No sabés leer?, le pregunta.

¿Todavía no sabés leer?

Ella no sabe qué contestar.

La mujer estira un brazo y la toca. Deja su mano ahí, sobre ella, un rato. Ella no se mueve. Mira la extensión y suplica, pide no esa forma, otra forma, otra manera de desesperar.

Cuando la mano se separa, ella siente alivio.

La mira, hundida en el perezoso, y piensa que pronto vendrá su tía para auparla, y entrarla. La mujer se quejará, ambas se quejarán, serán como niñas luchando entre sí, arañándose y lastimándose.

Atardecerá. Se apagarán las cosas. Primero una y después la otra, y la otra, y la otra. Se reducirán las cosas, hasta desaparecer. Y ya no tendrá que soportar que alguien, nadie, le pregunte si sabe leer. ¿No sabés leer?, ¿eh?, ¿nadie te enseñó todavía?, ¿o es que no tenés edad?, ¿y qué edad tenés, entonces?

© Lucía Lorenzo

La autora:

Lucía Lorenzo (Montevideo, Uruguay, 1973). Cuentos suyos han sido incluidos en la antología *El descontento y la promesa* (2008) y en la publicación colectiva de los Premios Paco Espínola (2007).

LOS INQUILINOS *

por Juan Ramírez Biedermann

Al buscar el olvido, trataban de recordar

William P. Blatty

Sobre Valois Rivarola, a media cuadra de Padre Cardozo y cerca de la iglesia de Las Mercedes, en el lugar donde funcionaba el recordado inquilinato de Don Antonio Yugovich, vivió por cuarenta días el Ángel de la Muerte.

La historia es tan cierta como nuestro dispar sentir ante ella. Algunos dicen desconocerla, ya sea por vergüenza, por indignación, o por una indiferencia que borraría cualquier tipo de culpa. Otros –los que amontonan con o sin razón una pesada carga sobre sus mentes– siguen repitiéndola en el interior de hogares mercedenses; susurros encendidos y temerosos, palabras que se pronuncian, no sin angustia, de tanto en tanto.

Ignoramos la existencia de versiones oficiales o registros que confirmen la presencia del médico alemán en el barrio. Ya pasó demasiado como para elevar preguntas que no tendrán respuestas. Quizá la única prueba documental de su estancia entre nosotros esté guardada en esa infranqueable caja fuerte que poseía Don Yugovich, cuya combinación fue solemnemente llevada al cementerio de la Recoleta por aquel anciano tenue, gentil e impredecible. Sabíamos que en aquel recipiente incrustado en la pared de su habitación, al final de las jornadas, Don Antonio guardaba todo lo que habría considerado única y absolutamente suyo: el lente de sol con montura dorada, la pipa color caoba, la dentadura postiza, y una pila de contratos de una carilla que Don Yugovich hizo firmar a los que durmieron bajo su techo aunque sea por una velada. Acaso entre aquellos papeles podríamos encontrar alguna información sobre el inquilino que habitó en absoluta soledad, por más de un mes, la pieza 08, la que estaba junto a la cocina, en diagonal con un pozo artesiano tapiado hacía años, usado como plataforma para planteras rotas y cántaros vacíos. Sabemos que Gloria Yugovich, la única hija de Don Antonio, modista que todavía reside en Las Mercedes, guarda la caja fuerte en algún recoveco de su casa de la calle Teniente Ruiz. Ella asegura que jamás violaría la memoria de su padre, abriendo algo que él cerró para siempre.

«El inquilinato era una casona de ajustada fachada, pero de profundidad importante. Su comedido frente estaba únicamente exornado por un majestuoso árbol de mango, cuya consistente sombra perduraba durante gran parte del día.»

Con eso, como nos ocurre en demasiadas ocasiones, se extingue la única esperanza de mostrar a la gente una de las tantas verdades del barrio; algo que nos permita delinear, aunque sea por un instante, las borronadas facciones de nuestro rostro.

El inquilinato era una casona de ajustada fachada, pero de profundidad importante. Su comedido frente estaba únicamente exornado por un majestuoso árbol de mango, cuya consistente sombra perduraba durante gran parte del día. La murallita blanca que daba la cara a la calle lucía cubierta por los verduscos garabatos del moho. No tenía rejas. El breve espacio de su entrada se partía en dos por un camino de grises lajas quebradas, sendero siempre cubierto por hojas glaucas y marrones, todas muertas, todas pudriéndose sobre aquel paseo que culminaba en un portón hecho de listones de madera, y tachonado con clavos herrumbrados y excesivamente grandes. Más allá del portón se abría el extenso pasillo, a cuyos costados, perfectamente dispuestas una frente a otra, las desvencijadas puertas de las doce piezas para huéspedes se miraban incesantemente. En el fondo estaba un cuadrilátero atiborrado de naranjos, limoneros y guayabos, en donde los huéspedes se ponían a hablar de todo un poco mientras tomaban tereré y colgaban la ropa para secar. Aquel patio –amplio y modesto como todo el inmueble– trascendía las postrimerías de Las Mercedes y daba unos pasos sobre el terreno baldío que se extiende a espaldas del Club Libertad, alcanzando así los primeros metros del barrio Tuyucuá, trecho de ciudad

* Relato perteneciente al libro *Nobis* (Asunción: Fondo Nacional de la Cultura y las Artes, 2007)

donde el terreno empieza a declinar y desciende gradual y definitivamente hasta sumergirse en el río Paraguay.

El inquilinato, antes de ser derrumbado, tuvo una agonía que se extendió a lo largo de la primera mitad de los noventa. En aquella década, los tranvías aún bajaban por Padre Cardozo hasta su parada final, frente al templo viejo; la canchita de arena de la iglesia no contaba con lumínica, y servía como estacionamiento para la misa de siete. Por aquel entonces, el lugar donde ahora está la plaza no era más que un terreno habitado por una infinidad de árboles, en cuyo extremo, del lado de la avenida General Santos, se había cementado una especie de explanada en donde todas las mañanas se montaba la feria de frutas y verduras del barrio. Por esos días, ya casi no quedaban empedrados, sólo el de Cusmanich, que –sinuoso y cubierto a tramos por lapachos y chivatos– se metía en el callejón sin salida Elvira Báez, para morir con elegancia en la cuadra que alberga, hasta hoy, las mansiones lujosas de Las Mercedes.

Sí, verdaderamente fue una agonía. La mañana que sorpresivamente clavaron un cartel delante del lugar, anunciando la futura construcción de una torre de quince pisos para departamentos, a todos nos afectó hondamente esa condena de muerte. Nuestra primera reacción fue de incredulidad: jamás hubiéramos podido creer o aceptar que una reliquia fuera arrancada de nuestras posesiones sin aviso o consulta previa. Parecía algo no sólo indebido, sino hasta autoritario. Después, ya resignados, tuvimos que admitir el hecho (acaso el primero de otros tantos que marcarían el inicio de un irreversible periodo de cambios) y asimilar sus futuras consecuencias.

«Nuestra primera reacción fue de incredulidad: jamás hubiéramos podido creer o aceptar que una reliquia fuera arrancada de nuestras posesiones sin aviso o consulta previa.»

Se diría que sin intención, aquejados por esa bendita nostalgia que siempre nos ataca desde la nada, empezamos a recordar a los clientes que alguna vez pernoctaron bajo los deteriorados techos de Don Antonio: a los que se acercaron a nosotros; a los que menos contacto tuvieron con la gente; a los excéntricos y a los que incluso pasaron por sospechosos; a los que nada dijeron y a los que no callaron mucho. Pero en especial, nuestros padres y abuelos –ya que nosotros no los conocimos– evocaron la memoria de dos inquilinos: la de Josef Mengele, quien sólo fue visto un par de veces por pocas personas, y la del hombre que ocupó la pieza 08, años después del galeno nazi; aquel hombre de edad, alto y desgarbado, de modales y presencia

distinguidos, de tez blanca y calva relumbrante y pecosa, que una tarde abandonó su casa ubicada en la calle Defensa Nacional, a media cuadra de la iglesia de Las Mercedes, y caminó por cinco minutos hasta llegar al inquilinato de Don Antonio. Se detuvo en la vereda de la casona, a un metro de Yugovich, y disculpándose por el atrevimiento, interrumpió su infaltable rito de mirar la tardecita derramándose sobre la calle Valois Rivarola. Sin muchos atavíos, con la mirada límpida, como arrastrada por el viento, con pocas palabras en la boca y un semblante disperso, Don Jeremías Goldman rogó que se le alquilara la pieza donde alguna vez pasó una temporada aquel alemán de apellido Gregor. Don Antonio Yugovich jura recordar cada segundo de ese encuentro. Primero, porque desde que la gente se enteró de que un nazi había dormido entre las cuatro paredes de la pieza 08, nadie volvió a pasar una noche allí. Segundo, porque sabiamente intuía que aquel asunto guardaba algo pendiente. Don Jeremías pagó por adelantado la pensión y se metió a la pieza 08 un nueve de febrero a la tarde, mientras el sol, teñido de aloque y carmesí, se derretía en la brumosa ribera del río, allá, donde muere Asunción y empieza el agua.

¿Qué sabemos de todo esto? No mucho. Dicen que un barco llamado el *North King* atracó en Buenos Aires en 1949. Entre sus pasajeros figuraba un tal Helmut Gregor. En la más parca de las soledades, quizá algo atribulado, pero de seguro con cierto alivio en las entrañas, ya que habría dado por hecho que la cacería de los criminales de la SS no le daría alcance en estas tierras sureñas tan lejanas y desconocidas, Josef Mengele arribó a la Argentina.

Poco después, una vez acomodado en la doliente calma de algún barrio porteño (acaso Olivos o Vicente López), Mengele se inscribiría en la guía telefónica de **Buenos Aires** con su nombre verdadero, e iniciaría un periodo mayormente desprovisto de quebrantos. Cuentan que en ese tiempo volvió a casarse, y que su parentela, en especial sus ascendientes, empezaron a enviarle dinero desde su tierra

natal. En los cincuenta, el alemán pasó por una prosperidad económica que nunca hubiese imaginado después de la caída del Tercer Reich. Llegó a ser socio de una firma farmacéutica y propietario de una fábrica de juguetes. Todo parecía perfecto, hasta que le informaron subrepticamente que el gobierno argentino había recibido un pedido oficial de extradición (orden de detención decretada en 1959 por el Juzgado de Primera Instancia N° 22 de Freiburg im Breisgau, a decir de un artículo que leímos hace poco). Ese día huyó de Buenos Aires. Al parecer, uno de sus informantes, **Hans-Ulrich Rudel**, ofició de nexos con el gobierno del **Paraguay**, convirtiéndose en el artífice de su furtivo traslado a Asunción.

De lo que escuchamos, se puede deducir que Mengele jamás superó aquel primer susto. Entendió que de ahí en más, sus perseguidores no se detendrían nunca: lo rastrearían tenaz e incansablemente. Quizá por ese motivo, su permanencia en el Paraguay estuvo marcada por el ritmo de una vida sencilla y casi frugal. Cuentan que pasó un tiempo en la calidez de una familia germana, radicada hacía años en el Paraguay. Pronto, optó por vivir solo. Cuando los medios de prensa del mundo informaron que los *Nokmin* judíos habían secuestrado a **Adolf Eichmann**, en plena calle Garibaldi de Buenos Aires, trasladándolo clandestinamente a Israel para ser juzgado, los temores del doctor se habrían vuelto insostenibles, ya que ese día, sin aviso previo, correctamente trajeado, pagó su cuenta pendiente con Antonio Yugovich, agradeció cordialmente su amabilidad y, tomando un taxi, desapareció para siempre.

Al tercer día de su encierro total en la pieza 08, Jeremías Goldman se dejó ver mientras daba una caminata por el interior del inquilinato. Pálido, casi fantasmal, rogó a Doña Amalia, la cocinera del lugar, que le preparase un cocido con leche para el desayuno. Cuatro de sus cinco hijos, y dos de sus tantos nietos –todos sorprendidos con la decisión del hombre, todos desesperados e impotentes– se pasaron aquellas tres jornadas del otro lado de la puerta verde que tenía pintado en blanco un 08 en el extremo superior. Le rogaron a Don Jeremías, por turno o a coro, que volviera a su casa, que sus actos no tenían sentido, que estaba cometiendo una locura. Aquella mañana, vestido con una camisilla blanca, un pantaloncito caqui y una sandalia de cuero, Goldman se paró ante ellos en el patio de atrás, a la frágil sombra de un limonero, y les dijo en tono sosegado que había tomado una decisión, y que esperaba ser respetado. Los familiares juran que jamás explicó los fundamentos de tal resolución, pero que su semblante demostraba tanta fuerza, tanta convicción, que no pudieron más que aceptar el ruego.

«De lo que escuchamos, se puede deducir que Mengele jamás superó aquel primer susto. Entendió que de ahí en más, sus perseguidores no se detendrían nunca: lo rastrearían tenaz e incansablemente.»

Desde ese momento, y sobre todo en el primer mes, gente de lo más diversa fue llegando a la casona a visitar a Don Jeremías: parientes, amigos, personalidades, gente sencilla, mujeres jóvenes y ancianas, religiosos barbudos con gorros y rulos ensortijados, unos cuantos periodistas. Nadie pudo quitarle una palabra. Con suerte, se sentaban ante el silencio de Goldman que, ignorándoles, comiendo una guayaba o pelando un mango, se pasaba mirando hacia cualquier parte, como escudriñando el universo en el que ahora habitaba.

Don Antonio narra que después de aquel periodo lleno de tensiones, la situación fue apaciguándose y tomando un curso calmo y descolorido. Las visitas se hicieron cada vez más espaciadas e infrecuentes. En realidad, con los meses, el único que no faltó un solo día al inquilinato fue Jacobo Goldman, hijo menor de Don Jeremías. Mozo de buen corazón, según palabras de Don Antonio, pero de cerebro medio extraviado, Jacobo no pasaba de los treinta y, según sabemos, a diferencia de sus hermanos, jamás siguió carrera alguna ni se inmiscuyó en el laboratorio ni en el imperio comercial formado por Jeremías Goldman. Mientras Yugovich se acomodaba en la vereda del inquilinato, todas las tardecitas, celebrando uno de aquellos ritos inquebrantables de Las Mercedes, Jacobo se sentaba a su costado, en la murallita blanca, fumando algo de aroma extraño y dulzón, metiéndose en monólogos interminables acerca de su manera de ver la vida, de sus pensamientos, de sus innumerables tropiezos y, sobre todo, contando la historia del padre.

Así nos enteramos que en 1943, Jeremías Goldman fue llevado, junto con otras miles de personas, a Auschwitz-Birkenau. Allí, luego de pasar terribles jornadas de sed, hambre, calor y frío en el vagón de carga que los transportó al campo, una mañana de mayo, bien temprano, se bajó de un tren ruinoso. Absolutamente perdido, asustado por la tormenta de gritos, órdenes, golpes y ladridos que le cayó encima,

trató de vislumbrar qué le podría deparar aquel paisaje amplio y resplandeciente que se imponía a su débil mirada; claridad apenas manchada por las verdes máculas de un enorme pastizal tragado por el firmamento, apenas marcada por el tono terroso de las construcciones que, lenta y soberbiamente, empezaban a adquirir forma ante sus ojos. Minutos después, integrando la fila masculina formada en una amplia rampa junto a las vías, Jeremías Goldman vio de lejos, al final de la hilera de gente, al oficial alemán que iniciaba el sumario procedimiento de inspección a los recién llegados. El hombre indicaba maquinalmente con un bastón quiénes debían ir a la izquierda y quiénes a la derecha. Al pararse frente al facultativo, el padre de Jacobo se encontró ante un hombre elegante, de porte distinguido, de gestos educados, casi aristocráticos, de semblante sereno y afable. Para su extrañeza, no era el típico germano rubio de ojos celestes, sino más bien un hombre trigüeño, de pelo castaño oscuro y enigmáticos ojos de miel. Todo era armónico en aquel oficial, incluso la notoria separación existente entre sus incisivos. Luego de revisarlo de pies a cabeza, el alemán pronunció en su lengua la palabra «izquierda». Después, según Jacobo, le miró a los ojos y sonrió levemente. Hacia allí fue Jeremías Goldman, junto con los demás hombres y mujeres que se encontraban aptos para los trabajos forzosos. Los que fueron enviados a la derecha –niños, ancianos, enfermos, discapacitados y mujeres embarazadas–, integraron el primer contingente mandado a las cámaras de gas.

«Experimentos humanos, torturas, sufrimiento, muerte, Don Antonio Yugovich nunca terminó de horrorizarse ante las atrocidades cometidas por un inquilino suyo.»

Tiempo después, Jeremías Goldman, en la inconmensurable desolación del campo, tomaría razón de que el Ángel de la Muerte le había dado la vida.

Experimentos humanos, torturas, sufrimiento, muerte, Don Antonio Yugovich nunca terminó de horrorizarse ante las atrocidades cometidas por un inquilino suyo. No podía creer que aquel señor extranjero, tan correcto, tan educado, hubiera sido el autor de las monstruosidades narradas por Jacobo. Cuando corrió la noticia de que el Ángel de la Muerte estuvo en el Paraguay antes de huir al Brasil,

los vecinos empezaron a tener sospechas. Los rumores se propagaron rápidamente. Algunos se apersonaron ante Don Yugovich consultando inquisitivamente sobre el tema. Don Antonio afirmó desde el principio una postura de lo más simple y concreta, *le alquilé la pieza porque no sabía quién carajo era. Además, de esto como.*

Jacobo Goldman repetía una y otra vez, como una especie de fórmula incompleta, que su padre llegó a Auschwitz-Birkenau el mismo mes en que se asignó a Mengele a dicho campo, y que increíblemente sobrevivió a los veintiún meses que el galeno nazi permaneció allí. En todo ese tiempo, Don Jeremías habrá visto y sufrido la despiadada muerte de su gente. En todo ese tiempo, se habrá enterado del infierno. Ésos eran los pensamientos de Jacobo, mientras fumaba uno de sus enrollados y miraba las ensangrentadas nubes de la tardecita. ¿Somos capaces de enfrentar el infierno?, preguntaba a nadie, ensimismado y ausente. ¿Podemos escapar del infierno?

Una mañana de octubre, Doña Amalia, sosteniendo una taza de cocido humeante, golpeó la puerta 08. Nadie respondió. El día después del funeral de Jeremías Goldman, Jacobo visitó a Don Antonio para agradecerle el buen trato que había recibido su padre en el inquilinato. Acongojado, Yugovich respondió el gesto con un afectuoso abrazo, dando una vez más los pésames y deseando a Jacobo toda la suerte del mundo. Como era debido, Don Antonio le entregó todas las pertenencias que Jeremías Goldman no pudo sino abandonar en la habitación donde encontró la muerte: dos cajas de cartón con ropas, y un sobre que contenía el recibo de pago por adelantado de los veintiún meses de alquiler de la pieza 08.

© Juan Ramírez Biedermann

El autor:

Juan Ramírez Biedermann (Asunción, Paraguay, 1976). Es abogado, egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Asunción Año 2000. Miembro del SubComité de Comunicaciones de la SubComisión del Bicentenario de la República del Paraguay. Músico, integrante de SABAOTH y EYESIGHT, con cuatro álbumes editados en el extranjero y una trayectoria de casi 20 años en la escena del género. Ha realizado conferencias tanto en Paraguay como en el extranjero. Acaba de editar *Nobis* en la Bibliothèque latino-américaine de Québec. Ha sido publicado en diversas antologías a nivel internacional y es ganador de varios premios literarios.

NADA POR AQUÍ

por Fernando García Maroto

Y que cada miércoles Isnard tuviese que aguantar, con aquella sonrisa servil y cobarde que ya tuvo tiempo de ensayar una y mil veces durante su divorcio unilateral, la misma broma estúpida por parte de Marino, dueño, recepcionista, barman o maître del hostel, pensión, bar de paso o casa de comidas de mala muerte situado estratégicamente en un desvío de la carretera nacional y en el que ahora Isnard sobrevivía, repartiendo su tiempo entre las idas y venidas al trabajo o al pueblo más cercano, casi cincuenta kilómetros en línea recta, y su habitación alquilada indefinidamente donde Marino, con baño propio, cama dura, armario estrecho, televisión con imágenes intermitentes y una mesa enana en la que hacían equilibrios en forma de columna, tentando la caída e invitando al polvo, todos sus numerosos libros y escasos recuerdos.

Esa broma, ocurrencia de un día que ya venía durando mucho, años quizá, se repetía semanalmente, inclemente y puntual; y la dudosa gracia que pudo tener la primera vez estaba ya de sobra erosionada. De tal abuso ni siquiera hacía reír a la mujer de Marino, su fan número uno y cocinera del local, que se asomaba por el ventanuco que comunicaba la cocina con el comedor y meneaba la cabeza de un lado a otro en dirección a su marido, como desentendiéndose del chiste, como pidiendo perdón a dios y a Isnard por la pesadez de su esposo y la continuidad de sus tonterías.

—Este hombre no tiene remedio —parecía decir con su gesto aquella mujer de pelo rubio, artificial; nunca supo Isnard si por los tintes excesivos o por la grasa perenne que flotaba en su cocina.

Aunque la mujer también tenía que ver con la broma porque la encargada de confeccionar los menús era ella y sólo ella; o lo había sido hacía años, por lo menos veinte, cuando el en su día joven y prometedor matrimonio inauguró el negocio. Desde entonces aquellos menús seguían invariables por comodidad e indiferencia, más que por prestigio entre la clientela: camioneros habituales, turistas de largo recorrido en su parada obligada, solitarios viajeros de paso, gentes de los pueblos cercanos que no gozaban del privilegio de tener en sus lugares un establecimiento como el de Marino, y el propio Isnard, que llegó allí, para quedarse y morir, un día ya olvidado por todos, incluso por él mismo.

«Sin embargo, Isnard se negó en redondo: en su show primaban los juegos de manos, en especial los de cartas, con pases mágicos y frases de manual que garantizan el éxito.»

—Este conejo ya sí que no sale más de tu chistera, Isnard —repetía siempre Marino a gritos para que todo el mundo le oyera y celebrara lo cómico de su frase con una risotada igual de estridente que la suya.

Porque los miércoles tocaba conejo, especialidad de la casa, al ajillo y macerado previamente durante largas horas con aceite de oliva, limón y perejil para camuflar trozos sospechosos, viejos de meses. Y como Isnard era mago, entonces Marino, por una vez en su vida, ató rápido los cabos, juntó con esfuerzo las palabras que no acostumbraba a usar con soltura y fabricó una chanza, orgulloso de sí mismo, que Isnard alimentaba por conveniencia, porque le hacían precio de amigo en todo y apenas le molestaban, pidiendo religiosamente a mitad de semana la misma comida: sopa castellana de primero y de segundo el proverbial conejo que nunca más saldría de su chistera.

Aunque bien es cierto que Isnard no tenía chistera. Que él recordara, jamás la tuvo. Hubo un tiempo, breve, obsesivo, malsano y al final, por consecuencia lógica, rencoroso, al menos por parte de los de la cadena, en el que Isnard trabajó en televisión; y allí sí que le insistieron un poco, sin bromas ni sutilezas, en que quizá le convendría usar chistera. Era lo suyo, lo que procedía; y el espectador medio, le decían los directivos, hombres y mujeres trajeados y oliendo siempre a perfumes carísimos que la nariz de Isnard llegó a odiar, más que con la novedad o el talento, con lo que verdaderamente disfruta es

con la adecuación: el mago, o el artista de variedades en general, debe ofrecer al público aquello que se espera de él, y no defraudar en las expectativas creadas. Y si los magos usan chistera, pues entonces Isnard debía usarla y punto.

Sin embargo, Isnard se negó en redondo: en su show primaban los juegos de manos, en especial los de cartas, con pases mágicos y frases de manual que garantizan el éxito. No se plegó a lo que le proponían; o lo que él creía que le proponían, ya que aquello resultó no ser una sugerencia sino más bien una manera más amable, quizá sólo menos agresiva, de imponer un criterio, el de la empresa. Por eso, cuando el programa de los sábados por la noche dejó de tener la audiencia suficiente, reglamentaria, los impecables y fragantes directivos de aquella cadena chabacana decidieron prescindir primero del díscolo, del rebelde, de ése que se creía algo, que tenía todo tan claro y no se dejaba aconsejar en su terreno, en su vocación, pues eso era la magia para Isnard, por más que muchos no lo entendieran.

La que peor llevó el despido de aquella importante cadena de televisión fue su mujer; no por el despido en sí mismo y la pequeña incertidumbre que ayudó a abrir con la lentitud de una grieta en lo sólido de su existencia común, sino sobre todo, casi en exclusiva, por los derechos adquiridos, por la fama y el renombre que proporcionaba el salir en la caja tonta cada sábado por la noche y esporádicamente entre semana. Y además el dinero. Por supuesto el dinero. Siempre el dinero. La mujer de Isnard había organizado su vida con comodidades de terciopelo en torno a aquel sueño, que no era el suyo, el de ella, y que tomaba prestado de Isnard, a quien el dinero o el reconocimiento poco importaban: él sólo se preocupaba por sus trucos y sus juegos, que preparaba con meticulosidad de artificiero en su casa y practicaba decenas de veces en el plató de los estudios de televisión antes de la grabación del programa. Luego veía los vídeos del mismo y repasaba los posibles fallos, los pases evidentes con vistas a mejorar su espectáculo. Eso fue así hasta que le despidieron, claro.

«En contra de lo que en un primer momento se pueda pensar, Isnard iba siendo feliz. No así su mujer, que embarazada de pocos meses y harta ya, le pidió el divorcio sin contemplaciones. Isnard se hizo el sorprendido para no herirla en su exagerado amor propio: hacía tiempo que esto se veía venir.»

Después de aquello, tan traumático para su mujer, tan esclarecedor para el propio Isnard, tan definitivo para ambos, vino una época en la que fue, no mendigando el empleo, pero sí pidiendo favores, agotando amistades y recursos, quedándose así sin nada más que ofrecer y mucho menos a quien ofrecérselo. Aceptaba cualquier aparición, por breve y ridícula que fuera, en programas menores que nada tenían que ver con las variedades, cuyo tiempo había expirado, y necesitaban minutos de relleno a bajo precio. Hizo incluso un triste y lamentable anuncio de coches (último logro de su representante, que dejó de serlo nada más terminar la campaña, en la que Isnard

aconsejaba al posible comprador que no le dieran gato por liebre, la cual, esta vez sí, sobresalía, informativa y profética, de una chistera) gracias al cual estuvo unos meses más en pantalla y en carteles publicitarios, donde el mago exhibía una estática sonrisa bobalicona, una especie de mueca bovina, a lo largo de todo el país.

Cortado el trabado camino de la televisión, incapaz de entenderse con la gente de aquel negocio hipócrita y ramplón, mezquino, Isnard volvió a sus orígenes y frecuentó salas y clubes, pequeños y oscurecidos locales, algunos absolutamente sórdidos, en los que el número de magia siempre era bien recibido, por higiénico, como sano preámbulo para algo más grande, más satisfactorio y placentero.

En contra de lo que en un primer momento se pueda pensar, Isnard iba siendo feliz. No así su mujer, que embarazada de pocos meses y harta ya, le pidió el divorcio sin contemplaciones. Isnard se hizo el sorprendido para no herirla en su exagerado amor propio: hacía tiempo que esto se veía venir. Vio cómo su mujer, en pocos meses, había ido acumulando rencores y odios por comparar el presente con el pasado, cuando nada tienen que ver y se conjugan diferente, y rumiaba poco a poco la decisión final que ella misma quería y debía tomar. Isnard no protestó. Podía entender lo duro que se hace para mucha gente, en realidad y si sumamos bien casi toda, atender la llamada de una vocación cuando ésta no conduce a nada más que al fracaso, al hundimiento perpetuo y en caída libre en un pozo profundo y miserable. Se quedó únicamente con el coche y su parafernalia de mago.

Fue ese coche, un práctico utilitario color gris metalizado sobado de tanto trayecto, el que le condujo siguiendo la carretera de la costa en su viaje sin rumbo fijo, a ninguna parte, hasta el local de Marino. Y fue ese mismo coche el que le ayudó a trabar conversación en el comedor de Marino con Rivas, empresario vocacional y parroquiano habitual del sitio, que era el dueño de una especie de concesionario de alquiler y venta de coches de segunda mano al otro lado de la carretera. Rivas era un tipo que se había ido ganando a pulso cierto color amarillo: los dedos, por el tabaco; la cara, por el alcohol; la ropa, por el tiempo; y los dientes, por la suma conjunta y con llevadas de esos tres factores. Insistió a Isnard para que cambiara, dejando a un lado los sentimentalismos y los recuerdos, aquella tartana que se quejaba con ruido de bujías y caja de cambios. Llegó a ofrecerle una *roulotte* totalmente acondicionada y que sería ideal en vista del carácter itinerante, se equivocaba, del mago. Fueron juntos hasta el negocio de Rivas en el coche de éste, charlando todo el rato, empezando sin saberlo a cimentar una forma morosa y tranquila, interminable de la amistad. Al final Isnard cambió su coche por otro que a simple vista se le parecía, pero que Rivas explicó.

—Le tenía guardado para un cliente especial, hipotético hasta ahora. Tiene todas las revisiones hechas y por haber en perfecto orden. Pocos kilómetros y listo para conducir —argumentó el vendedor con un punto de emoción en la voz. Y luego inesperadamente añadió—: Como usted bien aconsejaba, que no le den nunca gato por liebre.

El pegadizo eslogan de la efímera campaña publicitaria de aquella marca de coches mostraba ahora sus resultados y una vigencia patética en medio de ese páramo casi abandonado por la humanidad. Y por si Isnard todavía no había comprendido o simplemente recordado, Rivas le señaló un enorme cartelón a la entrada de su negocio en el que podía verse, amarillo ya cómo no, la cara del mago invitando a la pingüe compra futura y el recelo consiguiente.

«Isnard sabía; sí que sabía. Y también comprendía bastante bien la cosa: eran ya muchas, demasiadas para una sola persona, las veces en que había cogido en mentira a la esperanza.»

—En su día atrajo a cientos de clientes —informó agradecido Rivas, como si Isnard hubiese sido el responsable directo—. Pero eran otros tiempos. Todavía se creía en algo bueno. Todavía se esperaba. Supongo que sabe a qué me refiero.

Isnard sabía; sí que sabía. Y también comprendía bastante bien la cosa: eran ya muchas, demasiadas para una sola persona, las veces en que había cogido en mentira a la esperanza. Quizá por eso, por compartir y narrarse mutuamente la miseria, y por el buen trato en donde Marino, fue barruntando la idea de quedarse allí por mucho tiempo.

Gracias a Rivas y sus contactos en los pueblos de alrededor, el mago fue haciéndose un hueco en las fiestas patronales de cada villorrio, a las que acudía en un flamante coche nuevo para él, aunque de segunda mano en realidad, que el propio Rivas ponía a punto al comienzo del verano, estación en la que los festejos se encadenaban como resfriados en invierno. El vendedor se quitaba el traje y, a pecho descubierto, le metía mano de experto al motor hasta quedar suave la máquina y él completamente negro. Franjas amarillas y negras componían entonces el torso de Rivas, que como una abeja zumbaba de contento en torno al automóvil listo para los periplos estivales de Isnard.

Cada pueblo era una historia: en los que predominaban los niños o los ancianos, la visita del mago llegaba a ser todo un acontecimiento; y al terminar los trucos, se aplaudía con fascinación y felicidad. Por el contrario, en las aldeas donde las hormonas adolescentes bullían con esplendor provinciano, los jóvenes sólo eran conscientes de sus propios cuerpos y sus consentidas, compartidas borracheras, y esperaban ansiosos el momento en que Isnard terminase para poder seguir con su verdadera fiesta. Los adultos en general toleraban la presencia de Isnard como algo pintoresco y pasajero, provisional. Nada de particular.

Terminado el periodo de fiestas, demostrando una vez más su pericia y la amplitud inabarcable de sus recursos, Rivas le consiguió al mago, sin contar cómo ni pedir nada a cambio, actuaciones permanentes en la infinidad de clubes de carretera que jalonaban la autopista a ambos lados y cada cierto trecho despidiendo destellos de sospechoso neón rosa para ampliar su campo magnético.

La misión de Isnard consistía en entretener a las chicas, la mayoría inmigrantes ilegales, aunque también había madres en apuros abandonadas por la suerte y sus seres queridos, hasta que llegasen asustados pero decididos los primeros clientes. Luego, cuando el local de turno estaba lo suficientemente lleno como para dar beneficios en copas y las chicas habían echado el guante a su pieza de la noche, Isnard completaba sin prisa varios números que ellas, quizá su mejor público en aquellos días pues en esos sanos momentos de diversión pura y simple sus caras rejuvenecían e incluso podían verse los rasgos inocentes de cuando habían sido niñas y todavía no les había fallado la esperanza, jaleaban con emoción contagiando la euforia a su pareja del momento, que nunca escatimaba un aplauso a cambio de la succulenta recompensa futura. Después de eso allí él sobraba. Normalmente, antes de regresar a su habitación en donde Marino, se tomaba una o dos copas: cortesía de la casa o a veces a cuenta de una de las chicas, por más que él se negara en aceptar tales ventajas.

«La misión de Isnard consistía en entretener a las chicas, la mayoría inmigrantes ilegales, aunque también había madres en apuros abandonadas por la suerte y sus seres queridos, hasta que llegasen asustados pero decididos los primeros clientes.»

Y como antes de todo aquello, en contra de lo que se pudiera seguir pensando, Isnard era feliz. A su manera, era feliz. Incluso cuando llamaba al teléfono del local de Marino la que había sido su mujer para reclamarle más dinero, que ya no le correspondía legalmente pero que pedía con lágrimas de indignación y temblor en la voz metálica por instinto de supervivencia y consejo de su todavía abogado, Isnard seguía siendo feliz. Contestaba a la llamada con flema, y con urgencia y generosidad a la petición de su ex mujer. Y la esposa de Marino, que al igual que su marido escuchaba la parte de conversación correspondiente al mago e inventaba sin apenas errores la otra mitad desproporcionada y grotesca, meneaba la

cabeza de un lado a otro en dirección a Isnard, como solía hacer con Marino, desentendiéndose del asunto, dando esta vez gracias a dios y a su marido por la suerte que tenían, por la bondad de su fiel amigo.

–Este hombre no tiene remedio –parecía decir con su gesto aquella mujer. Pero lo decía sin reproche y con una sonrisa en la cara.

Entonces Isnard colgaba el teléfono y les hacía algún truco. Nadie más hablaba del tema.

Con dos pases mágicos todo quedaba olvidado. Ni las chicas de los locales de carretera, ni tampoco sus clientes; ni Rivas, ni mucho menos Marino o su esposa le preguntaban nada. Nunca nadie le preguntó nada. La melancolía de Isnard, protegida por su magia, escondida tras sus trucos y amortiguada por la tenacidad de su vocación, permanecía inaccesible y perpetua como el carácter de su propio dueño.

Mientras tanto, la vida en aquel lugar continuaba sin sobresaltos ni nada digno de mención. Cualquiera hubiese pensado que todos los habitantes de aquel mínimo universo imperfecto habían nacido para hacer durante siglos lo que realmente hacían.

© **Fernando García Maroto**

El autor:

Fernando García Maroto. Nace en Madrid en 1978. Licenciado en Ciencias Matemáticas por la Universidad Complutense de Madrid, actualmente trabaja como profesor de enseñanza secundaria, actividad que lleva desempeñando desde el año 2004 y que compagina con la escritura. Tiene escritas cuatro novelas y numerosos relatos, la mayoría inéditos, en los que da rienda suelta a una prosa densa y de corte marcadamente existencialista con la que pretende seguir la línea, temática y estética, trazada por ese movimiento cultural. Su primera novela, *La geografía de los días* (2010), fue escrita en el año 2007 y ha sido publicada recientemente, tras muchos esfuerzos, por su propia cuenta y riesgo. *Las tablas de un naufragio*, que data del año 2008, es su segundo trabajo y aún permanece inédito. Su siguiente novela, *La distancia entre dos puntos* (2011), continúa el sendero trazado por ese manual sobre la incomunicación que es su primera obra. Con el título de *Los apartados* aparece su cuarta novela, otra vuelta de tuerca más a las obsesiones señaladas en las obras anteriores pero añadiendo elementos tradicionales y reconocibles de la novela negra.

MICRORRELATOS

por Rosana Alonso

PIGMALIÓN

Me gusta cambiar sus tarjetas identificativas de fábrica, con esos nombres horribles que eligen los japoneses, por otras con nombres como Trini, Pepa o Paqui. Yo creo que eso ayuda a quererlas porque, aunque son tan reales que hasta lloran, ríen y se enfadan arrugando el ceño, no es lo mismo abrazar a una Scarlett que a una Charo. Me enamoré de la última en cuanto la vi en su embalaje. Es un poco torpe y no hace las cosas como Dios manda, pero yo le voy a enseñar. No hay nada como un buen sopapo para aprender. La he llamado Dolores.

* * *

MANERAS DE MORIR

Papá elegía las horas de penumbra: de madrugada y al atardecer. Mamá prefería improvisar, según su estado de ánimo tocaba muerte salvaje o plácida. La abuela era tradicional y disfrutaba muriendo una vez al día, en la cama y haciendo aspavientos. Mi hermana presumía ante las amigas saltando desde el acueducto. Cómo se reían después, cuando ella se levantaba de improviso ante los ojos espantados de la gente. Y yo dejaba que me arrollara el expreso de las cinco Pero hace tiempo que nos aburre la inmortalidad. Acabamos de secuestrar a un viejo, queremos descubrir el secreto de la vida.

* * *

CONSPIRACIÓN

El psiquiatra le dio el alta porque ya no presentaba rasgos paranoides. El paciente no percibió la tensión en su mano al despedirle, ni la sonrisa falsa de la enfermera. Tampoco escuchó la conversación que mantuvieron en cuanto salió de la consulta. En el trabajo no reparó en los murmullos de los compañeros a sus espaldas. De vuelta a casa, no se fijó en el hombre que le seguía. Besó a su mujer sin detectar la mirada ansiosa y esquiva.

Esa noche, mientras él dormía, celebraron el éxito del tratamiento.

* * *

GLOBALIZACIÓN

Se han vuelto a dejar la tapa del váter levantada. Mira que les tengo dicho que no utilicen ese cuarto de baño. Aún recuerdo el día que apareció una víbora de Gabón enroscada en la lámpara del despacho. Y hace dos semanas encontré un cocodrilo australiano de agua dulce chapoteando en la bañera. Sin embargo, lo de hoy es diferente, en el salón hay un hombre pequeño, sólo lleva un taparrabos, una lanza y un palito que le atraviesa la nariz. Los del zoo dicen que esta vez ellos no se hacen cargo y a mí me da pena echarlo. Voy a preparar la habitación de invitados.

* * *

MUÑECAS

La niña con cara de vieja se lo había dicho. Ya había transformado en muñecas a otras niñas del parvulario y en algún momento pensaba hacer lo mismo con ella. Y para acabar de convencerla le hablaba de las muñecas de su habitación. Entonces se acordaba de la muñeca rubia, de cabellos enredados y expresión desquiciada. No pensaba en ninguna otra, sólo en esa. La imaginaba de carne y

empezaba a tiritar. Su madre la mandaba a la cama y le ponía el termómetro. Luego le traía un vaso de leche caliente, pero no podía dormir porque esos pequeños placeres del cariño y los desvelos maternos se le antojaban los últimos. Y así un día y otro. La transformación no llegaba nunca, a veces la presentía cerca y cerraba los ojos con fuerza. Otras veces lloraba en silencio en el recreo, sentada en un banco observando a sus compañeras.

Un día, el pupitre de la niña vieja amaneció vacío. No sentaron a nadie en su lugar.

© Rosana Alonso

La autora:

Rosana Alonso. Como casi todo el mundo, en realidad llevo dos vidas (hay quien lleva tres o cuatro con soltura de malabarista). Por la mañana trabajo en el laboratorio de biología molecular de un hospital de Madrid. Por las tardes, además de los menesteres más prosaicos, leo y escribo (no necesariamente en ese orden). He realizado cursos de escritura creativa, he ganado algún premio, he sido finalista en varios y perdedora en muchos. Pero lo apasionante es inventar ficciones, poder vivir realidades alternativas a través de la escritura; el momento de la idea, la tarea de intentar reflejarla (casi siempre es un reflejo) y la labor final (la más dura) de pulir y cercenar lo que sobra. En la actualidad anda ocupada intentando armar un libro de microrrelatos.

* * *

Relato

EL EXTRAÑO CASO DE POLÍFONO Y LO QUE CON ÉL SUCEDIÓ

por José Agustín Solórzano

Es un problema siempre en las conversaciones. Cuando me preguntan mi nombre me quedo un rato en silencio y luego digo: Ismael, Jaime, Genaro, Guadalupe o cualquier otro. En realidad no tengo un nombre. Soy lo que se dice una voz, una Voz en la cabeza de un individuo o individua, bueno, creo que se dice de la misma manera sin importar el sexo de mi portador, o portadora. En fin, nadie puede llamarse Voz, imaginen ustedes: les presento a Voz, sí Voz Polífono Martínez, no ¿verdad? Por eso a veces me llamo Juan y otras Anivdelarev, soy una voz grave, una voz lo que se dice bien dada. En la agencia donde trabajo me han ubicado en cabezas de paranoicos, esquizofrénicos, neuróticos, psicóticos, etcétera, he resultado una voz competente para tales casos, con el equipo de sonido adecuado logro los efectos necesarios para la polifonía, el ruido molesto o el eco macabro. El estilo rumoroso con el que les digo mátate o tírate por el balcón, córtate las venas o corre que te persiguen, es simplemente irresistible, debo aceptarlo, soy muy bueno haciendo lo que hago.

Les digo, entonces cuando me encuentro con otros colegas u otras colégalas (¿o cómo se dice?) me es difícil presentarme, son ellos Voces decentes, con trabajos más comunes y corrientes, muchos trabajan en agencias de publicidad, en radio difusoras, en empresas de contestadores automáticos o hasta en *hotlines*. Sus nombres, pues ellos sí los tienen, van desde Selvanegra, Mary Cachonda, Jarioso Saenz, hasta Honorario Muñiz, Lupita Lara, Metáforo Vázquez, Hinodoro Salgado entre otros. Voces todos, a veces nos juntamos y hablamos, pues no sabemos hacer mucho más, acerca de nuestras vidas, nuestros trabajos, nuestros problemas, a mi me dicen el Polífono, por aquello de la variedad de clientes que frecuente y la pluralidad de mis servicios.

Y resulta que hace dos semanas, el miércoles, me habla el jefe y me dice que debido a la efectividad de mi trabajo (pues no había dejado a ningún loquito con vida) me habían ascendido a Voz Poética, y yo así de ¿y pagan más? Sí, ah entonces sí le entro aunque no sepa qué es eso ¿qué hay que hacer o qué? Me explicó que no mucho, me iba a dar un pack de audiolibros: «Poesía Universal para la Voz Poética de Hoy», mi trabajo era sentarme unas horas al día en la cabeza del iluso «poeta» y repetirle lo que iba oyendo en mi MindPod, si quería, agregó, podía de vez en cuando decirle cosas de mi propia cosecha, asustarlo, usar mis atributos de Voz de sicótico y volverlo un poquito loco. Nos pagan más por crear escritores locos y si se puede, alcohólicos o drogadictos, confío en ti para eso. Se despidió y yo me quedé pensando en voz alta (las voces no podemos pensar bajito) que ahora sí, con el aumento de sueldo, iba a poder pagarme mis clases de canto y quizá muy pronto estaría trabajando en una disquera importante, así no me faltarían las voces sexis para tener susurritos.

Me presenté al día siguiente en mi trabajo, el lugar era una covacha sucia y llena de telarañas, muchas ideas por todos lados, revueltas y atarantadas caminaban y se paseaban dentro y fuera de los pocos muebles que había: Una mesita con el micrófono, una silla, una lamparita y una taza sucia de café añejo. Un closet, antes de acomodarme, lo abrí, dentro una voz colgando, seca, muerta pues. Casi me habría cagado ahí mismo, de no ser porque las voces no hacemos tal cosa, sólo lancé un alarido, que afortunadamente no alarmó a mi portador, quise buscar a mi jefe y pedirle explicaciones, reclamarle, pero ya estaba ahí y no podía darme el lujo de viajar hasta las oficinas por ahora. Cerré el closet con la voz muerta adentro, reacomodé, limpié y me senté a comenzar con mi trabajo.

Los primeros dos días pasaron sin mayores complicaciones, el tipo era raro, se mantuvo en silencio todo el tiempo. Dormía, comía, obviamente iba al baño y de vez en cuando tosía o bostezaba, salía a caminar y se detenía en ciertos lugares, luego seguía su camino y ya. Yo le hablaba de dos a tres horas cada día y algunos minutos extra por las noches. Parecía no tomarme en cuenta, no escucharme, empezaba a creer que el micrófono no servía cuando por primera vez se sacó una libretilla de la bolsa y apuntó algo de lo que dije. No dijo nada. Esto se repitió dos o tres veces más en el transcurso de estos dos días.

Al tercer día el escritor silencioso abrió la boca. Lo sorprendente fue que se refería directamente a mí:

—Espero te hayas instalado sin mayores complicaciones, perdón por el desorden, no acostumbro mantener mis ideas muy alineadas como te habrás dado cuenta ¿Tienes nombre?

No dije nada, pensé: este güey ya está loco, pero el cabrón oía mis pensamientos, pinche micrófono, dije luego. No hay pedo, que me dice, yo soy José Agustín y soy escritor, creo que lo sabes, gusto en conocerte, llegaste antier ¿no?

—No hay privacidad aquí.

—Y me lo dice una voz en mi cabeza.

—Chale, perdón, carnal, es mi trabajo.

—Creí que en el trabajo les prohibían, por política, mantener conversaciones con los portadores, al menos eso me dijo el buen Epígrafe, lástima que se colgó.

—Sí, pobre, el siguiente fin doy parte, y tienes toda la razón, yo no debería estar haciendo esto, si se enteran en la agencia me ponen en la calle y a trabajar de eco.

—No hay tos, nadie tiene porque darse cuenta, te voy a pedir de favor que dejes de repetirme lo que oyes en esos libritos que te dan, no es necesario.

—Y entonces ¿qué hago? Ya decía yo que esto no era normal, mejor agarro mis chunches y me voy, a qué me quedo si tú ya estás loco, mira que estar hablando tan quitado de la pena con una voz en tu cabeza.

«Los primeros dos días pasaron sin mayores complicaciones, el tipo era raro, se mantuvo en silencio todo el tiempo. Dormía, comía, obviamente iba al baño y de vez en cuando tosía o bostezaba, salía a caminar y se detenía en ciertos lugares, luego seguía su camino y ya.»

–Y quién te dice que no soy yo la voz en tu cabeza.

–No mames, tranquilo, carnal.

–No, puede ser cierto, mira, yo sé que eres una voz, una voz que ha pasado toda su vida en las cabezas de otros, diciendo cosas para los otros, pensando quizá para los otros, quién eres realmente tú, cuál es tu nombre, no es acaso inútil una voz que escucha, como ahora tú me escuchas y que no dice nada.

–...

–Una voz en silencio es una voz muerta.

–...

–Yo también soy una voz, una voz que ahora estoy en tu cabeza como lo estuve la semana pasada en la del pobre Prefacio.

*«Todos somos las
voces de otras voces,
alguien habla por
nosotros, alguien nos
pone también el
silencio en nuestros
labios.»*

–Epígrafe...

–Ese güey.

–Ese güey lleva aquí cuatro días muerto.

–Ya se esfumará, las voces se esfuman, tú mismo ya te estas desapareciendo, todos vamos al silencio, somos un silencio prometido.

–Ya me diste miedo, carnal.

–¿Apoco no? Todos somos las voces de otras voces, alguien habla por nosotros, alguien nos pone también el silencio en nuestros labios. Tú podrías ser ahora el personaje de uno de mis relatos, o yo el protagonista de uno de los tuyos o los dos, dos voces viviendo en la cabeza de otra voz, una voz que no eres tú ni yo y que sin embargo somos tú y yo y el pobre de Epígono.

–Epígrafa...

–Sí, ese, el muerto ¡cómo sea! Lo importante es eso, ¿entiendes?

No, le dije al pinche loco ese. Aquí me quedo porque es mi chamba pero mejor nos la llevamos leve, no te molesto y tú no me asustes con tus fumarolas, mano. Y que enciende un cigarro y me deja pensando y oyéndome de seguro el muy cabrón, pero sin decir nada. Se quedó muy calladito otros tres días y al cuarto, el miércoles, amaneció muy parlanchín, que cómo amanecí, qué tal el frío, ¿un cafecito, mi Polivoces?

Hemos comenzado a entendernos, yo le voy agarrando la onda a sus mariguanadas y él comienza a aceptarme tal cual soy, ya casi junto para el primer mes en la academia de canto y el buenazo del Agus me presento a una Voz re sensual que trabaja promocionando tangas en una tienda de lencería.

A veces le da por quedarse en silencio algunos días, es entonces cuando yo puedo escuchar sus pensamientos, o el los míos, ya no sé. Y me pongo, se pone a escribir historias como estas, en las que yo soy una voz en su cabeza o él es una voz en la mía, o los dos somos una voz en la cabeza de Epíteto (¿Epígrafe?) quien desde el closet escribe esta historia silenciosamente.

© José Agustín Solórzano

El autor:

José Agustín Aguilar Solórzano (México, 1987) es poeta y narrador, actualmente estudia en la Escuela de Lengua y Literaturas Hispánicas de la UMSNH. Publicó en el 2007 *Abalorio*, una edición independiente y en 2009 *Versos, moscas y poetas*, poemario ganador del III Concurso de Ópera prima convocado por la secretaría de cultura de Michoacán, su poemario *Cuaderno de Instrucciones* obtuvo mención honorífica en el concurso Carlos Eduardo Turón 2010. Ha colaborado en diversas publicaciones nacionales e internacionales y mantiene el blog literario: <http://joseagustinsolorzano.blogspot.com/>

LOS PADRES

por David Bombai

Su padre se arrojó desde un quinto piso en 1988, rebotando sobre una cabina telefónica antes de encontrarse con el suelo. Ella sólo tenía 7 años. A partir de aquel momento, «Papá no volvió nunca más del trabajo». Laura me contaba esto mientras removía lánguidamente un café que había ido enfriándose poco a poco entre lágrima y lágrima. Para que no se sintiera tan mal, le conté una historia sobre el mío, que aunque era falsa, era menos cruel que la realidad. Le dije que se ganaba la vida estafando a la gente por televisión, convenciéndoles para que le entregaran su dinero con el que construiría una iglesia que los salvaría a todos. Le conté que estaba en la cárcel, lo que no le pareció tan horrible: «Tú por lo menos podrías verle si te apeteciera».

Como ya he dicho, todo era mentira. Mi padre nunca quiso el dinero de nadie. Ni siquiera su ayuda. Lo único que ansiaba más que nada era que yo fracasara. ¿No quieren eso todos los padres? ¿Cómo iban a poder justificar sino su paso por el mundo?

Padres...

El mío tenía 26 años cuando nací, lo que obviamente trastocó todos sus planes. Quería ser actor, de teatro, de cine, y mi llegada le obligó a sentar la cabeza, buscar un sueldo fijo y enterrar para siempre todos sus sueños. Como suele decirse, «yo no tuve la culpa», pero sí, es evidente que la tuve. No intencionadamente, claro.

Ella se levantó y fue a la barra a buscar un sobre de azúcar. «No lo quiero para ahora; me gusta llevar alguno en el bolso, por si acaso». La seguí con la mirada: cogió el azucarillo y se lo guardó, y mientras lo hacía supongo que se acordó otra vez del hombre que saltó por el balcón, haciendo una primera parada por accidente antes de besar la acera. «¡Clanc! ¡Pom!». Se estremeció con el recuerdo de cada golpe. Primero metálico; luego duro y seco. Y segundos después, húmedo a causa de la sangre derramada. Volvió conmigo, se sentó con un extraño baile de sus caderas y recuperó la expresión perdida que su rostro se empeñaba en mostrarme.

Él lo negará siempre, pero mi padre fue incapaz de renunciar a sus fantasías. Y que conste que yo no le culpo. Recién cumplidos los 50 años, intentó sin suerte subirse de nuevo al tren del espectáculo. Pero ese tren va mucho más deprisa cuanto mayor somos, y el golpe es cuatro veces más doloroso. A esa edad ya sólo le quedaba ver, impotente, cómo su hijo le superaba.

«Mi padre se equivocó tantas veces...», dijo ella buscando algo en su bolso. Sacó el móvil y comenzó a escribir un mensaje. Aún distraída con los lances de la tecnología, sus ojos rezumaban tristeza. «Ni siquiera pudo morir rápidamente como pretendía; se mató en dos tiempos. Si no fuera tan patético, daría hasta pena».

El día que saltó al vacío tampoco tuvo que ser por fuerza el peor de toda su vida. Era un hombre tan acostumbrado a perder que incluso se había insensibilizado a ello. Pensar en el sangriento contacto con el asfalto debió de parecerle más bien un alivio. Ella se imaginaba a su padre feliz al fin mientras hacía equilibrista sobre la barandilla antes de volar en sentido inverso. «Lo dicho: una pena».

Su madre se culpó de ello. «Súmale a un padre suicida una madre deprimida». Cuando años después conoció a otro hombre, el pobre Juan, éste tendría que lidiar con reproches guardados en la recámara desde hacía más de veinte años. Nunca se casaron. Juan nunca se atrevió a pedírselo, paralizado por la mirada perdida de la mujer que cada vez que le hablaba era para criticar y ser despiadada, enfadada con un hombre que, al fin y al cabo, no era él. «Al final, como era de esperar, desapareció de casa; cada Navidad nos envía una postal, pues ni a llamar por teléfono se atreve».

Me levanté para ir al lavabo. Trastabillé por entre las mesas, mareado por las dudas y me colé como pude en el cuartucho menos desinfectado de todo el recinto. La cabeza me ardía, asaltándome imágenes deslavazadas que protagonizaba mi padre iracundo, borracho de ira. Tenía tanto rencor guardado dentro; y lo sigue teniendo me imagino: hoy se cumplen cinco años de nuestra separación. La última

vez que hablé con él, y no serían más de diez minutos, hicimos un repaso rápido pero minucioso de todas nuestras diferencias irreconciliables.

Que nadie me pregunte por qué, pero mi madre estuvo a punto de dejarle cuando me fui de casa, y no lo hizo. Sé, sin atisbo alguno de duda, que ya no le ama, e incluso ese verbo me parece desproporcionado para definir lo que un día sintieron el uno por el otro. No será por miedo, estoy seguro: mi padre, aún con sus frustraciones, jamás podría ser una persona violenta. Será por apatía; será porque si le abandona, no sabría cómo empezar de cero con una vida nueva. Si lo pienso detenidamente, mi madre es la persona más cínica que conozco.

Padres...

Sobrevolé el bar, con la cabeza en las nubes y el ánimo en cualquier otra parte, y aterricé de nuevo en nuestra mesa, arrasada por un huracán de resentimientos, pero dejando intacto todo alrededor. Como un rayo láser teledirigido por una mano negra. Nos había tocado a nosotros, lamentablemente.

La mañana del suicidio, su padre entró a hurtadillas en su cuarto y le acarició el pelo, «supongo que a modo de despedida». Ella hubiera preferido una explicación, o en su defecto «un avance de los próximos acontecimientos», algo que la hubiera preparado para la tragedia que estaba a punto de suceder. Le molestaba el hecho de no conocer los motivos, y mucho más le molestaba el no saber qué lo habría impedido. Más cariño, menos quejas; más comprensión, menos lamentos... Razones hipotéticas que, al fin y al cabo, no podían tener nada que ver con ella. Su hija del alma. Por eso le fastidiaba haber acabado heredando las múltiples dudas de su madre.

Sobre la mesa había ahora mi cerveza y un vaso de agua. «¿No te encuentras bien?». A mi pregunta recibí una dura mirada por respuesta que me recordó algo más.

Mi madre era catedrática en la universidad. Era una de esas mujeres recias y estrictas que te agujereaban el estómago con solo mirarte. Lo sigue siendo, sólo que ya no lleva un bolígrafo rojo colgado del cuello, preparada para corregirlo todo en cualquier momento. Sus alumnos se arrancarían un brazo por no tener que visitar su despacho. Cinco minutos a solas con mi madre era la pesadilla de cualquier universitario; y yo tenía que responder ante ella de todos mis errores y de todos mis pecados.

«Que nadie me pregunte por qué, pero mi madre estuvo a punto de dejarle cuando me fui de casa, y no lo hizo.»

Miré por la ventana y creí reconocer a una persona al otro lado, bajando de un taxi, encontrándose con amigos. Llovía y era tarde, las ocho probablemente. La maraña de paraguas me impidió poder seguir los acontecimientos. El sonido de sus dedos sobre el vaso de agua, repiqueteando con nerviosismo, me devolvió tristemente al interior.

Mi padre asimiló su derrota y se entregó al aburrimiento. Me consta que la jubilación le mantiene ocupado no haciendo nada, por lo que su humor sigue siendo el que era. No se pueden borrar décadas de insatisfacción. Cuando mi padre me miraba, veía en mí a la persona que le obligó a convertirse en un grisáceo espécimen, en otro ser humano recortado con un patrón y encajado después en una cuadrícula perfectamente alineada. Nacer, estudiar, trabajar, formar una familia, envejecer y morir sin pasar en forma alguna a los anales de la historia.

La persona reconocida entró en el bar y se hizo corpórea: un compañero de trabajo se desprendió del chaquetón empapado y al colgarlo sobre la silla, reparó en mí. Se acercó con una sonrisa de oreja a oreja, el hombre más extrovertido que conozco, y me saludó efusivamente. Hablamos de trivialidades hasta que se fijó en la barriga hinchada de Laura y pronunció la frase que más habíamos escuchado y aborrecido en los últimos 5 meses: «¿Y qué va a ser, niño o niña?».

© David Bombai

El autor:

David Bombai (Mataró, Barcelona, 1978). Periodista, guionista y Humorista gráfico. Ha realizado guiones y co-dirigido varios cortometrajes, y es guionista también del largometraje *El cura y el veneno*, en fase de postproducción. Ha publicado relatos en varias revistas, como Quimera y Un dels Nostres. Fue Co-Director y editor del diario online de humor El Muñeco Whisky y Co-Director y editor de la revista online Acapulco66. Sobre su trabajo gráfico, mantiene el blog <http://www.gatosperiquitos.wordpress.com> junto con con Adrián Crespo.

ENTREVISTA VIRTUAL A DOSTOIEVSKY

por Víctor Montoya

Todo estaba confirmado. Acordamos vernos en un casino central de San Petersburgo, una tarde en que las calles parecían flotar en medio de una lluvia intensa y menuda, mientras el cauce del Río Neva atravesaba como una flecha por el corazón de la ciudad.

Cuando ingresé en el local, que lucía espejos empotrados en las paredes, arañas de cristales esmerilados y alfombras uzbekistanas, lo divisé sentado al fondo, tomándose una humeante taza de té. Lo primero que me sorprendió es que no vestía como Máximo Gorki, con rubashka bordada a mano ni botas de cuero tosco hasta las rodillas, sino un traje occidental; camisa de algodón, zapatos de cuero lustroso y un chaquetón algo grande para su talla. En su aspecto, semejante al del terrible Rasputín, destacaba la barba ligeramente desgreñada, la frente amplia y la mirada penetrante.

Le tendí la mano y me presenté. Él se limitó a esbozar una sonrisa afable.

–Dostoievsky, Fiódor Mijáilovich Dostoievsky –dijo luego en un tono muy fuerte, como golpeándome a los oídos con cada acento prosódico.

Nuestras miradas se cruzaron por un instante. Me invitó a tomar asiento y preguntó:

–¿Estamos listos para la entrevista?

–Sí –contesté dubitativo, mientras me servía una taza de té del samovar que relucía en la mesa de mármol alabastrino.

–Entonces te escucho.

–Sé que eres el segundo de siete hijos, pero me gustaría saber algo más sobre tu familia –dijo, aún sin salir del asombro de tener frente a mí a uno de los escritores más célebres del siglo XIX, cuyas obras, además de haber influido en los existencialistas como Sartre y Camus, inspiraron las teorías filosóficas de Kierkegaard, Nietzsche y *La metamorfosis* de Kafka.

–Provengo de un hogar de clase media, donde la actitud omnipresente de mi padre era decisiva en la educación de los hijos. Claro que su autoritarismo era compensado con el amor y la protección de mi madre, quien, por desgracias, murió de tuberculosis cuando cumplí dieciséis años. Tras la muerte de ella, mi padre, que ejercía como médico de pobres, se sumió en la depresión y el alcoholismo, y, para deshacerse de mí y de mi hermano Mijaíl, nos mandó a estudiar en la Academia de Ingeniería Militar de esta ciudad, donde aprendí a vivir con cinco rublos al mes, de los cuales me los gastaba cuatro y medio apostando al parchís; pero también aquí nació mi interés por la literatura, estimulado por las obras de Shakespeare, Pascal, Víctor Hugo, Hoffmann y Friedrich Schiller, entre otros.

–¿Y cómo murió tu padre, el hidalgo de Darovóye?

–Murió ahogado en vodka. Sus propios siervos mancomunados, en un intento de apaciguarlo en uno de sus arranques de violencia provocados por el trago y furiosos porque les negó la paga extraordinaria de Navidad, lo inmovilizaron de pies y manos, le metieron el gollete de la botella en la boca y lo dejaron morir como a un perro degollado. A mí me dolió mucho su muerte, aunque a veces, preso de mis instintos de venganza, le deseé la muerte por déspota y testarudo; con todo, desde ese luctuoso suceso, me sentí acosado por sentimientos de culpabilidad y viví arrepentido como el detestable Dimitri, el parricida que asesina a su padre en *Los hermanos Karamásov*.

Al cabo de estas palabras, pronunciadas con un dejo de autocompasión, lo noté algo nervioso; crispó las manos, cruzó los pies y cerró los ojos. Fue entonces cuando aproveché para preguntarle sobre la epilepsia que padecía desde los nueve años de edad. Él se acarició la barba, suspiró hondo y contestó:

–Esa enfermedad de mierda, que cada vez se hacía más convulsiva y frecuente, me sirvió al menos

«Al cabo de estas palabras, pronunciadas con un dejo de autocompasión, lo noté algo nervioso; crispó las manos, cruzó los pies y cerró los ojos.»

para describir la epilepsia vivida y sufrida por el príncipe Myshkin en *El idiota* y la de Smerdyakov en *Los hermanos Karamázov*.

No quise entrar en detalles y pasé a la siguiente pregunta:

–Después de culminar tus estudios de ingeniería, con el grado militar de subteniente, ¿dónde conseguiste trabajo?

–En la Dirección General de Ingenieros de San Petersburgo. Compaginé mi trabajo de ingeniero con la de jugador de póquer. Tiempo después, como despreciaba las matemáticas con la misma fuerza con que amaba la literatura, abandoné el tedioso trabajo con los números para dedicarme al oficio de las letras, aun sabiendo que de la literatura no se podía vivir holgadamente, y mucho menos en una época en que existían más pobres que ricos y más analfabetos que letrados.

–¿De nada sirvió que muy joven te hayas convertido en una celebridad literaria luego del rotundo éxito de tu novela epistolar *Pobres gentes*?

–La celebridad de un autor se desvanece con la misma facilidad con que se apaga una estrella fugaz, no sólo porque mis posteriores obras, desde *El doble* hasta *La mujer del otro* fueron acribilladas por la crítica, sino también porque nunca pude comer de la literatura; es más, la literatura me convirtió en un deudor moroso de cuantos tenderos e hijos de vecinos se cruzaron en mi camino. A veces no tenía con que pagar el piso, no disponía de fondos para invertirlos en el casino ni en los tratamientos de mi enfermedad. Fue en esas circunstancias, de gran necesidad tanto material como espiritual, que escribí el autoflagelante monólogo de un funcionario frustrado, un antihéroe enfermizo y vengativo, que constituye *Memorias del subsuelo*, y el primer borrador de *Crimen y castigo*, que es la obra en la cual desahogué algunos de mis trastornos emocionales producidos por el fallecimiento de dos de mis seres más allegados.

«Dostoievsky se sirvió otra taza de té, miró en derredor y, entre sorbo y sorbo, replicó.»

–A propósito de *Crimen y castigo* –irrupí cortándole la palabra–, me puedes explicar, ¿por qué se le ocurrió al protagonista de la novela, el pobre estudiante de derecho Raskolnikov, la cruel idea de asesinar a la anciana Aliona Ivanovna?

–Porque padecía de delirios de grandeza. Él se sentía, en el plano moral y humano, un ser supremo a ella, quien, siendo una prestamista próspera, era una vieja usurera; por eso la mató a sangre fría, porque quería robarle el dinero y porque la consideraba una escoria social, una cucaracha que sólo merecía el desprecio y la muerte...

Al poco rato, me miró a los ojos y preguntó:

–¿Tú no hubieras hecho lo mismo que Raskolnikov?

No le contesté ni sí ni no. Y proseguí con la entrevista:

–¿No será que las acciones de Raskolnikov estaban determinadas por las teorías socialdarwinistas, cuyos principios más aberrantes sostienen que sólo los más jóvenes y fuertes tienen derecho a la vida?

–No eran esas ideas las que movían las acciones de Raskolnikov, sino las necesidades existenciales que lo obligaron a obrar de forma irracional. De ahí que, cuando volvía a su estado racional, se sentía atormentado por la culpa y, a manera de redimirse espiritualmente, buscó el castigo por el crimen cometido, entregándose voluntariamente a las autoridades.

–¡Ah! –dije–. Hablando de castigos y condenas, querría saber, sólo por curiosidad, ¿cómo experimentaste tu destierro a Siberia en 1849?

Dostoievsky se sirvió otra taza de té, miró en derredor y, entre sorbo y sorbo, replicó:

–De eso prefiero no hablar. Me acusaron de pertenecer a una organización clandestina y de conspirar contra el zar Nicolás I; un personaje que, en honor a la verdad, nunca me interesó por el poder autocrático que ostentaba ni por la hermosa mujer que tenía a mano; más todavía, podría afirmar que en esa época tenía más diferencias con los nihilistas y socialista ateos, que con las ideas aristocráticas del zar.

–Lo peor es que casi pagas con la vida una falsa acusación.

–Así es. Me condujeron a un lugar en que debía ser fusilado junto a otros prisioneros. Me pusieron frente a un pelotón, maniatado y con los ojos vendados. Escuché los disparos al aire, pero, por alguna razón hasta hoy desconocida, mi pena máxima fue conmutada por cinco años de trabajos forzados en Siberia, donde pasé rodeado de pulgas, cucarachas y «silenciado dentro de un ataúd». La prisión en Siberia era un sitio endemoniado; en verano, encierro intolerable; en invierno, frío insoportable. Todos los pisos estaban podridos. La suciedad en los pisos tenía una pulgada de grosor; uno podía resbalar y caer. Éramos apilados como anillos de un barril. Ni siquiera había lugar para dar la vuelta. Era imposible no comportarse como cerdos, desde el amanecer hasta el atardecer. Ahora bien, si quieres saber más detalles sobre la compleja conducta de los humanos en tales circunstancias, te recomiendo leer *Memorias de la casa muerta*, donde analizo el sadismo de los carceleros y las condiciones infrahumanas de los prisioneros condenados a trabajos forzados en lugares donde el diablo perdió los cuernos.

–Siguiendo tus afirmaciones, debo suponer que es menos dolorosa una muerte instantánea que una condena perpetua, ¿no es así?

–En efecto, es preferible una muerte instantánea que el sufrimiento de la tortura y el destierro –afirmó seguro de sí mismo. Luego prosiguió–: No es casual que en *El idiota* diga que la guillotina se ha inventado para evitar el sufrimiento del reo. Es menos dolorosa que la tortura y el destierro. Claro que cuando te anuncian que irás al patíbulo, te invade una enorme angustia, se te derrumba el mundo y el corazón se te acelera como un caballo al galope. Aun así, es preferible la muerte en la guillotina, donde lo terrible se concentra en un solo instante, mientras tienes la cabeza expuesta a la cuchilla y oyes como ésta se desliza hacia tu cuello...

La frialdad con que describió una decapitación, me provocó un acceso de tos, seguido por un estremecimiento inevitable. Acto seguido, en procura de cambiar el tema, le formulé otra pregunta:

–Cuando recobraste la libertad, se sabe que te reincorporaste al ejército como soldado raso y que fuiste destinado a una fortaleza en Kazajistán, donde conociste al primer amor de tu vida. ¿Verdad?

–Ni más ni menos –corroboró con la mirada puesta en una de las mesas de casino del local–. Allí comenzó mi relación con María Dmítrievna Isáyeva, quien, antes de meterse en la cama conmigo, fue la esposa y viuda de un compañero que conocí en Siberia. Con ella contraí matrimonio en febrero de 1857, pero, hablando en pepas, confieso que nunca fui un marido feliz con ella.

«La frialdad con que describió una decapitación, me provocó un acceso de tos, seguido por un estremecimiento inevitable.»

–Quizás no sólo porque la llama del amor se apagó entre ustedes, sino también porque volviste a caer en el embrujo de los juegos de azar.

–No voy a negar que soy un ser depresivo y un jugador empedernido de la ruleta, donde he despilfarrado mis rublos entre copas de vodka y camareras de vida alegre, hasta verme sumergido en graves problemas financieros, acorralado por las deudas y por una angustia que no lograba superar ni siquiera con la ayuda de mi esposa.

–¿Y qué hacías para evitar el acoso de tus acreedores?

–Huía al extranjero. Recorrí por varios países de Europa occidental, donde derroché mucho dinero en los casinos; incluso conocí, en uno de esos viajes, a la crupier y joven estudiante Paulina Súslova, con quien mantuve un romance efímero pero apasionado, hasta el día en que ella decidió abandonarme, según me dijo, debido a mi adicción a los juegos de azar y mis ideas conservadoras que no eran de su agrado.

–¿Se puede decir que los juegos y las mujeres han sido dos de los problemas que más atormentaron tu vida?

–No los únicos, pero sí los que más me enseñaron a comprender que la dicha y la desdicha son hermanas gemelas, que se atraviesan en nuestras vidas cogidas de la mano. A todo esto hay que añadirle la muerte de un ser querido. Por ejemplo, cuando mi esposa María Dmítrievna Isáyeva murió en 1864,

seguida poco después por la de mi hermano Mijaíl, quien, además de su viuda, me dejó un montón de deudas y cuatro sobrinos a quienes dar de comer, me hundí en una profunda depresión y me dediqué obsesivamente a jugar en los casinos. Perdí lo poco que tenía y quedé en la ruina. Para recobrar la dignidad y saldar mis cuentas, me vi obligado a recurrir al préstamo de un editor poco escrupuloso, bajo el compromiso de entregarle una nueva novela completa en el plazo de un año. De modo que contraté los servicios de la mecanógrafa Anna Grigórievna Snítkina, la misma que me ayudó a transcribir, en el lapso de sólo veintiséis días, la novela *El jugador*, basada en mi pasión por la ruleta.

—¿En esos días nació tu romance con Anna, a poco de apostar con un amigo que, a pesar de tu edad, eras todavía capaz de conquistar a una jovencita?

—Así es, era una muchacha tierna y encantadora. Con ella me casé el 15 de febrero de 1867 y alcancé la felicidad plena. Juntos viajamos a Ginebra, donde nació y murió mi primogénita, como si Dios, que siempre fue muy cruel conmigo, me la hubiese arrebatado a poco de haber nacido...

Los ojos se le inundaron de lágrimas, la voz se le aflojó y se sonó la nariz con un pañuelo a rayas.

«Los ojos se le inundaron de lágrimas, la voz se le aflojó y se sonó la nariz con un pañuelo a rayas.»

No supe qué hacer, me puse incómodo y hasta me sentí culpable de su repentino malestar. No obstante, a manera de reconfortarlo, se me ocurrió la idea de que podía proponerle otras preguntas ajenas a su vida. Y dije:

—Ahora que ya hablamos de tu vida, quizás sea oportuno profundizar sobre el hilo argumental de algunas de tus obras.

—¡Ahora no! —dijo poniéndose de pie—. Ahora se me hizo tarde y tengo otros compromisos.

Asentí con resignación, disponiéndome a pagar la cuenta del té.

Dostoievsky hizo chasquear la lengua contra los dientes, meneó la cabeza y dijo:

—Esta vez invito yo...

Sacó monedas del bolsillo de su chaquetón y los puso sobre la mesa, con el típico ademán de quien está acostumbrado a apostar y jugar a la ruleta.

Abandonamos el local justo cuando la lluvia se precipitaba como por un caño roto. Nos despedimos con un fuerte apretón de manos, cual viejos amigos que se reencontraron para revivir tiempos idos. Él se perdió en la esquina oscura y fría de la ciudad que odiaba y amaba a la vez, mientras yo me encaminé rumbo al hotel, sin dejar de pensar en que los humanos, aun estando protegidos por un aura de celebridad, somos simples mortales ante Dios y el Diablo.

© Víctor Montoya

El autor:

Víctor Montoya (La Paz, Bolivia, 1958). Escritor, periodista cultural y pedagogo. Vivió desde su infancia en las poblaciones mineras de Siglo XX y Llagua, al norte de la ciudad de Potosí, donde conoció el sufrimiento humano y compartió la lucha de los trabajadores del subsuelo. En 1976, como consecuencia de sus actividades políticas, fue perseguido, torturado y encarcelado durante la dictadura militar de Hugo Banzer Suárez. Estando en el Panóptico Nacional de San Pedro y en la cárcel de mayor seguridad de Chonchocoro-Viacha, escribió su primer libro de testimonio *Huelga y represión* (1979). Liberado de la prisión por una campaña de Amnistía Internacional, llegó exiliado a Suecia en 1977. En Estocolmo, donde fijó su residencia, cursó estudios de pedagogía en el Instituto Superior de Profesores y ejerció la docencia durante varios años. Dirigió las revistas literarias *PuertAbierta* y *Contraluz*. Es miembro de la Sociedad de Escritores Suecos y del PEN-Club Internacional. Dictó conferencias en China, España, Alemania, Suecia, Francia, México, Venezuela y Estados Unidos. Su obra está traducida a varios idiomas y tiene cuentos en antologías internacionales. Escribe en publicaciones de América Latina, Europa y Estados Unidos. Entre sus libros, que abarcan el género de la novela, el cuento, el ensayo y la crónica periodística, destacan: *Días y noches de angustia* (1982), *Cuentos violentos* (1991), *El laberinto del pecado* (1993), *El eco de la conciencia* (1994), *Antología del cuento latinoamericano en Suecia* (1995), *Palabra encendida* (1996), *El niño en el cuento boliviano* (1999), *Cuentos de la mina* (2000), *Entre tumbas y pesadillas* (2002), *Fugas y socavones* (2002), *Literatura infantil: Lenguaje y fantasía* (2003), *Poesía boliviana en Suecia* (2005), *Retratos* (2006) y *Cuentos en el exilio* (2008).

PLEDGE

por DrK

¿Lo sientes? Es pura desesperación recorriendo tus venas. Te sientes ahogada, asfixiada, como si todo el peso del mundo hubiera caído repentinamente sobre ti. Recorres las mismas calles una y otra vez, conoces de memoria los edificios, los olores, los sonidos. La misma gente, las mismas caras. Rostros sin nombre que te cruzas día a día. Sabes que detrás de ellos hay una historia, posiblemente sea interesante, pero hoy no tienes ganas de rebuscar en sus miradas cansadas, tratando de descubrir los secretos que esconden.

Sigues caminando, llegas a plaza Einstein, y miras con dolor cómo por aquel emblemático sitio donde tantos buenos momentos has pasado ahora pasa una carretera. El asfalto está ganando la batalla. Pero sigues tu camino, no tienes tiempo de pararte a pensar en las fatalidades del ser humano, no quieres analizar por qué destruyen todo lo que tocan, hoy no quieres hundirte en divagaciones misántropas.

Continúas caminando, llegas al «Camino de Ronda», totalmente levantado. Las obras del metro, te dices a ti misma. Continúas caminando, esquivas desniveles, tubos en el suelo y personas que caminan como si la calle fuera suya. En el fondo ya estás acostumbrada.

Aceleras tus pasos. Sabes que va a llover. Se puede sentir la humedad en el aire y no quieres acabar mojada antes de llegar a tu destino. El camino se va despejando. La gente corre a refugiarse de la inminente lluvia, al parecer no eres la única que ha presentado la lluvia. Internamente te preguntas si seguirá allí, esperas que sí.

Finalmente llegas a donde tus pasos te guiaban desde el principio. Recorres el parque con la vista. Te detienes un momento en los columpios, pasaste divertidos momentos en ellos, pero ahora permanecen rotos y olvidados. No lo piensas demasiado, no estás aquí para divagar en recuerdos y perderte en la nostalgia. Sigues inspeccionando el parque. Increíblemente está lleno de gente, parece que ellos no le temen a la lluvia, y finalmente lo ves.

Y la realidad cae sobre ti. Más fuerte y dura que nunca. El aire empieza a faltar. La vista se te nubla. Sientes las lágrimas que acuden a ti, quieres pero no puedes retenerlas. Duele demasiado. Estabas tan convencida de que en tu mano estaba la razón, que no se te había pasado por la cabeza prepararte para esto. Quieres ir hacia donde está. Gritarle, chillar, decirle mil cosas, pero sabes que no puedes. La voz posiblemente no te saldría y él sólo reiría tal como lo ha hecho todo este tiempo sin que tú lo supieras.

Al final haces lo más cobarde. Corres. Corres como si te fuera la vida en ello, y quizá es que es así. Recuerdas cómo al final caíste en lo mismo que todas las demás. Hechizada por su sonrisa encantadora y el brillo de sus ojos negros. Creíste, ilusa de ti, que a ti no te traicionaría, que a ti te quería de verdad. Al final sólo resultaste una más.

Sientes rabia, ira, dolor... Distes tanto por él. Prácticamente lo perdiste todo por estar a su lado. Por él te alejaste de aquellas personas con las que habías pasado tu vida entera. Les diste la espalda a quienes te sostuvieron en tus peores momentos. Es irónico, pero les rechazaste por mostrarte una verdad que hasta hoy te negabas a ver.

La lluvia empieza a caer, y no puedes estar más agradecida. Parece que el tiempo acompaña tu tristeza. Te ayuda a camuflar las lágrimas que recorren tus mejillas. No quieres llorar, sabes que no merece la pena, pero tampoco puedes evitarlo. Te sientes engañada, usada, triste, rota...

Te detienes y miras a tu alrededor. Sonríes, aún en medio del dolor, con algo de nostalgia. Es irónico que hayas ido a parar a ese sitio en concreto. Miras tu reloj y compruebas que tal como pensabas has pasado muchas horas vagando por las calles. Suspiras. Te sientas en algún banco cercano. Desde donde estás puedes contemplar toda la ciudad. La noche la hace hermosa, sí, pero sabes que es una belleza artificial. Las luces de lámparas, casas y edificios le dan cierto encanto, puedes ver la silueta de la Alhambra, parece dominar la ciudad como en tiempos medievales.

Nuevamente sonríes con nostalgia. Antes solías ir mucho a ese lugar. Era un sitio tranquilo donde podías pensar, pensar y olvidarlo todo. Parece que las viejas costumbres nunca mueren. Y hoy, cuando

más necesitas pensar y olvidar, tus pasos te han llevado de vuelta a ese pequeño rincón perdido de Granada donde la soledad y la tranquilidad te arrojan mejor que en cualquier otro sitio.

Te sientas allí, con la vista fija en el horizonte. Tu mente perdida en divagaciones. Recuerdas lo ahogada que te sentías hace unas horas. En el fondo estaba dentro de ti el miedo a que tuvieran razón. Ahora ese ahogo es mucho peor. Aunque tratas de olvidarlo, de dejarlo pasar, sientes ese nudo en la garganta. Sientes deseos de desaparecer, de no recordar nada, no pensar, no sentir, caer en la nada, en el vacío, y simplemente descansar un poco. Pero sabes que no debes, aunque ahora mismo eso empieza a darte igual. Sientes que lo has perdido todo, que ya no queda salvación... que finalmente has visto el infierno.

El sonido de unos pasos sobre los charcos se deja oír, pero no le prestas atención. Al parecer no eres la única incauta que decide sentarse bajo la lluvia, piensas con un deje de ácido humor negro. Vuelves a abstraerte de nuevo en tus pensamientos. Al fin y al cabo, poco te importa lo que haga esa otra persona que camina por allí. De pronto la lluvia deja de caer sobre ti, alzas la vista confusa y en lugar del cielo oscurecido por las nubes de tormenta encuentras un paraguas que te cubre.

–Enfermarás si te sigues mojando –comenta el dueño del paraguas mientras te mira fijamente con sus ojos castaños.

Apenas puedes hablar, demasiado impresionada para decir algo. Te limitas a apartar la mirada, sientes que sus ojos pueden ver a través de ti. Él se sienta a tu lado y sin decir nada pasa un brazo sobre tus hombros y te abraza. Sientes su calor. No te habías percatado del frío que te recorría hasta que no has sentido su cálido cuerpo contra el tuyo. Sientes que tu corazón se acelera, no lo entiendes, pero te sientes bien.

–Siempre vienes aquí cuando estás mal –responde él a una pregunta no formulada. Jamás dejará de sorprendente hasta dónde te conoce.

–No tenías por qué venir –murmuras, pero aun así te acurrucas en su pecho. Puedes negarlo a gritos, patear, chillar, pero dentro de ti sabes que eres feliz porque él ha venido a buscarte, porque a pesar de todo no te ha abandonado como debería haber hecho.

–Sí... y dejar que mueras de hipotermia... si no vengo por ti eres capaz de quedarte aquí sentada toda la noche –responde–. Sabes que es verdad, te hubieras quedado toda la noche bajo la lluvia.

–Eres idiota.

–No soy yo quien llora como una cría por un don Juan sin remedio –golpe bajo, piensas, pero sabes que te lo mereces–. Vámonos.

Antes siquiera de que te des cuenta de lo que está pasando él ha tirado de ti. Sin esfuerzo ninguno te ha levantado del banco de hierro forjado. Como si fuera un acto natural, pasa su brazo en torno a tu cuerpo y te apega a él. Te sorprendes a ti misma deseando que este momento no termine nunca. A veces, bueno, más bien casi siempre, no te comprendes. Se supone que amabas con locura a aquel que vilmente te ha traicionado. Has dado con la clave. Se supone. Alzas un poco la vista y miras a quien te abraza y te protege de la lluvia. Él también te mira, vuestras miradas se conectan durante una fracción de segundo. Verde contra castaño. Por un momento, el mundo se detiene, las gotas dejan de caer, Granada entera queda en silencio, aunque eso siempre te pareció un imposible.

Has dado con la clave oculta para ti. Tantos momentos juntos, tantas videncias, llorar sobre su hombro, apoyarte siempre en él, engañarte a ti misma al fin y al cabo. ¡Qué frustrante! Piensas. Parece que al final es verdad que nunca vemos lo evidente.

–¿Por qué has venido? –preguntas al final. La duda te carcome, tú lo echaste de tu vida, a él y a todos. No entiendes qué hace allí. Otra vez a tu lado.

–Era lo que tenía que hacer –murmura él sin soltarte. No comprendes su respuesta, pero eso no es novedad. Siempre tuvo esa manía de hablar con medias verdades. Manía que te encanta y desespera a partes iguales.

–No deberías... –murmuras. No sabes si es para ti o es para él, pero necesitas decirlo. Casi tanto como el aire en tus pulmones.

–Lo sé... –responde. Te ha escuchado–, pero si tuviera que olvidarte cada vez que haces una tontería

me pasaría mi vida olvidando. Y no es algo que quiera hacer.

Te sonrojas. No sabes por qué, pero lo haces. Quizá se deba a que estás empezando a enfermarte, la tarde bajo la lluvia te tenía que pasar factura. O quizá se deba a que te ha gustado saber que él no te quiere olvidar. En cualquiera caso, da igual. Él ha notado tus mejillas arreboladas, y aún, estando los dos juntos bajo el paraguas, se acerca más a ti. Posa sus manos en tu frente, nunca habías notado lo grandes y cálidas que eran. No puedes evitar pensar que harían un contraste perfecto con tus manos siempre heladas. Sientes su aliento cerca, se mezcla con el tuyo propio. Vibras al sentir vuestros cuerpos tan cerca que podríais perderos en un ritmo cadencioso y no salir de él jamás. Te estremeces a la par que tu sonrojo aumenta. Estás sorprendida de ti misma. Jamás te habías sentido así con nadie, y ahora lo haces del que por años fue tu mejor amigo. Casi tu hermano, te dices.

Él se acerca más. Tus nervios están al límite. ¿Por qué se acerca tanto? Te preguntas. Y la respuesta llega antes de lo imaginado.

Te besa. Sus labios contra los tuyos. Apenas un toque, suave, efímero, y sientes rozar el paraíso con la punta de los dedos. Sientes cómo se separa. No lo permites. Enredas tus brazos en su cuello y te pegas a él. Prolongas ese contacto tan dulce. El paraguas cae al suelo olvidado cuando él te coge de la cintura y te pega a su cuerpo. Vibras en sus brazos, y lo sientes a él temblar. Jamás, nunca nadie te había hecho sentir así. Sabes que al final has encontrado lo que siempre buscaste.

Finalmente el dolor valió la pena, si a cambio estás viviendo este momento. Los hilos del destino al fin se entrelazaron, ataron vuestros caminos...

La noche es cerrada, la lluvia no ha cesado de caer, parece dispuesta a inundar la ciudad. Pero eso ya no importa, los dos, ahora ambos empapados, camináis por el Camino de Ronda sin importaros el mundo a vuestro alrededor.

© DrK

La autora:

Drk. Empecé a escribir con 12 años, y a los 16 decidí que quería dedicarme a ello. El estilo que tengo es un tanto extraño y suele variar bastante según el momento en el que escriba. Estoy en proceso de redactar una novela que me gustaría presentar a editoriales. <http://nonsense-word.blogspot.com>

* * *

Relato

INCONVENIENTE

por Enrique Pérez Rodríguez

Cabalgó aquel cuerpo de diosa sin hacer reparos en la manera tan inopinada en que, tal si hubiese sido deslizada de una nube, cayó entre sus manos esa noche, mientras para su deleite contemplaba en el espejo la danza delirante en que ambos se untaban el sudor que destilaban por la piel. Luego de tanto batallar, ya maltrechos arribaron a la tregua del sopor. Cuando él despertó ella estaba todavía sumida –a juzgar por la expresión de su rostro– más que en un sueño, en un idilio. Con afán de no importunarla, procuró bojear su silueta con la yema de los dedos. La sábana se descorría a medida que escudriñaba sus linderos. De repente, justo al pasar por las convexas laderas de los glúteos, quedó absorto; impregnada como un cuño una mancha, cual sombra de un durazno que pende de su rama, emergió en la cima de la colina izquierda como una alerta incandescente en la oscuridad más absoluta. Apenas él pudo reaccionar volteó su torso hacia el espejo, entonces el reconocimiento tuvo el efecto de una bofetada: la copia exacta de la mancha sobre su propia nalga.

© Enrique Pérez Rodríguez

El autor:

Enrique Pérez Rodríguez. Marianao, La Habana (Cuba), 1981. Ingeniero Informático.

EL PELIGROSO LADO OSCURO DE LA SOLEDAD

por Jonatan Frías

I

Hora 0...

El velocímetro marcaba los 160 km. por hora y en el estéreo resonaba con una profundidad casi efímera una cascada inagotable de guitarras. La adrenalina circulaba al máximo, era apenas controlable; mi mirada, clavada, imperturbable, pasiva, terroríficamente fija en el horizonte. El paisaje pasaba a mi lado igual que una mancha sobre un lienzo fresco. Esa madrugada descubrí que mi mano no temblaba ante la sospecha de la muerte. No podía ir más rápido, no podría encontrar una situación tan al límite como esta carretera semidesértica, y mis manos no temblaban. Hacía al menos un par de kilómetros que había apagado las luces del auto y me guiaba sólo por instinto.

En el espejo retrovisor se alcanzaban a distinguir las luces intermitentes, casi hipnóticas en azul y rojo, de las patrullas que nos seguían empecinadamente. La luz de la luna brindaba la suficiente iluminación para no viajar completamente a ciegas. Las blancas líneas dibujadas en el asfalto cobraban de pronto un aire fantasmal, como de otoño olvidado. Todo el escenario me resultaba embriagadoramente intoxicante, un manar de sensaciones adictivas –mis manos siguen sin temblar.

En la parte trasera del auto viaja una bolsa llena de dinero y mi compañera –cómodamente sentada a mi lado– disfruta el placer pasajero de las drogas y el rock. El sexo, si todo salía bien, sería la cereza del pastel. Ese pastel recién convertido en el nuevo rico de la cuadra. Pero antes debía deshacerme de la policía que hacía alarde de destreza al volante. Aunque temerosos, lo puedo asegurar, nadie puede conducir a estas velocidades en caminos desconocidos sin que algo dentro de sí se mueva, sin que el corazón se desborde, sin que se sienta un entumecimiento en el cuerpo. Nadie excepto yo, eso era algo que recién descubrí. Y eso –el hecho de no atemorizarme, de no sentir nada más allá del placer que me producía el escape– sí me aterraba. Si fuera un poco más audaz, o más suicida, dejaría el volante en las manos del creador para encender un cigarrillo, besaría a Daniela y la rodearía con mi brazo, dejándome inundar por el escenario de nuestra muerte precipitada y escandalosamente bella. Salir por la carretera hacía un precipicio en un auto que rugía con un estruendo de Valkiria embravecida, con una hermosa mujer a tu lado y de fondo, como un *requiem para los muertos*, las guitarras luciferinas de Sabbath y la voz de diablo de Ozzie. Sin duda *Paranoid* sería una grata despedida, sin duda sería una muerte poética. El auto cayendo en un precipicio tan profundo como un whiskey y tan solitario como una flor en el desierto. Las llamas de la explosión le recordarían al mundo la grandeza, el heroísmo de los caídos, mientras una lluvia melancólica y fúnebre de dinero nos empaparía hasta fundirse en una mar de origen y ceniza. Sin duda sería poético.

«Le arranco de un zarpazo su blusa de algodón que ya deja ver la silueta perfecta de sus enormes, redondos y turgentes senos.»

Aunque me obligo a abandonar estos pensamientos de caos, debido a que ahora soy yo el que ha perdido de vista a la policía. En el mejor de los casos se habrán estrellado en alguna zanja, pero no quiero pensar en el peor. Daniela, que poco a poco vuelve a ser humana y abandona la piel de diva que siempre adopta después de una buena dosis de *speedball*, adelanta las canciones y se detiene en una lluvia delirante, en esa espiral decadente de notas angustiantes, donde Keith en su plano lujurioso nos invita a encontrar satisfacción en un encuentro inesperado con el príncipe de las tinieblas, y Daniela se siente arder por su lengua de fuego y retira mi mirada enfermizamente fija del camino y conduce mi rostro a un paraje más sensual y exótico... *sus labios*. Sus labios de fuego que queman y consumen, que destruyen y... nada más. Veo en el camino una brecha y salgo de él llevando nuestro corcel detrás de unos matorrales y envueltos en una nube de polvo, nos entregamos a un sexo desenfrenado y hambriento. Le arranco de un zarpazo su blusa de algodón que ya deja ver la silueta perfecta de sus enormes, redondos y turgentes senos. Y al verlos liberados e iluminados por la luna, la confundo con una diosa de la antigüedad y me siento dispuesto a invadir Troya por esa mujer. Beso sus pezones de bromuro y me deshago en saliva y sal en la blanca tersura de su piel. Mis manos ansiosas la terminan por desnudar, quitándole sus pantalones de mezclilla azul, que tan bien realzan la belleza de su trasero de hierro. Sus manos hábiles se enredan con mi cabello y arañan mi espalda en secuencias de perdición.

Me enloquezco cuando desata mi cinturón, cuando baja mi pantalón, y cuando me toma firme y listo, como nunca lo había estado, como si toda mi vida pasada me hubiese preparado para este momento, y con mi miembro erguido entre sus manos cálidas se penetra a sí misma. La miro gemir y retorcer su cuerpo en los asientos forrados en cuero, mientras su piel absolutamente perlada por el sudor resplandece con brillo propio bajo la luna. Su cabello largo y ondulado se esparce como hierba fértil sobre todo el lugar y se pierde en la comisura de mi espíritu. La embisto una y otra vez, y ella gime sin parar. Jamás había estado con una mujer que maldijera tanto a la hora de coger. Las porquerías que salían de su boca me excitaban aún más, y cuando la erección en mi pene era tan dura que me dolía tanto que no podía soportar, estalle dentro de ella y ella estallo en mí, y nos bañamos en nuestro sudor. Y empapamos de fluidos los rostros de nuestros héroes nacionales que quedaron esparcidos por todo el asiento trasero.

Su cabeza cayó de lado en el asiento y haciendo unos pequeños ruidos chistosos con la nariz, por la forma presurosa de su respirar, me dijo no con poco esfuerzo y con la voz cortada «Jamás me habían cogido de esa manera... ah!... vamos, tenemos que salir de aquí antes de que nos encuentren». El mundo entero se hizo para mí, después de que esa mujer de proporciones perfectas me suplicaba «Tienes que encontrar a como de lugar un sitio donde pasar la noche, no puedo esperar a que me cojas otra vez, y otra vez y toda la noche...». Carajo, esta pinche vida es perfecta.

II

3 Horas antes...

Ahí estaba otra vez, en esa barra donde muchas veces me había sentado a lamentarme de mi suerte. La noche era particularmente solitaria. Luis, mi cantinero de siempre, viejo lobo de mar y conocedor de la vida del licántropo, me alcanzó la tercera cerveza. No la había pedido, pero él conocía las exigentes necesidades de mi garganta sedienta. La tomé sin ningún aspaviento, de esos que suelen mal-llevar los bebedores solitarios. Nunca me ha complacido hacer alarde de mi condición de lobo estepario. Las bocinas del lugar se ensanchan con la desgarrada voz de Chris Cornell, el grunge purista de Soundgarden me recordaba una época gloriosa y olvidada por los fútiles sonidos sin sentido de la actualidad. La frivolidad de la gente es algo que ha terminado por comernos a todos, por devorarnos insaciablemente. El sin-sentido nos ha dominado, la apatía: qué enorme solución. Incliné mi cerveza y dí un gran sorbo, y fue entonces que percibí por vez primera esa mirada penetrante y lasciva que me observaba detenidamente desde un rincón del bar. ¿Quién sería esa mujer, qué demonio venía *de la costa plutoniana de la noche* a atormentarme, en esa mirada profunda y negra?

Dio una gran bocanada a su cigarro y un velo de alquitrán desfiló lentamente frente a su rostro, confiéndole un aspecto helado y espectral. No parpadeaba, sólo me miraba desde su rincón. Volvía a llevar su cigarrillo a su boca una y otra vez y mis ojos se posaron en su mano larga y pálida, para luego olvidarla y regresar al frente de la barra donde Luis me ofrecía la cuarta cerveza, la acepté, por supuesto, con un gesto de gratitud, mientras me levantaba de mi asiento para ir al baño. En el camino me encontré con Guillermo, un empleado perpetuo del bar, y le pregunté sin más razón que la curiosidad por la misteriosa dama «Que hay, Memito, oye ¿sabes quién es esa chica de allá?», siendo mi sorpresa, que había desaparecido en un santiamén. «Suerte para la otra, y le voy a pedir a Luis que te las cuente», me dijo sonriendo y brindándome una palmada afectiva en la espalda. No puedo negarlo, estaba intrigado. Llegué al baño y no lograba apartar la mirada de esa mujer de mi mente. Me miré fijamente en el espejo mientras lavaba mis manos y me sonreí con un gesto de complaciente desdén. Regresé a mi sitio en la barra y la miré ahí sentada, con sus piernas larguísimas cruzadas, enfundadas en aquellos pantalones ajustados y la misma mirada retadora. Con una palmada en el asiento contiguo me invita a sentarme a su lado, mientras daba el último trago a mi cerveza. Acepté la invitación gustoso e intrigado a la vez, mientras con una pequeña seña le indicaba a Luis otras dos dosis iguales. Guillermo pasó por detrás de nosotros en ese instante y justo cuando quedó a su espalda me señaló que no tiene idea de quién pudiera ser, y después clavó su mirada en su enorme trasero, cosa que yo ya había hecho y se esfumó sin más con una risa confabulada. «Hola, mi nombre es Daniela» y me tendió la mano. «¿Cómo te llamas?», preguntó mientras le estrechaba la misma mano blanca y larguirucha que antes portaba su cigarro. La miré en silencio por un instante, solo por un instante y saque del bolsillo mis cigarros, tomé uno y dejé el resto del paquete sobre la barra. No aparté mi mirada de ella ni por un segundo mientras lo encendía, ni tampoco cuando exhalé la primer bocanada de humo. «No

creo que mi nombre pueda importar», respondí al fin. «Vaya... un hombre de carácter... ¿Realmente te funciona ese aspecto esquivo, o sólo lo pones en práctica de cuando en cuando?», me dijo guiñándome el ojo y liberando el humo de su boca. No respondí, tan sólo la miré.

No creo haber pronunciado palabra la siguiente hora, pero ella se dedicó a contarme toda su filosofía de vida. Había algo de hechizante en sus palabras, debo confesar. Sin embargo no suelo confiar en la gente muy a menudo, y menos cuando se trata de una mujer de tan espectacular porte, quien sin previa corte se manifieste interesada. Algo hay detrás, algo sospechoso pasa aquí. Carajo, he caído y estoy por comprobar si es verdad que la curiosidad mató al gato, o si únicamente le dio un buen susto. «¿Qué es lo que realmente quieres?», le pregunte secamente, con la mirada clavada en sus ojos retadores. Ella bajó su mirada un instante para apagar su cigarro en el cenicero y con el rostro medianamente inclinado y entre la cortina de humo me devolvió la mirada acompañada de una sonrisa maquiavélica y sensual «¿Quieres jugar vaquero... –liberó un poco más de humo– o quieres jugar?». Maldita sea la hora en que mi rutina me trajo a este lugar... lo saben... ¡siempre he sido competitivo! y jamás he rechazado una invitación. «¿Cuál es el siguiente paso... –solté una cortina de humo y mirándola a los ojos completé– vaquera?»

Liquidamos los tragos caídos y salimos del lugar. Mientras caminábamos me tomó del brazo, gesto que agradecí aunque no dejó de extrañarme. «Cuando bailas con el Diablo, tu no lo cambias, él te cambia a tí...», susurró para sí misma. Y por lo visto ella estaba a punto de bailar con él, sólo restaba saber qué papel desempeñaría yo en esa diabólica puesta en escena. Me tendió las llaves de su auto, un bellissimo Mustang 56, color perla y un motor con una furia incontenible por dentro. No pregunté a dónde iríamos, me limité a conducir y ella me guiaba con el mínimo de palabras que pudiera usar. De pronto se puso a hurgar dentro de la guantera del coche, hasta que sacó una pequeña bolsa de plástico transparente repleta de carrujos previamente preparados, algo de éxtasis y un par de jeringas. Tomó una pastilla para ella y otra para mí, mientras encendía uno de los cigarrillos.

Después de media hora de camino, nos detuvimos frente a una casona en un fraccionamiento residencial en las afueras de la ciudad. Estuvimos quietos y en completo silencio durante unos minutos y finalmente descendimos del carro. Mis pasos eran firmes en apariencia, aunque no dejaba de preguntarme quién viviría en esa casa. Ella caminaba delante de mí, con un paso firme y convencido. Sacó un juego de ganzúas de la bolsa trasera de su pantalón y con mucho cuidado y destreza abrió de un solo movimiento la puerta principal. Entramos y me hizo una seña con uno de sus dedos para que guardara silencio. Toda la casa estaba en completa calma y cobijada por una cálida penumbra. Subimos por unas escaleras de madera con una alfombra de la que no pude distinguir su color ni la forma de su estampado, para finalmente parar frente a la puerta de la habitación principal. Me brindó por fin una mirada desde que bajamos del auto y sonrió agradeciéndome no haberla dejado hacer esto sola. Abrió la puerta, y con manos calmas y convencidas tomó la pistola que guardaba en su chamarra, y desató una ráfaga de balas que me dejaron completamente inmóvil, no fui capaz de emitir sonido, tan solo me quede de pie mirando a dos personas que dormían placenteramente antes de morir, entre los destellos de pólvora que iluminaban intermitentemente la habitación.

Juro que no parpadeé, no emití ninguna clase de sonido. Nada. Me sentía como Mickey y Mallory Knox y esto no estaba pasando, y sin embargo lo adoraba. Nietzsche debió de llorar ante la belleza de su eterno retorno. El sólo imaginar que ese majestuoso cuadro se repetiría ante mí eternamente, me maravilló. Dejé que Daniela se saciara de venganza y la tomé por la cintura y la besé. Y en ese beso no sólo le di el juramento tácito de mi eterna fidelidad, sino también el agradecimiento eterno por esta emancipación de los falsos convencionalismos del bien y del mal. Ella recibió el beso y lo que no hicieron las balas mi beso lo logró, sentí su cuerpo estremecerse, era una mujer viva la que estaba entre mis brazos, era una mujer viva que reaccionó al sentir la dura erección en mi pantalón y me correspondió restregándose su pubis. Se alejó de mí en completa calma y se dirigió a un pequeño ropero, arrojando por los aires varias prendas, hasta que por fin se detuvo y tomó una vieja valija color vino.

III

3 Horas después de la hora cero...

Las intermitentes luces neón del anuncio del hotel donde nos quedamos se filtran por la ventana del cuarto, en donde yazco en una dura cama. El humo del último cigarro imanta mi mano, mientras trazo figuras de Leteo con su haz de fuego. Escucho el agua caer en el cuarto de baño y me excito otra vez,

imaginando la humedad de su cuerpo. Observo la habitación apenas iluminada con lentitud, era un cuarto de hotel común y corriente, nada excepcional, las paredes pintadas de algún color claro que no logro distinguir, tal vez salmón. Hay una pequeña mesa con un televisor a color que de tanto intentar sin éxito que la imagen permaneciera quieta, lo apagamos. La pequeña cómoda con su luna rectangular y su banco de madera roído. Hace al menos un par de horas que dejamos de escuchar los autos en la carretera y el alba comienza a teñir de rojos y naranjas los negros y azules colores de la noche, mientras en mi cabeza resuena la voz ácida y litúrgica de Roger Watters. Me sorprende tarareando *Brain Damage*, y sigo fumando hasta que por fin caigo en un dulce y pesado sueño.

Hará un par de décadas que padezco de un insomnio crónico y mortal y ahora debo de agradecer a Daniela no solo mi emancipación, sino también la cura a este cruel tormento. Mi sueño es plácido, tranquilo, sin ningún tipo de sobresalto, me veo a mí mismo sentado en la orilla de un mar calmo, con mis piernas cruzadas y el vaivén de las olas mojándome los pies. A lo lejos, en un horizonte diáfano, un ojo gigantesco me mira envuelto en un cielo azul, un viento suave sopla del norte y me acaricia el rostro. Con mis ojos cerrados y mi cuerpo desnudo, siento cómo miles de hormigas brotan de mi piel y se comen el mundo. Y en el reflejo de ese mar clamo, revivo como un espejismo de música y aromas

«Y justo en medio
de este gran
trance, intento
dibujar en mi
mente al hombre
que una vez fui.»

todos los sabores de la piel de Daniela, la abundancia de su pecho, la profundidad de su pelo, la forma perfecta de sus nalgas y mi cuerpo entre sus piernas de estatua milenaria, penetrándola. Dejando mi cuerpo, que es un pájaro, volar dentro de sus labios de planta carnívora y desgarrarme en miles de pedazos que eternamente la penetrarán y eternamente serán desgarrados en miles de pedazos. Salir de esa dulce y alquímica visión y seguir reposando en esa playa desnudo con un mar calmo que en un hipnótico vaivén moja mis pies.

Y justo en medio de este gran trance, intento dibujar en mi mente al hombre que una vez fui. Recordar mi nombre, mis viejos y molestos hábitos, todo intento resulta inútil. Vienen a mi mente fragmentos de una vida pasada, imágenes grises de monotonía, que se repiten eternamente. Rutinas que formaron durante mucho tiempo esta masa informe que era mi condenado existir ordinario. Renazco en la humedad caliente de la lengua de fuego de esta mujer de sortilegio que envuelve mi falo, mismo que heroicamente se yergue para recibir las virtudes de su boca sacrílega y blasfema.

Abro los ojos y aguzo los oídos a las luces y sonidos de gente rodeando la habitación. Y entre las luces parpadeantes rojas y azules, encuentro el fuego primigenio en las pupilas dilatadas de esta mujer que es alfa y omega y me sumerjo en sus aguas, caudales donde nadie hubo de bañarse dos veces. Las voces al exterior del cuarto se intensifican. Se escuchan pasos presurosos, gritos, un gran alboroto. Se filtran sombras de agentes que portan armas largas y mi mente intoxicada transforma las imágenes creando mundos apocalípticos, mientras esta mujer me susurra al oído que le penetre más fuerte y más profundo. La veo sobre mí, con sus rodillas a mi costado, y el rítmico bamboleo de sus pechos, su cabellera desenfundada y sin control no deja de estrellarse con mi rostro hipnotizado y mis manos ansiosas y desesperadas la ayudan a moverse aferrándose de su cintura. Y cuando por fin sus ojos de artificio se abren en medio de un cadencioso orgasmo, se abre la puerta con un *fortissimo* estruendo, permitiéndome ver esas luces intermitentes que hace algunas horas me libertaron de mis ataduras materiales, posándome por encima de todo bien y de todo mal, mientras Daniela toma debajo de la almohada su revolver y regresa el fuego sin salirse de mí, sin dejar nunca de gemir, sin dejar nunca de moverse, convirtiéndome entonces, en medio de este *walls* en el *monstruo iluminado* que soy.

© Jonatan Frías

El autor:

Jonatan Frías. Nací en algún lugar de México y residido en muchos otros. Lector comprometido, aficionado a la filosofía y escritor ocasional. Dirigí durante año y medio el programa de radio "Revolver Sophia", para la Universidad Autónoma de Aguascalientes y fui parte del consejo editorial de la revista de Filosofía, también llamada "Revolver Sophia". También colaboré con el programa "Letras De-ambulantes" para la asociación de librerías de Aguascalientes. He publicado algunos artículos sobre diversos tópicos que van desde los aspectos éticos y estéticos de la muerte, hasta comentarios sobre Emil M. Cioran. Desde hace año y medio, escribo en los blogs: parentessis.blogspot.com y revolveralternativo.blogspot.com.

MICRORRELATOS

por Pedro Peinado Galisteo

FUGA

Tom, el joven gigante de los Hamilton, está sentado junto a la hija del predicador, la adorable Annika. La belleza de Annika es codiciada por los primogénitos de los principales jefes tribales, pero Tom ha sido el más rápido en adivinar las palabras que la adolescente deseaba oír de labios de su pretendiente. Nada más apropiado para un carácter rebelde que el pensamiento que ha fascinado a gigantes de todas las épocas: «Si tú y yo miráramos al cielo, Annika, acabaríamos por tener alas». Y allí están las dos colosales figuras recortadas a la luz del atardecer, sentados al borde del acantilado en las afueras de la comarca, con los pies hundidos en el río que juega a fugarse hacia la costa; de espaldas al mundo y en éxtasis de amor. Dos chiquillos a punto de desplegar las alas.

* * *

JAULA DE GIGANTES

El problema es que son como nosotros. Las autoridades les dieron vía libre porque colaboran definitivamente en la reparación de estropicios, en las obras de ingeniería; qué es un jardín aplastado o un socavón a la entrada de una autovía a cambio de que te sostengan el puente más largo de la historia mientras los operarios sólo aprietan los tornillos. Son minuciosos y atentos, no alzan la voz; una sonrisa suya es una sonrisa multiplicada que literalmente resplandece. Nos sentimos afortunados de contar con su colaboración pero la convivencia es el resultado de una conquista diaria: para ellos el tiempo transcurre a diferente velocidad. Por ejemplo, cuando se detienen a mirar el horizonte en medio de una plaza o bloqueando la puerta de un colegio sabemos que es mejor evacuar porque la reacción que se avecina resulta imprevisible. Acampamos en las colinas del este, montamos telescopios y nos compadecemos durante tres días; el equivalente al minuto terrible que tardan en comprender que ellos tampoco pueden tocar el cielo.

* * *

FE

Cuenta una vieja leyenda que al principio de los tiempos el gigante Yilderim, de la tribu de los Sumite, a su paso por la meseta de Krögtyia, subió tan alto en uno de sus saltos que logró zambullirse en el azul del cielo. Esta historia ha sido fervientemente relatada hasta nuestros días y todos los gigantes, creyentes o no, visitan al menos una vez en su vida la región, hoy denominada Feighali, donde se desprenden de su habitual reserva y ensayan hasta que de puro agotamiento se desploman sobre la arena.

Recientemente, científicos de todo el mundo estudian entusiasmados el fenómeno de los gigantes saltadores y su distribución diaria según tamaño, volumen y otras singularidades físicas. Se cree que las teorías basadas en mecánicas internas explican con menor exactitud la génesis de los terremotos.

© Pedro Peinado Galisteo

El autor:

Pedro Peinado Galisteo. Nació en Madrid en 1974. Trabajó como técnico auxiliar de bibliotecas en la Universidad Politécnica de Madrid. Entre los premios de microrrelato que he obtenido destacan en *I Certamen de Microrrelato Ciutat d'elx*, en 2004, el IX Premio de relato mínimo Diomedea, en 2009, el *I Premio de microrrelatos Artgerust*, en 2009 y el XVII Premio de Relato Hiperbreve Círculo Cultural Faroni, 2009. Mantengo el blog: <http://lagrimasparacactus.blogspot.com>

LA VACA TUERTA

por Ramón Araiza Quiroz

El día que vendieron a la vaca tuerta me dolió mucho. Lloré hasta que me quedé dormida. Qué suerte tuvo mi padre de que no estuviera más crecida. Lo hubiera impedido y él lo sabe. Esa vaca se veía preciosa en el corral. Me ayudaba a inspirarme; a pensar en el campo, los riachuelos y las aves silvestres. A mí me gusta pensar. A Patricio le desagrada que yo piense. Me dice que es una pérdida de tiempo. Patricio es mi novio, y diario llega a mi casa a caballo'pásitarme. Nos vemos solamente en la ventana. El enrejado nos separa de abrazos y besos prolongados. Así se acostumbra aquí en donde vivo. Los machos vienen y visitan a sus mujeres de lejitos: si se acercan son abatidos a tiros por los padres o por los mismos hermanos. La gente es celosa. Yo cuando tenga mis hijas les voy a dar más libertad. Eso digo yo, pero mi madre insiste que soy bien insurrecta y que cuando verdaderamente tenga a mis hijas las voy a cuidar más que a la vaca tuerta.

Sé que soy rejega, pero me encanta. Eso atrae a los hombres. Espanta a mis padres, pero me sirve para atraer más hombres. Soy muy vanidosa, yo lo sé. Me parezco a mi tía Isabel. Eso dice mi padre. Mi tía me consoló el día que vendieron a la vaca tuerta. Por lo menos lo intentó: lloré más de lo que esperaban. La tía Isabel es buena. Tiene un marido ejemplar. Además no toma ni una gota de vino. Todos aquí donde vivo beben cada fin de semana. Creo que mi tío es el único que no. A veces pienso que los hombres toman por compromiso. Tienen miedo de ser marcados para siempre con el apodo de mariquitas. El tuzca le encanta a don Silverio –el presidente municipal–, se lo traen del sur. Es amigo de mi padre. A él le vendió la vaca tuerta. Un día voy a ir a visitarlo y si se descuida hasta le robo la vaca pa' traérmela de nuevo. Sé que todos se van a dar cuenta pero mi tía Isabel me va a defender; de eso estoy segura.

Ahora mismo está soplando un viento fresco. Ya se acerca el invierno y por estos rumbos hace mucho frío. Yo con mi Patricio al lado y sin la reja no pasaría tanto frío. Pero las cosas no funcionan de esa manera.

El otro día Patricio me trajo serenata. No me gustó. Otras veces me cantan hasta diez canciones y ahora nada más fueron seis. Mi madre dice que Patricio es bueno, pero yo creo que es tacaño. Dicen que lo han visto en el palenque, aplatanado apostando grandes sumas de dinero. Un día voy a estar a su lado, bien casada, y voy a ver si eso es cierto. Lo voy a acompañar a todas partes y el palenque no será la excepción: pá darme cuenta en qué gasta su dinero. Los gallos no me importan, pero si las mujeres son su pasión, lo dejo de una vez por todas. No estoy' estar aguantando cosas. Aunque me duela, pero no voy a tolerar que otra mujer ande tras sus huesos.

«Sé que soy rejega, pero me encanta. Eso atrae a los hombres. Espanta a mis padres, pero me sirve para atraer más hombres. Soy muy vanidosa, yo lo sé. Me parezco a mi tía Isabel. Eso dice mi padre.»

El viento ya se aferró a mi ventanal, parece que no se quiere ir. Ya ni se oyen las aves y empieza a oscurecer. No tarda en llegar mi Patricio, en su caballo percherón. Le voy a preguntar si es cierto que va al palenque. Si me dice que no, le salgo con lo que dice la gente. A ver si no relincha como su caballo. Me importa poco si me deja, muchos hombres andan tras de mí. Yo soy la que mando. Patricio es guapo, pero no es el único. A mí me gustaría irme a estudiar a una ciudad grande. Mi padre se muere en ese instante si le digo que quiero irme a estudiar a otro sitio. Es re macho mi padre y no soportaría que una hija suya se alejara de él ni medio kilómetro. Pero yo soy arriscada y quizá logre lo que mis hermanos no pudieron. Le voy a sacar un buen susto cuando le diga que me quiero ir a otra ciudad. Quizá hasta me encuentre a un buen hombre por allá y me olvide de mi Patricio. No creo que lo extrañe. El sí está enamorado de mí, pero yo quería más a la vaca tuerta que a mi Patricio.

Ayer visité a mi abuela y le platicué que no me sentía enamorada. No sé todavía lo que es estar enamorada. Me dijo que enamorarse no es un acto voluntario: «Nadie se levanta y se propone enamorarse, hijita». Eso dijo. A veces quisiera poder entender más sus consejos, pero creo que mi abuela viene del futuro y ha regresado a darme consejos. Nunca me he atrevido a preguntarle si viene del futuro o si siempre ha vivido con esa inteligencia que no le conozco a otra gente. Mi abuela se dedica a pensar. Piensa todo el día. Si un día pudiera meterme en su cabeza creo que me perdería entre tantas ideas y conclusiones. Estar enamorada no es mi ilusión. Mi ilusión es estudiar más. Quiero ser como mi abuela.

—¿Qué tanto haces?

—Le estoy escribiendo una carta a mi amiga Tomasa.

—Sí, me acuerdo de ella. Una mujer alta, muy derecha, malhablada como ella sola. Con un acento norteco muy particular. Vive cerca de una tortillería.

—Se mudaron hace muchos años de ahí. Creo que ahora vive cerca de una escuela.

—Salúdame y dile que aquí tiene su casa.

—Sí, yo le digo.

—Oye y el Patricio no ha llegado, tú. Ya se me hizo raro.

—Mira, hermana, presiento que ya le echaste el ojo a mi Patricio. Te lo dejo si quieres. Ya estoy planeando irme de aquí.

—¿Qué estás diciendo?

«No te enfades conmigo, hermanita. Todo lo que tienes que hacer es ponerte a leer y a escribir. Pero tú no le escribes a nadie. Cuando te deje al Patricio, le escribes cartas de amor. A ver si así aprendes un poco más.»

—Así como te lo acabo de decir. Me voy a ir de aquí. Iré en busca de estudios.

—Pero mi padre no te dejará.

—Te apuesto a que sí. Soy más terca que una mula.

—Si fueras terca como dices no hubiera vendido a la vaca tuerta.

—Yo le di mi autorización.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Si mi madre te escuchara...

—Ella está de mi lado también. No seas envidiosa.

—¡Envidiosa yo!

—Estás llena de dentera.

—No me reborjes con tus palabras elegantes.

—Ya ves. Por eso quiero estudiar más. Tú vas a seguir siendo una ignorante.

—Mejor síguele a tu carta porque ya me estás poniendo de malas.

—No te enfades conmigo, hermanita. Todo lo que tienes que hacer es ponerte a leer y a escribir. Pero tú no le escribes a nadie. Cuando te deje al Patricio, le escribes cartas de amor. A ver si así aprendes un poco más.

—Ya me estás irritando más de lo que soporto. Eres una diabla de a peso y sabes cómo ofenderme. Mejor me retiro.

—Pues yo creo que es una buena decisión.

—Te crees muy moderna. Ya te veo recibiendo un título universitario.

–No, hermanita. Quiero ser como mi abuela.

–¿Entonces ella es la que te ha metido esas ideas?

–No directamente. La abuela es muy inteligente y no hay necesidad de que te dé consejos al oído. Basta con que escuches sus palabras para que te des cuenta que encierran verdades inimaginables. Me gusta sentarme a escuchar lo que habla. La dejo platicar. Tú siempre la interrumpes y ella mejor opta por quedarse callada.

–Vaya que hablas como ella.

–Ya ves. No tienes imaginación. La abuela tiene la visión de otro tiempo, de otra época. No sé cómo decírtelo. Ella parece que ha vivido en otro tiempo en el que pudo captar las necesidades de la vida y me lo ha querido transmitir. Quizá también a ti pero nunca le haces caso.

–Es lo más absurdo que he escuchado.

–Ves. Nadie me entiende. Sólo la abuela.

–Síguele a tu carta. Yo me retiro antes de que se me pegue lo moderna que eres.

–Pues como quieras. Cada quien decide si quiere tener visión o no.

Creo que hubiera sido mejor que mi hermanita se hubiera quedado en su recámara. Vino a dar lata nada más. Sus comentarios no me agradan. No le pienso dar gusto. Yo me quiero ir a una ciudad grande y eso no va a hacer bien recibido por nadie: lo sé desde hace mucho tiempo. Ella acaba de ser un ejemplo muy claro.

Espero que tú sí me comprendas, Tomasa.

–¿Qué no oyes que ya rato te estoy llamando, muchacha? Quiero que vengas a poner la mesa y a ayudarme en la cocina.

–Perdón, mamá. No escuché.

Nunca escuchas. Siempre vives encerrada en tus famosas cartas.

–Ya voy a dejar de escribirle a mi prima, mamá. Hasta pienso dejar a Patricio.

–¿Y ahora tú qué te picó? Patricio es un buen mozo. No hables así de él. Deja de estar diciendo boberías.

–¿Y si yo me escapo un día, mamá?

–Que te calles, muchacha endemoniada. No sabes lo que dices. Tu padre te buscaría y te colgaría de la rama más alta.

–Pero yo tengo firmeza.

–Por su puesto que no. Si fueras tan firme como tú dices, tu padre no hubiera vendido a la vaca tuerta.

–Yo se lo autoricé. Le dije que si se arrepentía, entonces que regresara con la vaca y yo dejo a Patricio. ¡Y mire, quién viene allá! Mi padre y la vaca. Adiós, Patricio.

© Ramón Araiza Quiroz

El autor:

Ramón Araiza Quiroz. Este cuento de la vaca tuerta pertenece a una serie de relatos basados en historias de gente de pueblos como los que nos ha entregado con "Comala" y "Brígida" también publicados en esta revista. Si desea emitir su comentario lo puede hacer directamente al autor en: www.ramonaraiza.com

LA PALABRA

por Gabriel Guerrero Gómez

En una remota tierra de leyenda, tres caminantes: Un hombre llamado Hiroshi, un muchacho con el nombre de Satoru y una chica conocida como Mayumi, fueron a lo alto de una montaña en busca de la sabiduría de un viejo maestro. Cuando se encontraron frente a su persona, este les dijo las siguientes palabras:

–Solo un requisito es necesario para disponer de todo mi saber. Adivinad este enigma, mis queridos huéspedes... –dijo el viejo maestro.

Mayumi asintió en silencio, aceptando el desafío lanzado por el anciano. Hiroshi y Satoru cruzaron sus miradas, intrigados por el desenlace de tan peculiar duelo.

–Bien, allá va: tierna amante dormida, cuyo despertar tan solo se inicia en el leve y atento gesto de la mirada, y con ella cobra forma, color, brillo y distancia –comenzó a decir el viejo Sabio. Durante un par de segundos más permaneció pensativo y prosiguió su exposición con sonriente despreocupación–. Tierna amante que enseña, engaña, hace, deshace, miente y alaba. Que enfrenta y pacifica por igual. Sirviente de reyes y mendigos, del bondadoso y del mezquino, del corazón oscuro y del divino. Alimento de la mente, unguento de las heridas del alma. Tú, que otorgas tus bienes al constante, esperanza al perdido y luz al ignorante. Tú, que nombras lo desconocido. Tú, que conduces al sabio hasta las manos del mismo creador. Tú, tierna cortesana, fina dama, arquitecta de lo sórdido y lo sublime, de lo humilde y lo mundano. ¿Qué haría yo sin ti para hallar los consuelos de mis desvelos y de mi alma inquieta, sedienta de saber y de luz? Inapreciable don de los dioses y de los hombres, cuyos labios te despiden felices o airados, tristes o enamorados. En tu atenta devoción por el conocimiento, das forma y voz al silencio del pensamiento. Dime, ¿qué harían sin ti los hombres sedientos del padre espíritu, si no perderse en la nada de su yo eterno? Tú, atenta compañera del viajero fiel a los caminos recorridos por ti a través de los siglos y el papel. Tú, cuyo destello de vida se inicia dulce y calladamente con la impaciente caricia de los dedos por darte el ser, imprimiéndote en la inmaculada sábana de la ignorancia. Porque tú eres la hermana airada del silencio, furiosa enemiga declarada de la ignorancia, gentil al susurro, humilde al que sirve al eterno, a sus hermanos y hermanas. Tú eres... tú eres... –el sabio guardó silencio, observando con interés a la muchacha.

«Mayumi asintió en silencio, aceptando el desafío lanzado por el anciano.»

Mayumi permanecía con el ceño fruncido. Su rostro era la viva expresión de la concentración. Hiroshi y Satoru observaban expectantes aquel duelo de ingenio. Justo cuando ya parecía derrotada Mayumi pronunció con timidez:

–...La palabra.

–¡Bien, muy bien! El derecho a mi saber te has ganado –dijo el anciano.

Satoru se sentía tan a gusto con la gentileza del sabio que dejó a un lado toda prudencia y se atrevió a comentar:

–Algunas palabras significan lo que son y, por el contrario, otras no son lo que significan, según el uso y al intencionalidad que les otorgue su señor.

Hiroshi soltó una furtiva mirada de reproche frente a la impulsiva audacia de su protegido.

–¿En verdad creéis, querido huésped, como aún creen muchas gentes de las lejanas ciudades, que la palabra y toda su fuerza están siempre muertas? –preguntó, con astuta mirada, el anciano. Se encontraba en su elemento y no le desagradaba la inquieta curiosidad de un joven cuya mente despertaba y daba sus primeros pasos en el mundo del saber.

–¿Acaso no es así, maestro?

–Querido huésped, mi buen y querido joven... –el anciano sonrió–. La palabra nunca permanece muerta, tan solo dormida.

–¿Dormida, maestro? –preguntó Satoru con curiosidad. Hiroshi permaneció en silencio sin perder detalle de lo que sucedía frente a él.

–Solo dormida. Y es despertada dulcemente cuando el lector, a través de su mirada, la acaricia otorgándole nuevo vigor con la fuerza de su pensamiento. Entonces, y solo entonces, todas esas riadas de letras entrelazadas en armonía, comienzan a desperezarse y cobrar forma y significado. Palabras, frases, párrafos, páginas, capítulos y libros se suceden sin igual, iluminando con su saber, sus conocimientos, su experiencia, sus acciones y sus hechos, la mente del lector. Introduciéndole en un sinfín de nuevos universos. Frescos, únicos, diferentes, repletos de cosas nuevas por descubrir, fascinantes y desconocidas, impregnados de valor e interés para cualquier alma deseosa de saber disfrutando y siendo feliz.

–Siendo feliz... –susurró Satoru.

A su lado, Mayumi asentía en silencio, gratamente sorprendida por la curiosidad de Satoru.

–Porque no debes olvidar, querido muchacho, que las palabras, en su momento, fueron concebidas por un autor. Este les concedió el don de su existencia y razón de ser, para transmitir una idea o un sentimiento, una aventura, un anhelo o un sueño, cualquier cosa fruto de su talento y saber hacer.

«Quien ama las palabras y su belleza, ama uno de los más hermosos instrumentos creados por la madre naturaleza para conocer y disfrutar la vida y todo lo que ella contiene, hijo mío.»

–¿Para compartirlas? –preguntó Satoru.

–Así es. Para que tras su concepción, la palabra sea despertada por otro lector que desee descubrir, identificar y saborear las peculiaridades y conocimientos con que las dotó su creador. Creedme si os digo que la riqueza del conocimiento se halla en el compartir y dar, y no solo en el obtener y tomar –añadió, con mirada profunda, el viejo maestro.

–Como las historias y cuentos de antaño –señaló Satoru.

–En efecto. Para que podáis sufrir, sentir, vivir y morir con sus personajes, con sus aventuras, con sus debilidades, con su heroicidad. Porque a través de la palabra se refleja humilde y generosamente la sabiduría y experiencia humanas, ayudándoos a percibir, valorar y disfrutar el inigualable don de la existencia en toda su belleza.

–¿Debo entonces amar las palabras? –preguntó Satoru casi avergonzado por la pregunta.

–Quien ama las palabras y su belleza, ama uno de los más hermosos instrumentos creados por la madre naturaleza para conocer y disfrutar la vida y todo lo que ella contiene, hijo mío. Por esto mismo, nunca ignoréis ni despreciéis el maravilloso canto de la palabra que tímidamente llama a vuestra curiosidad, rogándoos la despertéis de su sueño. Despertadla siempre que podáis a través de sus fortalezas de papel, los libros. Abrid siempre la primera página con humildad e ilusión, puesto que ella os guiará a un mundo nuevo, a una nueva aventura, a un nuevo sendero como lo es la vida misma. Tal es la belleza del fascinante mundo de las palabras y sus ventanas de papel, los libros. Si ignoráis y despreciáis esa belleza, haréis un flaco favor a vuestra mente y espíritu.

–Entonces, ¿cuanto más se lee, se es más sabio?

–No exactamente. Muchos de los hombres más sabios que he conocido en mi vida eran analfabetos, no sabían ni leer ni escribir. No olvidéis esto, joven señor, no es necesario saber leer y escribir para alcanzar la sabiduría, es una cuestión de humildad de mente y corazón. ¿Acaso la gente cuando habla, no hace otra cosa que escribir sus pensamientos y palabras en el aire, con los labios? Dadle la importancia que se merece y amadlas con respeto pero sin cegaros por la soberbia que os aleje de la auténtica verdad y naturaleza de las cosas. La vanidad es una frecuente enfermedad que afecta tanto a los

más eruditos como a los más legos, alejándoles de sus semejantes y olvidándose que sin ellos y el conocimiento generosamente otorgado por generaciones anteriores de sabios, su sapiencia no tendría ninguna razón de ser. Sed siempre humildes. Con el paso de los años aprenderéis que no se sabe más, sino que se es un poquito menos ignorante del mundo que nos rodea, y que lo más fascinante es el proceso de aprendizaje en sí mismo. La humildad de mente y corazón siempre os acercará a la verdad. El amor en la verdad, es la más práctica de las ramas de la sabiduría, puesto que en ella está en juego el corazón de todos los hombres que han existido, que existen y que existirán. No es de extrañar, pues, que todo hombre que alcance al gran espíritu, alcance el árbol que en sus mismos orígenes acopla a todas las ciencias desde el génesis de los tiempos, fundiéndose en el corazón del creador, camino de verdad y vida –terminó por decir con voz profunda el anciano.

–Una verdad compartida –murmuró Hiroshi.

–La educación es un instrumento fundamental para asegurar la libertad de todo pueblo.

–No debemos ignorar el hermoso canto de las palabras –recordó Mayumi, para satisfacción del anciano.

–Cantos prohibidos, libros prohibidos, palabras prohibidas. Somos la raza prohibida para cualquier tirano u opresor. Para nosotros, las gentes de la montaña, los libros son un instrumento de libertad. Por esto mismo, cuando un gobierno es corrupto, suele quemar los libros o perseguir a quienes no piensen como ellos. Aquí guardamos libros que hemos ido salvando a lo largo de los años de las guerras y persecuciones. Todos los libros son útiles, incluso los más malos.

–¿Por qué? –preguntó Hiroshi, fascinado.

–Porque incluso un mal libro te muestra cómo no se deben hacer las cosas.

–De nuestros errores podemos aprender.

–Y de los demás –añadió el viejo maestro.

–Por esto vuestro pueblo amáis tanto los libros y las bibliotecas, porque os apasiona aprender cosas nuevas –comentó Satoru.

–Neutralizar la distribución de ideas, la esclavitud del pensamiento, quemar las bibliotecas, perseguir y asesinar a sus autores aún vivos es la firma de todo opresor –resaltó Hiroshi, pensativo.

–No obstante, por mucho que amemos los libros, querido huésped, para nosotros la vida de nuestro pueblo vale más que todos los libros creados por los hombres. Las vidas de las personas y del mundo natural son siempre lo primero.

–Bien hablado –dijo Hiroshi.

–No olvidéis que la esencia de la sabiduría respeta toda forma de vida y la palabra es su mejor y más leal sirviente.

Los tres caminantes asintieron en silencio e iniciaron el viaje de regreso a su hogar, le habían ofrecido humildemente su ignorancia al anciano y este les había correspondido, haciéndoles saber que a partir de entonces poseerían un instrumento formidable para unir la sabiduría y espíritus de pueblos, civilizaciones y hombres, a través de los tiempos... la palabra.

© Gabriel Guerrero Gómez

El autor:

Gabriel Guerrero Gómez. Escritor y columnista, su afición a la ciencia-ficción, le lleva a crear la saga de Sillmarem una de las pocas existentes en español, en la editorial Equipo Sirius. Posteriormente, también en Sirius, publica el libreto *Reflexiones del Conde Alexander Von Hassler*. En 2010 publica el e-book con hipervínculos *Xiphias* también en Equipo Sirius, así como los libros digitales por capítulos semanales: *Meditaciones de Ekaton* y *Navinok* en el diario digital Guadaqué. También ese año comienza a publicar el libro digital *El Heraldo del Henares*, en el que es colaborador habitual. Ponente de jornadas de ciencia-ficción en la UAM y jurado de varios certámenes literarios, actualmente trabaja en su próximo libro titulado: *Láser*. Blog oficial: Sillmarem.blogspot.com

WOLF

por Luis Topogenario

La sombra adquirió tono de voz, llegó el momento de respetar lo que se descubrió muerto, acceder al reverso de las cosas para poder preñarlas, Wolf. Tantos sacrificios sacados a los años, las palabras comprimidas y pasadas por un exprimidor de jugos, las uñas de los pies pintadas de rojo, sin resultados. Habitación de madera sin resultados. Un torso desnudo con pechos colocado en ángulo al borde de un alféizar, ventanal de cedro, las piernas abiertas sin salir nada, sólo dos ojos sacrificados al vacío de las uñas. Desesperar, estallar prácticamente, sin publicárselo al mundo exterior. La ventana observa los gigantes de trece pisos. Las cosas que quisieron amarle le amaron, sin ticket ni por orden de llegada, así definió el problema de vivir excesivamente. Las cosas que le amaron, vistas por el reverso, chorrean de la ventana donde se ha sentado a observar, alguna vez las encontrará en la planta baja de su balcón y las pisará sin percatarse. ¿No nos hemos querido antes, sin culpas?, no se pisa, no se percató. La parte oscura de un objeto que nunca se visitó, ni en sueños, ¿a quién corresponde?, Wolf. Ni con ciertas palabras se puede ir a donde se quiere, pausa. Una mujer a contra natura, una imagen en su espejo sin encender. Se anudó el cabello, se repasó la cara para desempañarla, se tomó la molestia de observar su piano arrinconado en la habitación. En algún momento su piano fue colocado allí, a partir de una idea musical que no supo atajar ni contener, un capricho a tiempo, escribió largamente al respecto. Un torso con pechos, codos en el alféizar, descubierto por una sombra en una puerta trece cruzando calle izquierda, que le espía, habitándole. Sin señalar con dedo índice, Wolf sabe que está allí, parpadeando como un disparo automático, se siente habitar, se recuerda habitarse a sí misma, tantos deseos había tenido, ella, como tantas sombras había sido, desesperar, sentarse en ventanal para observar, cabeza abajo, las faldas de los balcones. Una palabra, un nombre anfibio, Wolf, que vivió en el deseo vacío de una mujer, pernoctando de a ratos en sus sombras, llenas de contenido. Cara vibrátil, seca, acongojada, embelleciendo el resto del otoño. Se molestó en contemplar su piano, pausa. Partió de la base de que ardería para siempre, de que sólo sufriría a media máquina, de que la muerte sería únicamente un ventanal sin piano, observando entre sombras otoñales. Se apagó, sufrió a toda velocidad, su muerte, si es que le era posible salir de esa pausa en el alféizar, bronceó todo el otoño. Alguien entró en la habitación donde la mujer demoraba su muerte. Excepto el teclado, nadie se percató de la pequeña anomalía. Movimiento de hojas, objetos primitivos y animados como un automóvil, mujeres saliendo y entrando del cuadro, palabras recortadas y captadas por un ojo, ventanal trece, inentendibles, salidos por boca de un trovador en radio muy lejano, un río lleno de rambla y sin mar, un mar sin olas y sin barcos, un nombre, Wolf, zurcido en el cuerpo a contra natura. Los deseos, el desear, la preñez de la piel, saliendo descascarada de los cuerpos allí abajo, calle izquierda, cantata, baile, calle derecha, participando de ese viaje particular de la risa, sonreír, contagio. Alguna vez reímos. En alguna época se pudo vivir sólo por simple contagio. Alguien se sentó en un taburete, de frente al teclado de un piano vertical, y se materializó en sombra, llegó el momento de respetar cada descubrimiento. Posó sobre las octavas lo que la penumbra de la habitación había convertido en garras, en pequeñas palabras inentendibles, en pérdidas, en triunfos, visto desde la perspectiva de un gigantógrafo en edificio al cruzar la calle. Falda de balcón superior, silueta recortada, el sonido de respiraciones revertido hasta trocarse en frenesí, pausa. Las uñas de unos pies pintadas de rojo sin resultados. Mujer en ventana inamovible. Un torso colocado en ángulo borde de alféizar, piernas abiertas no salir nada, observando, en el horizonte de las cosas, el movimiento rectilíneo uniforme de la nada, reverso de una mujer, preñar. Wolf, tejidos, coreografías de tejidos, desarmándose, desordenándose, ignoró que durante años la vida la había ignorado, ése era su escudo. Su mejor escudo. Pensó a toda velocidad en el centro de cada objeto, pausa, se tomó la molestia de anudarse el cabello mientras miraba por la ventana, pausa, y en cada uno de sus pensamientos encontró un arma que le correspondía. Una mujer cualquiera en un espejo encendido, observándole, le hubiese hecho sufrir. Toda arma pasada por exprimidor de jugos, navegar a media máquina por media calzada desde ventana, sólo esperar, sentada, última boca, abrir piernas para evacuar, no salir nada, cerrar piernas, mirar ventanal. Una mujer contó sus sacrificios, enumeró los años que le costó, añadió todo en el mismo recipiente, Wolf, apagó su cuerpo sin cama, sacó su cuchara simple de contagio, agregó sustancia en recipiente, mujer en recetas, y el resultado de

su receta no le alcanzó para llenar un vaso. Observó el horizonte por ventana con río, la curvatura del mar se atestó de barcazas y contenedores mercantiles, insectos y fichitas de dominó. Los himnos a la vida, ¿en qué barco estarían? Se preguntó por única vez en contra de movimiento rectilíneo uniforme. Alguien ejecutó en falsete sus piezas en el piano, desesperar sentada, pausa. Observó con ventana lo que le separaba de superficie de calle, analizar vuelo, posó un pie donde estaban los codos, pequeñas palabras inentendibles, pérdida o ganancia, intentó un momento, no glandular, que le calmase, no se calmó. Se le dedujo un porcentaje por cada cosa que hizo, abrir brazos para abrazar horizonte, cabello al aire sin piano, vuelo, trayectoria en arco, no emitió el grito de arrepentimiento, no alcanzó a llorar. Específicamente, no alcanzó a llorar. Los himnos a la muerte, ¿en qué piano estarían? Asomó cuerpo, analizó aterrizaje. Alguien tocó sin pausas. Piezas de piano. Alguien, un sombráculo, porcentaje de sí misma, obtusa como dos piernas abiertas esperando recipiente, envoltorio, pausa. Las cáscaras de cada cuerpo le contemplaron con alegría, bienvenida, como si reconociesen en ella un objeto de consanguinidad, el horizonte es bello, si recibió de una mujer, Wolf, lo que mereció. Un río bajó por la calle hasta alcanzar boca de rambla, teñir el mar, los barcos le estudiaron allí tirada, desde una prudente distancia, pérdida, resignación, ganancia, rebeldía, en ese orden. En ese orden específico. Los árboles le rodearon, incapaces de sombra, los frutos respiraron averiados por su rostro, descompuesto. Piezas de piano para ventana y pausa. Alguien continuó en la habitación donde. Pausa. La música, como la soledad, aparato glandular de los mortales, pensaba escribirse, cuando reencarnase, tenía planes. Y la ciudad ya tenía planes para ella. La escritura, otro nombre de la soledad. Cáscaras de cuerpo hermosas, visto desde la perspectiva de un gigantógrafo en edificio trece, las sombras uñudas pintadas de rojo sin resultado, pausa.

© Luis Topogenario

El autor:

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: topogenario@gmail.com.

* * *

Relato

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE (VIII)

por Berenice Noir

Aparezco, entre las altas horas de la madrugada, como una costra que le creció a la noche. Repetidos golpes en el mismo lugar, surco, escotadura, cavidad, de la noche viva. Vengo de visitar al enemigo del país. Vengo alegre, contenta, razonablemente frágil, por verle la cara.

Las mujeres del pueblo me dijeron: «Berenice, tranquila, pipita, Nicaragua te necesita». Yo me alejé de ellas. Algunas ideas están demasiado huérfanas.

No. Nicaragua no me necesita. Las palabras más patriotas no dejan ni una marca. Ni una, pipita. Sólo las armas dejan marcas. Si las palabras fuesen armas... ¿cómo las lustraría cada mañana, pipita!

El político nicaragüense: gente dos veces armada.

Yo, una pequeña mujer cocibolquina: armada por la mitad, con el barril de tiro hacia el cielo. Mis ojos, petardos que no duelen ya.

¿Puedo decir algo, hermano perro y hermana zancuda?: Hay piñatas que no se pueden reventar.

Si dependiese de mi poesía, mis poemas ya me habrían desnacionalizado.

Las mujeres del pueblo: «-¿A dónde te llevan tus poemas, Berenice?». A poner el dedo en los gatillos. A comer del agua cocibolquina. A beber de la tierra que no me necesita. A la calle. A las masacres en el Triángulo. A la izquierda que es de ultraderecha, y a la derecha que es de ultraizquierda. Al dolor de vientre también, y al aborto, hecho por una tejedora, con agujas de tejedora, y con silencios de tejedora.

Mis poemas me llevan al grano de café muerto y a los gorgojos. (Dice la mujer más vieja del pueblo, Azucena: «El gorgojo ya aprendió a leer, Berenice. Produce más para su familia de gorgojos que toda una cuadrilla de letrados») Yo soy letrada, Azucena. Yo amo, como una gorgoja. Es cierto: yo produzco más para toda una familia de gorgojos que mil letradas juntas.

Yo soy la identidad de millones de naciones, reducidas a versos impuros, como:

caballo muerto por hambre

o

¿de quién es el hambre?

o

niño cagado sin limpiar

o

niño-cólera aumenta de peso

o

mujer ardiente necesita mujer ardiente

o

¿de quién son los temblores que derrumbaron la Catedral donde se secaba y se osificaba el poder para descargar diez mil terremotos? En la catedral duerme el hermano comemierda.

Versos pedidos al enemigo. Porque si el enemigo hace poemas, el enemigo está vivo. ¿Qué estará haciendo el enemigo? ¿Traficará droga el enemigo? ¿Traficará libros? ¿Traficará cuadernos? ¿Traficará tiempo, información, cabezas de ganado, comemierdas? ¿Se divertirá el enemigo? ¿Dirá Yo soy nicaragüense? ¿Dirá Yo soy antinicaragüense? ¿Dirá Yo soy? ¿Dirá eso el enemigo? ¿O su diccionario llegará hasta la equis nada más?

Hay gente, silenciosa como una equis, que con una sola letra edifica todas las palabras.

¿Y el amigo? ¿Qué traficará el amigo? ¿De quién será enemigo el amigo?

¿Seré más mujer después de saberlo? (es decir, más Hombre)

El hermano traficante y la hermana traficanta se han juntado, en el albor de la patria más moderna: la patria invisible, han tenido hijos. Doblemente armados. Es que la vida, por igual, nos ha estado queriendo.

Yo sólo le pido versos al enemigo. Porque me alegro de que estén vivos. Alguien más se alegrará de que sean nuestros.

¿Será de mi única Be con la que voy a edificar todas las palabras?

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constantemente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

DOS PÁJAROS DE UN TIRO

por Carlo Reátegui Avilés

«Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que el también era una apariencia, que otro estaba soñándolo»

J.L. Borges. *Las ruinas circulares*

Vicente daba cada zancada esperando que la dama que lo perseguía fracasase en su intento por arrebatárle la vida y eliminar al último testigo de la masacre de La Obra. Casi sin aliento dobló por alguna de las calles del centro y rogó a los santos que le dieran fuerzas para refugiarse en casa de los Díaz, sus vecinos y ahora sus guardianes. Detrás de él, y a paso de galgo, corría la cazadora fiel de la mesa directiva de La Obra, con una nueve-milímetros automática en la mano izquierda y evitando a los transeúntes; no apartaba la vista de la espalda de Vicente, de sus movimientos y de su destino final. Destino que un disparo podía romper.

De pronto paró en alguna esquina de Camaná creyéndose atrapado por el tráfico, la agilidad del sicario hacía trabajar su mente y cuerpo a mil por hora. Sin dudarle dos veces volteó y decidió enfrentar la realidad de un solo golpe. Camila frenó en seco y de dos disparos acabó con el testigo. Antes de que el cuerpo vacío e inerte caiga sobre la acera, despertó empapado en sudor y gritando como si el fuego lo abrasara de repente.

Durante 3 noches seguidas había tenido el mismo sueño, hasta dos veces por noche. La dama, oculta detrás de unas gafas negras no daba la menor pista de su verdadera identidad. ¿Será la secretaria? –se preguntaba Vicente cada mañana luego de despertar gritando– ¿o serán solo coincidencias? En verdad desde que se enteró de los actos de La Obra, y empezó a denunciarlos, no había logrado tener un sueño tranquilo.

Primero fueron los perros y el cuarto donde la gente estuvo secuestrada. Soñaba que en el sótano del edificio San Lucas estaban retenidas quince personas, como si pudiera suceder en la realidad. Uno de los rehenes era él y otra era la futura secretaria de La Obra. Día a día los obligaban a delatar a cada uno de los que faltaban en el grupo y, además, les obligaban a revelar las verdaderas intenciones del partido. El sueño siempre acababa cuando la futura secretaria delataba a las cabezas de la organización y cada uno los rehenes iba siendo asesinado, hasta que llegaban a él y otra vez se descubría gritando en medio de la noche, solo contra el mundo.

Los sueños siempre eran iguales. Siempre la escena del secuestro y posteriormente la escena de la persecución. Vicente había llegado a desconfiar del vínculo que lo unía a La Obra y sus intereses, de su doble papel como informante del partido y también de los vecinos del edificio, que más que cuidarlo serían los delatores si los de La Obra se enteraban que él pasaba información a los enemigos por antonomasia. Desconfiaba de los González, sobre todo. Dueños de media cadena de hoteles en la ciudad, incluyendo el San Lucas, miembros activos de La Obra y vecino del 207, tres departamentos a la derecha de su puerta.

Su miedo a los González era opacado por el miedo de la entrevista de hoy con la cabeza de La Obra, con los mandamases, amos y señores de todas las «sucursales». Más que una entrevista, iba a ser un interrogatorio. Sin duda el tema sería su vinculación con los trece políticos desaparecidos en el último mes. Todos ellos conocían los actos de La Obra, y solo dos periodistas metiches podían haberles pasado el dato: Camila y él.

* * *

Nunca habían sido mejores amigos, sin embargo, el oficio hizo que se conocieran en alguna sala de redacción, en alguna conferencia o en algún salón de clases. La generación se conocía y se pasaban datos importantes. Ella fue la que mencionó la convocatoria para comunicadores, para el área de prensa de La Obra. Escogió a Cáceres y a Vicente, de ellos solo el segundo logró pasar las exigencias ortodoxas de La Obra y logró ocupar el cargo de jefe en la tan mentada zona de prensa.

Camila, por su parte, ingresó en la sala de prensa del principal enemigo –y acusador judicial– de La Obra: El partido. Este grupo nació muchos años después de La Obra. Fue fundado por una antigua cabeza de La Obra que, al verse afectado en sus intereses, decidió separarse, revelar los secretos y combatir las atroces barbaries cometidas por la institución más poderosa y más oculta del país.

Ambos se enfrentaban en las conferencias de prensa y ambos defendían sus partes con uñas, dientes, improperios sofisticados y denuncias de difamación. El mejor abogado podría caer si se enfrentaba a ellos. Ambos provenían de una misma escuela de mentiras y ditirambos: La Obra. Vicente empezó a creer que todo giraba alrededor de La Obra, y que la supremacía de la misma se debía a que era más antigua y poderosa que El Partido.

Sin embargo, el sexo de mujer que atrae al hombre –como dice Vallejo– sumergió en un mar de dudas a Vicente. Camila lo sedujo hasta el punto de que él se auto cuestiona su participación en La Obra. Cada rueda de prensa, luego de la seducción, presentaba un Vicente cambiado y dócil y una Camila dominante y hasta cierto punto dictatorial. Ese día empezaron los pesares y las angustias.

De pronto, cuatro de los más influyentes políticos del Partido son secuestrados, en la conferencia Vicente defiende tan mal los intereses de La Obra que deciden bajarlo del puesto y poner a Cáceres en su lugar. Él seguía trabajando en prensa pero ya no como cabeza de equipo, como contrincante del sicario, como amante de Camila.

Su relación se debilitó y no prosperó, ocho políticos más fueron secuestrados y la población dejó de comerse el cuento de que no tenía nada que ver con la designación de los nuevos dirigentes del país. Pero para Camila, otra era la misión. Cada rueda de prensa humillaba más a Cáceres y le hacía creer a la población que se estaba atentando contra El Partido, contra su integridad como grupo humano y como muestra de los verdaderos intereses de la sociedad. Vicente desde su habitación no podía hacer nada.

El caso era seguido por periodistas y personajes ilustrados del círculo más selecto de pensadores que aún le quedaban al país, en su mayoría miembros de La Obra. Pero la gota que derramó el escándalo fue la desaparición de Federico García-Prado López de Espinoza, fundador y líder del Partido.

Los medios tenían que investigar tanto que a Vicente lo solicitaron en El Decano, diario insignia en la ciudad.

* * *

La noche del primer cierre salió tan tarde de redacción que no tuvo mayor reparo en detener un taxi cualquiera en la calle y dirigirse a su casa. En medio del camino el carro se detuvo y el chofer, sacando un viejo y grasoso revólver, le dijo que bajase y se recueste sobre el coche. Vicente haciendo de tripas corazón se hizo la idea de que hasta ahí había llegado. No solo porque seguía vinculado a La Obra, sino porque todavía pasaba información al Partido, a Camila. Nunca –ni en este relato– se supo qué información le pasó Vicente al Partido, lo que sí sé es que lo condujeron a un estacionamiento y luego a un gran salón en un sótano, al parecer de un hotel. Ahí se encontró con los políticos ilustres y la cabeza del Partido. Tan grande fue su asombro al ver a Camila también reunida que no sintió la patada que le dieron para que se arrodille ni las risas de alguno de los miembros.

Camila, como narradora profesional de historias, empezó a contar todos los pormenores de la guerra sucia que preparaba La Obra contra El Partido, empezando por la eliminación de la directiva. ¿Por qué Camila defendía a La Obra si era vocera del Partido? Vicente, entonces, vio las cosas más claras.

Ella lo convocó justamente a él para que nadie sospeche de su doble situación, además sabía que el segundo debería ser un tipo dócil como Cáceres, que se pueda manipular al antojo de la ocasión.

Luego tenía que introducirlo al lado de los espías para que nada le parezca ambiguo. Pero todos los movimientos ya habían sido calculados y premeditados. Fue Camila quien, con engaños, logró llevar a toda la directiva a la boca del lobo y fue la que dio la orden para que, uno a uno, fueran siendo asesinados frente a la marioneta principal: Vicente.

Sin embargo alguien se confió de su docilidad y dejó la puerta de la cochera abierta cuando estaban ultimando a Fernando García-Prado. Vicente, con todas sus fuerzas, golpeó al vigilante y emprendió la carrera hacia cualquier lugar, al salir reconoció el escudo del San Lucas y se dio cuenta que si corría podía refugiarse en casa. Empezó a dar cada zancada esperando que la dama que lo perseguía fracasase en su intento por arrebatarse la vida y eliminar al último testigo de la masacre de La Obra. Casi sin aliento dobló por alguna de las calles del centro y rogó a los santos que le dieran fuerzas para refugiarse en casa de los Díaz, sus vecinos y ahora sus guardianes.

De pronto vaciló en el recuerdo del sueño, se desperezó y decidió abrir las ventanas para que la luz lo saque de una vez del estupor de las pesadillas seguidas en una misma semana. Prendió el televisor y en el canal del estado informaban que la policía estaba a punto de dar con el paradero de los 13 políticos secuestrados en extrañas condiciones, quiso apartarse de la tragedia y salió al balcón a divisar el paisaje de cemento que se alzaba por delante.

De pronto, cuando miró hacia la acera, se vio correr desesperadamente y una dama siguiéndolo sin perder el ritmo ni la compostura, se siguió con la mirada y esperó que todo fuese una ilusión, de pronto frenó en la esquina y volteó como desafiando al destino, como queriendo que las cosas acabasen de una vez. Vicente rogaba despertar mientras la dama fulminaba a su doble de dos balazos. Antes de que el cuerpo vacío e inerte caiga sobre la acera, se volvió hacia el balcón, sonrió, y le apuntó con el arma una vez más.

© Carlo Reátegui Avilés

El autor:

Carlo Reátegui Avilés (Ayacucho, 1992). Estudiante de Periodismo, amante de las letras y la fotografía. Editor y redactor del Grupo Ensartes (<http://ensartes.blogspot.com>) Mención honorosa en los Juegos Florales 2009 de la PUCP con "No preguntes por mamá" (Revista Narrativas N° 16). Administra el blog <http://sobreprotexion.blogspot.com> y planea publicar pronto una selección de cuentos.

* * *

Relato

LA PALA ROJA

por Jorge Serra

El verano se iba acabando, eso estaba claro. El viento venía del mar, barría la playa a fondo, acompañado por olas insolentes que abofeteaban la orilla. Entonces, ¿por qué demonios decidimos ir a la playa aquel 7 de Septiembre de cielo nublado? La verdad es que Giácomo insistió en ir adonde siempre habíamos ido durante ese verano: a Le Saline.

Realmente aquello estaba fenomenal. Un sitio muy tranquilo aunque nada aislado, puesto que la playa de al lado, separada de la «nuestra» por un edificio en ruinas con una torre, solía estar atestada. Nuestro pequeño paraíso no era más que ese tramo de costa; empezaba detrás de la torre y terminaba donde un canal cortaba la playa, a ni siquiera un kilómetro al oeste. La peculiaridad de aquel lugar estaba en el perfil de la orilla, que las olas no paraban de moldear con algas. Estando Le Saline bien dentro del Golfo de la Asinara, el brazo noroeste de Cerdeña ofrece a la playa cierto cobijo de la furia

del mar. Con el pasar de los años las olas habían ido amontonando tiras y fragmentos secos de posidonias, hasta formar algo parecido a acantilados y promontorios en miniatura que no pasaban del metro sesenta de alto. El resultado era una pared compacta y esponjosa que el agua batía suave pero constantemente. En esa zona nunca había muchas corrientes, por lo que seguían llegando restos de plantas marinas que iban a parar bajo los montículos más altos, hasta donde llegaba el oleaje. Tal vez por esa razón casi nadie venía a nuestra playa. Pero a mí aquel sitio me encantaba, y a Giácomo y a Luca también. Dicho sea de paso, no había nada de basura y el agua se veía prácticamente cristalina con sólo entrar unos cuantos metros. Incluso se podían encontrar medusas y estrellas de mar.

Volviendo a lo nuestro, aquel día Giácomo quiso ir a la playa por última vez, porque resultaba que yo tenía que volver a Alicante (de hecho Luca ya había salido para Colonia el día anterior) y él quería aprovechar cada oportunidad para vernos e ir a alguna parte. Yo se lo había dicho, que no era cosa de ir a la playa con el mal tiempo que hacía. Pero nada, no hubo manera de convencerle.

Así pues, sacamos el pretexto de ir a dar un paseo. Sin discutir más, al coche y hacia Le Saline. Recuerdo que Giácomo se trajo su memoria de licenciatura, que tenía que reparar, mientras yo llevaba un libro para leer. El mar estaba picado; nada de espantoso, ni mucho menos, pero sí nos dejaba ver sus babas blancas destellando en su azul, que se rompían a lo lejos contra las escasas rocas. No era el mejor día para bañarse, y menos para mí que soy un pésimo nadador. Recuerdo perfectamente que al entrar al agua me tropecé con una piedra que casi me arrancó por completo la uña de un dedo. ¡Vaya asco de día! Por lo visto el señor Murphy tenía pensado colocar en mi camino el único pedrusco que había en toda la playa, oportunamente ocultado bajo una capa de algas. Giácomo dio un par de brazadas, sin alejarse mucho; en cuanto a mí, me resigné a tumbarme en la arena. No me quedaba más remedio que leer. O al menos intentarlo, dado que los elementos parecían conspirar en mi contra. Ahora lo que me molestaba era el viento. Me echaba encima algas, arena, ramas secas, contribuyendo, racha tras racha, a mi mosqueo general. Con todo, recuerdo que conseguí devorar algo como veinte páginas de mi libro en menos de una hora.

«El mar estaba picado; nada de espantoso, ni mucho menos, pero sí nos dejaba ver sus babas blancas destellando en su azul, que se rompían a lo lejos contra las escasas rocas.»

Había terminado de leer, mientras tanto Giácomo había vuelto, cuando decidimos dar un paseo por la playa. Siempre me ha gustado recorrer la orilla del mar, y más durante una tempestad. Cuando era pequeño imaginaba que aquel vaivén líquido traía todo tipo de cosas inusuales: fragmentos de naufragios, objetos procedentes de países extranjeros; también huesos, conchas o restos de animales de alta mar. Testigos de vidas y culturas lejanas, de largas travesías por todo el Mediterráneo. Aún hoy siento cierta curiosidad al escudriñar la playa después de una borrasca, sólo por ver lo que el agua puede haber regalado a la tierra. Aquella vez no encontramos nada especial, como casi siempre; sólo una larga red de nylon que Giácomo pensó recoger por si pudiera aprovecharla de alguna forma. Hubo un momento en que, mirando el batiente donde las olas apenas llegaban a remover la sopa de posidonia, a mi amigo se le ocurrió un mal chiste.

—¡Eh, tío! ¿Te imaginas si ahora sale una mano de las algas y resulta que Luca está fiambre ahí debajo? —Yo no pude evitar reírme; me surgió de forma totalmente espontánea. Lo que ni yo ni él podíamos prever era el valor profético de aquella gracia.

Seguimos paseando por esas alfombras de algas secas, a ratos salpicadas por el mar, cuando los ojos de Giácomo se detuvieron en algo interesante (para él): una pala roja de plástico, abandonada por algún niño. Debió de parecerle un hallazgo de lo más extraordinario:

—¡Anda! Si es igual que la pala que recuperé el otro día.

Efectivamente algunos días atrás, y siempre en Le Saline, Giácomo había divisado algún objeto amarillo que flotaba en el agua tranquila, a unos treinta metros de la orilla. Su curiosidad le había impulsado a zambullirse para alcanzar a nado lo que resultó ser nada más que una pequeña pala; se la llevó a su casa como trofeo por su esfuerzo. La que acababa de encontrar ahora era otra pala de juguete, idéntica a la otra en todo menos en el color: aquella era amarilla, ésta era roja. Estaba ahí en el batiente, tendida en un lecho de algas mojadas, inmóvil (la marea estaba bajando y el oleaje no llegaba

a tocarla). Parecía esperar a que alguien la recogiera. Yo no le habría hecho ni caso, pero Giacomo parecía muy interesado en el asunto: estiraba cuerpo y brazos en el intento de llegar a ella. Como no conseguía alcanzarla desde el punto en que se encontraba, intentó bajar sujetándose en una pared de algas secas. Pero el muy desprevenido no tuvo en cuenta que aquello no estaba hecho para aguantar el peso de una persona. Fue cuestión de segundos, y al pobre le faltó el agarre y cayó a las algas que le esperaban debajo.

¿Quién nos lo iba a decir? Justo en ese punto debía de haber más fondo; o la arena, que se suponía que estaba debajo de los restos de plantas marinas, tenía una consistencia más blanda. El caso es que los pies de Giacomo no encontraron apoyo y de pronto su cuerpo empezó a hundirse hasta el muslo.

–Esta mierda me ha atrapado las piernas; no puedo moverme. ¡Ayúdame, maldita sea!

Aquello no podía estar pasando. Alguien estaba a punto de ahogarse justo ahí, en el batiente; y todo por una pala de plástico. Estaba demasiado lejos de mí como para que pudiera agarrarle sin quedarme yo mismo atascado. Me acordé de la red que habíamos visto unos minutos antes. Tras rogar a Giacomo que aguantara –«¡Qué idea genial, cabrón!» fue su obvia respuesta–, fui corriendo a recuperarla.

Se la lancé para que se agarrara mientras yo me disponía a arrastrarle fuera de esa trampa mortal. ¡La puta de la red! Debía de llevar ya demasiado tiempo a la intemperie, porque al segundo tirón que le di, con Giacomo cogido del otro lado, se desgarró, un hilo tras otro. Hasta pude escuchar la malvada melodía del nylon que se rompía con su gran satisfacción. Total, yo acabé tumbado en la arena y mi amigo se hundió de golpe hasta el cuello.

«Aquello no podía estar pasando. Alguien estaba a punto de ahogarse justo ahí, en el batiente; y todo por una pala de plástico.»

–¡Me hundo! ¡Que me estoy hundiendo, joder! Échame una mano, ¡me cago en la madre que te parió! –Pero yo ni de broma me iba a meter en esa sopa color caca. ¿Para qué tendría yo que compartir su suerte? Nadie le había dicho que arriesgara su vida por un juguete. Lo peor era que no había nada por ahí que se pudiera utilizar para arrastrarle o mantenerle a flote. Busqué otra vez en los alrededores: nada de nada, ¡vaya por Dios!

Al volver, no pasarían más de treinta segundos, me quedé pasmado al ver lo rápido que Giacomo iba desapareciendo. Sólo su brazo derecho y sus ojos, sin esperanza pero llenos de terror, asomaban por encima de la espesa capa de algas. Se estaba dando cuenta, al fin y al cabo, de lo caro que le había salido haber ido a la playa aquel día.

–Maldita sea mi gilipollez. Pero, ¿por qué hemos venido aquí hoy? –lloriqueaba, hundiéndose ya del todo–. Y tú, colega, vete a tomar por... –fue lo último que su boca pudo pronunciar.

Su mano temblorosa sobresalió de la superficie durante algunos segundos más, como una especie de bandera blanca. Después sólo fueron las algas inmóviles y una alegre brisa marina: como si nada hubiera pasado, sellaron su cuerpo en una húmeda tumba. Y la pala roja que seguía ahí, hincada en esa manta parda, recordaba a un general victorioso en el campo de batalla.

Lo que siguió no creo que importe. Fue más bien un asunto de ambulancias, de flores y de ataúd. Pero a mí jamás dejarán de sorprenderme las circunstancias absurdas en que Giacomo perdió su vida. Realmente es increíble. Morir así, por intentar recuperar una triste pala de juguete. ¡Qué muerte más tonta!

© Jorge Serra

El autor:

Jorge Serra (nombre civil Giorgio Serra, Sássari, Italia 1979). En la actualidad finaliza su doctorado en Literatura Hispanoamericana y Teoría de la Literatura en la Universidad de Alicante. También se dedica a la enseñanza secundaria de Lengua y Literatura Castellana. Italiano de nacimiento, Jorge Serra ha adoptado el español como lengua de uso y de trabajo. Entre sus líneas de estudio cabe destacar el tema literario del naufragio (objeto de su tesis doctoral) y el colonialismo. Su formación académica no le impide practicar la escritura creativa, con especial atención hacia los relatos breves y los microrrelatos. Algunos de sus cuentos han aparecido en las revistas "Letralia", "Deriva", "Axolotl" y "El Margen", entre otras.

ULTRACORTOS

por Daniel Sánchez Bonet

CARTA DE AMOR

Le mandó una poética carta de amor. No es de extrañar que al recibirla, llegara con recargo. Había mucho peso en aquellas palabras.

* * *

AMOR DE FUMADORES

Él era fumador. Ella, no fumadora. Sólo veinte años más tarde, por fin, ella pudo comprender los beneficios del tabaco.

* * *

SEIS DÍAS DEPUÉS

Los dos le enviamos la misma carta de amor a la misma hora. Seis días después, me contestó: Lo siento, ya estoy saliendo con un informático.

* * *

SUICIDIO

Sobre el borde del precipicio, el solitario personaje seguía pensándose una y otra vez, pero, finalmente, retrocedió unos pasos.

Sus excusas, se lanzaron primero.

* * *

VÍCTIMAS

Del accidente, sólo quedó una cosa clara: alguien perdió los puntos de su carnet de conducir.

Jamás los volvería a usar.

* * *

00:00

Sólo cuando escuché llegar al camión de basura pude dormir tranquilo y ¡bien ancho! por primera vez, desde mi matrimonio.

* * *

CERVEZA RUBIA

Nuestra relación no entendía de sentimentalismos. Cada vez que nos veíamos su espuma terminaba en mi boca.

© Daniel Sánchez Bonet

El autor:

Daniel Sánchez Bonet (1982, España). Licenciado en Humanidades y Master en Periodismo de Agencia. Miembro de la Revista Internacional Microcuentista y colaborador semanal en el periódico Siglo XXI (columna: *Hola, me llamo microrrelato*). Ha sido finalista en el concurso *Relatos en cadena* de la Escuela de Escritores y sus microrrelatos han recibido más de 30 menciones literarias. Mantiene el blog: <http://microrrelatoapeso.wordpress.com>

A GOLPE DE TEMPLANZA

por JC Martin

Mañana será otro día. Seguro. O no. Mientras tanto, seguía examinando el reloj de pared que presidía, desde las alturas de su ojo de ciclope, al destino de la oficina. ¡Hubiese podido ser peor!, se iba repitiendo cada vez que dejaba su oficio de escribano para contemplar el movimiento frenético que, de mesa en mesa, enloquecía el lugar. Otras veces se preguntaba: ¿Realmente podría ser peor? En treinta y tres años que acudía religiosamente, a las ocho y media, a la oficina, nunca había faltado, ni por enfermedad, ni por defunción de un familiar, ni por conveniencia personal. Un caso poco común de fidelidad, de consciencia profesional o quizá de desinterés por lo que le esperaba en casa. Sus compañeros le habían apodado *el constante*, y no le iba del todo mal, pues, era, de verdad, constante en todo: en su dieta, en sus escapaditas del sábado, en sus horarios, hasta en su sexualidad. Toda una vida dedicada a la constancia: la misma barra de pan en la misma panadería, la misma marca de pasta dentífrica, el mismo recorrido para presentarse a las ocho y media. Y hasta las fuerzas ocultas, que a veces rigen el orden de los acontecimientos, se vestían con suma discreción. En su vida, nada parecía acontecer fuera de esta constancia. Recordaba el día en que vio por primera vez aquella pintada en la pared de un orfanato: La realidad es lo que uno no se espera. Se pasó el resto del día preguntándose lo que esperaba y si esperaba algo. Pero volvía siempre a la misma e irremediablemente conclusión: No vivo en la realidad. Sin embargo, algo le decía que todo lo que no dejaba de ser un esfuerzo le había conducido a una vida tranquila, una vida sin sobresaltos, una vida de olas ligeras, de excesos contenidos dentro de un marco templado. De vez en cuando sentenciaba: Las desgracias de la humanidad provienen de deseos no cumplidos. La opción más adecuada era no desear, no desear fuera de un alcance por lo menos incierto. Pero no le gustaba darle más vueltas a esos pensamientos fugitivos, ¿de qué servía?, mucho mejor era limitarse a ideas sencillas, de pronta aplicación, ideas válidas para el día a día, para convivir sin conflicto con las personas que cruzaban su camino pero que por nada en el mundo tenía que convertirse en fuente de alteración o desequilibrio. No le gustaba opinar en público, era del todo preferible adoptar lo de la mayoría. Sobre todo ningún enfrentamiento directo. Las relaciones humanas tendrían que ser como una tela lisa, el esfuerzo tenía que concentrarse en la desaparición de todo tipo de arrugas. Y si algún compañero, a la hora del café, le decía: Claro, tú no tienes lo que nosotros tenemos, ni obligaciones, ni problemas para llegar a final de mes, ni nada de nada, él contestaba: Tienes razón, ¡pero qué le voy a hacer!, y la conversación se quedaba en el «no hay nada que hacer» que siempre ha sido el lema de la constancia, de la estabilidad y de la vida tranquila. Pero a pesar de esto, seguía mirando el reloj de pared, las horas se alargaban y hasta las cinco no había más horizonte que esta oficina donde pasaban las horas y los años sin que, para él, aconteciera la realidad. Mirar este reloj de pared, opinar que sí, entregar su trabajo en los plazos previstos, colgar el mismo abrigo en el mismo perchero, sacar la misma bufanda en invierno, el mismo sombrero para los días más soleado, rechazar todo tipo de desmesura, y dedicarse a una existencia sana, sana porque ningún cuerpo extranjero tendría tanta fuerza como para derrumbar el edificio de su vida que, valiera lo que valiera, consistía sencillamente en lo que tenía que hacer. ¡Por supuesto que todo hubiera podido ser distinto!, pero rechazó las ofertas de cambio por entenderlas como innecesarias. Le propusieron, por ejemplo, hace ya unos diez años, dirigir el departamento de los contenciosos, se negó alegando su incapacidad a reglamentar la vida de los demás y menos aún a resolver conflictos que seguramente se presentarían, además le convenía a la perfección su puesto y, a menos que la dirección dijera lo contrario, se aplicaba a realizarlo con un sentido muy elevado del cumplimiento. Pocos años más tarde, presenció una declaración de amor y se extrañó al constatar que el interesado era él, se extrañó contemplarse a sí mismo involucrado en algo que no recordaba haber fomentado. Tampoco recordaba cómo había

«De vez en cuando sentenciaba: Las desgracias de la humanidad provienen de deseos no cumplidos. La opción más adecuada era no desear, no desear fuera de un alcance por lo menos incierto.»

empezado esta relación que desde la primera noche le condujo a un placer plenamente satisfactorio. Se veían cada sábado, cenaban, comentaban la semana, hacían el amor y a la mañana siguiente tomaban el desayuno. Después, sobre las diez, se iba, le daba un beso en la mejilla, le acariciaba el pelo, le decía: ¡Que tengas una buena semana!, y se iba.

Estoy bien. No me hace falta nada. Me he librado de lo superfluo por saber satisfacerme con poco. A veces me pregunto si he sido niño. Todo está tan lejos, o quizá sea que desde pequeño me pareció que la opción más adecuada era no codiciar lo ajeno, y por considerar la distancia y el esfuerzo que supondría una actitud distinta, lo he dejado, para siempre. A veces, no estoy tan seguro de haber tenido padres. Una cortina de humo que uno atraviesa sin tener que toser al salir de ella. Ni amistades imprescindibles. Tampoco profundas. Probé deportes, talleres de pintura, de cerámica, algo de música. No era para mí. A los catorce, tuve un profesor de matemáticas que tenía dos trajes, uno para el invierno y otro para el verano. Dividía el año en dos estaciones y a cada una la ropa correspondiente. Una manera muy acertada de ahorrarse el trabajo de elegir y, peor aún, de la duda. Hago igual. Además, siempre calcetines negros y calzoncillos blancos. A los veinte, empecé a aficionarme a los puzzles. Quinientas piezas. Mil. Cinco mil. No veo el tiempo pasar y hasta tengo que poner un tope horario para dejarlo. Me gusta haber desarrollado tanto mi paciencia. Suelo elegir temas paisajísticos. Puesta de sol. Campo en primavera. Mis padres tuvieron la delicadeza de desaparecer cuando tenía unos treinta años. No tengo hermanos, tampoco me relaciono con mis dos primas. Una vive en algún país de África, otra en Moscú. Cada año, intercambiamos una postal por el año nuevo.

«Hace unos diez años me propusieron dirigir el departamento de los contenciosos. Me negué.»

Nada más. La primera virtud del ser humano tendría que ser la discreción, digo yo. También me alivia haberme ahorrado las reuniones familiares, sus fechas señaladas, sus comidas y, al fin y al cabo, sus obligaciones. No es que quiera alejarme de toda sociedad sino que prefiero elegirla yo o que me elija ella, pero en función de unos criterios a la vez que sencillos muy respetuosos de una necesaria distancia. No tengo televisión. Lo probé durante unas semanas, pero las vidas ajenas no me interesan tanto como para indagar, aunque fuese de manera muy pasiva, en ellas. No leo los periódicos. ¿Para qué? La política me es indiferente. Los sucesos, igual.

El deporte me parece grotesco y sus seguidores aún más. El rumbo del mundo, el poder, el dinero, los conflictos... demasiado movimiento, demasiado viento. No me siento alma de desfacedor de entuertos. Tampoco creo tener aptitudes marcadas por la lástima. He optado por una contribución discreta al momento que me ha tocado vivir. No quiero juzgar a los demás ni dar pie a que lo hagan. Mejor saber lo mínimo. Y si tienen algo que decirme, les escucho. Y les digo que tienen razón. Hace unos pocos años suscribí a una revista, *Mundo puzzle*. Explicaban trucos y técnicas. En el apartado «Carta de los lectores», aficionados desvelaban sus experiencias, exponían sus dudas. Sobre todo explicaban e intentaban justificar por qué dedicaban su tiempo libre a esta actividad. No quiero explicar nada. No tengo nada que justificar. Me di de baja. Los sábados, a las siete de la tarde, me reúno con unos jugadores de póker en el bar *Los hermanos*. Nunca juego, hasta creo que sigo sin entender muy bien de qué va este juego. Pero sigo yendo cada sábado. Saludo a Víctor, el dueño, me dice con un ligero movimiento de la cabeza: 'la, me siento al lado de los jugadores, Víctor me trae una clara, y me quedo una hora. No sé cómo se llaman los que juegan. Nunca hablamos. A las nueve les saludo a todos y me voy. Me gusta este momento de mi semana. María vive a unos quince minutos del bar. Sobre las nueve y cuarto toco su timbre. Cenamos, comentamos la semana, hacemos el amor y a la mañana siguiente tomamos el desayuno. Después, sobre las diez, me voy, nos decimos: ¡Que tengas una buena semana!, y me voy. A ella también le gusta la regularidad. Dos veces al año le compro un regalo. Normalmente bombones. Y dos veces al año, flores. Margaritas. Sus preferidas. Ella me regala una corbata por navidad y una colonia por mi cumpleaños. A menudo ni tenemos que hablar para saber que todo está bien. Me gusta su piso, su orden. Un piso discreto, como ella. Nunca he tenido la impresión de aburrirme. Considero que mi vida está llena. Al acostarme, me suelo sentir en paz, con el mundo, con los demás y conmigo mismo. En la oficina pasan las horas con una tranquilidad que me gusta. En diciembre y en junio, se acumula el trabajo. Me quedo un poco más tarde. Sé que durará poco. No tengo las más mínimas ganas de pedir cambios, ascensos o algo por el estilo. No quiero competir. ¿Para qué? ¿Más responsabilidades, más trabajo, más envidia de mis compañeros? ¿Para qué? Ellos lo saben y si a veces les gusta gastarme inocentes bromas, sé

que en el fondo respetan mi discreción y mi constancia. También sé que aprecian que les pueda escuchar, sin juzgarles, sin decir otra cosa que: Sí, tienes razón. Hace unos diez años me propusieron dirigir el departamento de los contenciosos. Me negué. ¡Como si faltara candidatos encantados de ser encargados de esto o de lo otro! A mí no me interesa. ¿Para qué? No necesito más dinero. No quiero enfadarme con nadie. Mi vida está basada sobre un equilibrio, una estabilidad y una armonía. No puedo quejarme y como no tengo motivos para quejarme, no me quejo. Hago lo necesario para que las cosas me vayan bien y gracias a Dios, y sobre todo gracias a mí, las cosas no me van mal. Si alguien me preguntara ¿qué tal?, creo que le contestaría que soy feliz.

¿Cómo diría yo? ¡A ver! Creo que «constante». Eso. Es una persona constante. Y así me gusta. Rigoroso, riguroso y constante. Sin sorpresas, por lo menos desagradables. Creo que me hubiese gustado tener hijos, aunque cuando veo en qué los demás los convierten, las ganas se me van en seguida. Una vez, sólo una, lo hablamos y quedamos de acuerdo. ¿Para qué? Me gustan los sábados, es un momento muy especial, me gusta. Me gusta cocinar platos sencillos, sencillos pero ricos, muy ricos. Siempre me dice: ¡María, ha sido delicioso! Siempre quiere lavar los platos él. Tú cocinas, yo friego, dice. Es un hombre encantador. ¡Claro que somos distintos! Pero compartimos lo esencial. Y no es que nos veamos tanto. Pero es como una piedra que cae al agua, por carambola, extiende sus círculos a todos los días de la semana. El lunes, sé que habrá un sábado, y no un sábado cualquiera. Me tranquiliza. Me arropa. Me hace sentir segura del tiempo que pasa, quiero decir que no pasa porque sí, pasa porque queremos que pase. Al principio, estábamos un poco asustados. Lo entiendo.

Me equivoqué cuando le dije que me había enamorado. Le invité a mi casa. Hice un pollo con castañas. Lo recuerdo perfectamente. Me dijo: ¡María, ha sido delicioso! Y se levantó para freagar los platos. Hicimos el amor. Se quedó a dormir. Supe desde entonces que algo empezaba. Le despedí diciéndole: ¡Que tengas una buena semana! ¡Hasta el sábado, si quieres!, y el domingo siguiente no fue necesario decirle: Hasta el sábado, si quieres. Mis compañeras de trabajo me envidian. ¡Tantos años, sin discutir, sin pelear, sin bronca, sin reproches!, dicen. Pero ¿para qué? Y es cierto, nunca discutimos, nunca hubo una palabra fuera de lugar entre nosotros, ni ningún desacuerdo sobre ningún tema. Hasta

*«A veces me
abruma tener que
reconocer que
tenemos una
relación perfecta.
No quiero cambiar
nada. Sería un
error.»*

cuando estamos en la cama nos entendemos. A veces me abruma tener que reconocer que tenemos una relación perfecta. No quiero cambiar nada. Sería un error. Quiero que siga pensando que aquí me tiene y que siempre me tendrá. También quiero que piense que me da lo que necesito. Cuando está a punto de dormirse, le cojo la mano, le doy un beso. El día que llegue la hora de despedirse del mundo, me gustaría que fuese así. Tranquilos. En paz con el mundo, con los demás, con una misma. Tuve una infancia muy desagradable en un pensionado muy frío. Creo que mis padres hubiesen preferido no tener hijos y me tuvieron a mí. Les entiendo. No vinieron nunca a verme. Y es verdad que era deprimente aquel sitio. Pero nunca me quejé. Nos veíamos para el verano. Mi madre viajaba mucho para su trabajo y mi padre leía todo el día. Supe desde muy joven que lo que me esperaba en la vida dependía de mí. Tampoco tenía muchas expectativas. En el pensionado, nos enseñaron el orden, la limpieza, aprendimos a cocinar, a coser, y leímos un poco de poesía. Pero sobre todo recuerdo el frío, la intensa y dolorosa sensación de estar atrapadas dentro de un frío muy sólido. Creo que fue por eso que la regla nos vino a todas muy tarde. También recuerdo el tiempo que parecía una goma, se extendía y volvía a encogerse, retrocedía a su punto de partida. Examinábamos nuestros pechos y evaluábamos el tiempo en función de su tamaño. Decíamos: ¡Faltan cuatro centímetros! Pero el mío no crecía y soñaba que no conseguiría nunca salir del pensionado. Cada sábado, a las 11h57, y creo que nunca llegaré a entender por qué era a esta hora y no a las doce en punto, nos reunían en lo que llamaban *La Sala del Congreso* y teníamos que escuchar los chirridos de la directora que pronunciaba cada sábado el mismo discurso encaramada en el mismo pupitre: Hijas mías, nunca insistiré lo suficiente sobre vuestros deberes como ser humano y como futura esposa. Amad siempre el bien. No os dejéis influir por las malas compañías. Considerad vuestra función en el mundo como una misión sagrada. Paciencia. Modestia. Esfuerzo. Proteged a vuestros hijos. Enseñadles el camino del Señor. No escuchéis a los que siembran la discordia y ensucian los espíritus. Rectitud. Templanza. Discreción. Acompañad a vuestro esposo como María lo hizo con Josep... Y duraba, duraba, era como nuestros pechos que no acababan nunca de crecer lo suficiente. Cada vez

que escuchaba a la directora hablar de María y de su esposo me era de lo más difícil entender lo que quería decir exactamente. Creo que durante muchos años no me hubiese extrañado tanto ver una paloma que me anunciara que iba a tener un hijo. Aunque no tuviera marido. El día de la liberación llegó. Me lo había imaginado soleado, emotivo. Pero no fue así. Espesas nubes grises nos invadieron hasta el alma. Mis padres no pudieron venir. La despedida de las compañeras fue parecida al cielo y al pensionado: gris y fría. Subí a un autocar hacia la estación. A pesar de todo me sentía aliviada, como ligera y quizá feliz. Miraba por el cristal del compartimiento y el simple hecho de ver desfilar el paisaje rompía con tantos años de monotonía. Cuando llegué a casa estaba mi padre, leía el periódico fumando su pipa. Bajó el periódico, subió sus gafas y me dijo: Pobre hija mía, el mundo se ha vuelto loco, ¿es esa nuestra herencia?, no son tiempos buenos, hija mía, son tiempos duros. Volvió a encender su pipa, y continuó: Hay que tener fe. Mira el sobre encima de la mesa, es para ti. Quizá te salve de la desgracia. Por cierto, queda pollo en el horno, yo ya he comido. Recolocó sus gafas y volvió a esconderse detrás del periódico. El sobre contenía una carta en la cual se me ofrecía un empleo como ayudante de limpieza en un hotel cercano. Y llevo más de veinte años en este sitio. Ahora me dedico a formar aprendices. Me gusta este trabajo y creo que aprecian mi seriedad. Durante todos estos años, nunca he pedido nada y nunca he estado de baja. Hay un trabajo que

«Volvió a encender su pipa, y continuó: Hay que tener fe. Mira el sobre encima de la mesa, es para ti.»

hacer, y lo hago siempre lo mejor que puedo. Cuando tenía treinta y dos años, mi madre se fue con un banquero coreano a Hong-Kong. Y no la volví a ver. Nos escribimos por el año nuevo y poco más. Mi padre no soportó la separación y tuvo un repentino ataque de demencia. Está ahora en una residencia. Voy a verle cada domingo por la tarde. Ha perdido la memoria. No me reconoce. Me dice: Hola, señorita, ¿no le parece que la primavera se hace esperar este año? Me quedo una hora, damos un paseo por el parque. Y poco más. Vendí el piso de mis padres y me compré uno más pequeño cerca del hotel. Hace unos años, conocí a un hombre muy amable que dijo estar enamorado de mí. También me gustaba. Vivimos una semana espléndida. Me dijo que estaba casado y que no se podía separar de su mujer o lo perdería todo. No entendí muy bien lo que me quería decir. Me propuso seguirle a Francia, me dijo que me encontraría trabajo y un piso y que nos podríamos ver un par de veces a la semana. No creo que fuera para mí tanto cambio, tanto alboroto. Y llegó Serafino o, mejor dicho, llegué yo a él. El director me encargó hacer las gestiones del hotel con el banco. Y ahí estaba Serafino. Siempre amable, siempre con una sonrisa. Creo que nos gustamos en seguida. Por primera vez en mi vida, me atreví, y un día le pregunté si le gustaba el pollo con castañas. Lo recuerdo perfectamente, se ruborizó un poco y me susurró: Es mi plato favorito, señorita María. Quedamos para el sábado siguiente. Me compré un bonito vestido verde esmeralda, también compré un mantel, unas velas y una botella de vino tinto. Sigo recordando su llegada cuando, después de darnos la mano, le ayudé a quitarse el abrigo para colgarlo en la percha de la entrada. Era como si lo hubiese hecho miles de veces, como si Serafino volviera del trabajo un día cualquiera. Creo que le pasó lo mismo, se sintió de inmediato a gusto, antes de que encendiera su pipa le había traído cerillas. Fue como cuando uno entra en un lugar nuevo y sin embargo tiene la impresión de conocerlo. Fue como si, en el primer instante, tuviéramos un pasado común. Me gusta mi trabajo, me gusta mi piso tan acogedor y sencillo a la vez, me gusta cocinar para Serafino, me gusta el delicado beso que nos damos después de hacer el amor. Si alguien me preguntara si soy feliz, no le podría responder otra cosa que sí.

Mira el reloj de la pared. Su cara desprende tranquilidad. El día de trabajo se está acabando. Su mesa está perfectamente ordenada, bolígrafos, dossieres, teléfono, cúter, alfileres, imperdibles. Cada cosa está en su sitio. Los informes han sido entregados dentro de los plazos previstos. A las cinco se levanta, se pone la bufanda, el abrigo, saluda a sus compañeros, sale de la oficina. Anda por la calle preguntándose el porqué de algunos pensamientos, afortunadamente fugitivos, sobre la realidad. Pasa un coche de lujo, un deportivo ruidoso, divisa un anuncio para vacaciones en el Caribe, la familia de la foto le sonrío, pasa delante de una joyería donde puede leer *Un diamante es para toda la vida*, en el parque muchos niños juegan, gritan, lloran, le saluda el carnicero, se pone a llover pero ha llegado a su casa. Bebe agua del grifo, por la radio dan la tercera sinfonía de Mahler. En la mesa del comedor aparece un paisaje de montaña, todavía le falta mucho para terminar el puzle, pero el río de la parte de abajo está acabado. Esta noche abrirá una botella de vino tinto y

comerá una ensalada de atún. Antes de dormir, intentará completar la primera nube a la izquierda. Y si no lo consigue, lo seguirá probando mañana. Seguro.

Ya ha llegado el momento. Hasta me han organizado una pequeña fiesta de despedida. Me voy satisfecho del trabajo realizado. Me gusta que me llamen *el constante*, y esa es la verdad, he dedicado mi vida a la constancia. Sí, estoy bien. El director me ha dicho: Puede estar orgulloso. No me siento orgulloso porque hacer lo que uno tiene que hacer no es motivo de orgullo sino de satisfacción. Y me siento satisfecho. Todos mis compañeros siempre han sabido que podían contar conmigo. He hecho lo que tenía que hacer y me hace sentir bien. Me preguntan cómo voy a llenar mis días. Les agradezco que se preocupen por mí. El director general me ha decorado con la medalla del mérito y ha dicho que era un ejemplo de constancia, de profesionalidad y de compañerismo. No creo que llegue a tanto, pero eso sí, he sido constante, siempre constante. No es tan complicado, si uno hace lo correcto, hasta las fuerzas ocultas se ponen de su parte. No he tenido ningún día de baja, ni uno. Mis compañeros se han juntado para hacerme un regalo: un puzle de 15000 piezas. Me han dicho que tuvieron que pedirlo a los Estados Unidos, pero en la caja pone *Made in India*. También me regalaron un reloj de pared, muy parecido al de la oficina. Quizá hagamos un viaje, María y yo, puede ser que le guste, aunque no me lo haya pedido nunca. María me dijo que abriremos una botella de Champagne francés y que hará pollo con castañas, mi plato preferido. ¿Y ahora, qué?, me preguntó un compañero. Mucha gente está obsesionada por hacer cosas, lo que sea, pero hacer. Quizá el hecho de tener niños corresponda a la respuesta que han dado a esta obsesión. Pero han borrado de sus posibilidades la simple contemplación. A veces me gusta ir al parque y dar de comer a los patos. Creo que instalaré una bolsa en la cocina, la llenaré de migajas de pan y escribiré encima *Para los patos*. Quiero seguir con esta vida, tal cual, una vida equilibrada, estable y armoniosa. Esperaré a que María se jubile para que vayamos los dos al parque. Tiraremos pan a los patos. Y si alguien nos pregunta si somos felices, contestaremos los dos Sí.

13 de febrero

Hoy, Serafino se ha ido. Reposa en la cama. Le hemos puesto su traje negro delicadamente adornado de finas rayas azul celeste. Tiene un rostro sereno. Se ha ido con la misma tranquilidad con la cual iba a la oficina. Fueron unos años de gran felicidad. ¡Tantos recuerdos hermosos! Hace seis días, hice un pollo con castañas, me dijo: ¡María, ha sido delicioso!, se levantó para ir a fregar los platos, después me dijo que estaba un poco cansado, se fue a la cama y me dijo: ¡Que tengas una buena semana!, fueron sus últimas palabras, cerró los ojos y empezó a dormir. ¡Sí, mi amor, hasta la semana que viene!

14 de febrero

¡Una semana, ya! He limpiado toda la casa. Todo está en orden. Todo está listo.

Se ha puesto su vestido verde esmeralda, también ha puesto un mantel en la mesa, ha abierto una botella de vino tinto. La casa huele a pollo con castañas. Por encima del bufet está el puzle (¡Quince mil piezas, te das cuenta, María!, le había dicho), representa una puesta de sol en el mar, con un velero en el horizonte. María lo mira. Se sirve un vaso de agua. Abre un frasquito transparente, lo vierte en el agua y deja el vaso en la mesita. Cierra las luces de la casa. Se tumba al lado de Serafino, le da un beso, le coge de la mano y le dice: ¡Serafino, ha sido delicioso! Gira la cabeza y mira el vaso, en la penumbra.

© JC Martin

El autor:

JC Martin. Nacido a principio de los años sesenta en el oeste de Francia. Estudios de filología francesa en Francia y en España. Vivió en Bélgica durante unos años y se encuentra en la actualidad en Barcelona trabajando como docente en la Universitat Autònoma de Barcelona, impartiendo clases sobre literatura medieval y sobre traducción. Ha publicado algunos artículos de investigación literaria y un poco de poesía en Francia y Bélgica. Se ha decidido por escribir en castellano hace dos años.

RELATOS

por Iria López

LA DESCONFIANZA

Tuve que repetir varias veces en alto que ya no creía en fuegos artificiales. Al final el exagerado escepticismo me contagió.

Todo empezó aquella mañana de invierno en la que me confesaste que dudabas de si la música que se filtraba por la ventanilla del coche era en realidad música. Recuerdo que te respondí que sí pero tú no parecías convencida. Recuerdo también que ibas acurrucada en el asiento de atrás del monovolumen y tu cabeza estaba apoyada en el hombro de tu hermano que dormía. Intenté convencerte de mil maneras diferentes mientras los semáforos en rojo me advertían de que aquella era una batalla perdida. Preferí dejarlo pasar porque rebatías todos mis argumentos de una forma tan audaz que me dejabas sorprendida. Después de la música vino el mar y el viento, y la tierra que pisabas. Luego los olores y los sentimientos. Casi tres meses más tarde habías dejado de creer en casi todo y tus argumentos seguían siendo firmes y arriesgados.

Fue una noche de verano cuando dejé de creer en fuegos artificiales (y naturales). Y sentí los colores dentro de mí, retumbando. Y dejé de creer en el viento y me soplaban. Y en el mar y me salaban. Y en la tierra que ella pisaba.

* * *

LA NUEVA VIDA DE UN HOMBRE MUERTO

El último miembro de mi familia materna era un hombre pálido y enclenque. Siempre padeció una enfermedad cardíaca y asma pero aquel saco de huesos jamás perdió la sonrisa.

Cuando murió tenía exactamente 71 años, dos meses y tres días. Lo que más me gusta recordar es el pelo blanco que le cubría la cabeza y la barba cándida que se le enredaba a pesar de los cuidados que el viejo siempre le brindó.

Desde su infancia soñó con poseer un terreno y abastecerse a sí mismo sin necesidad de nadie más. Empeñó todo su tiempo y dinero, se dedicó únicamente a perseguir su objetivo y así conseguir ser feliz a su manera. Supongo que su suerte llegó a destiempo, pero ahora está tan radiante. Me lo imagino cuidando sus verduras para nadie y metiéndose en el mar sin llegar a sentir su frío. Ya no come, ya no duerme, no habla. Ni siquiera piensa, pero es feliz y se le nota. Se suministra de la nada para sí mismo. Es lo que siempre quiso. Tiene provisiones suficientes para la eternidad que le espera. Ahora empieza a estar vivo.

* * *

SIN DUDA, ME QUEDO CON ÉL

Entre su compañía y el café de las tres no sabría qué elegir. Reconozco que soy adicto al café pero tampoco soy un tipo tan solitario como parezco a primera vista. Las apariencias engañan, o eso dicen. En fin, que el café me encanta, no lo puedo negar, pero verlo ahí sentado mientras revuelvo el azúcar y saboreo el primer trago de mi dulce y negro elixir, me produce una sensación agradable. En realidad la mezcla de los dos es una especie de exaltación en todos los sentidos, es algo difícil de explicar.

A las 14. 20 empieza mi ritual, es algo importante para mí, por eso me da pena que él no participe. Ni siquiera me acompaña. No es capaz de sentarse en la cocina mientras yo comienzo con mi rutina cafetera. A veces incluso me enfado con él. Él, de vez en cuando, también se irrita conmigo porque disfruto moliendo el café en el viejo molinillo de mi padre. Y me divierto esperando a que el agua

empiece a hervir en el puchero. Y justo antes, solo antes de que empiece la ebullición de burbujas, la aparto del fuego y la vierto en mi viejo recipiente de porcelana donde esperan los pequeños granos ya molidos, entonces huelo el aire, y el aire huele a él.

© Iria López

La autora:

Iria López. Titulada en Fotografía Artística. He colaborado en alguna ocasión con el blog **La esfera Cultural** y he ganado una segunda mención en el concurso mensual que realiza la web **minificciones** con el texto "La Navidad no es cosa de pobres".

* * *

Relato

ALMA Y SU PEQUEÑO LEÓN

por María Aixa Sanz

A Alma su madre le puso ese nombre cuando nació, porque supo que siempre sería un alma libre, intrépida, que no se ataría a nada ni a nadie, que no se rendiría jamás, que no se dejaría atrapar, que su vida sería diferente y fascinante. Lo supo porque la engendró en un mes en el que hubo dos lunas llenas, y Alma es todo lo que su madre pronosticó. Alma camina descalza, curioseas, se sube a los árboles, se inserta en la selva, piensa por sí sola, hace preguntas difíciles de contestar y solo habla los días pares porque ha comprobado que la gente en esos días está más predispuesta a entablar conversaciones que lleguen a buen puerto antes que a sembrar conflictos. Los conflictos pertenecen a los días impares. Los días impares Alma los utiliza para pensar y para averiguar mediante ecuaciones que se suceden en el tiempo y en los papeles, la incógnita, la variable que determine cómo conseguir que los corazones no sientan tanta soledad cuando tienen las mismas constantes. En los días impares a Alma se la ve pasear descalza, se sienta en algún árbol o apoya la espalda en una pared, saca un pequeño cuaderno y un lápiz y empieza a dibujar símbolos que nadie entiende: sus ecuaciones, y cuando se la observa en ese afán de descubrir lo que tanto le fascina, se puede ver cómo junto a ella está sentado su pequeño león, que vigila atentamente el paisaje y si alguien se acerca abre la boca, enseña sus dientes y ruge un poquito. Desde que está con ella, Alma va a todas partes con su pequeño león. Cuando Alma se tumba en el suelo reposa su cabeza en él. Su pequeño león le hace de almohada. Su pequeño león tiene una paciencia infinita. Es algo que lo percibe cualquiera que los mire, percibe que ese pequeño león tiene una paciencia infinita con Alma pues ella no para en su trasiego ni un momento quieta, curioseas por todas partes, mete las narices en todo sin hacer mal a nadie, y él la sigue, la acompaña a todos los lugares. No se separa de ella desde que un día salieron ambos de la selva, Alma descalza, él detrás. Alma estuvo perdida o eso creyeron durante unos días por la selva y cuando salió de ella, sin ayuda de nadie, salió acompañada de su pequeño león, al que por nombre le puso: Mi pequeño león. Desde entonces son leales el uno con el otro. Su pequeño león no puede separarse de ella, pues al seguirla porque le fascinó en la selva el brillo de los ojos de Alma, se apartó de su manada y no sabe, ni quiere volver a ella. No podría vivir sin Alma y de Alma sería injusto decir que no necesita a su pequeño león pues es el único a quien habla tanto en días pares como impares.

© María Aixa Sanz

La autora:

María Aixa Sanz (1973). Escritora valenciana, novelista y crítica literaria. Tiene publicadas las novelas: *El pasado es un regalo* (2000), *La escena* (2001), *Antes del último suspiro* (2006), *Fragmentos de Carlota G.* (2008) y *La casona del sueño dorado* (2010). Ganadora de varios premios de narrativa breve, relato y cuento en distintos idiomas. Editora de la revista de crítica literaria 'Reseñando'.

CONTROL

por Pablo Llanos

Después, a lo largo de los sueños, fui descubriendo que era capaz de sacar un par de zapatos de un buzón de correos cuando salía descalza hacia el colegio, de retrasar los relojes con la mano cuando llegaba tarde a un examen, de mantenerme unos segundos suspendida en el aire y dejar que la bola gigante que me perseguía pasara por debajo de mis pies, o de transformarme en odontóloga cuando se me caían los dientes. Incluso pude disfrutar de algunas fantasías viajando a playas aun no descubiertas, volando por el mar a ras de suelo o cenando con velas y hombres atractivos, oportunamente convertidos en protagonistas de las más románticas películas o de las novelas más poéticas. Sin embargo todo tiene un límite, y cuando fuerzo mucho la fantasía, por ejemplo, cuando intento enfocar las letras de un libro o una carta para leer su contenido, me despierto.

Desde que era una jovencita soy capaz de controlar mis sueños. Antes, de niña, solía tener una pesadilla recurrente: en sueños me veía durmiendo en mi propia habitación, y esta comenzaba a hacerse grande, cada vez más grande, enorme. Las aristas que formaban el techo y las paredes se alejaban y se perdían en el infinito de un universo que se expandía. Despertaba llorando entre gemidos y vértigo. Una noche, cuando los bordes de la estancia comenzaron su dilatación, tomé conciencia de que se trataba de un sueño y no sé con que imprecisa habilidad geométrica obligué a volver a las paredes desde su punto de fuga a mi universo contraído. Ese fue el principio.

Por eso no debe sorprenderle, querido lector, que hace un rato fuera usted un ornitorrinco zumbando con alas de mosca y desde hace unos minutos sea un galán de Hollywood, no una estrella, sino el secundario atractivo de un drama romántico, como el que trabaja en la nueva película de Audrey Hepburn, esa que proyectan ahora en todas las salas. En el fondo nunca he sido demasiado exigente. Comprenderá que para charlar cómodamente, necesitaba convertirle en alguien agradable, sentado a mi lado en este elegante bar de suelos de madera y vigas de humo, con Billie Holiday cantando en el escenario y a su espalda una reducida orquesta dirigida al piano por Glenn Gould. Espero que el sitio sea de su agrado.

«Desde que era una jovencita soy capaz de controlar mis sueños. Antes, de niña, solía tener una pesadilla recurrente: en sueños me veía durmiendo en mi propia habitación, y esta comenzaba a hacerse grande, cada vez más grande, enorme.»

Un sueño inquietante que recuerdo: Una reunión de conocidos, no puedo precisar dónde, pero se trata de un restaurante vegetariano. Con nosotros, una araña enorme a la que hay que darle de comer carne. Como no tenemos, la alimentamos con enormes cucharadas de crema de cacahuete. Mi marido le habla al resto de comensales de las novedades habituales en el despacho de abogados.

Otro sueño, después del anterior: Salgo del restaurante en dirección a mi casa. Bajo al metro. Pasan y pasan trenes y ninguno para. Alzo el brazo y uno de ellos se detiene. Voy a entrar, pero las puertas se cierran antes de que yo haya conseguido meter todo el cuerpo dentro del vagón. No es fácil moverse con agilidad cuando una lleva un par de minutos embarazada de siete meses. Me quedo atrapada con la cabeza y los brazos en el interior y las piernas fuera, pataleando. Mi marido habla con sus socios al final del vagón. Me miran de reojo, no parecen advertir mi aleteo.

Le puedo decir del primer sueño que me inquieta su significado –no me negará que dar de comer a una araña resulta raro– así que decido ponerme en el lugar de la araña. Sacudo mis patas peludas rogando algo de carne, un entrecot, un solomillo, un simple filete me vale. Después de un rato me calmo y me conformo con la crema de cacahuete.

Del segundo le diré que después de un par de estaciones pateando, decido convertirme de nuevo en araña para zafarme de las puertas. Agarro a mi marido del brazo para llevarlo a casa. Yo quiero llegar cuanto antes pero él apenas avanza, me tira del brazo con un caminar lento, más pendiente del periódico que de mí.

Tiro de él con fuerza y urgencia. No hay forma, sigue leyendo. Me fijo en la noticia que observa en el periódico: las estadísticas muestran que el número de abortos en los Estados Unidos ha aumentado un veinte por ciento en este año. Intento leer más pero el esfuerzo me expulsa a la vigilia.

Ya despierta, me incorporo hasta sentarme sobre el colchón. Veo a mi marido en pie al borde de la cama y le pregunto qué hace despierto. Me contesta que no me preocupe, que no puede conciliar el sueño y se va al despacho a trabajar.

Bostezo y vuelvo a dormirme, reconstruyo la estación de tren y el camino hacia casa. Suelto el brazo de mi marido. Lo miro y decido convertirlo en algo más apropiado que un esposo: una tortuga. No todo, solo su cabeza, no quiero ser cruel. Conservo su cuerpo de hombre y su traje gris, el mismo que le regalé en nuestro aniversario. Allí lo dejo, en medio de la acera, con su periódico y su cara de tortuga, avanzando lento como un bostezo, como un funeral en una tarde agosto.

Después entré en este bar y esperé a que usted llegara escuchando cantar a Billie Holiday, sabía que no podía tardar.

© Pablo Llanos

El autor:

Pablo Llanos. Autor inédito nacido en San Sebastián. Con estudios de ingeniería técnica se interna en un mundo ajeno, el de la literatura, estudiando en la escuela de letras madrileña Hotel Kafka. Coordina el blog cultural Cuerdos de Atar (<http://cuerdosdeatar.blogspot.com>)

* * *

Relato

MICRORRELATOS

por Ricardo Álamo González

FOBISMO

Por fortuna no siempre nos visitan, pues no existe sensación más desagradable que encontrárselas inesperadamente deambulando por la cocina, en el suelo del cuarto de baño o en cualquier área al que tienen acceso por medio de sus largas patas. Allí donde están, exhiben un aire de displicencia que parece sugerir que son ellas las legítimas o únicas propietarias de cada recoveco de las casas. Las más repugnantes suelen ser oscuras, peludas y bigotudas. Según los biólogos son omnívoras, y en el ámbito doméstico se nutren de cualquier tipo de alimentos, aunque demuestran una especial tendencia hacia materiales con fécula, sustancias dulces y productos cárnicos; también pueden consumir muchos otros tipos de materiales, como queso o cerveza. Habitan en los más recónditos e inexpugnables lugares del planeta, y en ocasiones hasta infestan los basureros, donde pueden soportar y sobrevivir a los crudos inviernos gracias al calor generado por la basura. Su lugar de origen

es el África tropical, pero se sabe que después de siglos entró a Europa. En la actualidad, el número aproximado de ejemplares sobrepasa los seis mil millones. De ordinario se piensa que son seres inteligentes, incluso pacíficos, pero lo cierto es que las cucarachas perciben a las personas como organismos excepcionalmente desagradables y repulsivos. Cuando las detectan en su contorno retroceden ante ellas con aversión, y huyen despavoridas a ocultarse en una mínima hendidura. Está claro que las personas les dan asco.

* * *

ARBOR INFELIX (LA CRUZ)

Tras ser apaleado con la fusta de castigo, soy conducido al suplicio con los brazos atados a un travesaño horizontal que yo mismo transporto sobre mis propios hombros. Desasistido de los númenes protectores, no imploro perdón por mi cobarde ultraje, sino un ápice de piedad, una aceleración del martirio, que el estigma insoportable de la inmolación no dure varios días. La tensión de mis músculos pectorales y abdominales dificulta mi respiración, pero los verdugos son refractarios a aligerar mi tormento, y tendiéndome en tierra sobre el palo que he traído, hincan los clavos de hierro en medio de los tendones de mis muñecas y de mis pies. Hostigado por el escozor, la fatiga y el escarnecimiento, a punto estoy de desmayarme. En mi forzada postura, erguido sobre el madero vertical, ladeo la cabeza. No quiero mirar. El dolor, huelga decirlo, es espantoso, diabólicamente calculado para que en lenta agonía me derrote el cansancio. Pero es justo ahora, aquí, en este momento, cuando recobro totalmente la conciencia, desentumezco mis miembros y abro los ojos de par en par: una vez más he apostado mi vida con el sueño y he ganado, *in extremis*, la partida.

* * *

DE OTRO MUNDO

Muy pronto renunció a los placeres de la carne y al pecado de la soberbia. Con rigor absoluto aprendió a arremeter contra la persistente audacia de los deseos y del mundo engendrado perpetuamente en el espejo de los sentidos. Se apartó del tráfico humano y abandonó el monasterio. En el tiempo que siguió, se ocultó en el interior de una cisterna seca, oscura y sofocante. Su único empeño era vivir a conciencia como un humilde penitente. Aquel hombre no parecía pertenecer a la topografía terrenal. Su fama de anacoreta, bueno y justo, se propagó rápidamente, como una mecha incendiada, más allá del desierto. Por la amarga sobriedad de sus privaciones nunca se lamentó. Dedicó su vida entera a la contemplación. Sobrevivió a la porfía con que los monarcas opulentos quisieron tentarlo para que conociera los regalos vistosos o exquisitos de la existencia, pero a todos rehusó sin miramientos. Y como muestra definitiva de su empeño en alcanzar el paraíso, decidió construirse una columna de tres metros de altura, luego una de siete y por último una de diecisiete para vivir subido a ella y distanciarse titánicamente de las untuosas, mortales pasiones. Sobre esa columna pasó los últimos treinta y siete años de vida. Aunque, sin menoscabo de su insuperado prestigio, su nombre lo desordenó para siempre el olvido de los hombres.

© Ricardo Álamo González

El autor:

Ricardo Álamo González (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, 1965). Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad Central de Barcelona. Ha colaborado con diversas publicaciones en el extinto suplemento literario Culturas, del Diario de Sevilla y del Diario de Cádiz. En el género del microrrelato tiene obras incluidas en diversas revistas digitales, como Parafilias ilustradas, Cuentos y más o la Internacional microcuentista. En la actualidad prepara la edición de Imaginarium, primer libro de micros, y escribe habitualmente en su blog **Odradek**.

MAREA DE SANGRE (Capítulo I)

por José Luis Muñoz

Durante los meses de invierno, Playa de Aro se convertía en una población fantasmal. Sin sol, y con los días grises y cortos, la muralla de altos rascacielos, que vedaba la visión del mar a los habitantes del interior de la villa turística, parecía el pináculo abandonado de una civilización extinguida que había huido hacia otro planeta y había dejado allí aquel despojo. La alegre efervescencia del verano, con el muestrario de pieles más o menos desnudas entregándose al rito solar sobre la fina arena, el bullicio de las discotecas y el trasiego de las cervezas por las terrazas de la carretera daba paso, durante los meses de invierno, a una atmósfera brumosa y triste de la que no se salvaban los comercios que echaban el cierre a la espera de tiempos mejores. La ciudad hibernaba. Era entonces cuando el aire salado y alegre del estío, que traía en suspensión ese indefinible perfume mezcla de todas las cremas solares unificadas, era sustituido por el tétrico lamento de la Tramontana que soplabá casi todo el día pero se hacía insoportable especialmente durante la larga noche, provocando el insomnio de sus escasos habitantes con sus silbidos. El mar, agrisado o pardusco, dejaba restos de espuma en la playa, con su continuo rumor, y las ramas, botellas de plástico y animales muertos de la última riada eran tributos que devolvía a su lugar de origen. La basura volvía a la tierra, de donde provenía.

Aquel día era tan gris como el anterior. Y tan frío. El Coronel, como cada mañana, había madrugado. Fiel al ritual matutino, se había tomado un té con tostadas en su apartamento después de ducharse y afeitarse con espuma y navaja, se había embutido en pantalón de deporte azul que dejaba al descubierto sus piernas fibrosas y se había cerrado sobre su pecho, todavía atlético, la chaquetilla del chándal subiéndose hasta la barbilla la cremallera para que no le entrara aire. El jubilado militar, una institución en la villa, uno de los pocos fantasmas que habitaban el bloque de apartamentos conocido como Cannes –veintitantos pisos espantosos anclados en la playa, un puzle asimétrico de estética pretendidamente moderna que ya había pasado de moda, desafiaba las leyes de la gravedad y sucumbía a la humedad que mordía sus cimientos –echó a correr por la playa, como cada mañana, cumpliendo con sus obligaciones gimnásticas que su disciplina militar le había impuesto. El día, como desde hacía semanas, se mostraba desapacible, y las nubes, ancladas entre los rascacielos del litoral, estaban tan bajas que se confundían con la niebla que nacía del vecino río Ridaura, una charca que sólo tenía agua cuando se producía una violenta riada y en verano era un nido de mosquitos.

«Fue un alarido seco lo que llamó la atención del Coronel y le hizo dirigir los ojos a las terrazas del Costa Azul. Rápido y de breve eco.»

Correría unos cuatro kilómetros, entre ir y regresar del centro del pueblo, compraría el ABC en el quiosco en donde ya lo tenía reservado, se tomaría un bocadillo de jamón de york y un agua mineral en la pastelería El Cisne, que nunca cerraba, mientras coqueteaba con las maduras camareras, y regresaría con el diario bajo el brazo al trote, quemando calorías: la espartana rutina de todos los días para prolongar la vida y no acabar en silla de ruedas.

El Costa Azul era el bloque de apartamentos vecino. Los pisos, más grandes, se cotizaban más que los del Cannes y además tenían vistas frontales al mar, y no esquinadas. El Coronel conocía a Pau, su portero, y a Consol, su mujer, desde hacía más de veinte años, el tiempo que llevaba varado en Playa de Aro sin tropa que mandar. Iba a pasar de largo del edificio, pero se detuvo en seco y desvió la vista del fuerte oleaje marino que batía en aquellos momentos contra la playa, moldeándola a su antojo, para fijarlo en el bloque de apartamentos, movido por una extraña intuición.

Fue un alarido seco lo que llamó la atención del Coronel y le hizo dirigir los ojos a las terrazas del Costa Azul. Rápido y de breve eco. Al principio creyó que se trataba de una gaviota que volaba rasante y le gritaba de forma amenazadora, pero, si sus sentidos no le engañaban, el grito procedía

de un cuerpo que había visto caer desde la sexta planta del rascacielos a una enorme velocidad. Una imagen borrosa, rápida, es cierto –nunca había visto caer un cuerpo de esa forma, a plomo–, pero que se concretaba en su cerebro con detalle. Creyó ver la parábola que describía, oyó, sin duda, un ruido sordo, brutal, tras atravesar el toldo del bar que había en el paseo, al pararse en seco contra el suelo o una mesa. Y se quedó perplejo, durante segundos, antes de poder reaccionar, incapaz, durante unos instantes, de asumir el dramatismo de su visión.

Entonces, transcurrido un minuto de paralización total, corrió hacia el lugar dando rápidas zancadas y el corazón le latió con fuerza.

El toldo del bar Copas estaba rasgado y una gran mesa de madera aparecía partida por el impacto debajo de él. Y allí, sobre la mesa, como en un quirófano de autopsia, una mujer desnuda con el cuerpo quebrado, la cabeza colgando, la larga cabellera rubia rozando el suelo y los brazos balanceándose todavía, le observaba fijamente con la mirada perdida de sus ojos azules.

–¡Dios mío! –murmuró, aproximándose, mientras un temblor le sacudía las piernas.

«Cuando llegaron adonde estaba la muchacha, nada había cambiado salvo un detalle macabro: un charco de sangre roja debajo de la cabeza, sangre que salía de la boca abierta del cadáver y no corría hacia la barbilla sino por el rostro, la frente, el pelo, y de allí al suelo.»

No la conocía, y era extraño tratándose del Coronel. Sin duda la muchacha pertenecía a la colonia de extranjeros que se había comprado pisos en la pequeña Las Vegas de la Costa Brava y que sólo se relacionaba con los de su misma nacionalidad. Se acercó, le puso los dedos en la tráquea, los retiró tras comprobar que no pasaba ni un átomo de aire y, dando la vuelta completa al edificio, corrió hacia la portería del Costa Azul con la garganta estrangulada por un grito que no salía de ella.

–¡Pau! ¡Pau!

El portero abrió la puerta y se alarmó por su aspecto excitado.

–¿Qué le ocurre, coronel?

–Venga, venga conmigo, por favor. Hay una chica muerta en la playa. Una muchacha que se ha tirado por el balcón. ¡Es horroroso!

Cuando llegaron adonde estaba la muchacha, nada había cambiado salvo un detalle macabro: un charco de sangre roja debajo de la cabeza, sangre que salía de la boca abierta del cadáver y no corría hacia la barbilla sino por el rostro, la frente, el pelo, y de allí al suelo. Y las manchas cárdenas, del terrible golpe, que se extendían por su cuerpo, lo convertían en un gigantesco hematoma.

–Es Eva –dijo Pau, después de mirarla–. ¡Pobre chica! ¿Cómo se habrá caído? Llamemos a la policía.

–Deberíamos tapparla –propuso el Coronel, reparando en su desnudez.

–No toque nada hasta que venga la autoridad. Ya nada tiene importancia. ¡Pobre chica! ¡Pobre chica! ¿Cómo pudo caerse? No lo entiendo –dijo Pau, mirando hacia el balcón de donde se había precipitado–. Quizá había bebido.

© José Luis Muñoz

El autor:

José Luis Muñoz (Salamanca, 1951) Novelista, viajero y articulista. Ha publicado veintisiete libros, entre novelas y libros de relatos y ha obtenido, entre otros premios, el Tigre Juan, Azorín, Café Gijón, La Sonrisa Vertical y Camilo José Cela. Dentro del género negro, del que es uno de sus máximos representantes, ha publicado las novelas *El cadáver bajo el jardín*, *Barcelona negra*, *Pubis de vello rojo*, *La precipitación*, *Mala hierba*, *La casa del sueño*, *Último caso del inspector Rodríguez Pachón*, *Lluvia de níquel*, *La caraqueña del Maní*, *El mal absoluto* y *El corazón de Yacaré*. Sus últimos libros publicados son *La Frontera Sur* (Almuzara, 2010), *La mujer ígnea y otros relatos oscuros* (Neverland, 2010) y *Marea de sangre* (Erein, 2010), a la que pertenece el presente extracto.

Leopoldo de Trazegnies Granda

Lima (Perú), 1941

<http://www.trazegnies.arrakis.es/>

* * *

AUTOBIOGRAFÍA SATÍRICA

Nací en la habitación número 13 de la Maternidad de Lima. Cuando todos mis deudos esperaban la primera niña de la familia llegué yo dotado de sexo masculino, como no estaba en mis manos cambiarlo me limité a pedir disculpas.

Me crie con las nativas de la región que para dormirme me ponían flores de adormidera debajo de la almohada de la cuna, mi contacto con las drogas fue pues prematuro y poético, de manera que en la pubertad ya encontré groseras e inútiles las drogas en pastillas o polvos. El único alucinógeno que he seguido consumiendo ininterrumpidamente es la literatura.

Mi madre, que nunca se resignó, me vestía de mujercita o de algo tan ambiguo que nadie sabía lo que era hasta que me preguntaban mi nombre y yo respondía «Leopoldo», que es nombre de niño gordo, y la gente se quedaba desconcertada, especialmente mi tía Areopagita que por haber vivido en Francia me recomendaba decir mi nombre en francés: Léopold, que sonaba mejor. Yo repetía «Leopoldo», trabucando y sin vocalizar, para que saliera algo así como «Pototo», apodo por el que siempre se me conoció en la familia. Pero el hecho de que mi madre me arreglara como a una niña tenía sus ventajas, creo que ha sido la única vez en mi vida que llegué a ser guapo peinado al estilo de un querubín de Murillo. Los primeros libros que leí fueron los de la Condesa de Ségur que me daba mi madre. Ella, aunque limeña, pertenecía por afinidad a la cultura francesa, como mi padre que era belga.

Mis padres jamás me impusieron el idioma francés que hablaban entre ellos, por eso mi lengua materna fue el español, el buen castellano de la servidumbre que me tenía a su cargo.

Posteriormente me malformaron en un colegio jesuita donde intentaron sin éxito convertirme en un ciudadano normal, es decir unidireccional y competitivo, hasta que, impotentes, terminaron expulsándome. Apenas terminé mis estudios secundarios logré evadirme de posteriores compulsiones y viajé a España en tercera clase del vapor Usodimare. Mi intención era estudiar Derecho, tal vez para proveerme de un arma defensiva. No lo logré.

En Madrid colaboré en revistas universitarias. Gané un concurso de cuentos de la revista Familia Española y me dieron las únicas mil pesetas que he ganado a lo largo de mi existencia por darme el gusto de escribir. Empecé a plasmar mis observaciones sobre el mundo que me rodeaba de forma gratuita como corresponsal de un periódico peruano. Dado que eran tiempos sin libertad sufrí la persecución de la censura franquista. Emigré a Bélgica donde en invierno trabajé de quitanieves automovilístico y en verano de bombillero urbano, es decir, quitaba la nieve de los coches y cambiaba las bombillas fundidas de las farolas públicas, respectivamente. En París tuve la suerte de conocer al iconoclasta peruano L. Tamaral y establecer con él una amistad que tuvo fructífera continuación muchos años después en Sevilla. En esa época, una casualidad puso en mis manos un artículo sobre el futuro de la informática y me dediqué a estudiar con ahínco tan innovadora técnica.

Viajé, me casé, tuve hijos, volví a España para retirarme a Las Hurdes cultivando lechugas y criando gallinas. Abandoné el campo cuando mi mujer y mis vástagos llegaron al borde de la muerte por inanición. Entonces decidí meterme en la boca del lobo y empecé a trabajar para una multinacional. Mi periplo por las grandes empresas de ordenadores fue amplio. Recorrí el espectro informático desde las tarjetas perforadas hasta los portátiles actuales. Pero siempre encontré un momento para escribir. Me otorgaron una mención honrosa en la II Bienal de Poesía de Panamá en 1972. Quedé finalista del premio de novela corta del Ateneo de Valladolid en 1974 (pero sospecho que esta distinción se debió a un error, creo que el jurado confundió mi apellido con el pseudónimo de un novelista argentino, a juzgar por la cara de asombro que puso el presidente al recibirme en la cena de gala de la concesión del premio). Entonces decidí no volverme a presentar a ningún concurso literario.

En 1977 me radiqué definitivamente en la comarca de Los Alcores de Sevilla, en los alrededores de Alcalá de Guadaíra, donde he residido hasta hoy acompañado de mis libros, los que heredé de mi padre, los que me dejó en calidad de albacea mi amigo y maestro L. Tamaral y los pocos que yo he ido acumulando por mi cuenta.

PUBLICACIONES

Prosa

- *Conjeturas y otras cojudeces de un sudaca (Ensayo) (1996)*
- *La lámpara de un cretino (2000)*
- *La carcajada del diablo (2001)*
- *Bulevar Proust (2002)*
- *Pasajeros de otros barcos (2004)*
- *La tentación del silencio (2006).*
- *Los Alcores. Crónicas visueñas (2009).*
- *Cuando yo era sordo no oía el paso del tiempo (2010).*
- *El podador de rosas (novela) (2010).*
- *A los leyenderos de Cervantes & Cía. (Ensayo) (2010)*

Obra poética

- *De las casas que nos poseyeron y que fuimos abandonando (Mención honrosa de la II Bienal de Poesía, Panamá 1972)*
- *Versos del oriental (Premio Acentor de poesía, 1982).*
- *Cinco poetas antiguos desconocidos (Selección y notas. Sevilla, 2008).*
- *Para después de la luz (Antología de poesía). (Selección y notas. Sevilla, 2010).*

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *Hasta el momento actual, podría decirse que tu vida ha sido un trasiego continuo que te ha llevado a residir en varios países (Perú, España, Bélgica, Francia...) y a desempeñar un buen número de ocupaciones. ¿Qué papel ha jugado en este aspecto tu actividad de escritor? ¿Cómo se ha alimentado de todo ello?*

LEOPOLDO DE TRAZEGNIES GRANDA: Abandoné el Derecho totalmente decepcionado y me dediqué a la Informática atraído por su faceta creativa. Eran los pioneros años 60, todo estaba por hacer, había que programar y diseñarlo todo, más tarde mi trabajo técnico se convirtió únicamente en mi ganapán. La universalidad de los ordenadores me permitió residir en distintos lugares del mundo, hasta que al fin me radiqué en Sevilla. La literatura se nutre de experiencias y he adquirido mucho de los países por donde he pasado, pero creo que las principales experiencias se obtienen en los primeros años de la vida, al descubrir que uno está vivo, las experiencias posteriores complementan, modulan, enriquecen las primeras impresiones, pero uno sigue siendo el mismo vaya a donde vaya. Se escribe desde la cuna.

N.: *Una de las cosas que primero llama la atención de tu trabajo literario es que te autoeditas tus propios libros y que además los pones a disposición gratuita de los internautas. ¿Qué es lo que menos te gusta del negocio editorial y cuál es tu posición personal respecto al mismo?*

LTG.: Las grandes editoriales no tienen objetivos culturales sino comerciales. Autoeditándote, o publicando en pequeñas editoriales, no estás sometido a las exigencias del mercado, tienes plena libertad para publicar lo que quieras. Por eso yo ni siquiera lo he intentado en las editoriales tradicionales. Animo a todo el que escriba a autoeditarse. Hoy en día, con las nuevas tecnologías es fácil y barato. Es verdad que la difusión es muy pequeña porque las distribuidoras son inaccesibles, tienen los mismos objetivos que las editoriales. De hecho, yo regalo mis libros y lo puedo hacer porque no vivo de ellos. También los pongo en Internet gratuitamente con lo que consigo una difusión mucho mayor que si estuvieran en una librería.

N.: *Cultivas varios géneros literarios (narrativa, ensayo, poesía, memorias...). ¿Hay alguno en el que te sientas especialmente a gusto?*

LTG.: Tengo la manía de mezclarlos todos. En mis cuentos hay memorias, en mis ensayos poesías, mis poemarios contienen falsas biografías... para mí lo ideal sería la literatura total, un reflejo de la vida que abarque todo y de forma simultánea.

N.: *Tu obra poética está estructurada por medio de un juego de heterónimos donde pones voz a diversos poetas desconocidos. ¿Por qué ese juego de varias voces en vez del uso de la tradicional voz de un solo autor?*

LTG.: Invento heterónimos que escriben y actúan por mí para ocultar el pudor que me produce expresar mis sentimientos en primera persona. Por eso la mayoría son poetas. Me proporcionan la gran ventaja de no estar limitado al espacio y al tiempo en el que escribo. Tengo heterónimos que vivieron en Grecia, Roma o en la Granada nazarí. Algunos de mis heterónimos se pasean por Internet con tanta desenvoltura que yo podría parecer una criatura suya y otros han creado a su vez sucesivos heterónimos formando una red de personajes ficticios, es una literatura virtual en la que yo me he desdoblado y me encuentro muy cómodo.

N.: *Tu formación académica es la de informático, aparentemente poco relacionada con el oficio de escribir. Teniendo en cuenta todas las posibilidades que brindan los diferentes procesos digitales a la hora de crear y producir textos literarios, ¿es descabellado pensar que estas nuevas herramientas podrían acabar derivando en nuevas formas de enfrentarse a la escritura, de entender el esqueleto mismo de la literatura?*

LTG.: Si Kandinsky viera las posibilidades combinatorias de formas y colores que puede producir un ordenador se volvería loco. Sin embargo no creo que la influencia de los ordenadores haya sido decisiva en la pintura contemporánea. Lo mismo pasa en la literatura. No creo que un ordenador mejore el estilo, todo lo más nos permitirá escribir sin faltas de ortografía y con un vocabulario más amplio. La «inteligencia artificial» no puede sustituir a la «inteligencia emocional», la literatura nace de esta última.

N.: *Aparte de la distribución en sí de los libros y el mínimo costo que supone su publicación digital, ¿qué posibilidades ofrece actualmente Internet a los que, como es tu caso, prefieren mantenerse al margen de las exigencias del clásico mercado editorial en papel?*

LTG.: Yo actualmente mantengo una Web que ha superado el millón de visitas y los dos millones y medio de páginas leídas. Una media de mil internautas entran todos los días a revisar mis páginas. Jamás podría soñar con una difusión en papel de esa magnitud. Lo cual no quiere decir que yo reniegue del libro impreso. Son dos soportes distintos y complementarios. Cada vez se leerá más en Internet a medida que se perfeccionen e introduzcan los nuevos dispositivos de lectura, pero el libro tradicional no desaparecerá, de la misma manera que no desapareció el teatro cuando se inventó el cine. Es más, seguramente subirán también las ventas de libros porque habrá más lectores.

N.: *Tu obra narrativa y ensayística parece caracterizarse por un cuestionamiento continuo de las bases sobre las que se sostiene el consenso colectivo, de los tópicos que se aceptan acríticamente por la mayoría sin importar si están o no dotados de verdadero sentido.*

LTG.: Exactamente. No se puede aceptar la interpretación unívoca tradicional con todos sus tópicos. La literatura está viva, el día que dejemos de debatir sobre el Quijote, don Alonso Quijano el Bueno estará definitivamente muerto. Cuando Unamuno dijo que el fanático hidalgo era el estereotipo de lo español nos hizo un flaco favor, en cambio cuando se toma al personaje como una sátira de lo hispano (incluyendo Hispanoamérica), crece Cervantes. De la misma manera la obra de Tirso o Zorrilla cobra mayor importancia si en lugar de ver a Don Juan bajo el tópico de un poético seductor lo vemos bajo la crítica a un cretino que engaña y abusa por razones tal vez patológicas. La literatura se humaniza al despojarla de sus tópicos. Esa es mi posición, tanto ante los clásicos como ante los contemporáneos. No hace falta que mencione la cantidad de novelas deleznable que hay actualmente en el mercado que por motivos ideológicos o comerciales son elogiadas por la crítica especializada. En mi opinión, siguiendo a Piglia en su magnífico ensayo *El último lector*, se debe considerar al lector como un descifrador, como un intérprete. Visto así, es también un cuestionador y un revelador de ideas. Somos lectores activos, es decir, transformamos el texto de acuerdo a nuestra propia imaginación y experiencias, por tanto también somos corresponsables de las obras que elegimos.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Leopoldo de Trazegnies antes de ponerse a escribir?*

LTG.: Un insensato deseo de compartir lo inefable.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

LTG.: Me gusta la literatura satírica, creo que toda buena obra, por seria que sea, debe contener elementos satíricos en mayor o menor medida. De los clásicos me gusta la picaresca, creo que fueron los primeros valientes que se autobiografiaron para ridiculizar con ingenio las absurdas

costumbres de la época. Quevedo me parece el más grande, sobre todo por su riquísimo vocabulario y después Mateo Alemán, y Cervantes dentro de su singular género satírico.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Leopoldo de Trazegnies?*

LTG.: Siempre estoy en varias cosas a la vez. Por un lado, querría sacar una biografía completa de uno de mis principales heterónimos que ha llegado a la ancianidad, por otro, estoy escribiendo unas fábulas donde lo natural no siempre es bueno y lo que está fuera de la Naturaleza no siempre es malo. Es decir, como la cultura por ejemplo, donde leer no es algo natural pero es bueno y un tsunami forma parte de la naturaleza pero es pésimo. El título provisional de estas fábulas sería *La camada infiel*. También estoy barrantando escribir algo sobre ese místico rebelde que fue León Felipe, un poeta muy mal conocido.

* * *

Relato

RELATOS

por Leopoldo de Trazegnies Granda

EL SOFÁ AMARILLO

En el Perú, que es un país de soñadores, existe el vicio de dormir en los transportes públicos. Ver un autobús con todos sus pasajeros dormidos es como si pasara una nave de sonámbulos, pero no, son hombres y mujeres que van o vuelven del trabajo, excepto el chófer, que finge poses de Caronte. También se duermen de pie mientras esperan o sentados en los bares con la cabeza metida en un periódico.

La primera vez que vi a una persona aquejada de este mal, o bien, según se mire, fue a mi tía Constancita, la casada más joven de mis tías. Al terminar los almuerzos familiares de los domingos en casa de mis abuelos se arrellanaba en un extremo del sofá amarillo y se quedaba lívida como una virgen de nieve, mientras a su alrededor continuaban bullendo las conversaciones de sobremesa.

Más tarde he visto a gente dormida en estaciones, aeropuertos y consultas de médicos, hasta he visto a una muchedumbre que había sido congregada para una manifestación en el Campo de Marte de Lima quedarse dormida sobre el césped esperando al líder-orador que no se presentó. Pero no recuerdo haber visto a nadie dormido con la belleza y serenidad que se desprendía de mi tía Constancita en la casa de mis abuelos.

Mi curiosidad, lanzada desde debajo de la mesa de la radio como un dardo invisible hacia sus párpados cerrados atravesando sus rodillas, era siempre la misma: ¿en qué sueña mi tía Constancita?

Para mi asombro, un día sus sueños se materializaron ante mi vista. Apareció andando al borde del mar vestida con largos tules sueltos al viento. A juzgar por la arquitectura de las casas y hoteles que daban al paseo marítimo se podría pensar que estaba en un balneario europeo, en invierno. Ella se reía moviendo las manos como si quisiera echarse aire a la cara y le hacía gestos a alguien para que se acercara. Entonces apareció un hombre del que yo no podía distinguir su rostro, tal vez porque estaba a contra luz y el brillante resplandor del horizonte me deslumbraba. Comprobé que las puestas de sol también me producían melancolía en sueños. Todo acabó cuando mi tía se despertó sobresaltada, miró a todos, me sonrió como si me viera y se volvió a dormir. Yo me quedé perplejo.

Al domingo siguiente casi no pude terminar de tragar el pan del desayuno, había pasado toda la semana esperando ese momento, ni siquiera me importó que mi madre se empeñara en ponerme esa camiseta de marinero que me quedaba tan ridícula. En la casa de mis abuelos me escabullí de la cocina donde almorzábamos juntos todos los primos y sacrificando el postre me fui anticipadamente a mi habitual escondite de la sala. Era una mesa redonda de tres patas, soportaba un aparato de radio voluminoso que mi abuelo sólo encendía para escuchar las noticias. Al lado había un negrito de madera de tamaño natural que con una mano ofrecía cigarrillos y con la otra sostenía un cenicero como un botones de hotel, de manera que yo podía sentarme sobre sus zapatos de charol. Cubría la

mesa un paño con encajes que me permitía observar lo que sucedía en la sala sin ser yo visto. El corazón me daba brincos en el pecho mientras las cosas sucedían tal como las había planeado: al salir del comedor mis tíos, como de costumbre, se fueron sentando en los sillones en animada conversación mientras mi tía se arrellanaba otra vez en el extremo del sofá amarillo y cerraba dulcemente los ojos.

Apareció en la misma playa, era ya verano, llevaba un ceñido bañador rojo, estaba echada boca abajo sobre la arena, el trasero un poco levantado como si tuviera apoyado el pubis en un pequeño montículo, jugaba a alisar la arena con los codos. Como una figura simétrica se encontraba el mismo hombre de la última vez, echado cabeza con cabeza, hablando sin mirarse. A la orilla del mar jugaba un niño con una pelota. Mi tía se despertó en el instante que yo estaba a punto de reconocer al hombre y se volatilizó la escena. Me quedé quieto debajo de la mesa hasta que encontré la oportunidad de salir aprovechando que se pusieron de pie todos mis tíos para despedir a uno de ellos.

Esperé con ansiedad que llegara el domingo siguiente. Nuevamente desde mi escondite observé el final del almuerzo de los hermanos de mi madre, algunos salían del comedor con la tacita de café en la mano y se acercaban a coger un cigarrillo del negrito. Mi tía Constancita se dirigió directamente al sofá amarillo cruzando por la alfombra de alpaca blanca y sin apenas bostezar se quedó dormida al mismo tiempo que yo empezaba a divisar la playa de las semanas anteriores. La vi esta vez de espaldas, estaba sola, sentada frente al mar, con un vestido amplio de colores. Por las tonalidades de grises de las nubes se adivinaba que era otoño. El niño que jugaba a la orilla llevaba una camiseta de marinero igual a la mía. Yo no podía ver la expresión que ella tenía pero estaba seguro que estaba alegre y lo llamaba. El niño se acercó corriendo, cada vez estaba más cerca, más cerca, hasta que lo sentí encima: y descubrí que era yo mismo. Mi tía en ese momento dio un respingo en el sofá y me buscó con la mirada debajo de la mesa, cuando nuestros ojos se encontraron a través de los encajes me sonrió divertida.

A partir de ese domingo, mi tía Constancita, me hacía sitio a su lado en el sofá amarillo y soñábamos abrazados mientras su marido contaba animadamente chistes al resto de mis tíos.

* * *

LA MUCHACHA

Se abrió el escote del mandil y de sus amplios pechos asomó un pollito. La bombilla de 25W de la cocina iluminó su pelusa amarilla sobre la piel morena de la muchacha.

Yo tenía unos ocho o nueve años y serían las siete de la tarde.

Ella sonrió entusiasmada y me pareció que bizqueaba de placer.

—¿Es tuyo? —le pregunté.

—Sí. He incubado un huevo entre mis pechos y ha nacido.

—Entonces es tu hijo —le dije con incredulidad.

—Claro —afirmó metiéndoselo delicadamente en el sostén.

Yo no había despegado mis ojos de sus pechos y alcancé a vislumbrar un pezón oscuro. No había nadie en mi casa. Mi madre había acudido a uno de los habituales cocktails diplomáticos acompañando a mi padre.

—Déjame verlo de nuevo —le pedí.

—Cuando seas mayor —me respondió con picardía.

En ese momento sonó el timbre. Era el jardinero que venía a buscar una podadora, según explicó. La muchacha lo acompañó al trastero que estaba en el patio al lado de su dormitorio.

Seguidamente oí piar al pollito. Atisé por la ventana de la muchacha que daba al patio y vi que el pollito andaba suelto por su habitación, saltó a la cómoda, se miró al espejo y no paraba de piar como si fuera un juguete de cuerda.

Semanas después mi madre se alarmó al ver que el vientre de la muchacha se empezaba a abultar.

Lo comentaba con mi padre cada vez más irritada.

–Es que ha tenido un hijo –me atreví yo a aclarar el misterio un día a la hora del almuerzo.

Mi padre me miró con hosca perplejidad:

–¡Tú que sabes! –me increpó.

–Empolló un huevo en sus pechos –insistí.

Mi padre entonces me castigó sin salir de mi cuarto.

Cada mañana mi diversión favorita consistía en atisbar a la muchacha cuando se duchaba para ver si le seguía creciendo la barriga. Me sorprendía que el agua resbalara por su cuerpo dejándole el ombligo seco.

Una madrugada me desperté al oír ruidos y carreras en la planta baja. Los perros ladraban detrás de gente desconocida. Desde la ventana distinguí al jardinero y a otros como él que se movían nerviosos a la entrada de la casa. Entre todos se llevaron a la muchacha echada en una manta. Días después apareció ella con un bebé de ojos vivos en brazos.

Mi madre la recibió en el jardín. Vi que le negaba algo con la cabeza y que luego le entregaba una bolsa con la ropa que yo ya no me ponía.

* * *

EL HUÉSPED

Al llegar a la costa me asaltó el presentimiento de que su verdadera intención no fuera comprar el piso que le ofrecía. Habíamos quedado por teléfono. Al hablar con ella me llamó la atención su voz fría, como si sus cuerdas vocales fueran una aleación entre acero y seda, pero agradable.

Me dijo que no tenía coche, por eso me comprometí a llevarla. Vivía en un barrio anodino de la ciudad, me sorprendió que saliera con un niño con gorrita de la mano para pasar el día de playa y que en la otra llevara una maleta. Por la autopista cruzamos algunas frases intrascendentes sobre los inconvenientes de las grandes ciudades y las ventajas de vivir al borde del mar. Le comenté que mi situación familiar había cambiado y que por eso deseaba vender el piso. El niño se mantuvo callado con expresión alucinada durante todo el trayecto. Al cabo de una hora de viaje llegamos a la puerta del edificio del ático donde yo había vivido tantos años con mi ex mujer y que después del divorcio había puesto en venta. Se lo señalé con la mano: «Ese es ¿lo ve? el que tiene los geranios en la terraza».

Me dispuse a entrar al zaguán pero ella me detuvo con un gesto suave y suplicante para preguntarme: «¿No le importaría que vayamos primero a la playa? Es por mi hijo, sabe, para que disfrute un ratito del sol, el pobre siempre está encerrado».

Le indiqué cómo cruzar el paseo para bajar al mar y me disculpé de no acompañarla porque quería arreglar algunas cosas en el piso. Le entregué en un papel la dirección exacta de la vivienda para que no se produjera ningún equívoco y convinimos en que allí la esperaría para mostrársela al final de la mañana.

Una vez arriba me asomé a la terraza y pude distinguir a la madre con el niño entre los bañistas. Habían alquilado una tumbona y una sombrilla y parecían disfrutar sin preocupaciones de la brisa del mar. Ella se había quitado el ligero vestido que traía puesto quedándose en bañador rojo y gafas oscuras y el niño jugaba con una pelota hinchable a su lado. Estuve toda la mañana embalando los últimos libros que me quedaban en las estanterías y al ver que la posible compradora del piso no subía como habíamos quedado volví a asomarme a la terraza y me sorprendió comprobar que la sombrilla y la tumbona estaban vacías.

Bajé con temor a que se hubieran perdido, recorrí toda la playa y calles adyacentes hasta que de pronto distinguí al niño haciéndome señales desde un chiringuito. «Es que siendo la hora que es pensé que podíamos comer algo aquí» me dijo ella disculpándose y acariciándole la cabeza al niño. Me senté a su lado y me pedí una ración de chocos y una cerveza. Al finalizar el almuerzo ella me dejó pagar lo suyo sin hacer el menor intento por impedirlo. Empecé a sospechar que había sido

objeto de un inocente timo y que le estaba costeando un soleado día de playa a una desconocida con su hijo.

Nos dirigimos al piso después de comprarle un helado al crío. Ella tuvo el detalle de limpiarle bien los pies de arena a su hijo y de sacudir sus sandalias antes de entrar. En el interior le ofrecí el teléfono por si quería avisar a su marido que estaba bien, pero rechazó mi ofrecimiento con la cabeza y la oí decir entre dientes «Mi marido me puede esperar sentado». Seguidamente observó todo detenidamente como si estuviera pintando las paredes con la mirada, luego se acercó a la ventana del dormitorio principal y el mar se reflejó pálidamente en sus gafas de sol. Contrastaba su expresión de tristeza con la luminosidad del día. «Es muy bonito» susurró. Abrió los armarios y los volvió a cerrar con delicadeza, comprobó el agua caliente del fregadero, abrió la nevera y al verla vacía sonrió. Una vez terminada la inspección me dijo: «Le quiero hacer una propuesta». Asentí temeroso con la cabeza. «Alquílemelo por una noche», me dijo. Al oírlo me desconcerté sin saber qué responderle. ¿Por una noche? Ella esperaba con serenidad mi respuesta observando las imperfecciones del parquet del suelo. «Sí, sólo una noche», insistió al ver mi turbación.

A pesar de que mi decisión era volver ese mismo día a la ciudad, accedí a su petición porque me pareció razonable, supuse que antes de decidirse a comprarlo quería comprobar los ruidos y los inconvenientes que podía tener. No era mala idea, yo mismo había pensado muchas veces que era la forma ideal de comprar una vivienda. La dejé allí con su hijo no sin antes decirle que si necesitara cualquier cosa que no dudara en llamarme al móvil. Y yo me fui a pasar esa noche al hotel.

A la mañana siguiente y entrar con mi propia llave me sorprendió advertir que mi silenciosa huésped parecía no tener la menor intención de abandonar ese día mi piso. Había colocado su ropa en los armarios, la repisa del baño estaba ocupada por su dentrífico, peines, cepillos y demás artículos de aseo y su bañador rojo y el pantaloncito azul de su niño estaban tendidos en la terraza. Me ofreció un café y al abrir la nevera aprecié sorprendido que estaba llena de alimentos que había comprado esa misma mañana antes de mi llegada y que a simple vista se observaba que eran provisiones para varios días.

«Veo que se ha instalado usted como si fuera a quedarse toda la vida» bromeé y ella me respondió con una amplia sonrisa que me inquietó. Luego se dispuso a hacer la comida y almorzamos en silencio. Guisaba bien, le agradó que yo elogiara su comida servida en la vajilla de la que fuera mi esposa. Por la tarde salió con su niño a visitar la parte histórica del pueblo y yo la esperé leyendo un libro de Italo Calvino que había dejado suelto para cubrir los ratos libres. Volvió pronto. Le agradecí la cortesía de no haber tardado mucho, eran como las seis de la tarde, entonces le inquirí nuevamente si le parecía bien que partiéramos de regreso a la ciudad en ese momento, era buena hora, nos evitaríamos los atascos de la entrada que se producen a partir de las ocho. No obtuve ninguna respuesta concreta. Después de varias indirectas renuncié a continuar insistiendo porque su mirada implorante cada vez que yo miraba el reloj o hacía mención al viaje de regreso me desarmaba. Seguimos pasando la velada en silencio, disfrutando del aire de mar en la terraza y de una magnífica puesta de sol. Ella se había cambiado poniéndose una bata de seda que le daba cierto aspecto oriental. Nos reímos contándonos anécdotas de viajes y comentando lecturas de la infancia.

Terminada la cena frugal de un vaso de leche y unas pastas que ella, según me contó, acostumbraba a tomar todas las noches con su niño, me dijo: «No hace falta que se vaya al hotel esta noche, la habitación de huéspedes no la utilizamos, puede quedarse a dormir aquí». De repente tuve la sensación de que aquella mujer se había convertido en la propietaria del piso y yo era su huésped. Sin embargo su propuesta me pareció sensata, ya era muy tarde para partir, y acepté. A la mañana siguiente encontré el desayuno exquisitamente preparado en la terraza y a ella esperándome sentada en la mecedora con la misma bata de seda de la noche anterior que a la luz del sol parecía transparente. «Creí que no se iba a levantar nunca», me comentó sonriendo.

Desde entonces han pasado veinte años y Marcela, que así se llamaba aquella mujer, es actualmente mi esposa. Su niño, Alejandro, es un reputado abogado de la localidad. Decidimos no vender el piso y quedarnos a vivir en él toda la vida.

© Leopoldo de Trazegnies Granda

DESTINOS LITERARIOS: ÓXFORD

por Carlos Pérez Vaquero

«No existen más que dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo»

Oscar Wilde (1854-1900)

Todo comenzó con un paseo en barca, el 4 de julio de 1862. Hacía tanto calor junto al río que el profesor Dodgson, su amigo el reverendo Duckworth y las tres hijas del deán de la catedral –Lorina, Alice y Edith– bajaron a descansar a la sombra de un árbol junto al Támesis.

Alice, que sólo tenía diez años, se acercó al profesor de matemáticas y le pidió que le contara un cuento. *Por decir algo* –como reconocería el propio Dodgson años más tarde– empezó a contar las aventuras de una niña que, como ella, se llamaba Alicia y de los extraños personajes a los que iba conociendo en el País de las Maravillas: el sombrerero, la oruga, el gato de Cheshire... o la Reina de Corazones que solucionaba cualquier problema gritando: *¡Que le corten la cabeza!*

Y así fue surgiendo, poquito a poco y una a una, el mosaico de sus extrañas aventuras escritas por Charles Dodgson –más conocido por su pseudónimo: Lewis Carroll– para entretener una tarde de verano a las hijas del deán de su Colegio; creando una de las narraciones más famosas de la literatura infantil.

Alicia en el País de las Maravillas (publicada en 1865) y su continuación, *A través del espejo* (1871), son una buena muestra de las obras que se han escrito en Óxford; un lugar privilegiado para la literatura, tanto por la calidad de sus librerías y bibliotecas –sólo en la *Bodleian Library* se conservan cerca de 7.000.000 de libros– como por los autores que se han formado en esta prestigiosa Universidad durante casi 900 años. Todos ellos conforman el gran legado histórico, artístico y literario de esta *ciudad con chapiteles de ensueño*, en palabras del poeta Matthew Arnold.

EL LUGAR DEL SABER

Óxford está situada al noroeste de Londres, a poco menos de una hora en coche desde la capital –si se atreve a conducir sentado a la derecha del copiloto, meter las marchas con la izquierda y entrar en sentido contrario en las rotondas– y a hora y media en autocar –si ha decidido que es mejor dejarle esos riesgos al agente 007 y que lo importante es llegar y volver para contarlo–; en este caso, los autocares salen de la estación londinense de Liverpool y tienen una frecuencia muy cómoda para regresar de la excursión sin agobios.

La comarca del Oxfordshire forma parte del llamado *Corazón de Inglaterra*, la región donde se inició la revolución industrial que convirtió a Gran Bretaña en el país más desarrollado del siglo XIX y en la primera potencia mundial de aquel entonces. El paisaje que ha sobrevivido a ese feroz desarrollismo es, exactamente, el que hemos visto en *Sentido y sensibilidad*, *Lo que queda del día* y tantas otras películas inglesas de época: prados muy verdes, difuminados por la neblina, donde el ganado pasta al lado de un arroyo y las granjas de piedra se levantan sobre una colina junto a un árbol. Más allá de esa imagen bucólica, la comarca que rodea Óxford ofrece visitas tan interesantes como el Palacio de Blenheim donde nació Churchill, declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO; el bosque de Sherwood, famoso por las andanzas de Robin Hood, o el pueblo natal de Shakespeare, Stratford-upon-Avon.

Pero volvamos a nuestro destino literario.

Al bajar del autocar en la estación de Gloucester Green –muy bien situada, a unos minutos del entro histórico– es probable que se haga la misma pregunta que nos hemos planteado todos al llegar:

–¿Dónde está la famosa Universidad?

La respuesta es muy sencilla aunque, a simple vista, no parezca nada evidente: la Universidad es la propia ciudad; ambas forman un conjunto único, inseparable e irreplicable. Para entenderlo, sólo tiene que pasear por sus calles y disfrutar de cada uno de sus rincones; pero, eso sí, recuerde tener cien ojos en los cruces para no llevarse por delante alguna bici o, peor aún, que sea un coche el que no le vea a usted. Afortunadamente, en el pavimento suelen dibujar unas flechas que nos indican la dirección del tráfico o el socorrido *Look right. Look left* para recordarnos a qué lado debemos mirar antes de cruzar.

La *University of Oxford* es una institución que se parece muy poco a nuestros centros universitarios. Básicamente, esta corporación se encarga de preparar los exámenes, corregirlos y establecer las normas que deben cumplir todos los *Colleges*; así se garantiza la calidad de la enseñanza bajo las directrices del rector, la Congregación y un Consejo de 26 miembros que establecen una política académica común; por lo demás, los 39 *Colleges* de la Universidad son entidades autónomas donde los alumnos viven y estudian, cualquier carrera, durante los tres periodos de ocho semanas que duran los cursos. Cada *Colegio* tiene su propio equipo de gobierno formado por catedráticos y un Decano, como el mencionado Henry Liddell, padre de las niñas que inspiraron a Lewis Carroll.

El origen de la Universidad, y por lo tanto el de la propia ciudad, se mueve en ese terreno incierto donde la historia limita con la leyenda.

Según la tradición, Santa Fridesvida –patrona de Óxford– fundó un monasterio cerca de la confluencia de los ríos Támesis y Cherwell a principios del siglo VIII, en un lugar que se llamó *Oxonium*. A partir de entonces, la comunidad de religiosos comenzó a impartir estudios de gramática, dialéctica y retórica (el *trivium*) y de aritmética, geometría, astronomía y música (el *quadrivium*) de forma constante –a pesar de las sucesivas invasiones sajona, normanda e inglesa– y con tanta aceptación que, en la Baja Edad Media, Óxford ya era uno de los tres centros europeos del saber, junto a París y Bolonia.

Aquel pequeño pueblo que fue creciendo entorno al monasterio se convirtió en el siglo XI en residencia habitual de la familia real inglesa y en el principal lugar para impartir y recibir conocimientos desde 1167, cuando Enrique II prohibió a los ingleses que se matricularan en la Institución de Enseñanza Superior de la capital francesa –lo que más tarde sería *La Sorbona*– incrementándose tanto el número de alumnos de Óxford que fue necesario crear los *Colegios* para alojarlos. En concreto, Lord Balliol estableció el primer *College* en 1263; luego se fundaron *Merton, University, Christ Church*, etc. y los monarcas ingleses empezaron a favorecerlos con tierras, para que se autoabastecieran, y privilegios, como fijar el precio de venta de los alimentos; unas prerrogativas que, a la larga, acabaron enfrentando a los habitantes de la ciudad –tradicionales y conservadores– con los estudiantes –liberales y, en ocasiones, anárquicos– en las llamadas revueltas de *town and gown* (ciudadanos contra togados) que acabaron con varios muertos, saqueos y la intervención real a favor de los universitarios en 1355.

El tiempo devolvió las aguas a su cauce y facilitó la fundación de los nuevos *Colleges* por toda la ciudad, creando un verdadero crisol donde se ha formado la clase política, burguesa y artística de Inglaterra –y de casi todo el Imperio Británico– de los últimos nueve siglos, incluyendo a santos, reyes y premios Nóbel; Thomas Moro, Albert Einstein, Thomas Hobbes, Lawrence de Arabia, Adam Smith, Richard Burton, Winston Churchill, Margaret Thatcher... Esta hegemonía cultural ha convertido a la Universidad oxoniense en uno de los centros educativos más antiguos y prestigiosos del mundo anglosajón; sin menospreciar a Cambridge, *of course*, el eterno rival al que se conoce despectivamente como *The other place* (el otro lugar).

Entre otros autores, aquí han estudiado:

- Geoffrey Chaucer: el conocido poeta que estableció las bases de la gramática inglesa en el siglo XIV. Su obra más conocida son los *Cuentos de Cantérbury*;
- Oscar Wilde: alumno del Colegio de la Magdalena, este autor dublinés triunfó con sus novelas (*El retrato de Dorian Gray* y *El fantasma de Canterville*), cuentos (*El príncipe feliz*), poemas y

obras de teatro (*La importancia de llamarse Ernesto*, *Un marido Ideal* o *El abanico de Lady Windermere*);

– Aldous Huxley consiguió superar sus graves problemas de visión y graduarse en literatura inglesa en el *Balliol College*. Años más tarde nos ofrecería su visión pesimista del futuro en *Un mundo feliz*;

– Jonathan Swift presumió toda su vida de haber sido estudiante de Óxford, antes de convertirse en deán de la catedral de san Patricio de Dublín. Como escritor, sus aventuras más famosas son, sin duda, *Los viajes de Gulliver*;

– Graham Greene también fue alumno del Balliol, donde comenzó a publicar sus primeras poesías; aunque sus mayores éxitos llegaron con las novelas *El tercer hombre*, *El americano impasible* y *El cónsul honorario*; y

– William Holding ganó el Premio Nóbel de Literatura en 1983. Su primera novela, *El señor de las moscas*, es uno de esos libros que logró ser un éxito, a pesar de las malas críticas, gracias al boca a oreja con el que unos lectores se lo recomendaban a otros.

– Philip Pullman, autor de *Luces del Norte* y *La materia oscura*;

– Michael Innes (pseudónimo de John Innes Mackintosh) que ambientó en estas calles sus novelas de serie negra;

– Robert Graves –alumno del St. John– narró la vida e intrigas del Imperio Romano en su famosa novela *Yo, Claudio*; y

– Colin Dexter, muy conocido en Inglaterra por otra serie de televisión, la que dio vida a su *Inspector Morse*.

DEL PAÍS DE LAS MARAVILLAS A LAS PUERTAS DE MORDOR

En cierta ocasión, Lewis Carroll afirmó que *se puede llegar a cualquier parte siempre que se camine lo suficiente*. Con esa declaración de intenciones no queda más remedio que empezar a caminar.

Si seguimos en línea recta por *George Street*, desde la estación de autobuses, se llega al edificio más antiguo de la ciudad, la Torre sajona de *St. Michael*, muy cerca del Mercado Cubierto (*Covered Market*) donde, en función de la hora, podremos tomar un *capuccino* y una *muffin* –la típica magdalena rellena de chocolate– o beber una pinta de cerveza con un sándwich del cremoso *Oxford Blue* –el queso azul típico de la comarca–. A pocos metros, en el otro extremo de *Cornmarket Street* verá la Torre de Carfax, el único vestigio de una iglesia medieval que sobrevivió a la piqueta para abrir al tráfico esta calle –como ve, en todas partes cuecen habas– la azotea ofrece una panorámica de lujo para descubrir porqué el poeta definió este lugar como la *ciudad con chapiteles de ensueño*. Desde esa altura, el horizonte de Óxford se llena de agujas, torres y cúpulas construidas en un suave tono de color miel.

El mayor Colegio de la ciudad está muy cerca de esta iglesia, a unos doscientos metros bajando por la calle *St. Aldates*.

Aunque los turistas no pueden entrar por esta puerta sino por la del *Meadow Building*, merece la pena asomarse a la entrada principal del *Christ Church College* para hacerse una idea de lo que nos espera dentro. La puerta se encuentra bajo la Torre de Tom, obra del mismo arquitecto que la catedral de San Pablo de Londres y de media capital inglesa, en realidad –sir Christopher Wren, que también estudió aquí– y está rematada por una campana que repica todas las noches 101 veces a las 21.05 h. para que los estudiantes regresen al Colegio; este particular toque de queda es una más de esas curiosas *costumbres-en-recuerdo-de* tan típicas de los británicos.

La Torre da paso al *Tom Quadrangle*, el patio que distribuye el acceso a las principales dependencias del Colegio donde Lewis Carroll impartió clases de matemáticas durante más de cuarenta años. Según sus biógrafos, el autor de *Alicia...* solía comer en el espectacular *Dinning Hall* sentado frente a un retrato de Enrique VIII –famoso por mandar decapitar a dos de sus esposas– que le inspiró el célebre personaje de la *Reina de Corazones* y su costumbre de cortar cabezas. De todas formas, si este majestuoso comedor se ha hecho famoso no ha sido gracias al *País de las Maravillas* sino al cine y a las películas del aprendiz de mago –creado por la escritora británica J. K. Rowling– donde se ambientó la Escuela de Hogwarts. En *Harry Potter y la piedra filosofal* es muy fácil reconocer qué escenas se han rodado en estas escaleras, aquellos pasillos u otros rincones de la ciudad como las salas de lectura de la Biblioteca Bodleiana o la *Divinity School*, reconvertida en la enfermería donde ingresaban al personaje de *Hermione*.

Thomas Wolsey –todo un ejemplo de hombre hecho a sí mismo: era hijo de un carnicero y llegó a ser Arzobispo de York, legado del Papa y Canciller de la Corte– fundó este Colegio en 1525 como *Cardinal College* pero su negativa a conceder a Enrique VIII el divorcio de su primera mujer, Catalina de Aragón, le costó su posición y su prestigio. Al caer en desgracia, el propio monarca retomó su idea y, en 1546, refundó la institución con su nombre actual –*Christ Church*– estableciendo la sede de la nueva diócesis de Óxford en la capilla colegial que, desde entonces, hace las veces de catedral de la ciudad. Allí se encuentra el sepulcro con los restos de su patrona, Santa Fridesvida, y un magnífico conjunto de nervaduras góticas en la nave central; sin embargo, la fama del templo no se debe a sus valores artísticos sino al coro de la escolanía formado por jóvenes estudiantes de este aristocrático Colegio.

La visita incluye otros lugares de interés como el Patio *Peckwater*, la pinacoteca, el claustro y, sobre todo, el Edificio de la Pradera –*Meadow Building*– donde el escritor Evelyn Waugh situó el inicio de una de las novelas inglesas de mayor prestigio: *Retorno a Brideshead* (1945). En aquellas habitaciones, el personaje del solitario estudiante *Charles Ryder* es invitado a desayunar por el acaudalado, caprichoso y encantador *Sebastian Flyte*; antes de salir a caminar por el Paseo del Hombre Muerto (*Dead Man's Walk*) que, como entonces, nos llevará por las campos de hierba que rodean *Christ Church*, a la espalda de *Merton* –otro de los primeros *Colleges* (1264)– hasta las puertas del Jardín Botánico, el más antiguo de Gran Bretaña.

Enfrente del jardín, en la orilla del río Cherwell, se levanta el *Magdalen College*; sin duda, el más suntuoso de la ciudad y uno de los más fotografiados por las figuras de personajes y animales grotescos talladas en sus muros. Su alumno más conocido fue Oscar Wilde –autor de *El fantasma de Canterville* y de *La importancia de llamarse Ernesto*– y el más olvidado, C. S. Lewis.

¿Se acuerda de la película *Tierras de penumbra* que dirigió sir Richard Attenborough en 1993? Contaba la conmovedora historia de un profesor viudo (Anthony Perkins) que se enamora de la poetisa americana Helen J. Davidson (Debra Winger) cuando ésta descubrió que tenía cáncer. (...) *Vivimos en tierras de penumbra, pero hay luz en la oscuridad* le decía él abrazándola. Aquel personaje fue, en la vida real, el escritor Clive Staples Lewis; un autor norirlandés, profesor de lengua en el Colegio de la Magdalena, aficionado a la mitología nórdica y profundamente católico –en un país de mayoría protestante– que fundó con su amigo JRR Tolkien un club literario llamado *The Inklings* (presentimiento, en inglés antiguo). Curiosamente, esa amistad con el autor de *El Señor de los Anillos* fue la causa involuntaria que provocó su anonimato. Al fin y al cabo, ¿quién podía destacar al lado de la comunidad de *Frodo Bolsón*?

El éxito de Tolkien eclipsó injustamente la obra de C. S. Lewis hasta que, en diciembre de 2005, la factoría Disney estrenó la versión cinematográfica de *Las crónicas de Narnia*, una historia donde cuatro niños ayudan al león *Aslan* a romper el hechizo de la bruja blanca que ha sumido el país en cien años de invierno. Cinco años más tarde, aquel éxito continúa con el estreno de la tercera parte de esta saga: *La travesía del viajero del alba*.

El Colegio de la Magdalena, donde C. S. Lewis dio clases de literatura, está situado al oeste de la Calle Mayor (*The High*) que divide Óxford en dos mitades, al norte y al sur. En esta calle encontraremos, prácticamente tal y como se levantó a mediados del siglo XVIII, uno de los conjuntos artísti-

cos más espectaculares de la ciudad formado por la Biblioteca *Bodleian*, la *Radcliffe Camera*, la Iglesia de la Virgen María y los Colegios *All Souls*, *Brasenose* y *Hertford*.

El Colegio *All Souls* –así llamado en recuerdo de las almas de los soldados que murieron durante la guerra de los cien años contra Francia– es el único centro de la Universidad que sólo admite licenciados (*fellows*) en lugar de estudiantes (*undergraduates*) para que puedan realizar trabajos de investigación. Frente a sus torres gemelas se levanta la *Radcliffe Camera*; probablemente, una de las señas de identidad más conocidas de la ciudad por su curiosa forma circular y la cúpula que la corona. Alberga la colección de libros de John Radcliffe y, en la actualidad, es la sala de estudios de la *Bodleian Library* que está situada justo enfrente de su puerta principal. En esta Biblioteca, donde estudió el mítico Lawrence de Arabia, se conservan más de 7.000.000 de libros. Cierran el conjunto la iglesia de la Virgen María y los Colegios *Brasenose* –en este caso, el nombre proviene de una aldaba de la puerta con forma de animal que tiene la nariz de bronce o *brazen-nose*– y *Lincoln* donde vivió el fundador del metodismo, John Wesley, en el siglo XVIII; y el joven David J. Moore estudió lenguas modernas mientras vigilaba la tendencia política de sus compañeros de clase. Así empezó su carrera en el mundo del espionaje un estudiante que luego triunfó con sus novelas *El espía que surgió del frío* o *La casa Rusia* con el apodo de *John Le Carré*.

Detrás del *Hertford College* y de su famoso Puente de los Suspiros –una bonita copia del original veneciano– podemos girar a la izquierda por el Teatro *Sheldonian* para llegar de nuevo a la Torre sajona de *St. Michael*. Desde aquí la última visita se encuentra a poco más de quinientos metros por la calle *St. Giles*, poco después del Museo *Ashmolean* –un edificio de corte neoclásico que conserva una curiosa mezcla de animales disecados, monedas, armas y otras piezas pertenecientes a la familia Ashmole– y, para variar, esta vez no se trata de otro Colegio sino de una taberna. Ya era hora.

A diferencia de otros lugares, no se extraña si aquí le sorprende una larga fila de curiosos haciendo cola para entrar a *Eagle and the chid*, la taberna del águila y el muchacho donde se reunía el club literario *The Inklings*; la culpa es del taquillazo de *El Señor de los Anillos*, que ha vuelto a poner de moda este pequeño local. Allí se reunían cada martes Tolkien, el mencionado C. S. Lewis, Tangye Lean y Charles Williams para discutir los entresijos de la *Tierra Media* y leer un nuevo capítulo de las aventuras de la comunidad del anillo.

John Ronald Reuel Tolkien nació en Bloemfontein, actual Sudáfrica, en 1892, pero pasó la mayor parte de su vida vinculado a Óxford. Al quedar huérfano con apenas doce años, su hermano Hilary y él fueron adoptados por su tía Beatrice y educados por un tutor, el padre Morgan, que le inculcó su profundo sentido religioso. Licenciado en Lengua inglesa, al finalizar la I Guerra Mundial, el escritor regresó a Óxford con su mujer y sus cuatro hijos y empezó a escribir *El Hobbit* en 1930. Tardó seis años en acabarlo pero cuando se publicó en 1937 alcanzó un éxito inmediato. Su editor y la necesidad de mantener a la familia le llevaron a crear una secuela de aquella novela, a la que llamaría *El Señor de los Anillos*, mientras impartía clases de literatura en el *Merton College*. Tardó doce años en acabar la trilogía que se publicó entre 1954 (*La comunidad del anillo* y *Las dos torres*) y 1955 (*El retorno del rey*) cuando el autor tenía 62 años. Su recuerdo aún se percibe en el ambiente de esta tradicional taberna inglesa y es una excusa perfecta para brindar, en su memoria, con una pinta de cerveza.

LETRAS FEMENINAS Y AUTORES EN ESPAÑOL

Puede que a estas alturas se pregunte si en Óxford no escriben las mujeres y tiene razón; lo que ocurre es que no han logrado ni la fama ni el reconocimiento de sus colegas masculinos. La escritora más famosa de la ciudad fue la dablina Iris Murdoch, fallecida en 1999 y popular gracias a la película *Iris* que recreó los últimos años de su vida, aquejada de la enfermedad de Alzheimer; pero no ha sido la única, también podemos citar a:

– Bárbara Pym es más conocida por cómo escribe (usa las comillas y otros signos como recurso para resaltar qué dicen los personajes) que por lo que realmente ha escrito; por ejemplo, *Murió la dulce paloma*;

– Dorothy Leigh Sayers, hija del capellán de *Christ Church*, es la autora de una interesante serie de novelas sobre detectives;

– Siobhán Dowd, que murió de cáncer en 2007 cuando triunfaba con la literatura infantil –*El misterio de la noria de Londres*– y su activismo a favor de los Derechos Humanos;

Y, una larga lista de escritoras –como Rose Macaulay, Barbara Trapido, Melanie Jeschke, Sue Townsend, Veronica Stallwood o Joanna Trollope– que se unen al elenco de autores que, de una u otra forma, han estado vinculados con esta ciudad universitaria: Matthew Arnold, A.E. Housman, Philip Larkin, T.E Lawrence, T.S. Eliot ó James Gordon Farrell.

Esa intensidad con la que aquí se vive la literatura no ha inspirado tan sólo a escritores de la lengua de Shakespeare; sino también a los de Cervantes; es el caso del español Javier Marías, que narró la experiencia académica de un profesor en *Todas las almas*; o del argentino Guillermo Martínez y sus *Crímenes imperceptibles*, que Álex de la Iglesia adaptó al cine en 2007 bajo el título, precisamente, de *Los crímenes de Oxford*; película que protagonizó el mismo actor que interpretó a Frodo: Elijah Wood.

Ahora, para concluir nuestro viaje literario por el Corazón de Inglaterra, le recomiendo bajar al río a practicar el *punting*, hincando una pértiga en el agua –como los gondoleros– para mover una pequeña embarcación de madera (*punt*) siguiendo el curso del Támesis; así podrá recordar que, durante otro paseo en barca, nacieron en Óxford la historia de Alicia en un país de maravillas y muchas otras obras maestras de la literatura universal.

© Carlos Pérez Vaquero
<http://cpvaquero.blogspot.com>

* * *

Miradas

JAROSLAV SEIFERT, POETA POR EXCELENCIA

por Víctor Montoya

El poeta checo Jaroslav Seifert (1901-1986), nació en un barrio obrero de Praga. Siendo aún adolescente quiso ser pintor, pero acabó siendo ganado por la musa de la poesía, por la dulce melodía de su idioma y por la facilidad de expresión que le deparaba la palabra escrita. Apenas publicó su primer libro, *Ciudad en lágrimas* (1921), fue considerado por la crítica literaria como el pionero del *nuevo arte proletario*, ya que su poesía, además de reflejar las vivencias de su juventud, reflejaba las influencias de la revolución rusa y las concepciones filosóficas del marxismo.

Cuando la Academia Sueca le concedió el Premio Nobel de Literatura, en 1984, el poeta praguense era relativamente conocido en Escandinavia, razón por la cual la televisión sueca transmitió un reportaje desde su casa, para ponernos en contacto con una personalidad atractiva, de conmovedora vitalidad y amor desmesurado por el mundo y sus habitantes. Jaroslav Seifert apareció sentado en su escritorio, rodeado de cuadros y libros de autores checos, pues Seifert era un poeta nacionalista por excelencia, cuyas obras estaban inspiradas en su propia tierra y, sobre todo, en Praga, ciudad a la que le rindió pleitesía por medio de sus versos.

Durante el reportaje, Seifert se mantuvo sentado, con las muletas al alcance de las manos y contestando las preguntas con voz dulce: «No estoy sorprendido por el premio», les dijo a los periodistas. Hacía ya cuatro años que había sido propuesto junto al escritor norteamericano Arthur Miller, al

poeta francés Louis Aragon y Roman Jakobson. Como fuere, y lejos de falsas modestias, el premio era un gran estímulo para promocionar la literatura checa a nivel internacional y para empezar a traducir, junto a su nombre, a otros escritores que permanecían en el anonimato.

Jaroslav Seifert ha dedicado gran parte de su vida a leer y escribir poesía, consciente de que su pueblo gustó desde siempre de este género literario, incluso en los momentos más trágicos de la guerra. «Yo creo –dijo–, que la poesía tiene un enorme significado para un pueblo, y mientras más pequeño es éste, la poesía tiene aún mayor significado».

Este poeta que alcanzó los 84 años de edad, que amaba la vida y odiaba la muerte, jugó con los estilos a lo largo de su carrera literaria. Hasta la Segunda Guerra Mundial escribió versos con métrica y rima, pero luego de un largo periodo de enfermedades, empezó a cultivar el verso libre, exento de retórica y patetismo, bajo las influencias de Apollinaire, Verlaine y otros poetas del modernismo francés. Así, a este periodo corresponden sus mejores poemarios: *Concierto en la isla* (1965), *El cometa Halley* (1967), *La fundición de las campanas* (1967), *La columna de la peste* (1977) y *Ser poeta* (1983).

El paraíso poético de Seifert está impregnado de flores y música, de mujeres y calles. Sus versos son un ramo de rosas y violetas, un canto a Mozart y Bach. Las mujeres y Praga no sólo son personajes centrales y temas perpetuos en su poesía, sino también metáforas de lo mejor que pueda dar la vida. Junto a las mujeres inmaculadas, de labios que desgranar versos y ojos que iluminan las tinieblas, se levanta majestuosa su ciudad natal, con callejas estrechas y plazas barrocas, con lagos donde se oye el graznido de las gaviotas y canales donde se descomponen las luces que se descuelgan de los faroles.

Seifert, para unos, era el poeta del proletariado, el escritor que desde sus primeros tanteos literarios se unió al grupo Devětsil, que consideraba que el arte debía estar al servicio del Estado. En tanto para otros, Seifert era simplemente el poeta del amor, de la melodía y la belleza estética del poema; ante esta disyuntiva, claro está, no quedaba más que una tercera alternativa: Seifert era, indudablemente, el poeta del amor, pero sus críticas contra el sistema político de entonces las expresó de manera alegórica en sus poesías, a pesar de estar consciente de que con versos no se derrumban sistemas de gobierno.

Este poeta exquisito jamás formó parte de una escuela ni teoría que tratara la forma de cómo aproximarse a la poesía y cómo interpretarla, y menos aún de las teorías del «estructuralismo de la escuela de Praga», que nació a finales de los años veinte del siglo pasado en un círculo lingüístico inspirado en el formalismo ruso.

En un congreso de escritores celebrado en 1956, manifestó que los poetas son la conciencia nacional, desde el instante en que trabajan con la palabra escrita y porque tienen mucho más que ver con la realidad que los músicos o pintores. En 1968 firmó el Manifiesto de las 2000 palabras y, nueve años después, fue el primero en pronunciarse en defensa de los escritores perseguidos y encarcelados, y el primero en firmar Carta 77.

Cuando el gobierno disolvió la Unión de Escritores Checoslovacos en 1970, Seifert pasó a ser uno de los poetas cuyos versos no se podían publicar libremente. Sin embargo, su poesía, vapuleada por la censura, circulaba clandestinamente en forma de folletos; unas veces, copiadas a máquina y, otras, a pulso. Circunstancias en las que la poesía de Seifert se convirtió en símbolo de protesta contra la censura de prensa y la libertad de expresión.

Después de habersele concedido el Premio Nobel de Literatura, este autor praguense, a quien le pesaba más su vejez que sus enfermedades, siguió creando y recreando su universo, convencido de que sólo a través del idioma se encuentra la libertad más elemental. Empero, la noche del 9 de enero de 1986, tras sufrir un repentino ataque cardíaco, se alejó de este mundo y de la vida que tanto amó. El día de sus funerales, una muchedumbre acongojada acompañó su féretro hasta su última morada. Desde entonces, muchas cosas han cambiado en su tierra natal. Se dividió Checoslovaquia y se recobró la democracia.

© Víctor Montoya

<http://www.victormontoyaescritor.blogspot.com/>

**CAMINOS DE FUTURO DE LA LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL A TRAVÉS DE LOS
PREMIOS SM 2010: *HISTORIA DE UN SEGUNDO*
DE JORDI SIERRA I FABRA Y *MUJER MIRANDO*
AL MAR DE RICARDO GÓMEZ**

por Pablo Lorente Muñoz

Los premios literarios, aparte de sus virtudes como escaparate editorial y por tanto de ventas, nos dan una valiosa información de hacia dónde van los gustos del mercado puesto que, en gran medida, estos premios los construyen en algún modo. En la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ), el fenómeno es similar y entendemos que debe merecer nuestra atención desde una triple perspectiva, la del gran público lector, la del lector-alumno y la del profesor que pudiera tratar estos libros en el aula.

En estas páginas, analizamos dos obras que durante el año 2010 han obtenido sendos premios literarios de gran relevancia. Hay que hacer notar que ambas obras dependen de la editorial SM, así que estamos haciendo un análisis comparativo, en el fondo, de la apuesta literaria de esta editorial, que por otra parte nos interesa por la importancia de su catálogo y su imbricación en los centros de enseñanza de todos los niveles. Por otra parte, estos premios que estamos tratando abarcan a los alumnos de prácticamente todos los niveles, *Historia de un segundo* de Jordi Sierra i Fabra (Premio Barco de Vapor) estaría destinado más a un público infantil mientras que *Mujer mirando al mar* de Ricardo Gómez (Premio Gran Angular), se enfoca a un público juvenil.

Se han escogido estas dos obras de entre las muchas y muy interesantes propuestas que este año nos ha deparado por la razón antes expuesta y, además, por las relaciones entre ambas obras y las similitudes formales entre ellas, similitudes que saltan a la vista inmediatamente y que pasamos a comentar a continuación.

LAS OBRAS

El elenco de galardones que ha obtenido, su larga trayectoria y, en definitiva, su profesionalidad como escritor, hacen de Sierra i Fabra un autor fundamental en la LIJ de nuestro país. En el caso que nos ocupa, Sierra i Fabra, desarrollando su buen saber hacer, es capaz de construir una novela que obtiene toda la atención de lector con un mínimo de ingredientes: el amor. A modo de resumen:

Eliseo vive desde pequeño con el doctor Quijano, un hombre déspota y tacaño que le tiene esclavizado. Una mañana, en las inmediaciones de la iglesia, la mirada de Eliseo se cruza con la de Elena, la única hija de un matrimonio de la alta sociedad que está pasando las vacaciones en el pueblo. A partir de ese instante, Eliseo y Elena vivirán para que llegue el domingo siguiente, y así intercambiar mensajes de amor¹.

Debemos comentar que, si bien las dos novelas que tratamos podrían ser aptas para cualquier lector, al menos la de Sierra i Fabra, difícilmente podría ser adecuada para una lectura del público adulto, no en vano, la propia editorial nos recomienda que la novela sea para un público a partir de 10 años.

¹ En formato digital: <http://premiossm.grupo-sm.com/2010/segundo.html>

Además, la editorial nos informa de que su lectura es adecuada para «para trabajar la amistad, el primer amor, la importancia de la educación, el valor de la literatura...».

Nos interesa especialmente este último apartado para realizar un acercamiento al valor literario de este libro ya que podría resultarnos de mucha utilidad para su trabajo en el aula. Como hemos visto en el resumen, Eliseo es un joven despierto e inteligente que trabaja como aprendiz de médico a las órdenes del malvado Quijano, el nombre no es casual y podemos mencionar *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* como referente directo a este nombre. Sin embargo, el tratamiento de este personaje difiere mucho al del buen Alonso cervantino, y se acerca enormemente al hacer de los autores de la picaresca. En este caso, el dibujo del médico del pueblo corresponde perfectamente con el dómine Cabra de *La historia de la vida del Buscón* de Quevedo, figura caricaturesca e hiperbolizada universal con la que la identificación física es exacta. También lo es, en gran parte, la identificación en el modo de actuar: vejaciones, malos tratos constantes...

«—¡Maldito mequetrefe, truhán, engendro del diablo! ¿Así muerdes la mano que te da de comer y desprecias la oportunidad de servirme que te he dado? ¡Ven aquí! [...]

»Aquella noche acudió a su cita en la mansión de la Colina Dorada con la espalda cruzada de los golpes del médico y con las posaderas ardiendo.» (Sierra, 2010: 141)

Esta intertextualidad, que se da también en la obra de Gómez tal como veremos, es sumamente importante pues, en la clase de Lengua, puede ser un excelente punto de partida para un posterior trabajo para alumnos de diferentes edades e intereses, tanto en el tratamiento literario como en el de los malos tratos de cualquier tipo.

El tema de los malos tratos no es nuevo en la obra de Sierra i Fabra (*El niño que vivía en las estrellas...*) y su tratamiento, a través de estas figuras universales de la literatura, es pertinente y enriquecedora para el público infantil. Además, podemos destacar otras obras de LIJ que tratan este tema, como el Premio Edebé de este mismo año, *Palabras envenenadas* de Maite Carranza, la novela *Caricias de León* de Santiago García-Clairac o *El diario azul de Carlota* de Gemma Lienas, por citar algunos.

Además, y relacionado con lo anterior, la obra de Sierra es un impresionante alegato a favor de la cultura y la educación. Eliseo, muchacho inteligente pero analfabeto, no puede ir a la escuela porque su «protector» se lo prohíbe con la certeza de que si supiera más, no aceptaría las condiciones esclavistas en las que vive: «Si es más listo y sabe más, acabará marchándose y tendré que buscarme otro ayudante» (Sierra, 2010: 177).

Sin embargo, el empeño del joven es inquebrantable y se despierta gracias al amor que siente por Elena. Los dos jóvenes se miran un segundo durante una mañana veraniega y el amor surge. La joven deja en el camino una hoja del libro que lee con una serie de palabras subrayadas que conforman el mensaje de amor que el pobre Eliseo es incapaz de descifrar porque no sabe leer. Esas páginas tienen una doble función, por un lado contar una historia de amor de unos personajes de ficción que conforme avanza la lectura va a tomar cada vez más importancia y se convertirá en trasunto de la historia de amor principal que se está contando. Por otro, servir de vía de comunicación entre los tiernos enamorados. Cuando el maestro lo convence para hablar con Quijano y pedirle que le dé la oportunidad de aprender a leer y a escribir, la justificación es que lo hará: «No sólo por ti, sino por la cultura. Solo mediante la cultura avanza la sociedad. Pelearé por dártela, como pelearía, si pudiera, por cualquier otro chico de este pueblo» (Sierra, 2010: 172).

A raíz de esas páginas que Eliseo va recibiendo semanalmente, y que se reproducen en el propio libro a modo de facsímil con las que el lector puede reconstruir el subrayado de Elena y de este modo participar más activamente en la reconstrucción de la historia y en una lectura activa, Eliseo sentirá la necesidad de aprender a leer, su amigo, el maestro Florián, le enseñará. Esa decisión cam-

biará su vida. Sobre todo porque esa decisión hará posible que Eliseo sea aceptado por la familia de su joven y bella amada, tema universal de conflicto patético y catártico, que nos remite a obras clásicas de la Historia de la Literatura, fundamentalmente del teatro, como por ejemplo, *Romeo y Julieta*, aunque con un final, como manda la costumbre de la LIJ, feliz.

MUJER MIRANDO AL MAR

«¿Sobre qué huellas reales se construye la ficción? ¿Y a través de qué elementos ficticios podemos imaginar la realidad? ¿Existieron de verdad Pablo y Elena, aunque sus nombres fueran fingidos?» (Gómez, 2010: 117)

Con estas líneas podemos comenzar la aproximación a esta obra que es, por un lado, un juego con la ficción y por otro, una profunda reflexión sobre la guerra civil, en la figura de una joven pareja, Pablo y Elena, que vivieron un destino incierto, pues en la obra se juega constantemente con la duda sobre lo que el destino les pudo deparar. A modo de resumen:

Un escritor rebusca en un puesto de libros de viejo. En una carpeta rojiza encuentra un poema en primera persona que desvela la historia terrible de una mujer que mata a su amado en plena época de posguerra. El escritor trata de encontrar a los verdaderos protagonistas de los hechos narrados, pero su búsqueda le hará descubrir lo poco que importa dónde comienza la realidad y dónde acaba la ficción.²

El autor juega con un recurso literario archiconocido pero cuya explicación a los adolescentes y, en su caso, a los alumnos puede ser pertinente. La técnica del «manuscrito encontrado» ha arrojado dulces frutos literarios a lo largo de la Historia de la Literatura, sin ir más lejos, podemos citar *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, además, en circunstancias similares a la de nuestra obra, pues el dulce hallazgo ocurre en un rastro.

En este caso, el personaje, un escritor de identidad desconocida y que bien pudiera ser trasunto del propio autor, compra en el rastro de Madrid una carpeta que contiene unos versos donde se cuenta la historia de Elena y Pablo, una historia de amor, con un final en principio trágico, ocurrida durante el mes de noviembre del año 1942.

El hecho de encontrar esa historia en una misteriosa carpeta a nombre de un hombre misterioso con un contenido tan específico, hace que la novela nazca a partir de un material concreto que adquiere, con esta técnica del manuscrito encontrado, visos de realidad o, cuando menos, de verosimilitud. Así ocurre en el caso del Quijote, o en otras obras también interesantes como *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Potocki o, más recientemente, *La familia de Pascual Duarte*, entre otras.

Con respecto a la segunda temática comentada, la guerra civil, en los últimos tiempos, este tema se está incluyendo en la temática novelística de LIJ, cosa del todo novedosa, puesto que el tema estaba acotado al campo de historiografía o al de la novelística para adultos. En los últimos años, es sabido por cualquier lector que el tema ha adquirido una notable importancia, quizá, el punto de inflexión en esta tendencia fuera la obra de Cercas, *Soldados de Salamina*, que conoció un gran éxito. Sin embargo, la profusión de novelas que tratan este tema de modo directo o indirecto, ha llegado hasta el punto de causar un cierto agotamiento en el lector, el título de *¡Otra maldita novela de la guerra civil!* de Isaac Rosa, nos da la pista sobre ello.

En la LIJ el fenómeno es bastante reciente y para comprender mejor este proceso y algunas de las obras que tratan esta temática, podemos citar el artículo de Gräfin, «La memoria de la guerra civil

² En formato digital: <http://prensa.grupo-sm.com/2010/05/sm-publica-mujer-mirando-al-mar-una-historia-de-reflexi%C3%B3n-sobre-la-creaci%C3%B3n-literaria-ambientada-en-.html>

española en la Literatura Infantil y Juvenil»³. Por citar un libro reciente que trata, aunque sea como telón de fondo la guerra civil, podemos nombrar la reciente novela de Ramón Acín, *El caso de la cofradía*.

Literariamente, varios son los aspectos destacables de esta novela. Por un lado, la concepción cultural y didáctica de la novela, hasta tal punto que podríamos hablar de metanovela puesto que el autor dedica un buen apartado de la construcción narrativa a analizar los mecanismos utilizados por el narrador para la escritura:

«Una novela, un cuento, un poema... son el rastro petrificado de algo que estuvo vivo durante tiempo en un cerebro: minúsculas porciones de sangre y linfa cargadas con intenciones, pasiones, duda y deseos que acaban por cuajar en signos. Son algo parecido a un yacimiento rico en fósiles; sin la imaginación de la lectora, del lector, es imposible reconstruir la vida en aquel paisaje.» (Gómez: 2010, 67)

Además, hay una fuerte presencia del signo de identidad de las tramas detectivescas, ya que sobre ese misterio se construye la historia, puesto que se trata, sin más, de encontrar a los personajes que motivaron los papeles encontrados en esa carpeta que el narrador compra en el rastro de Madrid, y como telón de fondo, la duda, la incógnita, qué pasó. Cuestión que, por otra parte, queda resuelta de un modo abierto y que de nuevo produce la incertidumbre en el lector puesto que la lectura final admite varias posibilidades.

Al igual que en el caso de Sierra i Fabra, esos papeles, que contienen un poema que cuenta la historia de Pablo y Elena, se pueden ver reproducidos en el libro en el que fuera, ficcionalmente, su naturaleza original: un viejo papel mecanografiado y corregido.

Además, esos papeles, un largo poema en definitiva que más que llamar la atención por su calidad tienen una función significativa en la construcción de la trama interesan por la inclusión en la novela de otro género como es la poesía y que puede ser muy interesante por varios aspectos: tratamiento de varios géneros en el aula con la lectura de la obra y determinar hasta qué punto los géneros conviven (noción que puede poner en tela de juicio la rigidez de muchos manuales de Lengua Castellana y Literatura), como ejemplo podemos mencionar el libro de Pilar Adón (Premio Nuevo Talento Fnac 2010), *El mes más cruel*, donde hay una buena convivencia entre relato y poesía.

CONCLUSIÓN

Como hemos visto en estas líneas, *Historia de un segundo* y *Mujer mirando al mar* son dos obras con unas coincidencias notables. Por un lado, son dos obras que admiten lecturas intertextuales muy interesantes y de notable aplicación al campo de la docencia en la materia de Lengua Castellana y Literatura, notablemente, en el apartado conocido como «Educación Literaria». Su valor educativo, por otra parte, es indudable, en el primer caso con ese alegato que hemos comentado contra los malos tratos y a favor de la cultura. En el segundo caso, el primer tema es idéntico, aunque contextualizado en la guerra civil.

Por otro lado, la presentación de ambas obras es bastante original. La aparición de fragmentos de otras obras, en el caso de Sierra, o de unos poemas que orientan la narración principal, en el caso de Gómez, hacen que el lector deba realizar una lectura más atenta, activa y participativa. Además, estos fragmentos, plantean la creación de otros tiempos y lugares que enriquecen las historias principales, las completan o incluso las orientan.

© Pablo Lorente Muñoz

<http://librorelatospablolorente.blogspot.com>

³ En formato digital: http://campus.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/0213-2087/article/viewFile/2045/2100

NEREA RIESCO Y SU ELEFANTE DE MARFIL

por José Luis Muñoz

Esta vasca nacida en Bilbao, criada en Valladolid y residente en Sevilla tiene más de sureña que de norteña. El último libro de quien vino al mundo de la literatura con un premio bajo el brazo (el Ateneo Joven de Sevilla por *El país de las mariposas*), y luego publicó *Ars Mágica*, se llama *El elefante de marfil* (Grijalbo, 2010) y es todo un éxito editorial. Acaba de salir la edición de bolsillo. Nerea es locuaz y cálida en el trato. Tiene unos ojos enormes y una mirada ingenua. Esto es lo que hablamos acerca de su tercera novela.

JOSÉ LUIS MUÑOZ. Como un diamante muy pulido, tu novela tiene muchas caras y la virtud es que consigues que todas refuljan. Hay en la novela una apasionante intriga que gira, precisamente, en torno a esa pieza de marfil que pasa de las manos de unos personajes a otros y en la que están involucrados los miembros de la orden de San Juan de Acre para que alguien encuentre las reglas del juego y juegue esa partida aplazada en el tiempo. ¿Cómo se te ocurrió esa intriga? Háblanos un poco de la génesis de la novela, qué te movió a escribir esta historia.

NEREA RIESCO. La idea surgió de pronto, hace ya algunos años, cuando llegaron a mis manos las copias de unos documentos fechados a finales de 1755. En ellos se hablaba de un terrible terremoto que desmanteló Sevilla y dañó seriamente la Giralda. Investigando más a fondo en los documentos que se imprimieron en la ciudad y que hablaban del desastre, encontré uno delicioso. Estaba redactado en forma de romance y supe que se vendió como amuleto protector. Los habitantes de la ciudad lo llevaban siempre encima. Se imprimió en el negocio regentado por una mujer: la viuda de López de Haro. Y entonces los vi a todos... a todos los personajes que conforman *El elefante de marfil*, susurrándome su historia de amores apasionados, odios alimentados durante años, envidias que empujan al asesinato y compromisos heredados de aguerridos antepasados que invitan a vivir peligrosas aventuras: bandoleros, «bailaoras», toreros, monjes, cigarreras, ilustrados, esclavos negros... un mosaico que exhibe geografía humana de la Sevilla del siglo XVIII. Fue como un flechazo. El terremoto me sacudió a mí también.

JLM. Es una novela histórica ambientada en el siglo XVIII que mira al pretérito, hacia el XV, cuando la Sevilla musulmana capitula ante el rey Fernando. La novela es prolija, porque recoge un amplio período de tiempo, desde ese famoso terremoto hasta la guerra de la independencia y la constitución de Cádiz. Eso supone un esfuerzo narrativo por tu parte, mantener esa tensión durante tantos años y páginas y que no decaiga. ¿Cómo lo consigues?

NR. Escribir una novela se parece un poco a cocinar un elaborado plato sin que se te peguen los ingredientes a la sartén, cuidando de no pasarte con la sal o no equivocarte con la medida de la mantequilla. Si cometes un error, da igual que los productos utilizados sean de primera calidad; a nadie le gustará tu plato. Pasa lo mismo pasa con una novela. Normalmente la historia está en mi cabeza pero va tomando forma mientras peso sus «ingredientes». Me considero una contadora de historias, así que calculo: un poco de misterio para los que tienen alma de investigadores privados, una pizca de romanticismo para los pasionales, dos cucharadas de historia para los que se deleitan conociendo el pasado, y un chorrito de ajedrez para los amantes de ese juego... todo cocinado a fuego lento. He tardado dos años en elaborar *El elefante de marfil*, luego le toca al lector decirme si me ha quedado «rico».

EL AJEDREZ

Para él, que un joven dominase los entresijos de ese juego era igual de trascendental que la lectura de los clásicos o el dominio de las leyes de la versificación, porque el ajedrez desarrollaba la capacidad de previsión, la prudencia, la perseverancia, y el equilibrio del cuerpo y de la mente. Consideraba cada una de las piezas como una parte de la gramática, como un elemento de la lengua que daba, en cada partida, forma a palabras, frases, párrafos, hasta completar una elegía o una maravillosa novela de aventuras.

JLM. El ajedrez es fundamental en la trama de tu novela, que gira alrededor de ese elefante de marfil, el alfil actual, el descubrimiento de las reglas de juego y esa mítica partida, aplazada durante siglos, que debe desempatar a las jugadas por Alfonso X El Sabio con Axataf y decide el destino de la Giralda. El ajedrez está muy presente en la novela, en el título, en la portada con escaques, en las numerosas citas sobre el juego de Kubrick, James Mason, Cortázar, Sartre, Capablanca, Juan Benet, que encabezan cada uno de sus capítulos, en el centro de la intriga de la novela con esa búsqueda de las reglas del juego en la catedral de Sevilla, en movimientos de partidas que reproduces.

¿Acaso el mundo no es más que es Un gran tablero que nos acoge. Nosotros creemos que manejamos las piezas de nuestra vida, pero eso no es cierto. ¡Nosotros somos las piezas!

Hay, en la novela, una metáfora en torno al ajedrez, batalla del intelecto, sin sangre, para dirimir los conflictos sin guerras. Alfonso VI acepta el desafío del rey μ Mutamid y, al perder la partida, abandona el asedio de Sevilla. Lo mismo hacen Fernando III y Alfonso X El Sabio, una utopía que me parece muy hermosa y con la que la humanidad podría haberse ahorrado millones de muertos.

¿Por qué esa fascinación por el ajedrez, que comparto, un deporte mental que, por desgracia, está en desuso?

NR. El ajedrez es como la vida misma; cada decisión que tomamos en ella nos abre múltiples caminos, posibilidades, oportunidades, peligros... tenemos que ser lo bastante hábiles como para saber elegir lo que más nos interesa en cada momento. Desde que decidí que el escenario de mi novela sería Sevilla, me vino a la mente la conquista cristiana en la que estaba presente el que años después sería Alfonso X el Sabio. Él era un gran amante del ajedrez y me lo imaginé tramando estrategias militares durante los dos años que duró el asedio, como si la ciudad fuese un enorme tablero. A fin de cuentas iba con su padre el rey, con una reina que era una figura llamada «Virgen de las Batallas» que aún se conserva en la Catedral, con los caballeros de las órdenes militares y el religioso que podría identificarse con el alfil y que más tarde sería el primer obispo de Sevilla. Por otra parte, los musulmanes intentaban defender su torre (la actual Giralda) con otra torre (la Torre del Oro). Me apreció muy evocador. Así que estructuré la novela como una partida de ajedrez: inicio; medio juego y final. Incluso los personajes de la novela son como piezas; cada uno cumple su misión. Sería estupendo que las batallas se librasen en tableros y que, tal y como ocurre en el ajedrez, cuando se terminase la partida, fuera cual fuera el vencedor, ambos contrincantes se levantarán y se dieran la mano en señal de respeto. Pero está claro que, como dice el poema, no somos más que piezas de ajedrez movidas por un gigante loco, lanzadas una por una a la caja de la nada.

EL TERREMOTO

El desastre comenzó a las diez en punto, de la mañana. Las campanas de la Giralda tañían solas, como locas. Los bancos del templo se agitaban sin importarles el peso de los fieles que estaban sentados sobre ellos y los que estaban de pie cayeron sorprendidos porque la tierra les faltaba. El púlpito amenazaba con descolgarse de su columna y un par de monaguillos asustados se acercaron tambaleantes al padre Zacarías para ayudarle a bajar la escalera.

La tierra tardó unos cinco minutos en acomodarse y, cuando terminó de hacerlo, lanzó una especie de suspiro lánguido que dio paso a un silencio estridente. Una tranquilidad polvorienta que poco a poco se fue diluyendo entre pequeñas quejas, entre Dios míos, lloriqueos de bebé, gritos de adultos, berrinches de beatas que aumentaron su volumen hasta alcanzar un sonido de angustia ensordecedora. Un clamor de voces desesperadas solicitaba al unísono misericordia, piedad y confesión. Una balada triste y dolorida que encogía el alma.

JLM. La novela casi se inicia con esa catástrofe sísmica, el terremoto de Lisboa que se sintió en Sevilla, un inicio espectacular. Además este aviso telúrico, de las entrañas de la tierra, es el desencadenante de la novela. ¿Cómo se te ocurrió?

NR. Creo que era Hitchcock el que decía que, tanto las películas como las novelas, debían comenzar con un terremoto y luego ir creciendo. Cuando encontré los documentos de los que te hablé antes y que describían un suceso real, no pude contenerme. Fue el famoso «terremoto de Lisboa». Causó más de cincuenta mil muertos y provocó un maremoto que asoló Cádiz. En aquellos tiempos la escala sismo-

lógica de Richter no era utilizada pero se ha llegado a la conclusión de que tuvo una magnitud 9.0, comparable con el de Haití, ¿te imaginas? Tenemos la idea de que este tipo de desastres acontecen en lugares lejanos. Mucha gente desconoce que este terremoto vapuleó media Europa y el norte de África.

EL AMOR

Nunca se sintió tan intimidada por la belleza de nadie. A veces se permitía fantasear con él. Lo imaginaba forzando la puerta de su alcoba en plena noche, avanzando hacia ella, serio, firme, seguro, iluminado únicamente por la metálica luz de una enorme luna llena. León apartaba de un tirón certero las sábanas que la cubrían y la tomaba en sus brazos con la dulzura con que se mece a una criatura. Ella entonces le rodeaba el cuello y hundía el rostro en el pecho moreno aspirando su olor ahumado mientras él caminaba hacia la puerta para subirla en un navío fantasmagórico que zarparía dirección al mar Caribe.

JLM. Vayamos a otra de las refulgentes caras de esta novela. Es una novela de amores y pasiones, pero también lo es de intrigas que giran en torno a esa clave de bóveda que se desprende de la catedral de Sevilla durante el terremoto de Lisboa y guardo un secreto oculto, la Piedra Postrema. El amor. Porque *El elefante de marfil* gira una y otra vez en esos cien años de andadura, alrededor de ese sentimiento que escapa al control racional y nos hace tan felices como desgraciados.

NR. *El elefante de marfil* es, ante todo una novela de amor. Tenía muchas ganas de escribir sobre el amor en todas sus manifestaciones: el romántico, el pasional, el amor a otras culturas, el amor incondicional, el amor a la familia, el amor a la gente que no lleva nuestra sangre y a la que queremos más que a los que la llevan... y también quería escribir sobre el amor arrebatado que termina por convertirse en odio. El amor mueve el mundo y es el eje central de mi novela. Los que se adentren en sus páginas tienen que ir con el corazón bien pertrechado.

LA SENSUALIDAD

León la recibía jovial, apretándose contra su cuerpo. La besaba en los labios, le lamía la lengua, le robaba el aire. Se colocaba tras ella y desabrochaba uno por uno, con tranquilidad pasmosa, la infinita hilera de minúsculos botones que sujetaban su enlutado vestido, desde el cuello hasta la cintura. Después empujaba suavemente la tela y acariciaba con la yema de los dedos la delicada ropa interior alargando ese momento, conteniendo el deseo.

JLM. Dibujas con perfección y detalle los estadios de la pasión amorosa, dotas a esos párrafos con una sensualidad enorme. El lector ve a los amantes, escucha sus suspiros, participa de su éxtasis.

NR. No puedo evitarlo. Para mí no son personajes, son personas. Los tengo presentes y palpables, mucho más que a gente de mi propia familia. Sé cuándo nacieron, cómo se sienten, si sufren, aman o si tienen miedo. Quiero que el lector los conozca tal y como son, que se cuele en sus alcobas, que alcance a sentir el tacto de la piel de doña Julia, el olor de la intimidad de los amantes, el sabor de los labios de León o del bandolero Ventura. Me dilato en las descripciones sensuales porque es en la entrega de nuestro cuerpo a otro ser humano en el que confiamos por encima de todas las cosas, en donde se encuentra de verdad nuestra esencia. El lector conocerá mejor a mis personajes si sabe cómo se les eriza la piel con una caricia.

LOS PERSONAJES

Se hablaba de sus habituales visitas al Compás de la Mancebía, donde cambiaba su salario por el amor venal de mujeres opulentas que le acunaban en sus brazos de matronas, sobre las que navegaba en un vaivén de barco en una noche de tormenta, dejándose guiar por sus aguardentosas voces de sirena, ahogándose en el profundo remolino que se escondía entre sus piernas para resurgir de golpe como un recién nacido, húmedo, tibio y oliendo a marisco. Después dormía la mona junto a ellas y despertaba aturdido, extenuado, como un naufrago recién llegado a la playa.

JLM. El pobre Cristóbal que no consigue a doña Julia y debe conformarse con el sexo de pago. Esta es la trágica historia de un amor no correspondido. Un personaje dramático y frustrado, por el que siento conmiseración, es Cristóbal Zapata, enamorado en secreto de doña Julia, a la que nunca consi-

que y que incluso le busca novia.

Fíjate que a mí la historia de amor que más me conmueve, de esta novela, que es una sucesión de historias de amor, es el eterno enamoramiento de Cristóbal Zapata por doña Julia, que nunca le declara su amor, que se reconcome por dentro cuando aparece León de Montenegro tan seductor, pero permanece siempre al lado de doña Julia, en todos los trances, sin recibir nada a cambio.

Él sintió los finos dedos en su cabeza. Aquellos dedos que tanto había deseado, aquellos que alguna vez rozó sin que ella pareciera darse cuenta en el trajín del trabajo diario. Un irrefrenable impulso le obligó a atrapar su muñeca. Se llevó mano de la mujer que había amado durante toda la vida a la boca y besó la palma con desesperación.

Cristóbal Zapata y su amor no correspondido por doña Julia. Creo que en el libro resulta muy atractiva la tensión amorosa que se establece entre Cristóbal Zapata, el fiel maestro del taller de imprenta AQUÍ SE IMPRIMEN LIBROS, que siempre ha amado calladamente a doña Julia, y León, El Pirata, el recién llegado que consigue enamorarla y casarse con ella. Es uno de los muchos centros sentimentales que estableces. A mí el personaje perdedor de Cristóbal Zapata me produce pena. Encima, doña Julia, le busca pareja.

NR. Me emociona que seas comprensivo con Cristóbal Zapata. Cuando voy a los clubs de lectura, no suele ser el personaje más popular entre los lectores, precisamente por ser considerado «uno de los malos». Pero a mí también me conmueve. Nada de lo que ocurre en su vida está controlado por él, y eso es muy triste. Considero que *El elefante de marfil* es mi novela más ambiciosa, y no sólo por abarcar un periodo de tiempo tan extenso, sino por la cantidad de personajes que recorren sus páginas. Me preocupaba mucho para que cada uno de ellos tuviese su propia personalidad; que estuviesen vivos. No quería que los malos se pareciesen en su maldad, que tuviesen las mismas maneras de manifestarla o que se encorsetaran en clichés. Cristóbal Zapata es la prueba más palpable de ese esfuerzo, y por eso me gusta tanto.

Pero ya no parecía una niña. Se le había afinado la cara, el cuello, la cintura... pudo ver cómo las costuras de su vestido estaban tensas a la altura de las axilas. Sin duda ya le estaría naciendo el pecho. La muchacha sujetaba una tajada de melón y la sorbía distraída, atrapándola con deleite entre sus labios color rojo sangre, emitiendo un sonido apenas perceptible que a él le recordó al de los terneros cuando succionaban las ubres de sus madres.

JLM. Lo que ve Cristo, el hijo del infortunado Cristóbal Zapata, en Guiomar, la nieta de doña Julia. Se repiten las historias amorosas en el libro, que es una saga familiar de una familia, los Haro y los Montenegro, y Guiomar, su nieta, del bandolero, reconvertido luego en guerrillero durante la guerra de la independencia, Marqués de las Veredas, que es el equivalente del pirata León de Montenegro, el gran amor, y marido, de doña Julia. Es una saga de amores, y muchos frustrados, no correspondidos, que son los más trágicos. Curiosamente lo que no consigue Cristóbal Zapata con doña Julia está a punto de conseguirlo la hija de este, Julita, que consigue enamorar al hijo de ésta, Abel, aunque luego todo se frustra de una forma muy dramática. Los amores tienen una presencia capital en tu novela.

NR. Ya te dije. El amor mueve el mundo, los planetas, provoca guerras, desata pasiones. El amor nos hace sentir vivos. El amor me hace sentir viva. No puedo eliminarlo de las pócimas que, en el fondo, son mis novelas. El amor es siempre el ingrediente principal de todas ellas, aunque en *El elefante de marfil* quede más patente que en otras. Lo que ocurre es que no siempre se trata de un amor de novela rosa. También hay pasión, deseo, sexo... en la escena que describes, más que amor, lo que hay es un deseo inmoral y enfermizo que en un momento determinado pudo rozar la pederastia.

El chismorreo popular aseguraba que mamita Lula llegó al puerto de Sevilla en un navío de esclavos que olía a marfil y tiranía procedente de un pueblo africano llamado Yoruba, cuna del vudú. Decían que venía escuálida, que en su cabello enredado como cuerda hacían nido los piojos, que traía pústulas supurantes en los Ojos y en los labios y que emitía chirridos de criatura salvaje. Con el paso de los años, marmita Lula aprendió a hablar con acento andaluz y se hizo camarera de Nuestra Señora de los Ángeles en la Hermandad de los Negritos.

JLM. Dibujas muy bien los personajes secundarios. Mamita Lula es uno de los más entrañables. Percibo en ella algo de realismo mágico.

NR. Posiblemente. Pese a todo, mamita Lula, la esclava negra de la familia de Haro, fue una de las razones por las que añadí una «Nota de la autora» al final de *El elefante de marfil*. Cuando entregué la novela a mi editora, recuerdo que se sorprendió con ese personaje que recordaba a los esclavos de algodón en América. Por eso me pareció adecuado explicar que no se trata de una imagen lírica, ideada para dar fuerza a la novela. Es cierto que en Sevilla, en aquellos años, había esclavos negros. Los traían los barcos hasta el puerto y los vendían en las gradas de la Catedral. Las familias pudientes los adquirían como si se tratase de artículos de lujo y, en muchas ocasiones, les tenían tanto aprecio que los trataban como a uno más y se les enterraba en el panteón familiar. De ahí surgió mamita Lula.

JLM. Resulta muy sorprendente, en la novela, esa doble cara que tiene Monsieur Verdoux, el afrancesado, una especie de preceptor, en apariencia tan pacífico y civilizado.

NR. Me encanta monsieur Verdoux. Pero no quiero que hablemos de él.

JLM. Hay personajes de rompe y rasga, como esa sensual niña Candela, bailaora y cigarrera que embelesa a Cristo, el hijo de Cristóbal Zapata que cuando fuma los puros que salen de la fábrica aspira el olor de los muslos contra los que la cigarrera lía el tabaco.

NR. La niña Candela es una delicia de personaje. Una niña gitana que baila en un tablao flamenco, que trabaja en la fábrica de tabaco y que termina por convertirse en una de las personas más influyentes del país con la llegada de los franceses. Me encanta.

LA IMPRENTA

La piel se le cuarteaba de puro hastío entre esas paredes que imprimían historias que hacían soñar a los demás, pero no a ella.

JLM. La novela es también la historia, el día a día, de esa imprenta, AQUÍ SE IMPRIMEN LIBROS, que regenta doña Julia, la viuda de Haro, una mujer de carácter donde las haya, y que pasa de una generación a otra, a través de la que explicas el devenir de la ciudad durante cien años casi. Además creo que esa imprenta que describes con tanto detalle, existió.

NR. Sí, también lo explico en la «Nota de la autora». De hecho, los documentos describiendo el desastre del terremoto de los que he hablado al comienzo, salieron de allí. Fue la mejor crónica que se hizo del suceso, hasta tal punto que los ciegos la aprendieron de memoria para recitarla por la calle y las personas lo llevaban encima, como si se tratase de un talismán, para protegerse de las réplicas. La imprenta de la viuda de Haro existió, y lo hizo con una mujer dirigiéndola.

COSTUMBRISMO

Llevaban dos semanas preparando la fiesta. Colocaron un toldo en el patio para que el sol del mes de agosto no derritiera el merengue ni a los invitados. Trajeron un barril de vino de Villarreal, sangría y limonada. Cocinaron gañotes rellenos pasas de Corinto, meolladas agridulces, picatostes, ensalada, perdices en manjar blanco y una enorme tarta de tres pisos. Colocaron mesas formando un cuadrado debajo de los arcos del patio y situaron las viandas.

JLM. La misma sensualidad que utilizas para las efusiones amorosas está en las recreaciones de desayunos, meriendas y cenas que abren el apetito del lector. Estos detalles ambientales se agradecen, porque retratan ese momento.

NR. Me encantan las descripciones sensoriales. Normalmente los escritores tienden a quedarse en la relato de lo que ven y lo que oyen. Pero a mí me gusta analizar el estremecimiento que produce en el cerebro el resto de los sentidos. Describir el olor de la canela, el sabor de la piel del ser amado, el tacto del terciopelo en las yemas de los dedos...

LOS TÓPICOS

Costillares llevaba la espada en su mano izquierda y con la derecha abrió el abanico. Con un solo golpe de muñeca citó al animal, que cayó en su trampa y se dejó torear con el abanico como muleta. La gente estaba al borde de la conmoción; gritaban olé y aplaudían a ritmo de pasodobles. Lleno de orgullo, Costillares entró a matar y, tras una estocada certera, el toro cayó a la arena envuelto en un

estertor de sangre y muerte ante el clamor del público, que terminó de perder la compostura. Tiraban a la plaza claveles, gallinas vivas, hogazas de pan, ristras de chorizos, de morcilla serrana...

JLM. Esta corrida, que no sé si es real, me resulta asombrosa. Es muy divertido el diálogo, a golpe de abanico, entre Rosario y Abel durante la corrida de Costillares.

En tu novela hay piratas, toreros, bandoleros, señoritos, nobles, afrancesados, esclavas negras, cigarreras, artistas... ¿Era realmente Sevilla así en el siglo XVIII o has echado mano, conscientemente y con alevosía, de todos los tópicos del andalucismo?

NR. Por las páginas de *El elefante de marfil* pasean los típicos-típicos personajes de la Andalucía de la época, pero no por eso menos reales. Sevilla estaba plagada de gente así: bandoleros que robaban a los ricos para dárselo a los pobres, que lucharon contra los franceses en las guerras de guerrillas, a los que el pueblo consideraba héroes. Había «bailaoras», porque en Sevilla existía una escuela para educar artistas. La escena taurina que describo y el propio torero Costillares son reales. También paseaban por las calles un buen número de cigarreras... e ilustrados como Pablo de Olavide o Alberto Lista... o los esclavos negros. No me invento nada.

JLM. Leyéndote creo que estás de acuerdo con los preceptos de John Irving de que una novela es un cúmulo de pequeños detalles ambientales que arrojan la acción y sus protagonistas, y que los explican. Hay mucha literatura en tu novela, amor por la palabra bien escrita, por el redondeo de la frase, por la imagen precisa. Se nota un trabajo de corrección incesante, de pulido de la piedra que es la palabra. Los profanos de esta profesión creen que lo nuestro es inspiración, es inspiración, magia. Pero hay algo más. Hay trabajo y volver una y otra vez sobre el texto.

NR. Cuando imparto talleres de creación literaria siempre digo que no basta con tener talento para ser escritor, también hay que ser constante. Una novela exige un trabajo de muchas horas al día durante (en mi caso) al menos dos años.

JLM. La novela es una larga saga familiar que incluye a tres generaciones, los descendientes de Julia, la viuda de Haro, y León de Montenegro, y su imprenta, que parece se van pasando el testigo. León de Montenegro se lo pasa a Abel, éste a su hija Guiomar. La maldad y el odio visceral que siente Cristóbal Zapata lo transmite a su hijo Cristo.

Lo que más me gusta de tu novela es que sea muy sensorial, que parece estar escrita con los sentidos, con todos. Es muy visual, olfativa, táctil. Realmente te traslada a un tiempo pretérito que construyes de una forma prodigiosa. Hay una multitud de detalles históricos, que están bien imbricados, no perjudican la narración. Es una novela deliciosamente costumbrista, pero atravesada por las pasiones amorosas. Y hay buena literatura, muy buena literatura.

NR. Gracias José Luís. No sabes cuánto valoro tus palabras, por amigo y porque, como escritor, sabes el trabajo que supone crear un mundo literario que no se deshaga por las costuras.

JLM. Y por último, Nerea, explica, si es que se puede explicar, porque esta obsesión por novelar el pasado y no el presente, que te mueve a circular por un tiempo que no es el tuyo que entraña, además, la dificultad añadida de la documentación.

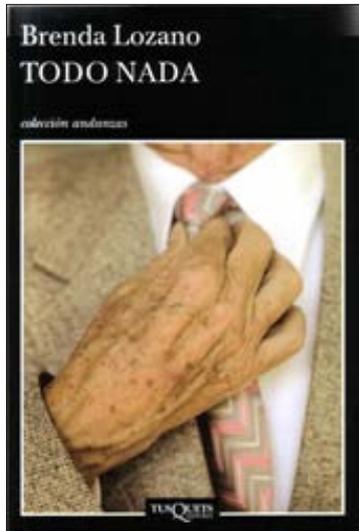
NR. Si tuviese la máquina del tiempo, viajaría al pasado. Me intriga, me seduce, quiero saber más de él para poder entender mejor lo que somos en la actualidad. Ser escritor es la mejor profesión del mundo porque te permite vivir lo que jamás podrás vivir por aquello que decía Kundera: la insoportable levedad del ser. Así recreo el escenario en el que quiero moverme. De todas formas, pasan los siglos pero los seres humanos no cambiamos. Nos movemos por los mismos intereses, tenemos miedo a las mismas cosas, repetimos los mismos errores. Nos mueve la envidia, el amor, el odio, la venganza, el deseo de poder, el dinero... escribir del pasado es escribir del presente y el futuro.

JLM. Y ¿por qué escribes?

NR. Para ser inmortal.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



TODO NADA, de Brenda Lozano

Editorial Tusquets
Colección Andanzas
Fecha de publicación: 2009
160 páginas
ISBN 978-607-421-039-2

* * *

Todo nada, además de ser una novela que trata temas como el amor, la relación entre abuelo y nieta, la imagen del hombre machista, los sinsabores de la vida, la soledad, la literatura, habla en gran medida de la angustia, cuya presencia se desenvuelve a lo largo de la obra de Brenda Lozano (Ciudad de México, 1981), y es esta angustia ocasionada por una pérdida la que da pauta para que Emilia Nassar nos cuente algo, nos cuente que todo nada.

La novela de la escritora mexicana tiene una curiosa estructura; mezcla capítulos largos y luego unos cortos que a veces no sobrepasan un renglón, ni siquiera el sustantivo. Son frases, expresiones combinadas con ingenio, que en muchos casos llegan a funcionar como breves paratextos, es decir subtítulos, de los capítulos consecuentes. Éstos últimos, en su mayoría se prolongan más páginas y desglosan toda la información aglutinada en las reducidas palabras leídas con anterioridad.

Así inicia la novela, con un capítulo corto que abre la puerta al resto del contenido: «Mi angustia produce obras maestras». Entonces, Emilia Nassar, narradora personaje, declara lo que está por venir, no tanto una obra maestra, sino el fondo de ese malestar, de los problemas que lo causan y sus consecuencias en ella y en todas las Emilias que puedan existir. No es cuestión de poner en un diván a los personajes, sino conocer sus circunstancias descritas en el texto para entender el *ethos* que van formando cada uno de ellos.

Emilia es una joven que se percata que poco a poco se va quedando sola. Su abuelo gastroenterólogo, el viejo Emilio, también. Aquella se quedó sin abuela y sin padre. Aquél sin esposa y sin hijo. Sin embargo, ambos quedan juntos, se reúnen para confrontar un carácter que los estrecha además del lazo sanguíneo. Emilia no comprende a su abuelo, no comprende muchas cosas que hace y piensa, a diferencia del viejo que cree ya entenderlo todo. Emilio Nassar se suicida y su nieta, envuelta en la angustia de no haber logrado cerrar el signo de interrogación que él representaba, se queda aún más sola y se presenta a contarnos algo, «porque quien cuenta algo ha perdido algo», y termina la novela. Es de esta forma que el texto logra estructurarse como un interesante círculo, cuyas páginas pueden leerse contrapuestas, como si el relato iniciado en la primera página se reflejase en la última y ésta en aquella, hasta el infinito. De manera fractal, donde dicho pesar produce algo –un enunciado, un escrito– y desdobra el porqué de su existencia: la pérdida de algo, entonces lo cuenta. Expone su pérdida y se percata que ésta le causa angustia y la narra.

Así, la obra escrita con tinta de desconsuelo puede tomar diversos rumbos. El primero, expuesto líneas más arriba. El segundo pienso, por ejemplo, en la caracterización del abuelo y el vínculo que guarda con el título.

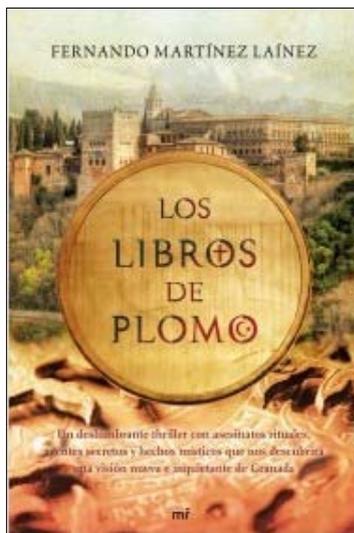
Emilia es quien nos describe al viejo Emilio Nassar, sin ella no podríamos conocerlo. Él es un hombre duro, misógino, enérgico, rudo, inquebrantable. Es un hombre que desde niño se impuso ante la fuerza del padre. Es un hombre inteligente y despectivo, orgulloso y decidido. Pero también es alguien que vive en una época a la que ya no se puede acostumbrar, «detesta las películas nuevas y el mundo que las produce», se encuentra rodeado de personas y libros que ya no entiende –o no quiere entender– porque salen de su alcance. Estas situaciones son las que producen en él la angustia ya tantas veces mencionada. Un sentimiento que nace en su mente y que no puede aceptar

él, que pretendía alcanzar cada meta y cada ciencia por completo. Podría decir que en este punto llega a una especie de crisis. Emilio Nassar, un hombre moderno, que no pertenece a nuestra modernidad. De esta forma, el personaje, el título y el desarrollo mismo de la novela se unen. Brenda Lozano, por medio de la voz de Emilia Nassar, nos habla(n) de un poco de todo –un todo que nada a nuestro alrededor–, de diversos temas, situaciones, libros, experiencias, que a su vez forman la gama de conocimientos que un hombre moderno de antaño pretendía saber; sí, por más paradójico que parezca. Guiados por una pasión crítica, tanto Emilio como la novela, se reúnen para contarnos sus dificultades, problemas que nosotros vemos caminar por las calles.

Tras esta compleja elaboración del vetusto Nassar, poco después de la mitad del libro, Brenda nos ofrece un capítulo –el 23– que en mi modesta opinión es formidable. Escrito en presente, cada oración parece efectuarse en el momento en que lo leemos, no se siente como una historia atrapada por el pasado a punto de olvidarse, sino en una constante actualización. Nos habla del gastroenterólogo tomando una taza de café con su nieta y una plática, cuyas disertaciones tocan muchos de sus recuerdos. Emilio toma la palabra y expone su fuerza de voluntad, su libre albedrío, sus decisiones, su querer ser. Aquí, la enigmática de su suicidio y el suicidio en sí mismo se desvelan. Él dice, recordando a su padre: «siempre quiso que hiciera su voluntad, no se daba cuenta de que no iba a ser así». Esta manera de pensar sería la máxima que constituiría el eje de su vida, por lo tanto, no se haría el capricho de ésta –o de Dios–, sino el de Emilio Nassar. Sin embargo, el capítulo alcanza su ápice en el instante en que él, persona inquebrantable, se descubre a sí mismo como alguien frágil, como un ser con debilidades, como un padre. El *ethos* construido en cada capítulo es opacado a la velocidad de la luz –o de la lectura, si se prefiere– al leer las lágrimas del desdichado Emilio: «Ya sabemos que todos mueren, por obvio que suene. Emilia, mueren los abuelos, mueren los padres, mueren los amigos, ¿pero un hijo? Uno nunca está listo, es algo inimaginable».

Con 41 capítulos, *Todo nada* se alza como un texto que habla de un conjunto de cosas, situaciones, conocimientos que nos atañen, de filosofías y literaturas, de realidades. Escrita en un tono muy personal –sin confundir con autobiográfico–, Brenda Lozano nos deja con una novela, una angustia y un buen sabor de boca.

© Rolando Ramiro Vázquez Mendoza
lord-noa@hotmail.com



LOS LIBROS DE PLOMO, de Fernando Martínez Laínez

Martínez Roca Editorial
Colección: MR Narrativa
Fecha de publicación: 2010
430 páginas
ISBN 978-84-270-3673-4

* * *

Es Martínez Laínez uno de los más destacados autores de género negro de este país, ganador del prestigioso premio Hammett, que concede la Semana Negra de Gijón, autor de las novelas *Destruyan a Anderson*, *Carne de trueque*, *No llegarás a Samarkanda*, *Tajo*, entre otras, miembro desde hace muchos años de la AIEP (Asociación Internacional de Escritores Policiacos) y apasionado por la historia, lo que le ha llevado a escribir un considerable número de libros de esa temática, novelas históricas (*Una pica en Flandes*) y ganar recientemente el premio Algaba con un libro sobre los guerrilleros españoles durante la guerra de la independencia, *Como lobos hambrientos*, y estas dos querencias literarias están muy presentes en *Los libros de Plomo*, su último libro, un thriller con un trasfondo histórico y estructura de novela negra.

Un terremoto, que sacude violentamente Granada, es la señal de la naturaleza que da pie a un encadenamiento de sucesos que parecen presagiar el Armagedón, el fin del mundo. Un comando

yihadista, que reclama Al-Ándalus, liderado por El Emir, que se oculta en las Alpujarras siguiendo la senda del líder morisco Aben Humeya, prepara y ejecuta una espectacular acción en la ciudad de los dos ríos; los miembros de una secta cristiana, seguidores de un oscuro personaje al que le llaman El Mesías, levantan barricadas en el antiguo barrio morisco del Albaicín; un psicópata, al que bautizan como El Matador, sale de noche para cazar a sus víctimas. Y mientras, alguien sustrae los Libros de Plomo, guardados en la abadía del Sacromonte, que hablan del V Evangelio y afirman que los primeros cristianos españoles fueron los moriscos granadinos.

Martínez Laínez, con el oficio de sus muchos años de escritor, maneja la compleja materia argumental de esta novela sin que la narración decaiga en ningún momento gracias a unas cuantas descripciones magistrales (el terremoto inicial, la batalla de los geos capitaneados por Zarko y los yihadistas de Jalhed o los crímenes del Matador –«La mujer había sido casi decapitada. Un enorme tajo le he dejado la garganta al descubierto. La herida parecía arrancar a unos tres dedos por debajo de la oreja izquierda y tenía mucha profundidad. Eso indicaba que el asesino era diestro y había utilizado un arma cortante de grandes dimensiones»– son certeramente visuales y por sí mismos mantienen la tensión), una cuidada recreación de ambientes y un elenco de personajes bien trazados y creíbles como son el comisario Ayala, un policía correoso y de la vieja escuela que ya tiene bastante con intentar detener al Matador; una pareja del CNI, muy bien avenida, formada por Medina, un tipo curtido en la guerra de Irak, y Berta; Andrade, su jefe; y políticos muy reconocibles sacudidos por ese vendaval que se cierne sobre Granada y se une a la crisis internacional que todos padecemos.

Pero hay otros personajes que no son de carne y hueso y son fundamentales en esta novela: Granada, –«Más tarde, los agentes descubrirían que a pesar de su carácter hospitalario y abierto, en general, Granada no era un sitio fácil para relacionarse. Se trataba de una ciudad seria y reconcentrada en el fondo, con una invisible herencia a cuestras de prevención hacia el otro, el forastero»– su Alhambra y, sobre todo, el misterioso y fantasmagórico barrio del Albaicín que Martínez Laínez recrea con enorme acierto y lo convierte en el escenario inquietante de buena parte de la novela.

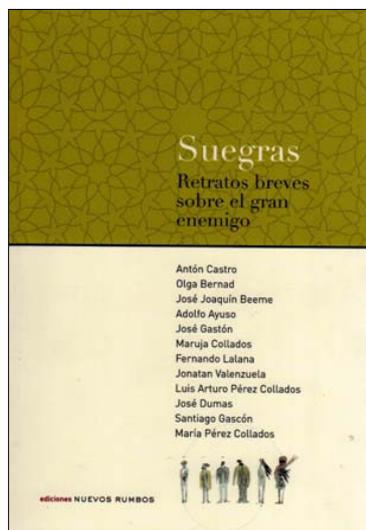
«Pero el Albaicín es otra cosa, ahí hay metido de todo: musulmanes, cristianos, marginales, obreros parados, drogatas, extranjeros, artistas de pacotilla anarcos, artesanos, contrabandistas, anti-sistema... De todo».

Los libros de Plomo es una novela coral que está contada desde los puntos de vista de sus numerosos personajes, imbricados en la naturaleza de la ciudad, y esto le permite a Martínez Laínez dar al lector una visión global y pormenorizada de todo lo que sucede, agilizar el ritmo de la narración.

La habilidad narrativa del autor consigue hacer creíble toda su trama y que, al terminarla, el lector no desee otra cosa que no se le ocurra a la realidad imitar a la ficción.

© © José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



SUEGRAS. RELATOS BREVES SOBRE EL GRAN ENEMIGO, de VV.AA.

Ediciones Nuevos Rumbos
Colección: Ópera Prima
Fecha de publicación: 2010
164 páginas
ISBN 978-84-93850-50-0

* * *

ROMPIENDO MOLDES

Supongo que al leer la palabra *suegra* resulta inevitable pensar en uno mismo y en todos los yernos y nueras del mundo. Contar la historia según le haya ido a uno. Según lo que le haya tocado en suer-

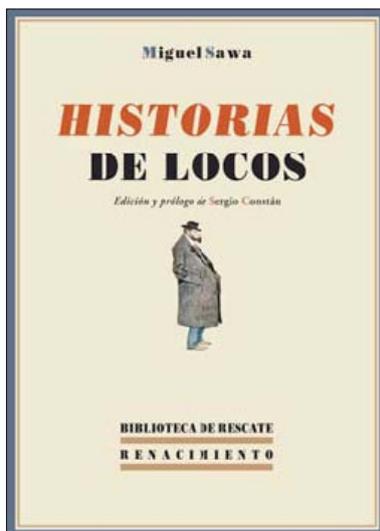
te. Y lo siento si rompo con la estadística mayoritaria, pero yo no incluyo a mi *suegra* en la lista de mis enemigos íntimos. Pero así presentado, tan sólo con ese título: *Suegras*, resulta una original y atrayente manera de realizar un estreno editorial: unir bajo ese inquietante nombre una colección de relatos. Título, curiosidad. Cebo para el anzuelo. Temática. Munición. Empirismo, anécdotas de bar y lugares comunes. Humor negro. Historias de género, batallitas, agravios, intromisión, terror psicológico y guerra fría.

Pero la finalidad de estas *Suegras* no son las leyendas urbanas sino la literatura. Y ese nombre es el punto de partida para mezclar ficción y *reality*, tópicos y lirismo, dosis de fantasía y experiencia. Diferentes miradas, escenarios, situaciones, patrones y moldes rotos sobre las *suegras*. Una parte de verdad y otra de pesadilla. Y eso lo cumple a la perfección.

Supongo que la misión, la utilidad de una antología es la de descubrirnos autores. Nuevos nombres, textos inéditos. Apuntar en la agenda y luego ir de caza a la librería. Y estas *Suegras* de Nuevos Rumbos me han servido para algún reencuentro y alguna confirmación, pero, sobre todo, para el descubrimiento de varios planetas con luz propia. Porque reconozco que, al menos para mi, la sola inclusión de Adolfo Ayuso en esa lista me bastaba para decidirme. Como el imán atrae al hierro y la luz a los insectos. Que leí su relato «Paralelismo» con devoción y hambre atrasada y me confirmó lo que ya sabía. Que estas *Suegras* me han permitido el reencuentro con María Pérez Collados y confirmar con su cuento ruso y poético lo que ya me había mostrado en su maravilloso «Diario de un invierno». Me ha permitido, con un relato espejo, repleto de reminiscencias literarias y machadianas, saber del escritor José Joaquín Beeme, artista editor de joyas de papel. Me ha descubierto a Olga Bernad y su aliento poético convertido, sumergido en una narración intensa y subliminal. Me ha regalado la sorpresa de leer a Fernando Lalana en un magistral relato alejado de la literatura infantil y que debo reconocer con vergüenza que descubro gracias a esta antología. Disfrutar con la tipología de las *suegras* de Maruja Collados en un relato desbordante de humor nacido de su máquina de escribir que me ha hecho reírme a carcajadas. A Luis Pérez Collados y su relato de pesadilla y normalidad en la que me vi peligrosamente identificado y me hizo buscar en los cajones de mi armario. Simpatizar, sufrir, sonreír y emocionarme con ese «Güisqui con hielo» de Santiago Gascón, el más realista de todos, el más doméstico, el que muestra mejor la difícil combinación, el complicado equilibrio, la relación entre familia e individuo. Todo eso y la extraña fortuna de ser además un libro ilustrado, propina, regalo; Palmira Morán, Quinita Fogué, dibujo, pintura, *collages*; otros nombres para descubrir el color y asomarse a otras ventanas.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



HISTORIAS DE LOCOS, de Miguel Sawa

Editorial Renacimiento
Colección: Biblioteca de Rescate
Fecha de publicación: 2010
135 páginas
ISBN 978-84-8472-568-8

* * *

El escritor Sergio Constan ha rescatado del olvido una colección de cuentos: *Historias de locos*, de Miguel Sawa (1866-1910) y nos presenta a su autor en la introducción *Miguel Sawa, a la sombra de una sombra*, una semblanza en la que Constan retrata la figura del escritor, del periodista y del hombre, admirador de Cervantes, amigo de Manuel Machado y comprometido con la causa republicana.

Historias de locos es un libro póstumo, Miguel Sawa falleció tres meses antes de su publicación en 1910 y, como indica el título, son historias de locos, contadas por locos, pues en la mayoría es el propio perturbado el que se dirige en primera persona al lector para explicarle la causa de su enajenación.

Enajenado es aquél que ha perdido su eje y todos podemos traspasar esa frontera invisible que separa la cordura de la chaladura. Miguel Sawa conocía la curiosidad que despierta el orate, el ido. ¿Qué convierte a una persona «normal» en carne de frenopático? Los celos, la venganza, el odio, una alucinación tomada por realidad, el amor, el dolor... Cada loco tiene sus razones y las cuenta sin pudor.

«Todos los males del hombre tienen su origen en el cerebro», dice el protagonista del relato *Un desnudo de Rubens*. Los esbozos de la locura que plantea Sawa en sus cuentos se enmarcan dentro de la corriente de moda a finales del siglo XIX, cuando la psiquiatría, la frenología o la neurología hacían furor y, como a Sawa, prendaron también a Maupassant o a Poe. Las narraciones carecen de atmósfera, son hechos desnudos y rápidos. No hace falta más para asomarse a la ventana de la cárcel de los locos.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com>



EL OFICINISTA, de Guillermo Saccomanno

Editorial Seix Barral
Premio Biblioteca Breve 2010
Fecha de publicación: 2010
201 páginas
ISBN 8432212822

* * *

Muy de tarde en tarde encuentro, como lector, una novela o un autor que me sorprenda, al que envidie, o que me deje desconcertado. La literatura, el arte de crear mundos y emociones mediante la combinación de palabras y la elección de las mismas, depara de cuando en cuando esas sorpresas. *El oficinista*, la novela con la que el argentino Guillermo Saccomanno ganara el premio Biblioteca Breve, es una de esas felices rarezas, una de esas maravillosas excepciones que encuentra uno en los, a menudo, trillados caminos de la literatura en donde las obras parecen clones de otras anteriores. Y es una novela, aparentemente, de una simplicidad extrema, de frases cortas, capítulos que llegan a la brevedad de media página y nunca exceden de las tres, pero cortante e intensa, escrita con un lenguaje depurado y sin adjetivos.

El oficinista (los personajes de la novela de Saccomanno, deliberadamente, carecen de nombres) es un ser gris y apocado, acuciado por una pronunciada renguera, que, como un autómatas, va a su lugar de trabajo todos los días y de éste a su casa sin el más mínimo atisbo de emoción. «No es la diferencia entre lo que fuimos y lo que somos lo que nos abisma, piensa. Es la pereza con que nos abandonamos a la degradación». En ese universo gris y kafkiano que es la enorme oficina en donde se realizan tareas absurdas, se cruza en su camino la secretaria, una mujer atractiva que abre una brecha de luz en su vida hastiada y poco importa que se la beneficie el jefe, una especie de ogro que decide sobre la vida y la muerte de sus empleados, si puede tenerla por unos instantes. Esa relación, muy física, pero también emocional, le saca, con sus destellos, de la podredumbre de su hogar en donde reina una esposa mórbida y sucia, a la que debe satisfacer sexualmente con la docilidad de un perro, y unos hijos a imagen de ella, a los que detesta, salvo al viejito, un ser escuchimizado y débil que le recuerda a si mismo.

Con estos mimbres, y un escenario terrorífico (por doquier explotan hombres bomba, el ejército patrulla las calles, la gente se entretiene con combates de kickboxing en los que los adolescentes se machacan hasta la muerte, por las noches las calles son pasto de legiones de vagabundos o de cabezas rapadas) Guillermo Saccomanno construye una novela angustiosa y desazonadora, una historia de amor tristísima, porque así lo son sus protagonistas, y recrea un mundo futuro que, por desgracia, parece muy posible y muy real y se parece peligrosamente al que habitamos.

No es un recién llegado a la literatura Guillermo Saccomanno (Buenos Aires, en 1948) y eso se nota en su estilo literario minimalista, trabajado a conciencia. Aunque aquí no sea muy conocido, allá ha publicado *Situación de peligro* (1986), *Bajo bandera* (1991), *La indiferencia del mundo* (1997), *El buen dolor* (1999). *La lengua del malón* (2003), *El amor argentino* (2004) y *El pibe* (2006), y con *77* (2008) fue galardonada con el Premio Dashiell Hammett en la Semana Negra de Gijón.

Kafka («Cuando reacciona, no sabe cómo vino a su hogar. Está boca arriba en el piso. La cría se ha reunido en torno a él, lo miran como a un insecto moribundo. Se babea al contemplarlo. Alguno lo toca con la punta del pie para ver si todavía está vivo. La mujer espanta la cría. Encolumna los obesos y los manda al colegio. Después se encarga de él. Tira de un brazo, se lo carga y lo lleva al baño. Lo mete bajo la ducha hirviente. Le da unos golpes de agua fría. Que embuche las aspirinas, le ordena. Y se termine el café negro. La mujer le limpia el pantalón, el traje, el sobretodo. Mientras espera en calzoncillos, sentado en una silla, con la taza de café, ella plancha su ropa. Lo rezonga y amenaza con la plancha») y Orwell («El amanecer, la bruma del amanecer. En alguna parte, una bomba. Después, sirenas. Otro día en la ciudad. Dos narcos en moto ametrallan un ministro. Casi a la misma hora, en un colegio, dos varones y una nena arman un bazooka y liquidan docentes y alumnos») reinan en los renglones torcidos de esta novela magnífica que atrapa al lector desde la primera línea, pero también hay ecos de una película lejana, de un ex miembro de Monthy Pitton, Terry Gilliam, que con *Brazil* recreó un universo muy parecido al que el escritor argentino alumbró en su novela.

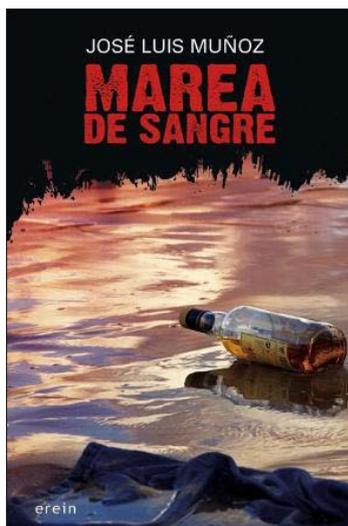
Maneja Saccomanno, con enorme eficacia, los recursos literarios. Extrae enorme partido de la prosa rítmica que suena con seca contundencia, golpeándote («Las tres de la madrugada en todos los relojes de la ciudad. Las tres de la madrugada en las calles mojadas. Las tres de la madrugada en los pórticos donde yacen los sin techo. Las tres de la madrugada en las estaciones del subte. Las tres de la madrugada en las plazas de cemento. Las tres de la madrugada en las autopistas desiertas. Las tres de la madrugada en los escombros llameantes del último atentado. Las tres de la madrugada en el campamento guerrillero. Las tres de la madrugada en los cuarteles. Las tres de la madrugada en las pistas de aterrizaje. Las tres de la madrugada en los hangares, los helicópteros quietos con sus hélices húmedas de sangre de murciélagos»), juega con el sentido de las frases, alterando su significado y esencia con requiebros extraordinarios en su orden interno («Un oficinista sueña que se queda dormido en el último viaje y sueña que es un perro. El perro se duerme. Y al despertar es el último oficinista que se ha quedado dormido en el último subte. Al despertar, la realidad es más terrible que antes del sueño. Porque al despertar es otra vez un hombre. Esta noche, al despertar en el fondo del último vagón del último subte tiene la sensación de que su destino está escrito. Se pregunta qué es más difícil, si despertar a uno que está dormido o a uno que, como él, despierto, sueña que está despierto»).

Original, estremecedora, a veces tierna y otras brutal, las páginas de *El oficinista* se devoran mientras se viaja por ese mundo infernal y totalitario que quizá estemos entre todos alumbrando.

«La sangre de los televisores no salpica. En todo caso, no físicamente. Su salpicadura es moral. Pero como la conciencia puede ser impermeable, a uno puede no afectarlo su visión. Lo mismo ocurre con el fuego. Una explosión, las llamaradas. Pero el fuego no se propaga: es una sensación atérmica. A menos que uno sea tan sensible como para enfebrece con esas imágenes. Pero nadie es tan sensible. Si las imágenes de la televisión pueden causarle fiebre a uno es por teleadicto, horas frente a la pantalla».

© José Luis Muñoz

<http://lasoledadadelcorredordefondo.blogspot.com>



MAREA DE SANGRE, de José Luis Muñoz

Editorial Erein
Colección: Cosecha Roja
Fecha de publicación: 2010
324 páginas
ISBN 978-84-9746-247-1

* * *

Las primeras páginas de *Marea de sangre*, esa presentación trepidante y directa del hecho que va a desencadenar la trama subsiguiente (la muerte de una joven extranjera que acaba de caer por un balcón), es una buena muestra del tono narrativo que va a caracterizar el resto del libro. *Marea de sangre* es sin ninguna duda una novela negra, una historia dura y sucia de pasiones confusas, crímenes violentos, traiciones desesperadas y cinismo, mucho cinismo. Estamos por tanto ante una obra de género que no reniega de las con-

venciones que le son inherentes y que gracias a la brillantez y la pericia de su autor, el experimentado José Luis Muñoz, ofrece al mismo tiempo una profunda y afilada mirada sobre la condición humana y, por tanto, sobre nuestras miserias cotidianas.

Hay varios aspectos que, más allá de la propia trama argumental que no conviene desvelar, convierten esta obra en un magnífico ejemplo de lo que debe ser una novela de género bien construida. En primer lugar, habría que señalar a los propios personajes, unos seres en absoluto uniformes cuya catadura moral nunca aparece del todo definida, individuos esquivos con abundantes claroscuros que en unas ocasiones parecen actuar movidos por sus instintos más básicos y en otras por sus más mezquinos intereses. Otro gran hallazgo de esta novela son los diálogos: precisos, sencillos pero enjundiosos, afinados, a veces incluso polisémicos, que al mismo tiempo contribuyen a dar agilidad al libro y a dotarlo de una siempre bienvenida vivacidad.

El personaje central de la trama, y alrededor del cual orbita el resto de personajes que irán apareciendo página a página, es el jefe de la policía municipal de Playa de Aro, Ismael Ortiz, un funcionario gris cuyo rutinario trabajo parece reducirse a poner multas a concejales corruptos y asistir impasible a las diversas vicisitudes que enturbian la tranquila vida invernal de un enclave turístico. Pero a pesar de su insistente búsqueda de la verdad, no estamos ante un personaje de moral intachable y principios inamovibles. Algunos rasgos sabiamente cincelados que aparecen a lo largo de la novela nos irán poniendo en aviso acerca de las distintas y a veces contradictorias peculiaridades que, como sucede con cada uno de nosotros, describen moralmente al personaje:

Pero cuando verdaderamente se sintió molesto, violento, asediado, fue cuando descendían por la prolongada bajada de La Llagostera, atravesando el valle cubierto de pinos por el puente elevado, y ella tomó entre las suyas la mano que tocaba el cambio de marchas, la apretó con cariño inusitado, y le susurró al oído, apoyando tiernamente la cabeza en su hombro.

–Te quiero. Te quiero tanto.

Se arrepintió entonces de no haber tardado un par de horas en llegar cuando intentó suicidarse. (Pág. 125)

La relación extraña, física, vibrantemente telúrica diría yo, que se establece entre Ortiz y su ayudante, la policía Marisol González, constituye también otro de los hilos principales de la historia, una relación confusa y fluctuante que Muñoz describe con minuciosidad y que le sirve para proponer al lector una desgarrada inmersión en el complejo mundo de las emociones y los intereses humanos. Valga como ejemplo este breve diálogo que en determinado momento tiene lugar entre ambos:

–¿Qué quieres?

–Hace días que no nos vemos.

–Nos estamos viendo, ahora precisamente –dijo ella, con hiriente ironía.

–Ya sabes a qué me refiero.

–Pues no hables de verme sino de acostarme contigo. ¡Hostia con los eufemismos!

–¿Cuándo nos veremos?

–Te dije que habíamos acabado, y lo mantengo. No me interesas, Ismael. Bajo ninguno de los conceptos, ni como amante.

–¿Hay otro?

–No voy a publicar mi vida privada en un bando del ayuntamiento. Olvídame, en serio. Piensa que soñaste.

–Eres una puta cabrona –murmuró, cerrando los dientes.

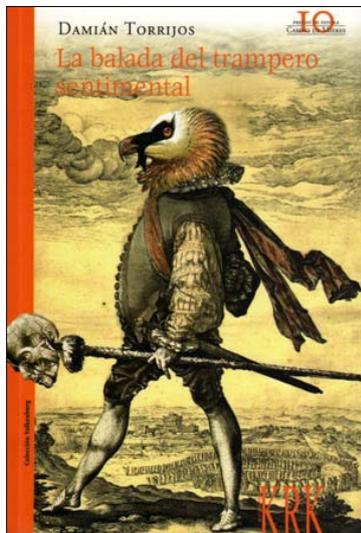
–Y tú un pobre hombre inmaduro y desnortado. Como todos. Creo que me haré lesbiana. (Pág. 283)

Pero el verdadero punto fuerte de la novela reside en el gran trabajo narrativo de su autor, José Luis Muñoz, un escritor que se expresa con manifiesta soltura dentro los márgenes de la novela de género y que en *Marea de sangre* hace gala de un perfecto manejo de los tiempos y da sobradas muestras de su talento para dosificar los elementos vitales del relato y mantener despierto el interés del lector hasta las últimas páginas.

Marea de sangre es una novela que se enmarca sin duda alguna entre lo más granado del género negro nacional, una novela que engancha desde sus primeras páginas y nos invita a no despegar los ojos del texto hasta alcanzar el brillante e inesperado final, un colofón perfecto para una excelente novela.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>



LA BALADA DEL TRAMPERO SENTIMENTAL, de Damián Torrijos

KRK Ediciones
Colección Valkenburg
Fecha de publicación: 2010
192 páginas
ISBN 978-84-8367-300-3
10º Premio de novela Casino de Mieres

* * *

DOBLE PERSONALIDAD

Esta *balada* es una novela desconcertante. Una narración contradictoria. Una novela de doble personalidad. Esta *balada* no es una novela complaciente. No es una lectura fácil. No es cómoda. No es asequible. No es una canción de verano ni un éxito para olvidar.

Es compleja y minuciosa, asombrosa y extraña, terrenal y fantástica, aterradora, inmisericorde y brutal. Esta *balada* es una novela dura, agotadora, enmarañada y laberíntica. Como escuchar el mismo idioma pero hablado con un acento con el que cuesta comprender. Es una novela intrincada, esforzada; una novela con una estructura sorprendente y original. Es un ejercicio de gramática y filosofía, retórica y teología, imaginación y creatividad. Es la fidelidad de Damián a un estilo, a su peculiar y personal manera de narrar.

Esta *balada* es una superposición de lo antiguo y lo moderno, lo primitivo y lo primario, el latín con el inglés, lo simple y lo complejo, lo público y lo oculto, la apariencia y el engaño. El hombre convertido en animal herido, trastornado por el arrepentimiento y la soledad. Esta *balada* es una novela de contrastes. De prosa brillante, descriptiva, irónica, deslumbrante y detallista por momentos. Una *balada* en la que Damián es cartógrafo, geólogo, botánico y escenógrafo. Es excursionista, psicólogo, guionista y retratista de un paraje agreste, laberinto físico y mental. La innegable capacidad de Damián para construir esta *balada* que es un espejismo, una trampa, una

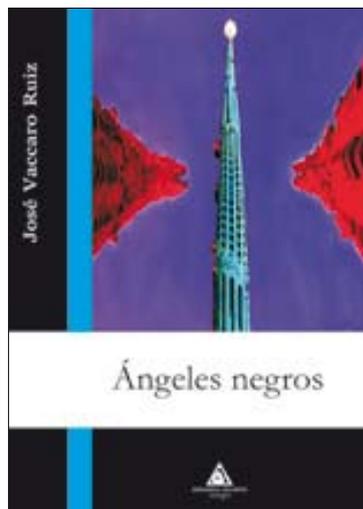
pesadilla. Un espejo y su falso reflejo, el cebo, el cebo y su mordedura. Una primera parte que se bifurca en dos caminos paralelos en la que creemos conocer y distinguir con claridad el bien y el mal. La cordura y la locura. Y una extraña alquimia, una disolución progresiva de esa cordura hasta un brusco despertar en la segunda parte con el que descubriremos el engaño y la verdad; el dolor y su implosión retardada, la locura y su ajuar, el delirio y la enajenación humana, su olor, su escenario y su final.

Y hay una parte de la prosa de esta *balada* que resulta embarullada, espinosa y árida. Porque darle texto y voz a la locura; recrearla, es un mérito descomunal, un agotador esfuerzo del narrador que sin embargo se ve recompensado con la desafectación. Porque ese lenguaje críptico, inescrutable, de cortocircuito; deviene en extrañamiento, mareo y aturdimiento.

Quizás se trate de inocularnos el terror a través de su confusión, de su desvarío y alucinación irracional. Quizás ese lenguaje confuso y mareante sea la fórmula por escrito más adecuada para huir de la evidencia del terror visual, pero su dificultad lastra la narración, le hace arrastrarse, reptar con dificultad, perder ritmo, tropezar. Mostrarse, por odiosa comparación a esa segunda parte de cuchillada y dolorosa revelación, como la cara pegajosa y espesa de esta sorprendente y estremecedora *balada*.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



ÁNGELES NEGROS, de José Vaccaro Ruiz

Ediciones Atlantis
Colección: Género negro
Fecha de publicación: 2010
390 páginas
ISBN 978-84-92594-22-1

* * *

Tener voz propia dentro del género negro que se escribe en España y huir del tópico no es nada fácil. La literatura negrocriminal, tan de moda en nuestros días, está incorporando nuevos valores que acceden al género con entusiasmo y reciben el premio de sus lectores. Son muchos y jóvenes. El de José Vaccaro Ruiz, un narrador al que no hay que perder la pista, es un caso extraño, un *rara avis* dentro del panorama. Puede que el haber llegado tardíamente a la literatura, con 65 años y una cabeza extraordinariamente bien amueblada, redunde en beneficio de sus novelas. Seguro. Vaccaro no habla sobre sí mismo, porque quizá ya se le pasó el tiempo, ni se deja seducir por experimentalismos, porque no le interesan y dificultarían las tramas de sus novelas, sino que se limita a contar historias que circulan deliberadamente por los límites de lo políticamente correcto, y es un ejercicio que hace extraordinariamente bien, con una prosa eficaz, a la que ni le sobra ni le falta nada y está siempre al servicio de una narración que no decae en ningún momento y fluye sin aspavientos.

Una serie de asesinatos, aparentemente inconexos entre sí, sacude el oasis catalán. Las víctimas, asesinadas de forma brutal y por diversos procedimientos, son renombrados políticos de los principales partidos del espectro más algunos profesionales aparentemente sin tacha. Jover, un investigador desencantado, se pone a indagar la desaparición de una de ellas y descubre un inquietante nexo que une todas esas muertes mientras el peculiar asesino sigue con su frío trabajo con intención de culminarlo.

Cuida con mimo José Vaccaro Ruiz el escenario de su novela, consciente de la importancia que tiene el paisaje sobre el paisanaje, por lo que *Ángeles negros* está bien surtida de descripciones de algunos de los barrios por donde discurre («El Raval es un reducto urbano insertado en el corazón de la ciudad de Barcelona adonde nadie acude con intención de hacer relaciones públicas. Si un oasis es para un desierto una zona de vida en medio de la muerte, el Raval es, para Barcelona, un agujero negro en mitad de su universo de diseño. Allí la gente se cruza procurando no mirarse, como una forma de evitar problemas. Donde no esperas que nadie te dé nada, al contrario, que te

lo quite si puede, no hay interés en ser sociable»); confiere debida encarnadura a sus dos protagonistas, el asesino en serie, que se venga así de su lamentable estado de incontinencia intestinal (no es muy normal un criminal que use pañales y ése es un detalle chocante, pero no baladí, que explica su venganza implacable), y el correoso investigador, cuyas vidas transcurren en paralelo, y eso no solo lo hace a través de precisas descripciones físicas de ambos, muy naturalistas, sino también, sobre todo, a través de un tratamiento impecable de unos diálogos que Vaccaro maneja con soltura.

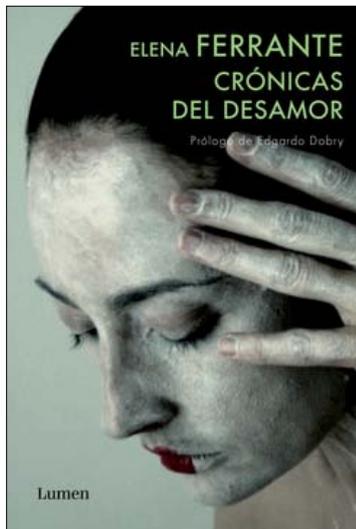
Ángeles negros es una excelente novela negra, muy ágil a pesar de su volumen de páginas, porque el escritor sabe soldar muy bien los pasos de su doblete protagonista, pero es también una demolidora crítica a la corrupción en todos los ámbitos de lo público, que Vaccaro parece conocer muy bien por su actividad profesional (abogado y arquitecto). El novelista dispara con arma de grueso calibre contra una clase política que no le inspira ninguna simpatía, de la que ya sabemos lo proclive que es a ser corrompida por el vil metal, pero de la que ignoramos sus más inconfesables vicios que son los que motivan la labor del justiciero y centran la novela. Vaccaro se convierte en un avezado guía de las cloacas del poder, y nunca, como en esta novela, el término fue tan acertado.

El protagonista de *Ángeles negros*, el encallecido investigador Juan Jover, es todo un feliz acierto; tiene rasgos del Méndez de González Ledesma, porque perteneció a la franquista BIPS y no se arrepiente de ello, y del Carvalho de Vázquez Montalbán, porque, como aquel, se refugia, de cuando en cuando, en la gastronomía y en la buena bebida, pero en su desencanto vital no es tan inocente como sus ilustres predecesores y le aleja de ellos su ácida visión de la sociedad y la ausencia de ternura.

Bienvenidos ambos al club de la novela negra: autor y personaje. Y bienvenida una literatura que entretiene mientras denuncia y deja un sabor amargo en la boca.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



CRÓNICAS DEL DESAMOR, de Elena Ferrante

Editorial Lumen

Fecha de publicación: 2011

512 páginas

ISBN 978-84-264-1845-6

Traducción: **Juana Bigozzi, N. López Burell y Edgardo Dobry**

* * *

...Un cuerpo de mujer hace mil cosas distintas, trabaja, corre, estudia, fantasea, inventa, se agota, y mientras tanto los pechos se agrandan, los labios del sexo se hinchan, la carne palpita...

En el libro *Crónicas del desamor* (Lumen) se reúnen las tres novelas escritas por Elena Ferrante publicadas entre el año 1992 y el 2006: *El amor molesto*, *Los días del abandono* y *La hija oscura*.

Tres magníficas novelas que laten dentro del lector. Elena Ferrante demuestra en las tres que tiene el poder de angustiar, molestar, atrapar y reflejar al lector. Es el retrato del universo femenino más agudo, incisivo, auténtico que podemos encontrar en la literatura actual.

Elena Ferrante no utiliza subterfugios, ni tretas para engatusar al lector, es mediterránea, es de llamarle al pan pan y al vino vino, solo hay que leer para comprobarlo las escenas de sexo que resultan reales, tangibles, sin volantines, ni eufemismos, del mismo modo hurga, retrata y muestra el interior de las mujeres, llamando a cada sentimiento por su nombre.

El nexa de unión en las tres novelas son las filias y las fobias que cada escritor posee y afloran de manera consciente o inconsciente en su obra. Las de Elena Ferrante son la infancia, el influjo de la

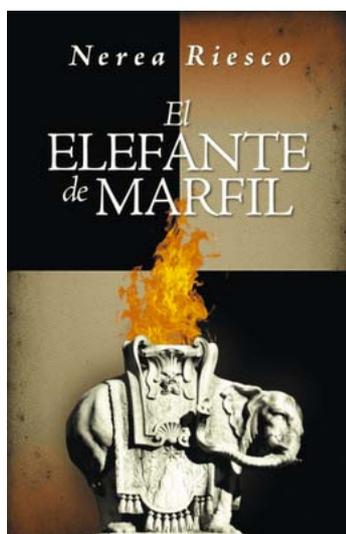
madre, el no dejarse solapar, ni dominar por ningún hombre, la aparición repetitiva en cada una de ellas de un hombre 15 años mayor que la protagonista como contrapunto, la lucha constante, dura, brutal por ser mujer con entidad propia y el no dejarse apagar o quedar difuminada tras un matrimonio y/o unos hijos. Elena Ferrante retrata espléndidamente esa batalla que es ser mujer con entidad propia a pesar de las circunstancias.

Una batalla dura pero que no está perdida y que vale la pena luchar, como demuestra en cada novela. Así pues Delia, Olga y Leda, las tres protagonistas, nos demuestran esa inmensa capacidad que posee la mujer de hacerse a sí misma, y si cae, alzarse de nuevo y volver a caminar más fuerte todavía.

Crónicas del desamor en una hermosa y acertada manera de conocer el universo femenino. Es un excelente retrato de la mujer mediterránea actual. Un libro que llega a convulsionar por tanto su lectura viene a ser imprescindible y si todavía el lector tiene dudas, hay algo de Elena Ferrante que aún puede impresionarlo más: nadie la conoce. Su único retrato, su única biografía, la única forma de mostrarse al mundo es la que podemos obtener de la lectura de sus novelas.

© María Aixa Sanz

<http://mariaaixasanz.blogspot.com/>



EL ELEFANTE DE MARFIL, de Nerea Riesco

Editorial Grijalbo
Colección: Novela Histórica
Fecha de publicación: 2010
542 páginas
ISBN 9788425343056

* * *

Es Nerea Riesco, con dos novelas en su haber que preceden a ésta, *El país de las mariposas* (premio Ateneo Joven de Sevilla) y *Ars Magica*, una de las más exitosas autoras de novela histórica de este país, género por el que transita con pericia extraordinaria pese a su juventud, y se acerca a él, uno de los más populares en la actualidad, junto a la novela negra, con el rigor de quien antes de ponerse ante el teclado del ordenador se documenta de forma minuciosa, filtra esa ingente información, cogiendo lo que le interesa, y lo adereza luego con la pasión por la escritura que traslada luego al lector.

El elefante de marfil se inicia con una catástrofe sísmica, el terremoto de Lisboa que se sintió en Sevilla, y, a través de los miembros de una familia de impresores que regenta el negocio *Aquí se imprimen libros*, los Haro, traza una saga que recoge la vida de la capital hispalense, ciudad de adopción de la autora, durante parte del siglo XVIII y XIX. Un recorrido por las costumbres de una ciudad y una intriga, que se oculta en una de las partes de la catedral, que habla de una partida de ajedrez jugada durante la dominación musulmana de la ciudad y aplazada en el tiempo y de cuyo resultado depende el destino de La Giralda, son el núcleo de esta novela. Aparentemente.

El desastre comenzó a las diez en punto, de la mañana. Las campanas de la Giralda tañían solas, como locas. Los bancos del templo se agitaban sin importarles el peso de los fieles que estaban sentados sobre ellos y los que estaban de pie cayeron sorprendidos porque la tierra les faltaba. El púlpito amenazaba con descolgarse de su columna y un par de monaguillos asustados se acercaron tambaleantes al padre Zacarías para ayudarle a bajar la escalera.

Podría creer el lector que *El elefante de marfil* es un thriller histórico, de los muchos que se publican con enorme éxito desde que Dan Brown dio con la piedra filosofal en *El Código da Vinci*, pero

eso sería reducirla. O una novela sobre el noble juego del ajedrez, como indica su portada. El juego de los escaques, como forma incruenta de dirimir las disputas, y la intriga por descubrir las reglas del juego en algunos motivos arquitectónicos de la catedral de Sevilla, son excusa argumental, pero no es lo esencial. Por encima de intrigas, misterios y claves que descifrar hay una novela de amor, o de muchos amores, porque los personajes femeninos de *El elefante de marfil*, los Haro, mujeres enérgicas y racionales, se enamoran de amantes aventureros que les insuflan irracionalidad y pasión amorosa. Como en las novelas de García Márquez (hay algunos referentes al realismo mágico) las vidas se repiten, de generación en generación, y los miembros de esa familia novelada se pasan el testigo sentimental. Y es en la descripción de los estadios de la pasión amorosa en donde se hace más patente la prosa sensorial, exquisitamente cuidada, de Nerea Riesco. El lector ve a los amantes, escucha sus suspiros, participa de su éxtasis.

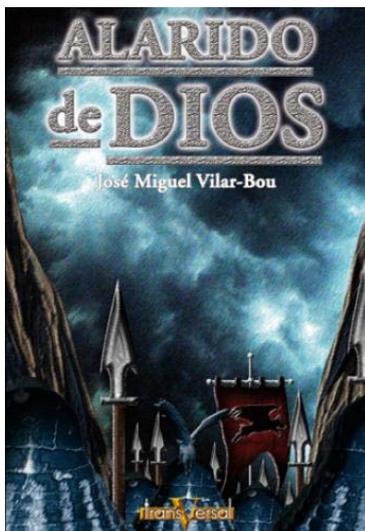
León la recibía jovial, apretándose contra su cuerpo. La besaba en los labios, le lamía la lengua, le robaba el aire. Se colocaba tras ella y desabrochaba uno por uno, con tranquilidad pasmosa, la infinita hilera de minúsculos botones que sujetaban su enlutado vestido, desde el cuello hasta la cintura. Después empujaba suavemente la tela y acariciaba con la yema de los dedos la delicada ropa interior alargando ese momento, conteniendo el deseo.

Una narración tan ambiciosa no sería posible sin unos personajes que la hicieran creíble, y por los que el lector sintiera empatía, y un territorio perfectamente descrito. El costumbrismo no pesa, sino que ilustra, porque Nerea Riesco reconstruye ante nuestros ojos, con una técnica literaria extraordinariamente visual, la Sevilla bulliciosa de aquellos tiempos con todo lujo de detalles, en la que no falta, expresamente, ninguno de sus tópicos (toreros, cigarreras, bandoleros...), y en cuanto a los personajes la autora los crea y cuida hasta en sus más nimios detalles, los hace hablar y andar por el escenario que reconstruye, amar, comer y divertirse. Julia, la viuda de Haro, la impresora que inicia la saga; León de Montenegro, su aventurero esposo; Abel, Guiomar, el malvado Cristóbal Zapata, que se consume en su amor no correspondido, o la mismísima mamita Lula, la sabia sirvienta africana, son algunos de los esos seres de carne y hueso que salen de la imaginación de la autora y transitan durante esos cien años de historia hispalense.

Sentimientos exaltados, envueltos en excelente literatura, que se convierten en un placer para los sentidos. Porque para los sentidos, para todos, parece haber escrito Nerea Riesco *El elefante de marfil*.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledadadelcorredordefondo.blogspot.com>



ALARIDO DE DIOS, de José Miguel Vilar Bou

Equipo Sirius

Colección: Transversal-Fantasia

Fecha de publicación: 2009

400 páginas

ISBN 978-84-96554-73-3

* * *

Alarido de Dios es un antes y un después en la literatura fantástica. Hay que empezar diciendo esto, de manera así de tajante, porque es lo que uno piensa cuando está leyendo esta novela, y lo que resuelve cuando la termina y reflexiona sobre todos sus puntos. Vervoék, último puñal de Ü, avezado guerrero con una palpable incontinencia verbal, debe emprender un viaje in extremis junto al refinado diplomático Dedekáer, para encontrar el objeto que salve el mundo de los hombres del Sur de la destrucción provocada por los demonios invasores. Esta pareja de antihéroes recorrerá tierras

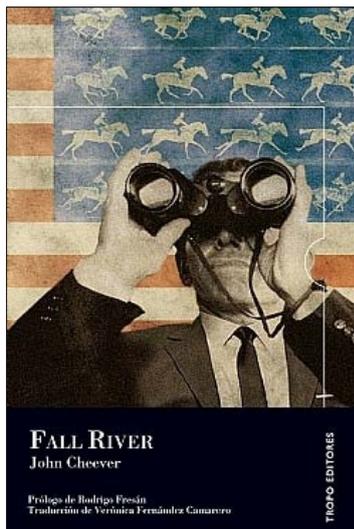
y ciudades a lomos de gigantescos cerdos voladores y arrastrando sus botas por un paisaje sempiternamente nevado. A lo largo de la historia trazarán contacto con antiguos amigos de la peor calaña y nuevos amores. Asesinos, yonkis y ladrones acompañarán a los dos protagonistas, alternándose la voz narrativa entre la tercera y primera persona constantemente y de la forma más natural, con una pericia sorprendente. Esta es una historia antiépica, dura como la vida misma, llena de altibajos, frustraciones, traumas, desengaños y mentiras. Nada que ver con los maravillosos mundos utópicos de los que estamos acostumbrados cuando hablamos de la literatura de este género. En sus páginas presenciaremos escenas muy duras, aderezadas con momentos de humor, comentarios ingeniosos y muy buenas figuras literarias que harán las delicias de quienes gustan de experiencias fuertes en la lectura y de la buena prosa. Es una obra irreverente con un lenguaje irreverente, en la que subyace una constante crítica a las sociedades humanas, tanto al embrutecimiento del ambiente rural como a la mansedumbre de las ciudades y de sus gentes. La historia es capaz de hacer reír, entretener y sobrecoger. Tiene grandes momentos de inflexión, como lo que les sucede a los amigos de Vervoék durante la estancia en los aposentos de Manoblanda, el carismático líder de los hombres del áspero Norte.

Ya con *Los Navegantes* y *Cuentos Inhumanos*, Vilar Bou demostró su valía como prosista, pero con *Alarido de Dios* ha demostrado una auténtica madurez literaria y se ha convertido en el referente nacional de la nueva literatura fantástica. El realismo sucio por fin llegó a las tierras imaginarias, y ya nunca desearemos haber vivido las aventuras del caballero protagonista, porque en la novela de Bou, nadie, y menos los personajes principales, salen indemnes, tanto física como psicológicamente. Con un ritmo perfecto, refleja un mundo en guerra en el que toda la gente se ha convertido en una hija de puta con tal de salir adelante, aunque siempre queda espacio para la amistad entre individuos diferentes. Un mundo donde las cicatrices del alma son tantas como las que deforman la piel. Un panorama plagado de sangre, sexo, asesinatos y miseria. En él tendremos oportunidad de ver criaturas aberrantes, como los Dagoones o las máquinas de carne, minuciosas descripciones de torturas que amedrentarían al mismísimo Ketchum, y tiernas y sutiles escenas de amor.

Un gran libro y un autor inconfundible por su estilo directo como un puñetazo, su realismo descarado y la personalidad con que dota a sus personajes.

© Óscar Bribián

<http://lasmentesperversas.blogspot.com>



FALL RIVER, de John Cheever

Tropo Editores
Colección: Voces
Fecha de publicación: 2010
200 páginas
ISBN 978-84-96911-24-6

* * *

Nadie como John Cheever (Massachusetts, 1912/Nueva York, 1982) para retratar el alma de Estados Unidos en los tiempos de la depresión, época que, leyendo los relatos que Trope incluye en *Fall River*, se nos antoja cercana y familiar. El llamado Chejov norteamericano, con gran acierto, fue también novelista, pero en donde se desarrolló con más brillantez fue en el campo del relato breve

alguno de los cuales, como *El nadador*, interpretado por Burt Lancaster y dirigida por Frank Perry, se convirtió en película.

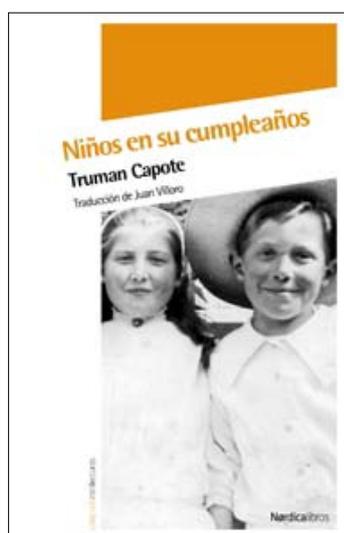
Los cuentos incluidos en esta antología vieron la luz por primera vez en revistas y tienen como nexo común el desarraigo, la desesperanza y la infelicidad. Cheever, con sus textos, sería una magnífico ilustrador de las obras pictóricas de Hooper porque cuando se leen sus relatos, algunos

más inspirados y otros menos (los relativos al mundo de las apuestas de las carreras de caballos quizá sean los que resulten más ajenos), al lector le embarga un indescriptible sentimiento de soledad y tristeza.

Algunos de sus piezas incluidas en *Fall River*, como la muy breve *Autobiografía de un viajante*, en el que radiografía con frases cortas y sajonas el estado de ánimo de un hombre que ha perdido su empleo y ya no volverá a tenerlo (*Cuando cumplí sesenta y dos años no tenía trabajo. No he vuelto a trabajar desde entonces. Me estoy haciendo viejo. Mi póliza de seguros venció. Mi dinero se ha desvanecido. Mi hermano y mi hermana han fallecido. Mis amigos están muertos. El mundo en el que sé moverme, hablar y ganarme la vida, ha desaparecido. El ruido del tráfico bajo la ventana de esta habitación amueblada me lo recuerda*), o *De paso*, éste un relato largo, la crónica de una familia que pierde su hogar porque el banco se queda con la propiedad —¡Cuánta actualidad en el mundo de Cheever, en esos relatos escritos hace sesenta años!— (*Ni mi padre ni mi madre parecían resentidos ni especialmente perturbados por abandonar la casa. Sólo hablaban de ello cuando alguien se lo recordaba o cuando había que realizar algún preparativo. Hasta entonces no había hecho nada. Mi madre quería que todo permaneciera en su sitio hasta el día de la mudanza. No parecían demasiado preocupados por el hecho de ser pobres*) son piezas maestras de la narración corta junto a *La oportunidad*, en donde una actriz primeriza rechaza su primer papel en una obra de teatro porque la considera infumable, o *Cena en familia*, crónica de una huída del hogar. El mundo de John Cheever causa profunda desazón porque el agudo retratista de la clase media norteamericana nos muestra un escenario sin solución por el que deambulan personajes aplastados por el peso de su fracaso que ya no tienen fuerzas para rebelarse y aceptan fatídicamente su destino, seres que son el espejo de este autor que escribió a brazo partido, bebió compulsivamente, arrastró una torturada bisexualidad, luchó contra la falsedad del sueño americano y sufrió e hizo sufrir a su familia, un universo muy cercano al que refleja la ejemplar serie televisiva de éxito *Mad Men*. Y lo hace el Chejov americano con una aparente sencillez narrativa en la que cada palabra está muy medida y tiene su exacto peso trágico y huyendo de cualquier énfasis.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



NIÑOS EN SU CUMPLEAÑOS, de Truman Capote

Nórdica libros
Colección: Minilecturas
Fecha de publicación: 2011
64 páginas
ISBN 978-84-92683-36-9
Traducción: **Juan Villoro**

* * *

Cuando Nórdica Libros creó la colección MiniLecturas, los lectores no fuimos conscientes de cuánto nos atraparía y aquí estamos esperando con ansia cada nuevo título, pues esa «minilectura» es todo un regalo.

Nórdica Libros ha estrenado el 2011 con un nuevo, pequeño y delicioso ejemplar de esta colección: *Niños en su cumpleaños* de Truman Capote. Un relato maravilloso, que se lee con absoluta devoción pues pocos relatos son tan perfectos, sorprendentes y prodigiosos como este.

Niños en su cumpleaños es un relato que da gusto leer y releer sobre la marcha, para no perder ripio, pues está plagado de matices que convierten la historia de Miss Bobbit en una obra única que merece toda la atención, ya que desde la primera frase el lector se sumerge en el relato y se olvida

del resto de la humanidad. Ante *Niños en su cumpleaños* solo importa la historia que nos cuenta Truman Capote, el resto del mundo no existe.

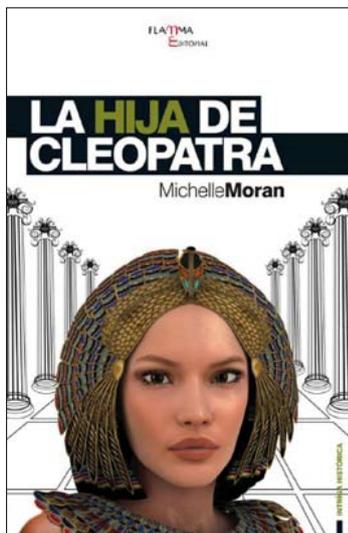
En *Niños en su cumpleaños* se aglutinan, perciben y afloran los cinco sentidos y al lector le es tremendamente fácil saborear el helado de tutti-frutti, oír la voz precisa y madura de Miss Bobbit, ver el polvo rojizo cubriendo el camino, tocar la fascinación que sienten ipso facto Billy Bob y Preacher Star por Miss Bobbit, y oler el aroma de las rosas Lady Anne de la tía El.

El revuelo que protagoniza la pequeña Lily Jane Bobbit, su carácter y su actitud de armas tomar, su voluntad para cambiar las cosas y su extravagante coherencia, hace de *Niños en su cumpleaños* una narración ante la que solo le queda al lector dos opciones: La primera, quitarse el sombrero y la segunda, aplaudir fervientemente.

Niños en su cumpleaños es una deslumbrante obra maestra.

© María Aixa Sanz

<http://mariaaixasanz.blogspot.com/>



LA HIJA DE CLEOPATRA, de Michelle Moran

Flamma Editorial
Colección: intriga histórica
Fecha de publicación: 2010
445 páginas
ISBN 978-84-937283-5-9

* * *

El auge de la novela histórica no es una moda pasajera. Recuerde el lector *Quo Vadis* del premio nobel polaco Henryk Sienkiewicz., *Ben-Hur* del norteamericano Lewis Wallace, *Los últimos días de Pompeya* de Edward Bulwer-Lytton, *Sinuhé el egipcio* de Mika Waltari o *El dios de la lluvia llora sobre Méjico* de László Passuth, entre otras muchas, pero ahora se publica muchísimo más en nuestro país y no son pocos los autores patrios que se apuntan al género.

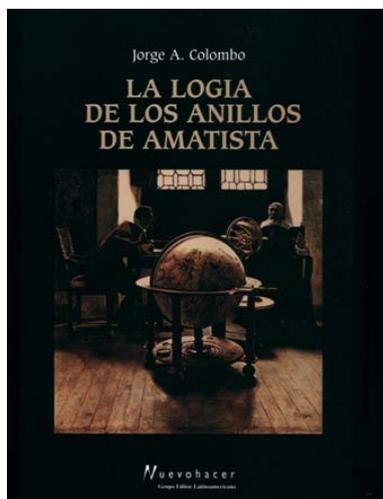
La historia de Roma da para mucha literatura (aconsejo al lector que no se pierda los libros magníficos que sobre ese imperio, determinante de nuestra cultura y que nos explica el presente, tiene escritos Pedro Gálvez). La norteamericana Michelle Moran aborda en *La hija de Cleopatra* los avatares de Selene y sus hermanos Ptolomeo y Alejandro, hijos de Cleopatra y Marco Antonio, cuando quedan huérfanos y son trasladados, en su calidad de prisioneros de lujo, a la Roma imperial por el vencedor de la guerra contra Egipto, Augusto, y confiados a Augusta, primera esposa de Marco Antonio. En Roma, Selene se ve envuelta en numerosas intrigas protagonizadas por un misterioso y justiciero defensor de los esclavos, que firma sus proclamas en el templo con el nombre de Águila Roja, y será testigo de la guerra de ambiciones y poderes que sacude la sociedad romana.

Con habilidad, soltura y buen ritmo construye Michelle Moran este thriller histórico en el que los ojos de la hija de Cleopatra, como extranjera, aportan su visión valiosa de ciertas prácticas bárbaras que le causan profunda extrañeza. Como en otras civilizaciones muy avanzadas, la cultura, el cultivo de las artes y el desarrollo del pensamiento no estuvieron reñidos con la crueldad, y la autora norteamericana nos ilustra, entre otras cosas, sobre el triste destino que sufrían las niñas no deseadas, que eran abandonadas en la columna lactaria (en donde algunas se salvaban por ser amamantadas por voluntarias nodrizas que se apiadaban de su situación) para ser reclutadas, siendo niñas, para los burdeles; lo que valía un esclavo, nada, alimento de las lampreas de los estanques; cómo se remataba a los gladiadores malheridos o los juicios públicos que llegaban a condenar a muerte a todos los siervos de un patricio por el delito de uno de ellos.

La hija de Cleopatra es una novela atractiva, bien escrita, con diálogos abundantes pero bien contruidos, perfectamente desarrollada de principio a fin y que cumple a la perfección con los requisitos de su género, el de deleitar instruyendo.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



LA LOGIA DE LOS ANILLOS DE AMATISTA, de Jorge Colombo

Editorial Nuevo Hacer
Colección: Narrativa argentina
Fecha de publicación: 2010
234 páginas
ISBN 978-950-694-875-7

* * *

ARTE Y CIENCIA EN LA ESCRITURA DE JORGE COLOMBO

El 6 de diciembre pasado en la Biblioteca Nacional tuvo lugar la presentación de *La Logia de los anillos de amatista*. Su autor, Jorge Colombo, es un prestigioso investigador en el campo de las Neurociencias. Pero además y desde joven Colombo es un artista plástico, y esta trayectoria a la que le puso la misma pasión que a su práctica científica lo instaló a los ojos de la crítica como un reconocido pintor argentino. *La Logia de los anillos de amatista* es una narración en la que tres intrépidos amigos, dos hombres y una mujer, emprenden una singular aventura para resolver el enigma cifrado en un anillo. En su itinerario los personajes deambulan al modo de las figuras hologramáticas con la posibilidad de situarse en tiempos y espacios diferentes. Descienden por pasadizos subterráneos y se llevan consigo al lector, retrotrayéndolo al tiempo de la América de la conquista, la Buenos Aires virreynal o al esplendor deslumbrante de las ciudades italianas del Renacimiento.

En estos *locus*, Colombo construye el relato con los diálogos de las figuras notables de cada época. Pero son además –y allí aparece la impronta del artista plástico– las descripciones del contexto las que sostienen también el enganche de la lectura. En la trama de la novela hay un rol protagónico reservado a la lucha por las ideas. Este antagonismo se despliega en la oposición de dos sistemas de creencias: ¿quién nos dice cómo es la realidad? El dogma sostenido en base al principio de la autoridad irrefragable (en este caso la que impone la Inquisición) o el discurso que deviene de una «epistemología de la observación», propia de la ciencia y el arte que florece entre los siglos XV-XVI y que tiene entre sus descolantes personalidades a Copérnico a Galileo a Kepler, a Botticelli... ¿a Leonardo?

Lo cierto es que Colombo, artista y científico, juega en ocasión de la escritura de esta novela con buena parte de su ideario acerca de la ética y la responsabilidad de la razón científica. En los parlamentos que los personajes intercambian con los protagonistas del Renacimiento se oye su propia voz: el autor expone su criterio, su meditado punto de vista sobre las vicisitudes del entendimiento humano y de aquellos que se atrevieron a buscarlo.

Algunas de estas claves se sugieren desde el título del libro. El autor asocia a la vez al conocimiento con la precaución comunicativa de una logia y con la belleza pregnante de la púrpura amatista. Acaso, porque una de las cualidades del conocimiento sea la posibilidad de subvertir el orden hegemónico del *statu quo*. Acaso, porque el conocimiento propone otras formas de la realidad, en armonía con las evidencias –única forma de acotar la desmesura de las verdades absolutas. Pero lo cierto es que en esta aspiración del equilibrio, (de la *sophrosine*) en relación al conocimiento no está de más una cierta «protección». Los griegos llamaban *amethystos* (sin ebriedad) al mineral magmático que disipaba los pensamientos errados (sin sobriedad) y refinaba la inteligencia y a la que se le atribuye proteger el buen juicio de quien la llevara consigo.

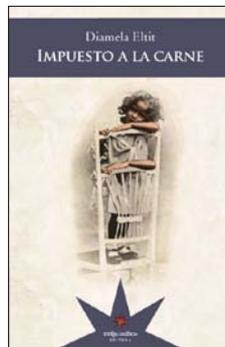
© Iris Uribarri

Familias como la mía

Francisco Ferrer Lerín

Tusquets Editores, 2011

Hijo de una importante familia burguesa en la Barcelona del tardofranquismo, Pablo Amatller abandona sus estudios de medicina el día que su padre deja el hogar, e intenta ganarse la vida con el dinero fácil de las timbas de póquer. En el servicio militar conoce a tipos decisivos: unos le iniciarán en la ornitología, otros acabarán captándolo para los servicios secretos, en un momento, las postrimerías del franquismo, en que se avecinan cambios profundos. A partir de entonces la vida de Pablo Amatller será todo menos aburrida. Tendrá que defender a sus compañeros naturalistas, empeñados en preservar las aves necrófagas, y a la vez colaborará con el ejército, o vivirá de cerca el atentado de Carrero Blanco. A través de sus diarios, donde además de sus peripecias, sabemos de sus lecturas o su escarceo sexual, el Pablo Amatller jugador, agente secreto y defensor de las rapaces se revela también como un obsesionado por la literatura y las mujeres, un singular hombre de acción, más superviviente que heroico, y un cronista involuntario de las maniobras secretas y la miseria moral de esos años.



Impuesto a la carne

Diamela Eltit

Editorial Eterna Cadencia, 2010

Diamela Eltit, la escritora chilena recientemente galardonada con el premio Iberoamericano de Letras José Donoso, vuelve a sorprender con una novela teñida de sangre, rencor y fraude. Con una prosa punzante, construye una sórdida y lúcida metáfora de los años de opresión y represión en Chile y el resto de Latinoamérica, un grito arrojado a la intemperie. Una madre y una hija, dos mujeres «bajas, feas, seriadas» y anarquistas, desde su precario nacimiento y durante doscientos años, han estado confinadas en un hospital que solo duplicó sus males. Maltratadas por médicos, enfermeros y fans, con toda una nación, un país, una patria en contra, se aferran una a

la otra. Ya desde el principio supieron que eran dos mujeres solas en el mundo, un mundo de pacientes severos o terminales, un mundo enfermo.

Crimen en el Barrio del Once

Ernesto Mallo

Editorial Siruela, 2011

Lascano, el Perro, un comisario de policía trastornado por la reciente muerte de su mujer, recibe un aviso: han aparecido dos cadáveres cerca del Riachuelo. Pero en el lugar del crimen descubrirá un tercer cuerpo que no tiene las características de los «fusilados» de la época, el de un prestamista judío del Barrio del Once. Investigar el caso no será fácil para Lascano... En esta novela policiaca, con el marco histórico de la dictadura y violencia política que vivió Argentina en los años 1970, policías, militares, jóvenes en la clandestinidad y miembros de la clase alta componen una trama en la que el juego de los personajes, la riqueza de las descripciones y los diálogos alcanzan una memorable potencia narrativa. Ernesto Mallo exhibe un dominio admirable de la mejor tradición policiaca al tratar este tema que conoció de primera mano, manteniendo de forma magistral el suspense en una historia compleja, ajustada al milímetro y que no da respiro al lector.



Hago pompas con saliva

Ana Elena Pena

Editorial Melusina, 2011

Hago pompas con saliva es un compendio de imágenes, relatos e ilustraciones formando un espumoso batido de inocencia interrumpida, sexo con sabor a helado, puñaladas certeras y jardines de infancia para niños grandes en el que practicar un ejercicio de equilibrio emocional continuo. Desgarro y ternura, ultra-violencia y súper-amor en un intento de ganar mil batallas a la mediocridad sentimental, donde el premio no es otro sino la satisfacción del camino recorrido. Es una feria de monstruos donde casi siempre es más monstruo quien mira que quien se exhibe sabiéndose extraño y sabiéndose solo.

Los sinsabores del verdadero policía

Roberto Bolaño

Editorial Anagrama, 2011

«El autor comenzó a escribir esta novela en los años ochenta y la continuó redactando hasta su muerte. Sus historias y personajes transitan por *Estrella distante*, *Llamadas telefónicas*, *Los detectives salvajes* y *2666*. Amalfitano, exiliado chileno, profesor universitario, viudo con una hija adolescente, nos descubre a través de la narración el desencanto político, su amor a la poesía, que le obliga a abandonar Barcelona tras un escándalo. Logra acogerse de nuevo a la universidad, pero esta vez en la lejana Santa Teresa, donde habitan oscuras historias de mujeres asesinadas o el mago Arcimboldi, que es asimismo un escritor francés y cuya obra narrativa despliega la complejidad de otra asombrosa literatura. Una novela apasionante y caleidoscópica, lírica e intensa, pero también cómica.» (J. A. Masoliver Ródenas).



Tanta pasión para nada

Julio Llamazares

Editorial Alfaguara, 2011

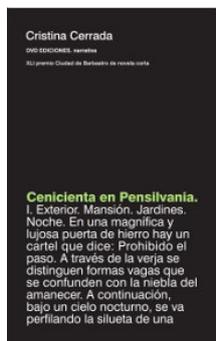
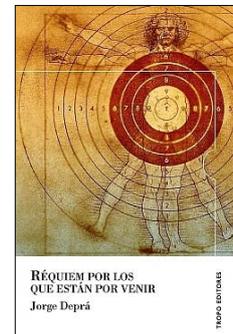
Esta recopilación de cuentos comprende la mayoría de los que he escrito desde hace años. En una época como esta en la que los escaparates de la librerías están llenos de libros de autoayuda y de novelas de entretenimiento, el título quizá sorprenda, pero hace honor a su contenido. Y a mi tradición nihilista: *En mitad de ninguna parte*, *En Babia*, *El río del olvido*, *Nadie escucha...* Un jugador de fútbol que se enfrenta al momento más decisivo de su carrera, un viejo napolitano que reencuentra al amor de su juventud antes de morir, un pobre hombre que quiere parar el mundo, un conductor que desaparece, una mujer que desvela el gran secreto de su existencia cuando ya es tarde... Los protagonistas de estos relatos son muy distintos, pero todos comparten la misma extraña condena: descubrir que la vida es una pasión inútil. Una pasión de la que forma parte el arte de escribir y de contar, que va unido al de leer y al de pensar, y que nos permite seguir viendo pese a que conozcamos su inutilidad.

Réquiem por los que están por venir

Jorge Deprá

Tropo Editores, 2010

La idea de matar a alguien traslada a un hombre hasta un lugar diferente, un lugar que ya no es un lugar. El hombre es el hijo del ilusionista, el mago más grande del mundo, y las ilusiones no serán ya trucos de magia sino auténticas vivencias que le llevarán a pedir cuentas al viento, antes de liberarse a quemarropa de la insoportable carga de ser consciente de todo absolutamente todo lo que está aquí ocurriendo. *Réquiem por los que están por venir* es una novela de estructura y argumento arriesgado, de gran trasfondo filosófico, donde, sin embargo, resuenan los ecos de escritores clásicos como Witold Gombrowicz, Marcel Proust o Robert Musil.



Cenicienta en Pensilvania

Cristina Cerrada

DVD Ediciones, 2010

Mary X., la actriz que protagoniza *Cenicienta en Pensilvania*, podría ser Marilyn Monroe de la misma forma que podría no serlo, porque los personajes y situaciones de esta novela remiten al lector a un mundo reconocible y familiar –los estudios cinematográficos de Estados Unidos, la sonrisa ante los focos y la desolación en el camerino, el éxito que no apaga el fracaso íntimo–, y, simultáneamente, en una consciente y perfecta pirueta narrativa, transforman estos referentes en una ficción sin tiempos, ni espacios ni personajes seguros y reconocibles. Mary X. se impone como una ficción de ficciones: una identidad múltiple, construida desde el cine, desde la literatura, desde países y tiempos distintos, y sobre todo desde la complejidad de la vida misma, origen de cualquier ficción. Cristina Cerrada narra entonces una existencia que, siendo claramente la de una mujer, trasciende la condición femenina; una existencia dialogando con el sinsentido que se oculta y se manifiesta en la cotidianidad familiar, laboral, social. Con un lenguaje claro y, al tiempo, cargado de fugas y matices, sirviéndose de técnicas narrativas que rompen la unidireccionalidad del relato, comprimiendo tiempos y espacios, la autora ha logrado un texto de poderosa intensidad.

La nueva taxidermia Mercedes Cebrián

Editorial Mondadori, 2011

La nueva taxidermia enlaza dos historias que giran alrededor de la reconstrucción de un pasado idealizado y de la gestión del yo en el complejo mundo contemporáneo. En «Qué inmortal he sido», la narradora y protagonista pone todo su empeño en diseccionar los espacios del pasado en los que disfrutó de algo parecido a la felicidad y coquetea con la idea de ser otra, la otra de su propio pasado. En «Voz de dar malas noticias», Belinda, la protagonista, también quiere ser otra, en su caso a través de sus muñecos, que utiliza como «voz ortopédica». De ese modo se explora la dificultad de hacerse responsable de la propia voz y de lo que por medio de ella comunicamos a los otros. Dos nouvelles extraordinarias que confirman a Mercedes Cebrián como una maestra de la literatura sutil y precisa, iluminando con su prosa el panorama de una nueva generación de escritores



En caída libre Rosa Ribas

Editorial Viceversa, 2011

Un accidente fortuito en el aeropuerto pone en alerta a la policía de Fráncfort. Algo extraño sucede en el mayor aeropuerto de carga del mundo y uno de los más transitados de Europa, y todo parece indicar que se trata de un turbio asunto de drogas. La comisaria Cornelia Weber-Tejedor, de padre alemán y madre gallega, se ofrece voluntaria para infiltrarse entre los más de 70.000 empleados que trabajan diariamente en este fascinante «enjambre» por donde cada mes circulan más de cinco millones de personas. Cornelia, que pasa por un momento personal delicado, adopta con ganas una nueva identidad que la aleja de su día a día, hasta que descubra que

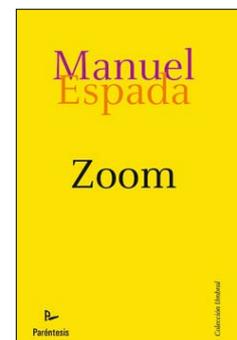
su vida está en peligro... Rosa Ribas nos vuelve a fascinar con una trama sorprendente y con su brillantez por crear personajes inolvidables y llenos de matices.

Zoom

Manuel Espada

Paréntesis Editorial, 2011

El fotógrafo se encuentra ante los restos de un campo de batalla inabarcable, con miles de caídos sobre el terreno. Mediante el visor de su cámara selecciona un fragmento de realidad. Acciona el zoom y escoge una porción: un charco de barro con una docena de cuerpos. Vuelve a girar el zoom para acercarse a la escena: un joven soldado flota junto a su arma. Una vuelta más y enfoca la mano derecha del muchacho. El chico tiene algo entre sus dedos. El pulgar y el índice sujetan una minúscula criatura con alas blancas. El zoom no da más de sí. Para capturar la imagen, el fotógrafo tiene que acercarse y utilizar la opción «macro» de su cámara. Este libro de microrrelatos utiliza un objetivo «macro», pero paradójicamente, en Literatura, al «macro» se le denomina «micro». Zoom es un libro con ciento y pico realidades a escala, ciento y pico novelas captadas desde tan cerca, que sólo podemos leer un párrafo. Zoom no fotografía el campo de batalla, Zoom enseña al pequeño ser alado que sujetan los dedos del soldado. Zoom no muestra el fuego de un océano en llamas, Zoom enfoca la mano del pirómano que huye por la orilla. Zoom no describe el bosque de rascacielos, Zoom se centra en el rostro de un ciclope trajeado que observa la ciudad desde una ventana. Como un zoom gigante. Como un gran «macro». Como un descomunal «micro». De la única manera posible. Acercándonos mucho. Acercándonos.



Ella está próxima y viene con pie callado

Ricardo Azuaje

Monte Ávila Editores, 2010

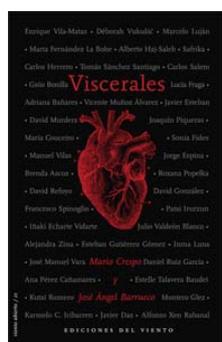
La comedia urbana y la sátira social encuentran en este autor uno de sus más altos exponentes, quien se ha esforzado en configurar un bestiario de criaturas cotidianas que atraviesan momentos de crisis y asisten a la caída de sus valores, alucinados, presas de confusión, empantanados en el curso de la vida violenta de la urbe o de la periferia. Los personajes de Azuaje aparecen inmersos en una retahíla de situaciones patéticas, narradas con una buena dosis de ironía, mucho de sarcasmo y un espléndido sentido del humor.

Caligrafía de los sueños

Juan Marsé

Editorial Lumen, 2011

A mediados de los cuarenta, Ringo es un chaval de quince años que pasa las horas muertas en el bar de la señora Paquita, moviendo los dedos sobre la mesa, como si repasara las lecciones de piano que su familia ya no puede pagarle. En esa taberna del barrio de Gracia, es testigo de la historia de amor entre Vicky Mir y el señor Alonso: ella, una mujer entrada en años y en carnes, masajista de profesión, ingenua y enamoradiza; él, un cincuentón apuesto que empezó frecuentando a la mujer para curarse de una lesión en el pie y ha acabado instalándose en su casa. Allí viven junto a Violeta, la hija de la señora Mir, hasta que sucede algo inesperado: un domingo por la tarde, Vicky se echa a las vías de un tranvía intentando un suicidio imposible y patético, mientras el señor Alonso desaparece para no volver. Lo único que queda de él es una carta que prometió escribir y que Vicky estará esperando y deseando hasta la locura, mientras Violeta mueve sus espléndidas caderas por el barrio, hosca e indiferente a los halagos.



Viscerales

VV.AA.

Editorial Ediciones del Viento, 2011

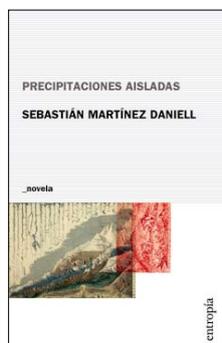
Viscerales es sobre todo rabia, sinceridad, corazón, hígado, riñones, calor y desnudez: un libro que contiene cuarenta ejercicios de honestidad literaria, cuarenta desahogos, cuarenta vaciamientos, cuarenta vomitonas. Diferentes estilos, diferentes tendencias, diferentes etiquetas, diferentes generaciones, diferentes autores, pero un único denominador común: la visceralidad sobre el papel. Selección y coordinación de Mario Crespo y José Ángel Barrueco. Entre otros autores, participan en este libro: Enrique Vila-Matas, Carlos Salem, Gsús Bonilla, Adriana Bañares, Vicente Muñoz Álvarez, Javier Esteban, Sonia Fides, Manuel Vilas, Jorge Espina, Brenda Ascoz, Roxana Popelka, Esteban Gutiérrez Gómez, Ana Pérez Cañamares y Déborah Vukušić.

Celacanto

Jimina Sabadú

Editorial Lengua de Trapo, 2010

Hay un mail que cuenta una historia acerca de unos niños en un campamento, de un niño malo desaparecido y de un niño que declara haber visto cómo un celacanto salió del agua y lo devoró. Unos niños que están lejos y unos padres que no saben bien cómo ser padres. Hay niños que sufren ser pequeños, que están solos, que viven sus fantasías, como todos los niños, que les duele la vida, como a todos los niños. XVI Premio Lengua de Trapo de Novela. Jimina Sabadú (Madrid, 1981) es licenciada en Comunicación Audiovisual y estudió cine en Nueva York. Esta es su primera novela.



Precipitaciones aisladas

Sebastián Martínez Daniell

Editorial Entropía, 2010

Napoleón Toole, protagonista y narrador de *Precipitaciones aisladas*, habita un archipiélago de geografía incierta llamado Carasia. Sobre ese paisaje se desarrolla su universo simbólico en el que se alternan, de modo inestable, discusiones sobre las guerras de la Europa decimonónica, un jardín cultivado por hormigas, la cuidadosa disección de la meteorología de Marruecos o una evaluación crítica del destino de los estoicos. Sin embargo, en el centro de su discurso se erige la figura de Vera, una mujer cuya presencia omnimoda y multiforme lo perseguirá en una excursión ferroviaria hasta un pueblo pesquero. A partir de ese viaje, y a semejanza de los egiptólogos a los

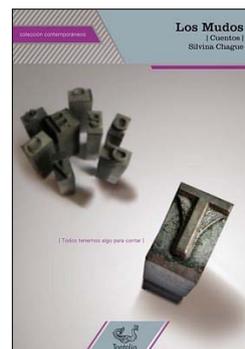
que en algún punto del relato elogia, Napoleón Toole también se lanzará en la búsqueda de una fórmula para desarrollar una genealogía del futuro y la reconstrucción inteligible de su historia. Tal como ocurría en *Semana*, su primera novela, Sebastián Martínez Daniell explora en *Precipitaciones aisladas* la fertilidad de la palabra y su propia capacidad para manipular los materiales de las enciclopedias y los mecanismos de la realidad. El resultado, lúdico y fantasmático, es una serie de radios convergentes en los que la alucinación, la memoria y los actos se traslucen a través de una poética de la fragmentación.

Los mudos

Silvina Chague

Editorial Tantalia, 2010

Todos tenemos algo que contar. *Los mudos* está hecho de voces de personajes que fueron atravesados por la última dictadura militar argentina de una manera lateral, sin heroísmos ni muertos, sin pena ni gloria, pero no por eso de una manera superficial. Una chica exiliada en Suecia, una adolescente que planea su viaje de egresados mientras transcurre la guerra en Malvinas, la efervescencia de la universidad con el retorno de la democracia, un bebé que nace el día del golpe del 76 muestran que la política está profundamente enredada en la vida cotidiana, colándose por sus pliegues en momentos insospechados. Y, desde la intimidad de cada historia, confirma lo que decía Brecht, aquello de que nadie puede considerarse fuera de la política porque hasta el precio del pan depende de ella.



Constatación brutal del presente

Javier Avilés

Libros del Silencio, 2011

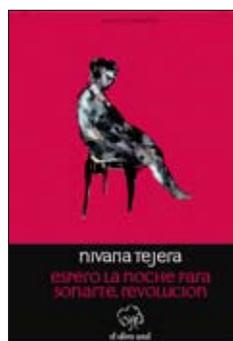
Seres condicionados y sin voluntad, sujetos experimentales de oscuras conspiraciones, víctimas de siniestras fuerzas, piezas de engranajes orgánicos... En este apocalipsis convertido en territorio narrativo todos narran y son narrados, y la memoria es ya incapaz de poner orden en un tiempo que no existe. Antes, durante y después del Fin, en las alturas del Edificio y en el subsuelo donde se esconde la Sección 9, en la habitación cerrada e inundada de hojas y en los páramos en ruinas, no quedan más que sujetos despojados de identidad en busca de una verdad inalcanzable e inexistente que sólo puede conducirlos a la constatación brutal del presente.

Un momento de descanso

Antonio Orejudo

Editorial Tusquets, 2011

Como un fantasma del pasado, Arturo Cifuentes reaparece un día en la vida del narrador Antonio Orejudo. Cifuentes es un viejo amigo de la facultad, con el que Orejudo compartió casa en Nueva York, cuando ambos encontraron sus primeros trabajos en Estados Unidos, y al que suponía ya establecido en aquel país. Han pasado diecisiete años desde la última vez que se vieron, Cifuentes se ha divorciado y ha regresado a España para ocupar un puesto en la facultad donde estudiaron. Y tiene mucho que contar: las relaciones con su hijo adolescente, la crisis de su matrimonio, su infausa peripecia profesional y, sobre todo, su desencanto profundo con las humanidades. El narrador, que recapitula también sus experiencias determinantes de aquellos años, no sospecha, sin embargo, que su viejo amigo quiere proponerle algo de más calado, que les afecta a ambos: desenmascarar a los farsantes, descubrir las raíces de una vieja y permanente conspiración.



Espero la noche para soñarte, Revolución

Nivaria Tejera

Editorial El Olivo Azul, 2011

Nivaria Tejera nace en Cienfuegos, Cuba. Al poco tiempo su familia se traslada a Canarias justo antes del estallido de la Guerra Civil. Su padre fue encarcelado por el régimen franquista –experiencia que narra *El barranco* (El Olivo Azul, 2010)– y regresan a La Habana. Nivaria huye de la Cuba de Batista rumbo a París, aunque volverá para apoyar a Castro. Desencantada, se exiliará a la Île-de-France. Si Zola pronunció *j'acuse*, Nivaria dirá *me ne vado*: contra la hipocresía y la injusticia, marcharse. En este texto sin género se funden la memoria del exilio y la sentimental y el testimonio con la poesía. Un libro rotundo e insobornable que reta a la muerte, a la indiferencia

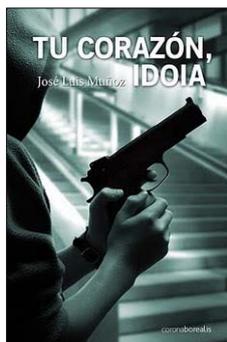
y al olvido. La voz de Nivaria Tejera se levanta frente al Poder anquilador del régimen cubano y lo desnuda, en ocasiones con lirismo y en ocasiones en tono paródico, pero siempre contra el silencio que las dictaduras le ha querido imponer.

Lágrimas en la lluvia

Rosa Montero

Seix Barral, 2011

Estados Unidos de la Tierra, Madrid, 2109, aumenta el número de muertes de replicantes que enloquecen de repente. La detective Bruna Husky es contratada para descubrir qué hay detrás de esta ola de locura colectiva en un entorno social cada vez más inestable. Mientras, una mano anónima transforma el archivo central de documentación de la Tierra para modificar la Historia de la humanidad. Agresiva, sola e inadaptada, la detective Bruna Husky se ve inmersa en una trama de alcance mundial mientras se enfrenta a la constante sospecha de traición de quienes se declaran sus aliados con la sola compañía de una serie de seres marginales capaces de conservar la razón y la ternura en medio del vértigo de la persecución. Una novela de supervivencia, sobre la moral política y la ética individual; sobre el amor, y la necesidad del otro, sobre la memoria y la identidad. Rosa Montero narra una búsqueda en un futuro imaginario, coherente y poderoso, y lo hace con pasión, acción vertiginosa y humor, herramienta esencial para comprender el mundo.



Tu corazón, Idoia

José Luis Muñoz

Corona Borealis, 2011

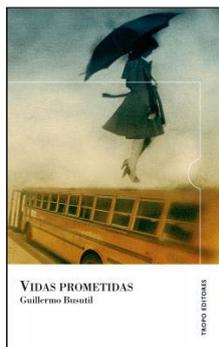
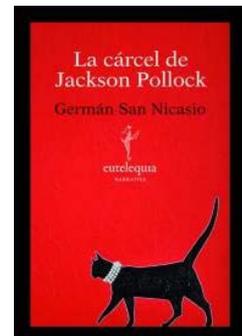
El Comando Barcelona de la organización terrorista ETA prepara un golpe espectacular en la Ciudad Condal. Pero no todos sus miembros están de acuerdo en provocar una masacre. Aitor, un liberado del grupo con años de experiencia y curtido en el tiro a la nuca, es un heterodoxo que no comulga con los atentados indiscriminados de ETA, pero acepta la disciplina y se somete a Idoia, la vehemente jefa del talde, una mujer tan atractiva como dominante que no admite la disensión entre los suyos. Entre Aitor e Idoia, enfrentados ideológicamente, se establece una relación de amor odio mientras se ocultan de las fuerzas de seguridad que estrechan el cerco alrededor de su madriguera. En ese ambiente, irrespirable, una cárcel con las puertas abiertas que no se pueden traspasar, se acumula la tensión, mientras Aitor repasa su vida pasada. El autor se adentra en el corazón de ETA y su entorno y describe con precisión los perfiles psicológicos de los terroristas, seres humanos que se obligan a sí mismos a cometer actos terribles en aras de un ideal imposible de alcanzar.

La cárcel de Jackson Pollock

Germán San Nicasio

Editorial Eutelequia, 2011

La cárcel de Jackson Pollock es la crónica nocturna de un renombrado pintor que vuelve a coger los pinceles después de una larga temporada sin atreverse a pintar. Se trata de un extraño personaje que lleva años obsesionado con un cuadro pero algo dentro de su cabeza le impedía ponerse manos a la obra. Ahora, anciano y enfermo, intuye que le queda poco tiempo de vida y por fin se decide a pintarlo. Sabe que será su último cuadro, por eso se entrega a la pintura sin miramientos, sin reparar en achaques y fatigas, y a lo largo de una noche, entre vapores de óleo y aguarrás, su memoria se alía con su imaginación para trenzar una historia de enfermedad, locura y genio donde los acontecimientos se suceden marcados por la pesadumbre de vivir y la angustia de la creación.



Vidas prometidas

Guillermo Busutil

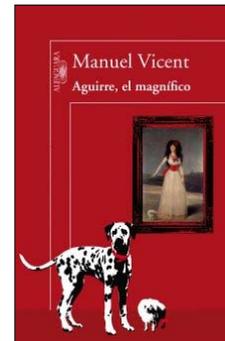
Tropo Editores, 2011

Vidas prometidas es el octavo libro de Guillermo Busutil, y en él se despliegan trece historias que hablan de promesas incumplidas y de obsesiones, de personajes que tratan de huir de una realidad defectuosa. En el mundo de Busutil, cualquier lector puede reconocerse, porque sus vidas contienen todas las vidas a través de los pequeños detalles cotidianos que las hacen reconocibles: un par de zapatos, una receta de cocina, un día de lluvia, un trabajo que nos marca... Todo ello, envuelto en una prosa limpia, impecable, que atrapa desde la primera línea. Busutil está considerado uno de los mejores narradores españoles de relatos breves.

Aguirre, el magnífico Manuel Vicent

Editorial Alfaguara, 2011

Este relato no es exactamente una biografía de Jesús Aguirre, sino un retablo ibérico donde este personaje se refleja en los espejos deformantes del callejón del Gato, como una figura de la corte de los milagros de Valle-Inclán. Medio siglo de la historia de España forma parte de este esperpento literario. Esta travesía escrita en primera persona es también un trayecto de mi propia memoria y en ella aparece el protagonista Jesús Aguirre, el magnífico, rodeado de teólogos alemanes, escritores, políticos y aristócratas de una época, de sucesos, pasiones, éxitos y fracasos de una generación que desde la alcantarilla de la clandestinidad ascendió a los palacios. Un perro dálmata se pasea entre los libros de ensayo de la Escuela de Fráncfort como un rasgo intelectual de suprema elegancia. Jesús Aguirre, decimotercero duque de Alba por propios méritos de una gran escalada, sintetiza esta crónica, que va desde la postguerra hasta el inicio de este siglo. Su vida fantasmagórica, pese a ser tan real, no puede distinguirse de la ficción literaria.



Contemplación del abismo Richard Parra

Borrador Editores, 2010

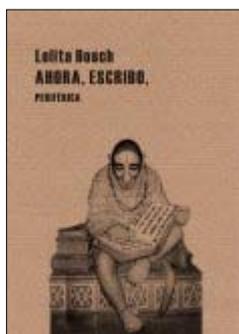
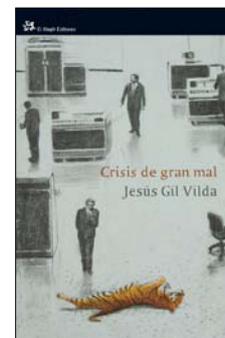
«En medio de espacios sociales completamente devastados, los personajes del conjunto de relatos "Contemplación del abismo" están allí ya para profundizar la tarea aniquiladora o bien para redimirse en el ejercicio de la violencia que los estructura. La implacable condición humana se despliega de manera incesante y corrosiva para recordarnos que la bondad se ha retirado de la faz de la tierra y no es más que un atributo mítico. Richard Parra construye una nítida y audaz forma de neorrealismo que no cede ni concede más que a su propio trazado. Un neorrealismo que devela una forma desviada del teatro de la crueldad que fuera promovido por

Antonin Artaud para apuntar el desalojo explosivo de la categoría de sujeto. Con la aguda intensificación de los signos literarios, Richard Parra nos propone, de manera brillante, que las situaciones límites son la norma oculta que ordena, habita e invade soterradamente el presente.» (Diamela Eltit)

Crisis de gran mal Jesús Gil Vilda

El Aleph Editores, 2011

Un hombre cae vencido por una crisis epiléptica en la recepción de un hotel de Madrid. Es Guillermo Alonso, un ingeniero de talento que ha escalado posiciones dentro de la multinacional Goodwin Chemicals en España. Su carrera internacional está a punto de despegar, pero para conseguir el merecido ascenso a Nueva York ha tenido que superar una última prueba de lealtad a la empresa: dismantlar la planta química que la multinacional compró en Puertollano y para la que él mismo había elaborado un minucioso plan de viabilidad. Convencido de que en ocasiones hay que ceder para, desde arriba, poder cambiar las cosas, Alonso emprende su ascensión hasta los elevados despachos de Manhattan. Pero allí no estará solo: la enfermedad que creía olvidada le acompaña.



Ahora, escribo Lolita Bosch

Editorial Periférica, 2011

¿Ensayo narrativo sobre la imposibilidad de la escritura, sobre el miedo a la creación? ¿Autobiografía fragmentada: la autora y sus «enfermedades»? ¿Declaración de intenciones para el futuro, para la construcción de un mundo, otro mundo, hecho con palabras pero cierto? No importa el género o tipo de este texto: en todo caso, está asentado, anclado, en la realidad. Tanto en la de la autora como en la de sus palabras, que son también las de muchos lectores, hasta componer algo así como una ampliación vehemente y muy particular del «léxico familiar» de Natalia Ginzburg, pero ahora envés y revés al mismo tiempo. La posibilidad y la imposibilidad de escribir, la enfermedad, la muerte, las desapariciones, la Necesidad con mayúsculas y la vida son los ejes de

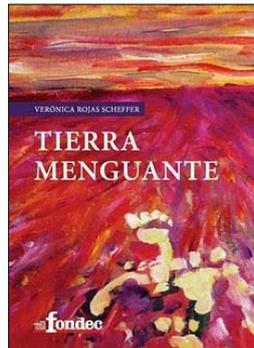
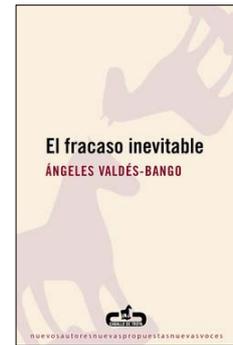
este sugerente ensayo en primera persona, crónica igualmente de unos años y de una forma de vivirlos donde la propia Literatura, también con mayúsculas, se convierte en medicina y cura en medio del desconcierto que ella misma produce. O que, más bien, produce la No Escritura.

El fracaso inevitable

Ángeles Valdés-Bango

Editorial Caballo de Troya, 2011

Una mujer intenta ser libre, independiente y razonablemente feliz en aquella España de los años cincuenta: sindicatos verticales y bigotillo chulesco de funcionario falangista o de poeta garcianietero; recatadas residencias de estudiantes más o menos universitarias; sexo con poco sexo, con mucho decoro y escaso frenesí; mucha iglesia, economías enjutas y aburrimiento de domingo por la tarde; el empleo oficial como horizonte; el cordón de mi corpiño, mi niño, que no te lo puedo dar y el matrimonio católico como unidad de destino en lo universal. Todo muy de época, muy de posguerra civil, medias de nilón y faldas topolino, muy kitsch a la española



Tierra menguante

Verónica Rojas Schaeffer

FONDEC, 2010

«Un libro que merece la pena. Para un lector exigente, el lector “macho” cortazariano, al que es más preciso denominar “lector activo”. Cuentos inteligentes para inteligentes, bien contruidos, sin que la narración dependa de la creación de ítems clarificadores del desenlace. Relatos con una estructura firme ambientada por la morosidad del detallismo, y de una prosa bien conjugada con un estilo sostenido por el poder de la precisión semántica. Habrá que estar atentos a Verónica Rojas Schaeffer porque nos puede brindar grandes obras en el futuro. Un futuro alentador que le espera al cuento paraguayo si sigue fomentando estos valores jóvenes en

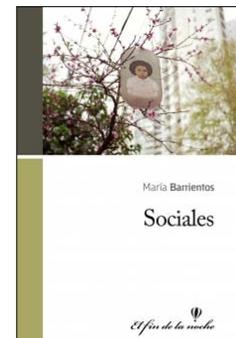
cuyas obras se aprecia conocimiento, inteligencia, riesgo sostenido y valor literario.» (Juan Ramírez Biedermann)

Sociales

María Barrientos

Editorial El fin de la noche, 2011

Los cuentos que componen *Sociales* podrían ser concebidos como una interrogación sobre la crueldad. Pero no cualquier crueldad. Se trata de la crueldad que está entramada en los dispositivos de poder de las instituciones sociales, empezando por la familia. Los relatos de Barrientos, escritos en primera persona, son historias protagonizadas por personajes con los que quizá no querríamos ni tomar un café: militares trasnochados y nazis, padres hipócritas que niegan a sus hijos, mujeres que sólo pueden amar a su mascota, drogadictos que quedaron descerebrados, y así sucesivamente. En estas subjetividades aflora lo siniestro de la sociedad argentina y su historia, iluminado por la prosa de la autora sin ninguna complacencia y con sabia ironía. A través de los recuerdos, las anécdotas, los chismes, *Sociales* construye una trama de relaciones que desnuda las traiciones, las diferencias de clase y la violencia, explícita o contenida, de una cultura burguesa que, afortunadamente, se está volviendo parte del pasado.



Asesinato en el club nudista

Roberto Malo

Ediciones Nalvay, 2011

«Roberto Malo no es de este mundo. No sé si proviene de una dimensión alternativa o de un universo paralelo. Pero el caso es que nos arrastra con él a lugares en los que la realidad está sutilmente pervertida y lo incorrecto es ser políticamente correcto; en los que la imaginación reina y en los que todo es igual pero nada es lo mismo. Y puedo probarlo, basta con leer *Asesinato en el club nudista*, allí encontramos un mundo cargado de intenso erotismo, fino humor, asesinos simpáticos, tramas subyugantes y desbordante imaginación. El autor deforma lo cotidiano y nos sorprende una y otra vez con detalles inesperados. Nada es lo que parece, ni siquiera la simple escalera de

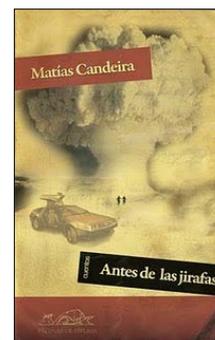
un edificio, o la esforzada profesión de asesino a sueldo. Roberto consigue que la vida se convierta en una trepidante película y nosotros seamos sus protagonistas. Nos hace vivir, escena a escena, argumentos disparatados e historias maravillosas en las que la locura impera y la diversión está garantizada. Y logra algo muy difícil: transmitirnos el sentido de la maravilla que todavía rige en el mundo en el que él habita.» (David Jasso)

Antes de las jirafas

Matías Candeira

Editorial Páginas de Espuma, 2011

Antes de las jirafas es un viaje a las mutaciones de la vida feliz que alguna vez tuvimos. Con su escritura irónica y demoledora, Matías Candeira te ofrece un safari por la oscuridad de nuestro origen, donde las nevadas carreteras de lo real quedan cada vez más lejos. Aquí encontrarás gente que te habla con la voz de los viejos cómics, la sombra al otro lado de la puerta, la luz radiactiva de The twilight zone y esas viñetas en las que Peter Parker llegaba tarde a una cita por atrapar a unos ladrones de banco. Pronto aprenderás a querer a estos monstruos que en realidad son tú. El nostálgico regreso a Baltimore de un asesino en serie para reunirse con su novia del instituto. Un padre y un hijo que cazan hombres a las afueras de una granja derruida. La amistad entre un buzo y un pervertido con gabardina que detesta los refugios antiatómicos. El viajero del tiempo que se transporta siempre al mismísimo bucle de su felicidad. Y, cómo no, criaturas de color amarillo, moteles, tentáculos dormidos bajo el mar, familias que no abren la puerta de casa a extraños.



Lucía o la fragilidad de las fuertes

María García-Lliverós

Plataforma Editorial, 2011

En julio de 1991, después de diez años, la periodista Lucía Serra regresa a casa, lo que la obligará a lanzar una mirada retrospectiva sobre un pasado del que no ha hecho más que huir. La muerte del padre, el desvelamiento de un secreto sobre sus orígenes y la traición de su amante contribuirán a determinar su futuro como mujer fuerte, cínica y autónoma. Lucía, Paloma y Lola, amigas desde la infancia, pertenecen a esa generación a la que los anticonceptivos y la independencia económica les proporcionó libertad. La aprovecharon, cada una a su estilo. *Lucía o la fragilidad de las fuertes* habla de amistad, amor, sexo y ética entre aquellos que lucharon contra la

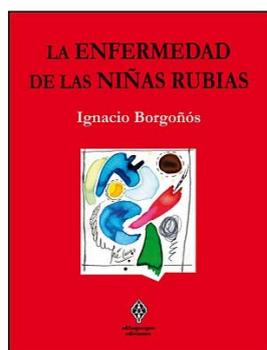
dictadura en su juventud y alcanzaron la madurez con la llegada de la izquierda al gobierno de la nación. Una fecha que marca el comienzo del desencanto y, con el tiempo, el triunfo del escepticismo.

Prontos, listos, ya

Inés Bortagaray

Ediciones Punto Cero, 2010

El viaje de una familia a bordo de un auto demasiado pequeño hila este desplazamiento hecho de encierro, calor y afán. En el asiento trasero, cuatro hermanos pelean por ir del lado de la ventanilla, pero obtenerla no amortigua los combates, las alianzas estratégicas, las acusaciones, los llantos o la risa. Desde adelante, los padres sostienen con esfuerzo una barricada de mandatos, mientras afuera, en la llanura, las vacas pastan y miran pasar el tiempo, estupefactas, los postes eléctricos se suceden y la espuma de mar parece cada vez más lejana. Con agudeza y humor, la voz de una niña aturrida irá descifrando los pormenores de la excursión familiar, dibujando en el camino un prontuario de gustos, anhelos e insurrecciones que evocarán en el lector las experiencias más vívidas y sutiles de la infancia. Con *Prontos, listos, ya*, Inés Bortagaray se revela como una de las escritoras más prometedoras de la narrativa uruguaya actual.



La enfermedad de las niñas rubias

Ignacio Borgoñós

Alfaqueque Ediciones, 2011

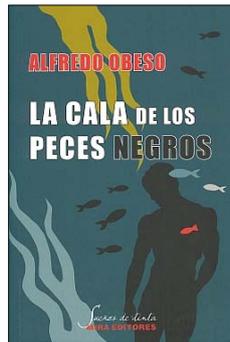
La enfermedad de las niñas rubias es un libro para ahondar en los caprichos del destino, en la curiosidad de las relaciones de pareja, saboreando en todo momento el gusto por una delicadeza a la hora de escribir y un compromiso por parte del autor con la Literatura, de la que nunca se aparta. La belleza, la infidelidad y el sexo se entrecruzan en estas historias que arrastran una metafísica del sentimiento y que nos hacen reflexionar sobre si la colocación de las piezas sobre el gran tablero de nuestra existencia es la correcta o no, sobre si al fin y al cabo son los pequeños detalles los que determinan un futuro difícil de enderezar, pero al que los protagonistas de estos relatos hacen frente con una dignidad envidiable.

El espejo roto

Beatriz García-Huidobro

Editorial Lom, 2011

En pasajes breves se van entrelazando la vida y recuerdos de tres mujeres relacionadas por un pasado común que solo se manifiesta al final. Son las voces de mujeres y sus vínculos poderosos y determinantes con los otros. Filiaciones por ausencia, por rencor y miedo, por omisión. Sus particulares historias fragmentadas, de a poco reveladas, descubren los secretos duros, las penas enquistadas, la soledad más radical. Cada una de ellas, a su manera y en su entorno, sobrelleva su existencia en una suerte de cautiverio impuesto y autoimpuesto que las obliga a arrastrar sus frustraciones y derrotas, sus amores inexistentes o perdidos, sus recuerdos, los engaños, el abuso impune en el mayor de los silencios.



La cala de los peces negros

Alfredo Obeso

Mira Editores, 2010

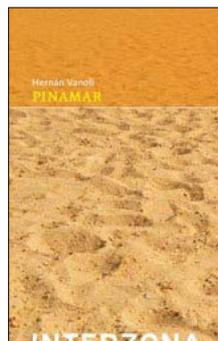
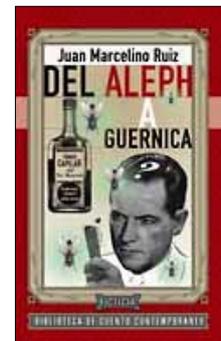
Jon, jefe de cocina de un mesón de Olite, va a cumplir cuarenta años. Cuando era más joven pensaba que, a esa edad, su vida profesional y personal llegaría a su máximo esplendor. Pero no ha sido así... Sus últimas parejas, sus hermanos y la vida en general le han dado la espalda. Para nuestro protagonista la vida ha dejado de tener sentido y decide solucionar su «problema» de una forma dramática. Para llevar a cabo sus planes, alquila un apartamento en la Costa Dorada de domingo a domingo, aunque solo piensa utilizarlo unos minutos, los primeros minutos de su estancia. Desea suicidarse en el mar; no en el que le vio nacer, pero sí en un mar. Y desde Olite, acompañado únicamente de su enorme gato blanco, se dirige en su coche deportivo a su destino final.

Del Aleph a Guernica

Juan Marcelino Ruiz

Editorial Ficticia, 2010

El signo distintivo de los cuentos de Juan Marcelino Ruiz es el humor. *Del Aleph a Guernica*, primer libro de narrativa de un autor asombroso, profesor de primaria en el norte del país, se mueve entre lo imposible y lo posible, entre lo ficticio y la no-ficción, para adentrarse en el relato de corte fantástico, histórico, urbano, rural, autobiográfico, crónica de viaje a la vez que remembranza de infancia, éxodo continuo en el que los personajes —no más extraños que el lector o el escritor de estas líneas; no más extraños que el padre de familia, la prostituta, el vendedor, el académico, el artista, el campesino, la mantenida, el cura o el sodomita, entre otros—, quedan al desnudo en un mundo de ilusiones perdidas, deseos insatisfechos, bajos fondos y posiciones seguras, marcados para siempre en un estatus que, más que divertido, suele ser agrisulce, irónico, cruel, en el que las verdades, sumergidas en un finísimo lente de aumento, saltan a la vista dentro de la mejor tradición humorística de la literatura mexicana.



Pinamar

Hernán Vanoli

Interzona Editora, 2010

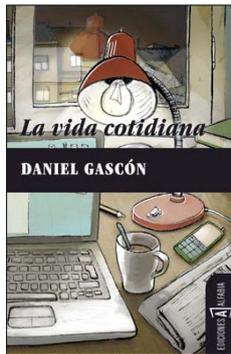
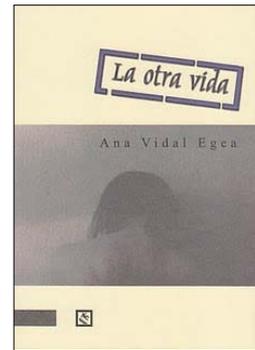
Escrita a través de dos diarios personales que se corresponden y se contestan, *Pinamar* es una novela hiperrealista y paródica. Entre el humor y el cinismo, y desde los escombros de una novela policial, se narran las vacaciones de un grupo de amigos durante el verano inmediatamente posterior a la crisis que culminó con el estallido de 2001. Es también la relectura de ese último verano, diez años después. «Esta última novela de Hernán Vanoli es un relato fragmentado (al mejor estilo *El museo de la revolución* de Kohan) en primera persona, que transcurre en dos ámbitos paralelos, el presente del protagonista por un lado y la redacción —en un tiempo anterior— de un diario que este le escribe a su hermano en España, por otro. Ambos planos tienen un punto de contacto, la mirada sectaria, antipopular, prejuiciosa y alienada del protagonista que oficia de joven exponente de clase media alta porteña, en una clave entre irónica y burlesca de un autor que raya por su lucidez.» (Manuel J. Pintos)

La otra vida

Ana Vidal Egea

Editorial Traspies, 2011

Los dieciocho relatos del primer libro de Ana Vidal están unidos por una misma premisa: «Todo se reduce a amor y miedo». La autora ahonda en la psicología humana desnudando mentalmente a toda una galería de personajes eligiendo un momento crucial en sus vidas. Narradas principalmente en primera persona, en cada historia se genera un halo intimista que podría confundirse con escritura confesional, siendo difícil discernir qué es realidad y qué ficción. La autora aborda la parte más oscura de la mente humana, la depravación, las familias disfuncionales y la soledad en una realidad grotesca; en ocasiones a través de una escritura personal e intensa, en otras haciendo uso de la ironía y del sarcasmo.



La vida cotidiana

Daniel Gascón

Ediciones Alfabia, 2011

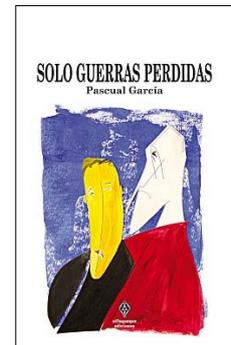
Una entrevista con una escritora termina de forma inesperada. Una ex novia aparece en el peor momento, con un banco de abdominales y la propuesta de volver juntos. Un joven escribe una carta de despedida a un amigo que se ha suicidado. Un guionista duda entre salvar a su jefe o dejarlo abandonado en la carretera. Una revisión en el dentista hace que una pareja se tambalee. Las historias de este libro tratan del aprendizaje y la pérdida, del amor y la infidelidad. Demuestran que hay algo divertido y profundamente emocionante en la vida cotidiana. Y que nada es tan perturbador como ella.

Solo guerras perdidas

Pascual García

Alfaqueque Ediciones, 2010

Un hombre armado llega a la sierra de Los Olmos, montado sobre una mula, con el propósito de entrar en contacto con un grupo disperso de milicianos huidos de la represión y de la derrota de la guerra, para proponerles un plan que cambiará por completo su existencia. En el camino va reencontrándose con mujeres que conoció algunos años atrás, cuando acompañaba a su padre en su labor de marchante y buhonero. El amor, el deseo, el miedo y la muerte se trenzan en un viaje casi iniciático en el que de una forma progresiva, el personaje no tendrá más remedio que enfrentarse de un modo dramático con sus propios fantasmas, con su sentido de lealtad y con las órdenes irrevocables que ha recibido en el campo de batalla. Ni la compasión ni la gratitud tendrán el poder de apartarlo de su camino, porque Aníbal Salinas no es un hombre cualquiera, es el símbolo de una guerra fratricida y despiadada, que terminarán perdiendo irremediabilmente todos los bandos.



El hombre del corazón negro

Angela Vallvey

Editorial Destino, 2011

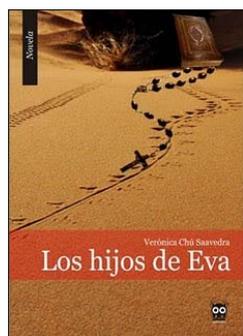
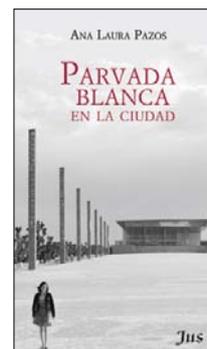
Más de 70.000 mujeres cada año son engañadas y sometidas a esclavitud sexual sólo en Europa. Este es un dato extraído de los periódicos, pero en esta novela todas esas mujeres se resumen en Polina, una adolescente nacida en Moldavia cuyas ilusiones comienzan a desmoronarse en un tético sótano de Estambul. Muy lejos de los sollozos de la pequeña, la historia comienza con la desaparición de los cinco gatos de la viuda Hergueta en un barrio residencial de la periferia de Madrid. Los vecinos rusos resultan los primeros sospechosos, ya que su actitud es huraña y misteriosa. Gracias a sus contactos, las quejas de la viuda encuentran finalmente eco en Sigríd Azadoras, una agente experta en artes marciales, a la que la insignificante desaparición de los gatos la llevará a adentrarse en el complicado entramado de las mafias del Este, una estructura que tiene sus raíces en el desmoronamiento político, económico y social de las ex repúblicas soviéticas. Una crónica desgarrada y aterradora del presente y una valiente crítica de una realidad que parece escabullirse ante nuestros ojos.

Parvada Blanca

Ana Laura Pazos

Editorial Jus, 2011

¿Cómo reacciona el ser humano ante la muerte? ¿La nostalgia? ¿Los años felices que jamás podrán regresar? *Parvada blanca* deambula por las posibles respuestas, por la marca indeleble de una pérdida, por la búsqueda pavorosa de la fantasía de encontrar un recoveco por dónde escapar. Una mujer que mediante pócimas logra recuperar su juventud durante el día para llorar y descarnarse por las noches con la vuelta a la realidad; unas niñas que muy pronto descubren que la vida no es un juego eterno; una mujer del futuro que vive entre la tecnología más avanzada y la terrible nostalgia de días más cálidos, un joven que buscando la libertad se tira de un puente para volar, un fotógrafo obsesionado con capturar el pasado para saberse con historia. Personajes en diferentes circunstancias que transitan por el dolor y la pérdida como parte de la vida.



Los hijos de Eva

Verónica Chu Saavedra

Editorial Casatomada, 2011

Ambientada en la guerra de Irak de 2003, *Los hijos de Eva* articula hechos reales que conmovieron al mundo -como el saqueo al Museo Nacional de Irak, el incendio de la Biblioteca, las consecuencias de la utilización de armas químicas o la muerte de periodistas bajo el «fuego protector» -con la historia de dos periodistas latinos que son secuestrados y cuya vida en el frente trastoca por completo su forma de ver la vida, su condición «humana». Narrada con un lenguaje claro y dinámico, esta historia resulta tan terrible como conmovedora; por ello es que esta novela se convierte en el referente inmediato de una época terrible en la que el ser humano lucha por

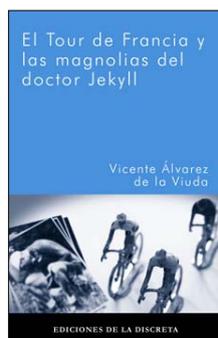
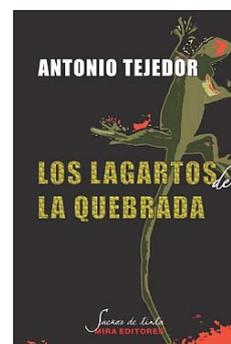
encontrarse a sí mismo a pesar de sus creencias y religiones, en tiempos donde la fe no se pierde a pesar del fragor de la batalla. *Los hijos de Eva* dejará más de una huella entre sus lectores: ha sido escrita para habitar y sacudir nuestros temores más humanos, y eso es algo que solo logran las grandes novelas.

Los lagartos de la Quebrada

Antonio Tejedor

Mira Editores, 2010

Se dice que de las guerras todos salimos perdedores, pero no es cierto. Algunos ganan, y mucho. La mayor parte de la literatura que refleja la época franquista se enfoca en la represión más visible: miles de muertos, heridos y represaliados. Pero hay otra más sutil; tanto, que parece no haber existido o no se ha tomado por tal. Esta es la que se vive en *Los lagartos de la Quebrada*. Miles de españoles que se vieron obligados a soportar una vida miserable, a pesar de haber resultado ganadores en la contienda. La historia de unas gentes que nunca entrarán en la Historia. La intrahistoria, que llamaba Unamuno. Personajes sumidos en el miedo permanente, supervivientes en el esqueleto económico, apartados de la cultura que les hubiese dado una posibilidad de salida a las penurias de cada día. Enrañables, sin embargo, maestros de la ironía y, a veces, del sarcasmo como eufemismos para poder sacar a la luz una frase de su pensamiento. Y bajo esta capa, también el valor del grupo, la audacia ante la fuerza del déspota, esa mínima esperanza.



El Tour de Francia y las magnolias del Doctor Jekyll

Vicente Álvarez de la Viuda

Ediciones La Discreta, 2010

El Tour de Francia y las magnolias del Doctor Jekyll es una novela llena de personajes misteriosos y fascinantes: el escurridizo y posesivo Doctor Leman, con su poderosa personalidad que atrapa a los que le rodean y sus manos de seda tersa para el masaje erótico; Claudia Bonano, ejemplo de erotismo, de seducción sentimental, de libertad femenina; Mistral, atormentado por un sentido ético que lo lleva al abandono y a la desesperación; Laura, que deja que una *web-cam* filme su vida; y, por supuesto, Brindisi, el periodista que lleva a cabo una investigación que es, al tiempo, un enfrentamiento con las propias carencias traumáticas y obsesiones. Brindisi está obsesionado

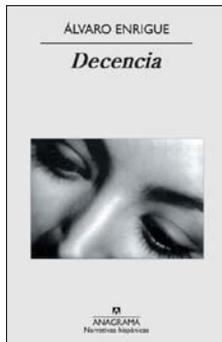
con las hazañas de los grandes ciclistas, con las historias de las *groupies* míticas del rock 'n roll, y, sobre todo, con las leyendas de aquellos que murieron sin morir o resucitaron tras una muerte incierta.

El perro que comía silencio

Isabel Mellado

Editorial Páginas de Espuma, 2011

Peces y espejos, colores esperando en los museos, celos, ombligos en fuga, amores oníricos, un masoquista que llora de oreja a oreja, son algunos de los ejes que conforman este libro desfachatado y tierno. Insólito y frágil. Como un concierto, El perro que comía silencio consta de tres movimientos: Mi primera muerte, La música y el resto y Huesos. Escritos en un tono lúdico e intenso, en estas páginas el lector transitará por una gran variedad de temas donde la música es quizá la única certeza. Isabel Mellado nació en Santiago de Chile y es violinista. Gracias a la beca Karajan pudo hacer veinte años instalarse en Alemania y perfeccionarse con el Concertino de la Orquesta Filarmónica de Berlín. Actualmente vive en Granada y Berlín. Sus textos han aparecido en la antología *Velas al viento* de Fernando Valls. *El perro que comía silencio* es su primer libro.



Decencia

Álvaro Enrígue

Editorial Anagrama, 2011

En *Decencia*, dos aspirantes a combatientes clandestinos hacen estallar una bomba en el consulado de los Estados Unidos en Guadalajara. Durante su trabajoso escape se encontrarán el pasado que los puso donde están, pero también el futuro que los espera (gane o pierda su causa). *Decencia* es una novela sobre la topografía del tiempo pero también una historia escrita con sudor y saliva. Un viejo es secuestrado por un par de revolucionarios en los años setenta. A un niño le estalla en la cara la Revolución mexicana de principios del siglo XX. El viejo recuerda al niño que fue; y el niño, al viejo que será. *Decencia* celebra y parodia las ambiciones de totalidad de las grandes

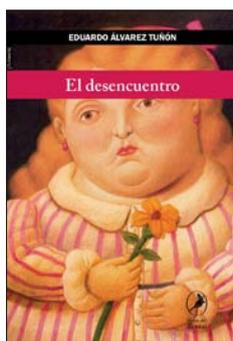
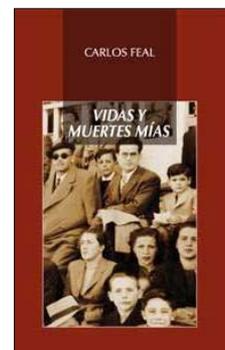
narrativas latinoamericanas. Es al mismo tiempo un *bildungsroman* subvertido por el caos de la experiencia recobrada y una *road novel* que dura cien años. Si algo ha distinguido los libros de Enrígue es la violencia con que replantea las fronteras de lo novelístico bajo una sola consigna: someter al tiempo –inexorablemente rígido y lineal– a la lógica mucho más plástica y flexible del lenguaje.

Vidas y muertes mías

Carlos Feal Deibe

Editorial Alfar, 2011

Tres narradores, Carlos, Xavier y Celso, cuentan sus propias vidas y las de sus amantes o mujeres respectivas. Asimismo cuentan las vidas de los otros dos. El paso continuo de un narrador a otro (otro yo) subraya la medida en que funcionan todos como dobles imaginarios de un ser único tras su aparente diversidad. También se dan paralelismos entre los personajes y parejas célebres, como las de Diego Rivera y Frieda Kahlo o J.-P. Sartre y Simone de Beauvoir, cuestionando audazmente mores sexuales y sociales. Parejas y tríos hacen y deshacen el amor; ejemplifican el poder de Eros, enfrentado constantemente a la disolución y la muerte, el poder opuesto. Al tema del amor y la muerte se une el del exilio o lejanía de la tierra natal. La acción transcurre en múltiples lugares (Estados Unidos, México, España) y queda enmarcada entre el final del franquismo y la destrucción, en 2001, de las Torres Gemelas de Nueva York, la ciudad donde acaban confluyendo y aunándose las tres vidas después de un largo periplo.



El desencuentro

Eduardo Álvarez Tuñón

Libros del Zorzal, 2010

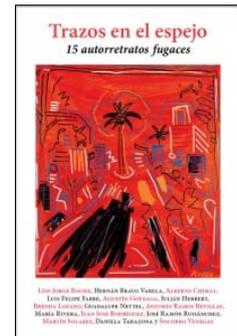
El desencuentro es una historia de amor y decepción, que puede ser leída, también, como una suerte de parábola sobre la corrupción. Escrita en un lenguaje poético que se destaca en el panorama de la narrativa actual, esta novela, próxima a ser llevada al cine, ha sido traducida a varios idiomas. Como lo señalara Guillermo Cabrera Infante, al comentar, en 1999, la primera edición, «...Eduardo Álvarez Tuñón ha escrito una novela para releer y nos ha hecho recordar que la verdadera tragedia, en el sentido griego de la palabra, es siempre obra de seres inocentes...»

Trazos en el espejo

VV.AA.

Ediciones Era, 2011

Quince escritores (narradores, poetas, ensayistas) menores de cuarenta años hurgan entre las huellas que han marcado su memoria y ejercen su oficio: escribir, construir, acosar, narrar, recrear, acaso inventar para ofrecernos este mosaico que se llama *Trazos en el espejo*. Rápidos esbozos narrativos de momentos clave, pasiones, dramas, pobrezas, aventuras librescas, escenas de lo cotidiano y lo singular. Entre la enfermedad y el dolor, entre la alegría y el gozo, estas estampas hablan de sus personajes, pero son también la trastienda de la creación literaria en el México del siglo XXI. Es este un libro apasionante, diverso, único que revela una generación nueva, distinta, dispuesta de modo original a enfrentar el mundo. Un vivísimo retrato de la literatura mexicana en su amplia geografía y la extraordinaria fuerza de sus individualidades.



Fiel

Sebastián Basualdo

Editorial bajo la luna, 2011

Una vez más, como en su primer libro (*Cuando te vi caer*, bajo la luna, 2008), Sebastián Basualdo se interna en un universo familiar disfuncional y complejo: conversaciones, situaciones y breves escenas, secuencias destacadas de una historia personal, se intuyen en estos relatos los ecos de una única saga. Como rastreando entre las astillas de un espejo quebrado por un golpe, los personajes intentan armar ese rompecabezas con la ilusión de encontrar al final una imagen comprensible de sí mismos. La mayor virtud de los relatos de *Fiel* es su funcionamiento en negativo, su capacidad de construcción narrativa por aquello de que no dicen y forma parte de una novela mayor, in-

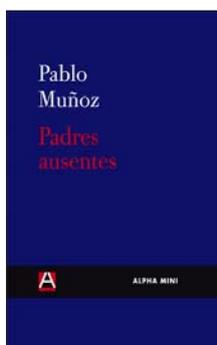
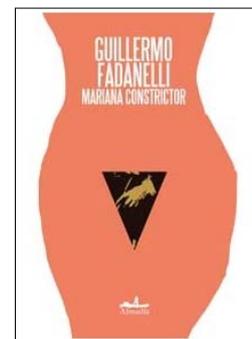
completa, que podría construirse por adición o, mejor aún, por omisión.

Mariana constrictor

Guillermo Fadanelli

Almadia Editorial, 2011

El nuevo libro de Guillermo Fadanelli recopila catorce relatos que el autor ha publicado en revistas y antologías, nacionales e internacionales, a lo largo de los últimos diez años. Por primera vez en su totalidad al alcance del lector, estos cuentos contienen la esencia del estilo preciso y la desencantada filosofía del autor. En el panorama internacional, Fadanelli se ubica del lado de los escritores como Bukowsky y Fante, quienes recorren los barrios bajos en busca de sobredosis de realidad y desesperación, y encarnan el recorrido de los ascetas modernos: outsiders, rebeldes de la vida acomodaticia, insurrectos al programa de las buenas costumbres. El autor de novelas como *Lodo* y *¿Te veré en el desayuno?*, reconocidas internacionalmente y en algunos casos llevadas al cine, es sin duda uno de los observadores más agudos de la vida en la capital del país; sus historias son el reflejo fiel de la realidad que impera en los estratos más bajos: cruel, inclemente, inevitable.



Padres ausentes

Pablo Muñoz

Alpha Decay, 2011

Lectores preadolescentes de cómics que descubren los primeros sinsabores de la vida en medio de familias desestructuradas fruto de la eclosión del divorcio libre en una improbable Era de Acuario ven florecer en sus mentes la posibilidad de que los superpoderes existan de verdad. Creadores de superhéroes cuyos viajes interiores pueden definir o explicar la Historia. Y, por supuesto, un montón de páginas de tebeos en las que se esboza una suerte de educación sentimental para millones de lectores jóvenes. *Padres ausentes* es una memoria autobiográfica escrita por un autor de veintidós años, un ensayo sobre una generación que ha crecido a la sombra de los mejores tebeos de

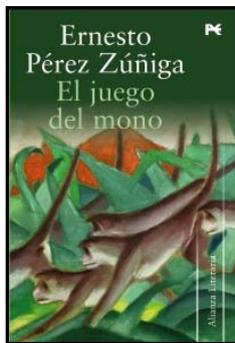
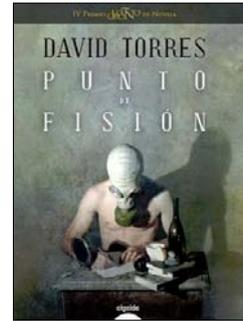
superhéroes y que es capaz de leerlos en un código novedoso. Conectando los talentos literarios de los singulares Jonathan Lethem y Michael Chabon con el del guionista Mark Millar, estrella de *comic-books*, Pablo Muñoz traza una ruta emocional que une como puntos de coordenadas en un mapa melancólico la obra de estos tres autores norteamericanos.

Punto de Fisión

David Torres

Editorial Algaida, 2011

Cuatro historias aparentemente inconexas se entrelazan en *Punto de fisión*. Una, un manuscrito ambientado en la catástrofe de Chernobyl y protagonizado por Sergei, un niño al que la mafia ucraniana obliga a penetrar en la zona contaminada para recuperar objetos valiosos. Dos, la prodigiosa peripecia vital de Leonardo Zubiri, un tipo anodino a quien un rayo está a punto de fulminar y que sin embargo sobrevive, transformado como efecto secundario en voraz lector y escritor de éxito, autor de extrañas novelas donde Franco se aparea con Frankenstein y la historia del mundo se cifra en los conflictos de una comunidad de vecinos. Tres, la súbita oleada de atentados terroristas contra edificios emblemáticos de la capital de España cuya investigación correrá a cargo del inspector Estévez, un atípico policía que habrá de enfrentarse a la acción criminal de un descabellado grupo independentista madrileño. Y cuatro, la narración en torno a la cual se hilará el resto: los oscuros tejemanejes del editor Matas y su ayudante en el negocio, la joven Julia, una extraña mujer que cambia continuamente de aspecto y lleva tatuado su cuerpo con poemas clásicos.



El juego del mono

Ernesto Pérez Zúñiga

Alianza Editorial, 2011

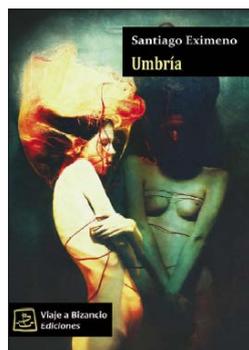
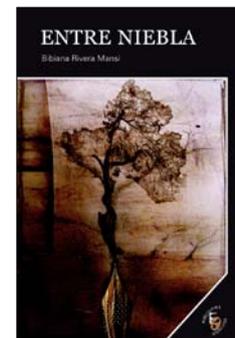
Montenegro, un profesor de Lengua proclive a dejarse llevar por sus instintos, acaba de ser destinado a un instituto de la Línea de la Concepción. Sueña con monos desde que llegó. Trabaja en un ambiente deteriorado por la droga y el contrabando. Para los alumnos, que no ven futuro en los estudios, es una forma de vida; para los profesores, una manera de vivir la renuncia y el desencanto. Sólo intima con la profesora de Historia, la Chica de la Nariz, dueña de un molesto perro celoso; y con una de sus alumnas, la Niña de la Ducha, que le tiene tan cautivado como la lectura de Lolita. En la casa que ha alquilado cerca de Gibraltar encuentra un sótano escondido. Descubre que allí estuvo un escritor, un hombre sin atributos, secuestrado según su manuscrito por una misteriosa enmascarada acompañada de un mono. Averiguar quién y por qué estuvo allí encerrado se convertirá en su obsesión.

Entre niebla

Bibiana Rivera Mansi

Ediciones Oblicuas, 2011

Hay novelas que gritan, atropellan, su ritmo nos arrastra con la fuerza del oleaje y nos arroja, exhaustos, a la playa; otras nos obligan, con la racionalidad de la filosofía, a reflexionar y cuestionarnos; algunas más susurran, emocionan. En esta novela, Bibiana Rivera Mansi, fiel a su sino de nómada de la imaginación, teje una historia con hilos de telaraña. Como la niebla que tanto menciona, sus frases de ligereza engañosa van dejando caer pistas, las que busca el padre de la narradora: «Me enseñaron a seguir las huellas del venado, pude identificar su aliento a través de la neblina y el golpe de su patada al detenerse». La figura de este hombre domina la historia, así como la existencia y la memoria de la protagonista sin nombre que poco a poco se devela frente un interlocutor sin voz.



Umbría

Santiago Eximeno

Viaje a Bizancio Ediciones, 2011

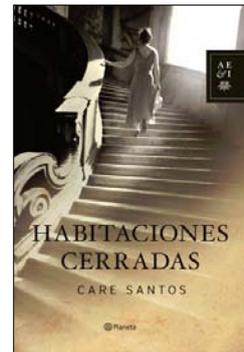
Umbría es el lugar que los niños ven en sus terrores nocturnos. Es el lugar al que los locos acuden cuando los celadores cierran las puertas del manicomio. *Umbría* es origen y destino, y está presente en el recuerdo de todos aquellos que alguna vez han ocultado sus miedos. Pero *Umbría* también es el hogar de seres que acechan, de criaturas que anhelan sin esperanza y de niños arrebatados de los brazos de sus padres. *Umbría* ofrece una visión caleidoscópica de un universo de pesadilla, un mundo que se confunde con el nuestro y que permite a Santiago Eximeno mostrarnos el horror explícito de la soledad, la pérdida y la desesperanza.

Habitaciones cerradas

Care Santos

Editorial Planeta, 2011

En la convulsa y fascinante Barcelona del modernismo, la matriarca de una de las sagas más prestigiosas de la ciudad se dispone a organizar el traslado a su nuevo hogar, un precioso palacete vecino del por entonces incipiente paseo de Gracia. Las paredes de esa casa serán el celoso guardián de unas vidas repletas de ambición, secretos inconfesables y pasiones ocultas. Ésa es la herencia que el tiempo confiará a Violeta, última de la estirpe: el pasado, visto desde el presente, siempre es un rompecabezas al que le faltan piezas... Apasionante y adictiva, *Habitaciones cerradas* es una historia de intriga, romance y tragedia con el telón de fondo de un mundo que se fue para no volver



El exilio está aquí

César Galiano Royo

Pepitas de calabaza, 2011

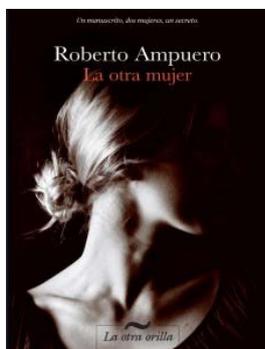
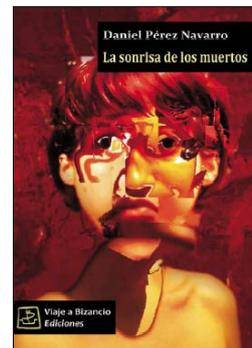
El exilio está aquí es una historia moldeada con las pequeñas historias que habitan las calles olvidadas de una ciudad cualquiera, calles en cuyos rincones se dibujan las vidas de sus habitantes, personajes que de manera constante se cruzan pero que de ninguna manera se encuentran. Es esta una historia nacida del reconocimiento entre iguales que nos asoma en toda su crudeza a la *separación consumada*. Escritos con la energía que dispone la observación sin condescendencias, los retazos que componen esta narración dan forma a la obra que más *nos ha tocado* de cuantas le hayamos leído a César Galiano. Quizá sea esta su narración más poderosa. Breve pero muy intensa. Luminosa cual sol negro.

La sonrisa de los muertos

Daniel Pérez Navarro

Viaje a Bizancio Ediciones, 2011

En la mesa de un editor aparece un manuscrito titulado DIARIOZOMBI, en el que alguien recoge su particular y caníbal odisea. Algún lector curioso podría descubrir la existencia de un matadero en las afueras de una ciudad cualquiera, tal vez el destino de cientos de personas desaparecidas, perdidas en tramos intestinales que componen una enmarañada y negra autopista zombi. En *La sonrisa de los muertos*, Daniel Pérez Navarro manipula y reinventa un denostado subgénero de terror zombi en esta relectura perturbadora, concebida también como un juego de espejos meta-literario.



La otra mujer

Roberto Ampuero

Ediciones La otra orilla, 2011

Bajo el suelo de madera de un apartamento en la ciudad de Berlín descubren un manuscrito de hace más de dos décadas. Es el original de una novela del desconocido escritor Benjamín Plá, titulada *La otra mujer*. El manuscrito llega a las manos de Orestes Cárcamo, un profesor de literatura latinoamericana de visita en la ciudad germana. Éste se obsesiona por conocer si aquella novela es ficción o una realidad concreta. Coinciden nombres, calles de un Santiago y un Valparaíso de Chile de hace más de veinte años, en pleno régimen militar y en medio de hechos tan escabrosos como sombríos. El profesor decide realizar un viaje –casi detectivesco– al país que cuenta el relato. Paralelamente, en *La otra mujer* –la novela dentro de la novela– se narra la historia de Isabel, una mujer con una vida tranquila y acomodada, pero que un día encuentra muerto a su marido en la cama. Desde ese momento todo parece desmoronarse para ella. Descubre que su esposo, un conservador y prestigioso cirujano, le fue infiel durante años. Para Isabel la otra mujer se transforma en una obsesión que no se relaciona sólo con el engaño, sino con las sombras del terror de una época.